



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



ALEXANDER

SAN FOLIA

Morales

. 5 .

1779

BX1754

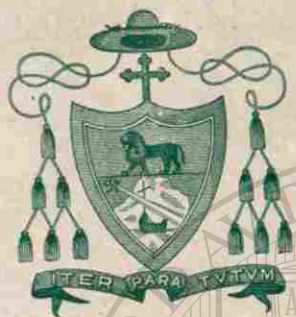
.F63

S4

V. 5

c. 1

59



1080026640

EX LIBRIS
HEMETHÉRII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

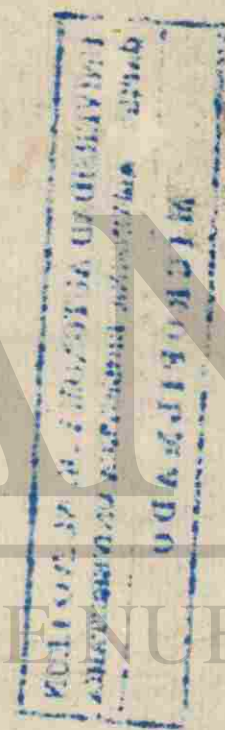
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

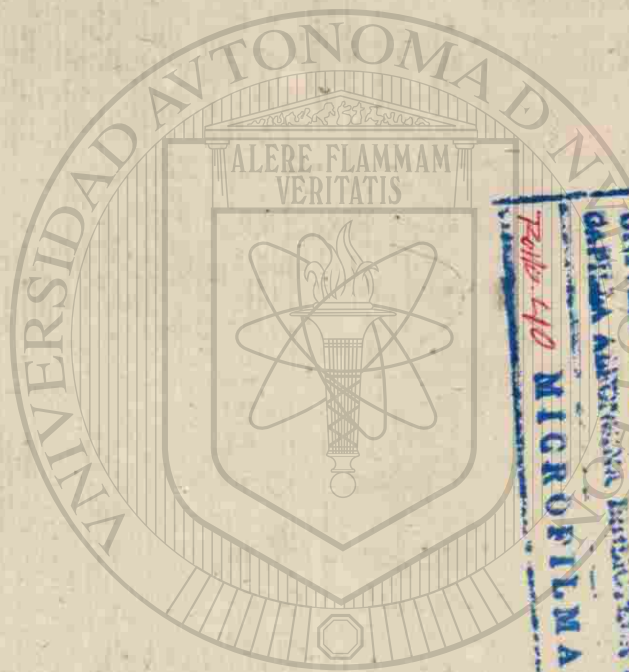


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA AUTÓNOMA DE BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Folio 110 MICROFILMADO 25/2/83

SERMONES MORALES
PREDICADOS DELANTE DEL REY
POR EL IL.^{MO} SEÑOR
ESPIRITU FLECHIER,
OBISPO DE NIMES,
CON SUS DISCURSOS SYNODALES,
y otros Sermones predicados en la Apertura de los
Estados de Lengadoc, y en su
Cathedral.

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS AL ESPAÑOL.

Por Don Juan de Arribas y Soria, Profesor de
Theología en la Universidad de Alcalá, y Opo-
sitor á la Cathedra de Lengua Griega, en los
Reales Estudios de San Isidro.

TOMO QUINTO.
PRIMERO DE LOS MORALES.

CON PRIVILEGIO PARA LOS SEIS TOMOS.

MADRID.

En la Oficina de la Viuda de Manuel Fernandez. Año de 1774.
Se hallará en la Librería de Manuel de Godos, en las
Gradas de San Pbelipe el Real.



BX 1754
563
54



TABLA

De los Sermones contenidos en este quinto Tomo.

Sermon para el dia de Todos Santos.	pag.7.
Para el primer Domingo de Adviento.	32.
Para el segundo Domingo de Adviento.	57.
Para el tercero Domingo de Adviento.	81.
Sermon segundo para el tercero Domingo de Adviento.	106.
Para el cuarto Domingo de Adviento.	123.
Para el dia de Navidad.	143.
Para el dia de Reyes.	164.
Para el Viernes primero de Quaresma.	186.
De la Corrección Fraternal.	211.
De la Samaritana.	240.
De la Murmuracion.	265.
De la Envidia.	296.

ER-

008593

ERRATAS.

Pagina.	Linea.	Errata.	Correccion.
3.	16.	menos.	mas.
17.	24.	mismo no podia.	solo podia.
29.	35.	lo que no.	lo que nos.
28.	3.	revcando.	renovando.
29.	4. y 5.	y de oy.	y otro de oy.
74.	20.	hombres:	hombres?
85.	ultima.	<i>Dei dololat.</i>	<i>De Idololat.</i>
104.	23. y 24.	Esfrain.	Ephrain.
105.	3.	<i>sunt.</i>	<i>sum.</i>
Ibid.	3. y 4.	<i>te revertatur.</i>	<i>at revertar.</i>
137.	1.	tiempos.	tiempos?
139.	37.	pecado.	pecador.
156.	34.	esperado.	espesado.
173.	33.	<i>renunciate.</i>	<i>interrogate.</i>
177.	20.	asalariados.	interesados.
178.	28.	fuego.	juego.
243.	1.	pen.	en.
248.	9.	fluctando.	fluctuando.
250.	32.	carga.	se carga.
265.	10.	era.	no era.
270.	22.	no.	está de mas.
Ibid.	23.	que deba.	que no deba.
284.	22.	de la Confesion.	natural.
285.	4.	Confesion.	Secreto.

NOTA.

En el segundo Domingo de Adviento, que principia en la pag. 57. el segundo punto principia, y se ha de colocar en la pag. 64. linea 3. que dice: *Aquí, Señores, &c.*

PREFACIO.

Azon tuvo un Escritor celebre, (a) dando al Publico la Coleccion de las Obras de un Ilustre Amigo, (b) de decir que los Prefacios eran casi lo mismo que las pompas funebres, y los honores de la sepultura; en las quales es bien visto cuidar mucho de los otros, y no cuidar en ninguna manera de sí mismo.

El honorifico Empleo, que se me ha dado, pedia que hiciese yo todo el esfuerzo posible, por corresponder al zelo de un digno Sobrino por la gloria de un Tio, de quien quiere sacar toda la suya; pero temo molestar al Publico, á quien no ha desagradado el elogio funebre de este grande Hombre, y ha hecho mucha gracia á mi temeridad en favor de mi reconocimiento: Contentaréme con dar á luz una ilustracion necesaria para hacerle conocer todo el precio de este rico presente.

Haviendo gozado el difunto Señor Obispo de Nimes de perfecta salud hasta una edad abanzada que nos le ha quitado, se proponia todos los años hacer un viage á París para cuidar de la impresion de sus ultimas obras: pero haviendole asaltado la muerte antes que cumpliese su designio, el Señor Abad Flechier su Sobrino se ha hallado por su Testamento con la honorifica sucesion de sus Papeles. Como entre las raras prendas, y calidades de nuestro Orador tenia la de un gran orden, aun se ha hallado mas en sus escritos; y ha sentido mayor complacencia que disgusto el que por hacerlos imprimir se vió precisado á bolverlos á leer.

Por aplauso que hayan tenido sus Panegyricos, yo creo que la menor cosa que se puede decir de sus Discursos Mo-

(a) El Señor Pellison. (b) Sarracin.
Tom. 5. A

rales, y sobre los Mysterios es, que en nada ceden á los demás. El Adviento predicado delante del Rey, que contiene una parte del primero de estos dos tomos, se ha hallado escrito todo de la mano del Autor con una exactitud conveniente á la excelencia de esta obra. Yo no sé si ha salido cosa mas bella, ni mas acabada de la pluma de este grande Maestro de la Oratoria. A mí me ha parecido que la solidez, y la fuerza de sus Sermones correspondian á su elegancia, y á su exacta inteligencia. En ellos se trata la mas sublime Theología con tanta pureza como erudicion. Los principios de la Religion están claramente explicados, y el orden del discurso perfectamente observado. Y así, quando predicó este Adviento tan generalmente aplaudido de todos, se conoce que estaba en aquella edad, en que un gran talento havia llegado, digamoslo así, al punto de su madurez. Por otra parte, el esplendor de una grande reputacion ya adquirida, la Magestad de un Auditorio del todo Augusto, y la estimacion de la Corte mas culta, y mas ilustrada del Mundo excitaron á este famoso Orador á manifestar todas las riquezas de su Arte, para consagrarlas á la Religion, que fue siempre el principal fin de sus trabajos.

Los demás Sermones pronunciados en París, á los Estados de Languedoc, ó en su Iglesia, no parecerán menos dignos de elogios; y se puede decir con verdad, que entre cosas de tan gran precio, no se sabe á qual se ha de dar la preferencia.

En efecto, la palabra de Dios, que *debe estar llena de magnificencia*, como habla el Profeta, nunca fue mas reconocida, y apreciada que en este rico organo.

En su estilo se echan de ver las gracias con la magestad, la dulzura con la elevacion, y la pureza con lo sublime. La elegancia, la pureza, y la exactitud se hallan en él entre la riqueza, la pompa, y la harmonía.

Las obras castigadas, y escritas con demasiada propiedad, y exactitud, de ordinario suelen carecer de elevacion; y rara vez sucede, que un Escritor, atento á la eleccion, y coordinacion de las palabras observe orden, y regularidad,
aquel

aquel maravilloso encanto, que no parece convenir sino á los chistes, y á los hervores impetuosos, y poco arreglados del espíritu; pero en los Discursos de nuestro Orador, la exactitud nada quita á la grandeza; y se les puede comparar á aquellos sobervios Palacios, en que la regularidad, y el orden de la simetría se hallan entre la pompa, y la riqueza de la estructura.

Una de las cosas que mas he admirado en sus Escritos, es que entre tantas bellezas, y gracias, no se halle una que no esté consagrada, y con destino; de suerte que se podria desafiar al Critico mas severo á señalar una sola de aquellas palabras que un uso tolerable, y pasajero pone algunas veces en la boca de ciertas gentes que les parece ser muy cultas, quando afectan aquellos modos de hablar, que el descuido quizá ha dejado deslizar en unos Sermones por otra parte excelentes; ¿pero en quienes hay, sin duda, menos elegancia, y aliño que en los nuestros?

Este maravilloso espíritu tiene esto de proprio, que su fecundidad no es menos rica que abundante. El pensamiento, que es el alma de la palabra, dá espíritu, y vida á todo lo que escribe; y lejos de advertir en él algun vacío, no se halla cosa que no sea de provecho, ó de ornamento. Hay Predicadores de cuyos Sermones se podian hacer algunos extractos, y reducir paginas enteras á tres, ó quatro lineas: estas son unas pinturas *en grande*, que se pudieran poner *en pequeño* sin echarlas á perder. No sucede así con el nuestro: Las bellezas de su discurso son partes necesarias que le componen: La estructura de sus periodos no está formada sino de ricas piezas; esta no es una igualdad, que evita el vituperio, sin merecer la alabanza; quitandole lo maravilloso, luce en él lo bello; algunas veces toma una elevacion prudente, y arreglada, de la qual vá descendiendo, pero sin caer; y quando no atrayga la admiracion, no se le puede negar el aprecio.

Pero esto mas es retardar el gusto del Lector, que detenerle, por una ligera imagen en lo que puede ver en el original. Los que no han conocido á este grande Hom-

bre gustarán acaso que les diga yo algo de sus costumbres, de su pronunciacion, y de su persona. En quanto á sus costumbres, estas siempre fueron prudentes, y arregladas; él no tuvo necesidad de aquella indulgencia que hace gracia, y se acomoda á las pasiones á favor de la edad en que ellas triunfan. Recibió del Cielo con un espíritu incomparable aquel dichoso natural, que el Sabio pone en el orden de los mayores bienes, y que tiene muy poco de la funesta herencia de nuestro primer Padre. Hizo un uso santo è inocente de aquellos peligrosos dones de la Poesia ó de la elocuencia que tantos otros profanan en el fuego de sus primeros años. La virtud, el merito, la Calidad, y el nacimiento fueron los nudos que formaron sus amilladas, y sus conocimientos. Tenia una gravedad dulce, una dignidad modesta, y una alegría templada. Hablaba poco quando el concurso era numeroso, y de personas con quienes no tenia familiaridad: pero mantenía su conversacion con su silencio, y aun con una sonrisa, una caída de ojos, y una atencion manifiesta, y agradable. Hablaba en alguna manera, aun quando gustaba mucho de callar. Conocia muy bien quan molesta es á la sociedad aquella casta de gentes que cansan los oídos de los que quieren complacer; y que parece que quieren usurparse en una concurrencia el derecho comun de hacerse escuchar de todos quando se les antoja. Acordóse tambien en una edad madura, y abanzada de aquella palabra del Sabio, que aconseja al Joven preguntado dos veces, de no responder sino con dificultad, y trabajo. No ignoraba que valia mas dejar á los otros, dar á conocer su ingenio que hacer admirar el suyo. Su trato era suave, y acomodado, bien que un poco grave, y serio, y nada tenía que oliese à ceremonia, y ridiculez, acomodandose á las condiciones, á los espíritus, y á las personas. Como tenía mucha practica en el trato de gentes, no se hallaba embarazado con los grandes, ni los pequeños le notaban alguna altivez: Estaban desterradas de su conversacion la altercacion, y la disputa. En él no se advertian ni travesuras de ingenio, ni desigualdad de humor, y sobre su rostro aparecia un no sé

sé qué de sereno, que daba á entender la tranquilidad de su corazon. Comunicabase con menos reserva quando estaba con sus amigos, y familiares en aquellas horas de una inocente alegría que la virtud permite aun á sus mas rigidos observadores, en que la cuerda del arco estirada con violencia tiene necesidad de aflojarse con dulzura, y en que aun el Hombre mas grande se olvida, y en cierta manera se deja olvidar; pero sin perder con todo eso la memoria de lo que es en realidad, entonces, digo, el mismo manifestar su corazon, daba nuevas gracias al espíritu. Gustaba en el campo de la inocente rusticidad de sus habitantes; los juegos inocentes substituían á la sazónada conversacion de una selecta literatura. Los que le vieron en estos dichosos días conservan una memoria tan dulce, que hacen recuerdo de él en quanto pueden para suavizar su perdida.

En quanto à su exterior, aun hay otros que mas engañen, y den en rostro; pero pocos he conocido que causasen mas respeto. Yo le he visto temer, y respetar en las mas augustas asambleas, ya sea por aquella alta idea que se aplica à la presencia de un hombre Ilustre, ya por la imagen de una grande alma que se pinta, sin pensar, ella misma, y que penetra por su resplendor la nube que la cubre.

Por lo que toca à su pronunciacion yo no soy del parecer de los que creen que no era esto lo mejor que tenía: al contrario, ó sea preocupacion, ú otra cosa, yo no he hallado otra mas bella: estaba hecha, y como formada para su composicion, y la una daba peso, y dignidad à la otra: Luego que se dejaba ver en el Pulpito, su exterior parecia mudarse todo, y revestirse, digamoslo así, de la magestad y de la grandeza de su Ministerio. Respetando à su Auditorio, se hacia él respetar á sí mismo; su modo de decir era digno, y modesto, y á un mismo tiempo firme, y asegurado; jamás hizo que se temiese en él aquel accidente, al qual una atrevida, y arriesgada costumbre ha querido unir como una afrenta. Entre sus raros talentos, especialmente tuvo el de acabar felizmente sus periodos, lisongeados igualmente el oído, y el espíritu por su remate, ó caída, muchas veces le atrahian un

murmulo de largas aclamaciones; de tal suerte que se veía obligado á pararse, y á ser él mismo el oyente de sus propios elogios: Tentacion peligrosa para un Orador menos modesto que él; pero estos publicos, y frequentes testimonios de estimacion, y de aprecio no dejaron ver jamás señal alguna de complacencia, y de vanidad en este grande Hombre; y siempre bajaba del Pulpito tan humilde como havia subido.

Su voz se acomodaba á su semblante, á su estilo, y á todas las acciones de su persona; nada havia en él que oliese á declamador. El Manà que Dios hacia llover sobre su boca, y que podia compararse al que Moyses hizo conservar en un vaso de oro fino, para que sirviese de monumento á la posteridad: este Manà delicioso, digo, se acomodaba á todos los gustos; la diversidad de espíritus esparcidos en el numeroso Auditorio se reunia para admirarle; parecia que todo Israel congregado no era sino un nombre solo como habla la Escritura, por la uniformidad del juicio ventajoso que hacian de él. El Sabio Christiano que oculta en su corazon la semilla de la palabra, para sacar fruto de ella, está mas contento que el vano admirador, que dando las alabanzas, busca la de un discernimiento proprio de dispensarlas.

Por lo demás; fuera de la advertencia que se ha hecho en el cuerpo de la Obra sobre el Sermon de la Resurreccion, nos hemos visto obligados á hacer antes aquí otra sobre el segundo Sermon para el tercero Domingo de Adviento.

El Autor habla en él del conocimiento proprio. Verdad es que el tercer punto que havia propuesto en la division; no se halla en la serie del Discurso; pero los dos primeros, que tienen una proporcionada extension, nos han parecido de tan rara belleza, que se huviera creído defraudar considerablemente al público, y aun en alguna manera á la gloria del Autor, el suprimir unos fragmentos de tan gran precio.

Añadese un segundo Sermon para el dia de Natividad, que el Señor Abad Flechier su Sobrino nos ha embiado para hacer participante al Publico de él; este se hallará al fin del Tomo segundo de los Sermones Morales.

SER-



SERMON

PARA EL DIA

DE TODOS SANTOS:

PRONUNCIADO DELANTE DEL REY
en la Capilla de Versalles.

Beati qui esuriunt, & sitiunt justitiam.

Bienaventurados los que han hambre, y sed de Justicia; esto es, dichosos aquellos, que desean ardientemente llegar á ser Santos.
En San Matheo cap. 5. v. 6.

SEÑOR.



Si yo no tuviese que hacer sino establecer aqui las ventajas de una felicidad humana, y el esplendor de la gloria del mundo, no tendria que ir lejos á buscar estas ideas pomposas de grandeza, y de fidelidad, y bien presto hallaria en V. M. rica, y abundantemente materia para ello. Yo haria con gusto la pintura de un Rey, á quien arregla la justicia, gobierna la prudencia,

el

murmulo de largas aclamaciones; de tal suerte que se veía obligado á pararse, y á ser él mismo el oyente de sus propios elogios: Tentacion peligrosa para un Orador menos modesto que él; pero estos publicos, y frequentes testimonios de estimacion, y de aprecio no dejaron ver jamás señal alguna de complacencia, y de vanidad en este grande Hombre; y siempre bajaba del Pulpito tan humilde como havia subido.

Su voz se acomodaba á su semblante, á su estilo, y á todas las acciones de su persona; nada havia en él que oliese á declamador. El Manà que Dios hacia llover sobre su boca, y que podia compararse al que Moyses hizo conservar en un vaso de oro fino, para que sirviese de monumento á la posteridad: este Manà delicioso, digo, se acomodaba á todos los gustos; la diversidad de espíritus esparcidos en el numeroso Auditorio se reunia para admirarle; parecia que todo Israel congregado no era sino un nombre solo como habla la Escritura, por la uniformidad del juicio ventajoso que hacian de él. El Sabio Christiano que oculta en su corazon la semilla de la palabra, para sacar fruto de ella, está mas contento que el vano admirador, que dando las alabanzas, busca la de un discernimiento proprio de dispensarlas.

Por lo demás; fuera de la advertencia que se ha hecho en el cuerpo de la Obra sobre el Sermon de la Resurreccion, nos hemos visto obligados á hacer antes aquí otra sobre el segundo Sermon para el tercero Domingo de Adviento.

El Autor habla en él del conocimiento proprio. Verdad es que el tercer punto que havia propuesto en la division; no se halla en la serie del Discurso; pero los dos primeros, que tienen una proporcionada extension, nos han parecido de tan rara belleza, que se huviera creído defraudar considerablemente al público, y aun en alguna manera á la gloria del Autor, el suprimir unos fragmentos de tan gran precio.

Añadese un segundo Sermon para el dia de Natividad, que el Señor Abad Flechier su Sobrino nos ha embiado para hacer participante al Publico de él; este se hallará al fin del Tomo segundo de los Sermones Morales.

SER-



S E R M O N

PARA EL DIA

DE TODOS SANTOS:

PRONUNCIADO DELANTE DEL REY
en la Capilla de Versailles.*Beati qui esuriunt, & sitiunt justitiam.*

Bienaventurados los que han hambre, y sed de Justicia; esto es, dichosos aquellos, que desean ardientemente llegar á ser Santos.
En San Matheo cap. 5. v. 6.

SEÑOR.



Si yo no tuviese que hacer sino establecer aqui las ventajas de una felicidad humana, y el esplendor de la gloria del mundo, no tendria que ir lejos á buscar estas ideas pomposas de grandeza, y de fidelidad, y bien presto hallaria en V. M. rica, y abundantemente materia para ello. Yo haria con gusto la pintura de un Rey, á quien arregla la justicia, gobierna la prudencia,

el

el valor anima, la victoria corona, admira la tierra, y protege el Cielo. Yo le describiría como él es en sí; quiero decir; tan poderoso, que la Europa entera envidiosa, y coligada, no puede sufrir, ni sus fuerzas, ni su valor: tan moderado, que ofrece voluntariamente la paz, quando es Señor de la guerra: tan prudente, que recibe sin inmutarse la prosperidad, como si la huviera estado aguardando, y la adversidad como si estuviese acostumbrado á ella; tan bienhechor, que en la distribucion de sus gracias, se duda muchas veces, que se deba estimar mas, lo que dice, ó lo que hace; el beneficio, ó el honor con que le acompaña; tan feliz, que parece de ordinario que las estaciones, y los elementos se acomodan al curso de sus empresas.

Por estos rasgos, Señor, todos reconocerán á V. M. Yo pondría á vuestros pies la corona, como la menor señal de vuestra gloria. Yo pintaría á lo lejos Provincias conquistadas aun en los mas asperos inviernos: rios obligados á vadearse á pesar de la rapidez de sus aguas; un Mar, en donde se verían humeando aun las ruinas de dos Armadas confederadas, andar errantes á la merced de las olas, y de los vientos, y llevar el terror de vuestras Armas sobre todas las Costas de la Sicilia, consternada, y asustada. Yo señalaría vuestras campañas por la toma de muchas Ciudades, y las de vuestros enemigos por algunos movimientos de Exército, y por haver levantado algun sitio. Yo representaría sus Generales tristes, confusos, huyendo de delante de Mastrich al acercarse vuestro Exército; y reconociendo, pero muy tarde, que el Cielo no favorece igualmente á todos los Principes; que las acciones ordinarias de unos son temeridades para otros; que con dificultad podian abanzar en dos meses lo que vos haveis acabado en trece dias; y que acabando de forzar á Condé, y á Buchain á su vista, les haviais enseñado á la verdad el arte de atacar Plazas, pero vos os haviais reservado el de tomarlas. Yo trazaría á la orilla del Rhin algunos rasgos mas sombríos, y mas oscuros, que no obstante no desfigurarian mi pintura, y me acordaria de aquel Rey de Macedonia, que despues de una larga serie de felices su-

cesos, pedía á sus Dioses alguna pequeña desgracia que le hiciese acordar que era hombre, y que le diese lugar á ejercer aquella parte de su valor, que aun no havia bien experimentado.

Pero, Señor, el día de oy me elevó sobre todas las felicidades humanas, y olvido por algun tiempo la gloria que os haveis adquirido. Yo no pienso sino en la que debeis adquirir, no sobre la tierra, sino en el Cielo; no por enemigos vencidos, sino por domadas pasiones; no por vuestras propias fuerzas, ó por los votos de los hombres, sino por la gracia de Jesu-Christo, y por la liberalidad de Dios.

Con este fin, Señores, oy día la Iglesia corre todos los velos del Paraíso, y nos hace ver á todos los Santos juntos con toda la pompa, y la magnificencia de Dios que los rodea. Ella se regocija de ver que sus hijos, que ha llevado en su seno virginal, que ha lavado con las sagradas aguas del Bautismo, que ha consagrado con sus mas santas unciones, que ha alimentado con la sangre, y con la sustancia de Jesu-Christo, y que tiernamente ha criado á la sombra de su Cruz, gozan en paz de la herencia eterna que les estaba preparada desde el principio del Mundo. Ella se regocija de ver que se alaba al Señor en sus Santos, que su memoria está aun viva despues de tantos años; que en unos siglos corrompidos, aun se haga justicia al merito de los buenos que nos han precedido, y que en un tiempo en que se hallan tan pocos Santos, aun se venera la santidad. Pero su grande interés no está en estos bienaventurados muertos; están en perfecto descanso, y jamás serán turbados. Sus cuidados, y sus inquietudes son por los vivos que tienen aun que sufrir una larga, y penosa carrera, y están expuestos á mil peligros. Yo seguiré la intencion de esta Madre comun de los Fieles; yo alentaré, si puedo, vuestra fé, y vuestras esperanzas; yo os mostraré el camino del Cielo á que aspiráis; y si el espíritu de Dios dá fuerza, y eficacia á su palabra, que os anuncio, quedareis convencidos de que *para ser Santos, no es necesario mas que quererlo, y desearlo; pero quererlo, y*

desearlo como conviene. Dirijamonos á aquel espíritu que hace los Santos, por la intercesion de aquella á quien el Angel reconoció por la mas santa, y la mas feliz de las mugeres, quando la dixo:

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

SEÑOR.

DIRIASE al principio que hay contradiccion en las palabras de mi texto: *Bienaventurados los que desean la justicia*; porque si la bienaventuranza, segun San Ambrosio, es la pacífica posesion de todos los bienes deseables; ¿cómo se puede desear, siendo ya Bienaventurado? ¿Y cómo puede ser Bienaventurado el que desea? Pero es necesario distinguir dos suertes de felicidades; la una consiste en una plenitud de caridad, y en una union perfecta, y consumada de Dios; la otra consiste en una plenitud de deseo de adelantarse en la perfeccion, y en la justicia; la una vé, y posee al soberano bien, la otra le cree, y le espera. La una es una recompensa que hace á los Bienaventurados en el Cielo; la otra es una gracia que hace á los Santos sobre la tierra. La una está ocupada en gozar de Dios, y esta es la vida eterna; la otra se ocupa en buscarle, y esta es la vida espiritual del hombre. Vida ya casi bienaventurada, porque siendo Dios un ser infinito, puede llenar él solo toda la extension, y capacidad de nuestro corazon, que todos los bienes criados no pueden jamás satisfacer; y además de esto siendo un ser simplicísimo de su naturaleza, basta desearle, amarle, y conocerle para poseerle. Y así, Señores, si me preguntais, ¿qué es necesario hacer para salvarse, y para ser bienaventurado? os responderé sin rodeos, que es necesario desearlo, y quererlo. Pero por quanto cada uno se lisongea de un querer superficial, y de unos deseos imaginarios de su salvacion, pretendo mostraros, que este que-

rer,

rer, ó esta voluntad debe tener tres condiciones; debe ser fuerte, para vencer las dificultades, y los obstaculos que encuentre; debe ser plena, y entera para corresponder á la dignidad de la bienaventuranza que aguarda; y debe ser efectiva, y obradora para merecer las recompensas que le están preparadas. Estas son las tres reflexiones, que compondrán todo este Discurso, y que serán el objeto de vuestra atencion.

Dos falsas ideas se forman ordinariamente de la perfeccion, y de la salvacion. Unos la tienen por fácil; otros la miran como imposible. Los primeros la reducen á ciertas practicas de devocion exterior; una Misa á que se asiste por bien parecer, y algunas veces por necesidad; un Sermon que se oye muchas veces con disgusto, y cuya prolixidad siempre se teme; una Oracion, que se reza por costumbre, y sin alguna reflexion; una Limosna que se dá por acaso, ó por vanidad; una Comunión que tibiamente se recibe con motivo de alguna Fiesta grande; un poco de reforma en los vestidos, pero que no llega al corazon; algunos afectos tiernos de devocion, que mas provienen de un temperamento afectuoso que del fondo de una sólida piedad. Creen, que sin mas incomodarse, y sin violentar sus pasiones, han cumplido con la Ley; que tienen las puertas del Cielo abiertas; y que Dios, demasiado satisfecho de sus buenas obras, no aguarda sino el momento que tiene preparado para coronarlos. No obstante, Jesu-Christo nos enseña que no basta oír la palabra de Dios, si no se practica; que no todos los que dicen *señor, señor*, entrarán en su Reyno; que hay limosnas infructuosas que no tendrán sino algunas alabanzas acá en la tierra por recompensa; que es necesario interrumpir, y dejar hasta el Sacrificio por ir á reconciliarse con su hermano; y que en fin para ser Discipulo de Jesu-Christo es necesario renunciarse á sí mismo, y alcanzar el Reyno de los Cielos con violencias.

Otros por el contrario de todo se fastidian: de nada forman dificultades insuperables. La virtud les parece aspera.

B 2

Es-

Están asustados de Jesu-Christo como aquellos Discipulos de quienes se habla en el Evangelio, y le tienen por un fantasma. Miran á los verdaderos Christianos como á hombres de una naturaleza austera, é insensible, duros para consigo mismos, duros para los otros, y cuya vida es admirable, en hora buena, pero de ninguna manera imitable. Si alguna vez piensan en su salvacion, hallan siempre unas condiciones imposibles. ¿ Como (dicen) se puede ser humilde en la elevacion, y en la grandeza? ¿ Como se ha de impedir en el mundo el pensar unicamente en su placer, en su interés, y en su gloria? Como ha de perdonar quien está ofendido en la parte mas sensible de su honor? ¿ Es uno dueño de su corazon para amar á su enemigo? ¿ Disponer uno de sí mismo; tiene uno la gracia para hacer todo lo que quiere? De este modo, recargando sobre la dureza de los mandamientos lo que solo proviene de la obstinacion de su voluntad, toman á su pereza por impotencia, y creen, ó que no pueden hacer lo que Dios nos manda, ó que Dios nos manda lo que se imagina no poder hacer. No obstante, ninguna repugnancia invencible hay que los impida el trabajar en su salvacion, ninguna necesidad que los arrastre, ninguna estraña influencia que contra su voluntad los corrompa; y esta pretendida imposibilidad, no es mas que una señal de su obstinacion, y un pretexto á su cobardía.

Yo desde luego condeno estos dos extremos igualmente viciosos. No digo que sea facil llegar á ser Santos. No permito Dios que yo ensanche el camino estrecho que Jesu-Christo nos ha delineado en su Evangelio, y que adelgazando su verdad, sea prevaricador de mi ministerio. Tampoco digo que sea imposible. Infeliz de mí si viniese á hacer pesado el yugo del Señor, y á poner á mi arbitrio límites á su Misericordia, y á su Poder. Pero digo que es difícil, y de consiguiente es necesario un deseo ardiente, y una voluntad firme para vencer todos los obstaculos que cada uno halla en el negocio de su salvacion.

La primera dificultad proviene de la corrupcion de nuestra naturaleza. Dos cosas hacian facil al hombre la virtud antes del pecado, la justicia, y la verdad. La verdad ilus-

ilustraba su espíritu; la justicia reglaba su acciones. La verdad le daba un conocimiento claro de todas sus obligaciones; la Justicia le daba una feliz inclinacion á cumplirlas. De este modo libre su razon de todo error, y re-frenando la concupiscencia, y la codicia su voluntad, se hallaba asegurado en el conocimiento, y en el amor del verdadero bien, no podia menos de practicar con placer lo que conocia con certidumbre; y sobre este modelo es sobre el que dice San Pablo, que el hombre nuevo ha sido criado segun Dios en la justicia, y en la santidad de la verdad: (a) *Qui secundum Deum creatus est in justitia, & sanctitate veritatis*. Pero en el estado del pecado nacemos ciegos, nacemos injustos, la ignorancia nos oculta los verdaderos bienes, nuestros deseos nos inclinan, y llevan á verdaderos males, segun las palabras del mismo Apostol: (b) *Veterem hominem, qui corrumpitur secundum desideria erroris*. Y asi estando obscurecido nuestro espíritu por nuestras pasiones, el movimiento por el qual nuestra voluntad se inclina á Dios es un movimiento violento, porque es contrario á nuestras corrompidas inclinaciones; y que si Dios no nos sostiene por una gracia extraordinaria bolvemos á caer ácia nosotros mismos por otro movimiento que es como natural á nuestra flaqueza.

De aquí proviene que no hay virtud que no encierre en sí alguna dificultad, y que los Padres, y los Theologos no se han atrevido á dar el nombre de virtudes á las perfecciones de Dios, porque no siendo su voluntad sino una misma cosa con su justicia, y su poder, no se esfuerza, ni se violenta en el bien que hace. Pero en nosotros hay una contradiccion interior, y un fondo de corrupcion que produce sin cesar movimientos desarreglados, que se oponen al bien que nosotros quisieramos hacer. Lo qual hacia decir al Rey Propheta: (c) *Domine, vim patior, responde pro*.

(a) Ephes. 4. v. 24.

(b) Ibid. v. 22.

(c) Isai. 38. v. 14.

pro me. Señor, yo padezco violencia, responded por mí: Como si dixera, añade San Bernardo: (a) Señor, yo quisiera contemplar vuestra verdad; pero una nube importuna que se levanta entre mí, y el Cielo, me la oculta. Yo quisiera correr en el camino de vuestros Mandamientos; pero no sé que invisible cadena me detiene. Mi Alma se me huye, y toma esfuerzo por ir á vos; pero una infinidad de objetos extraños, como otros tantos lazos tendidos para perderla, ó la atraen, ó la retienen. A quien puedo dirigirme, y quien puede responder por mí, sino vos, Dios mio que me habeis impuesto esta dificultad como una pena del pecado, y que podeis quitarmela por un efecto de vuestra misericordia, y de vuestra gracia.

Esta dificultad, que la naturaleza produce, está fortificada por la costumbre. Apenas estamos en el mundo, quando parece que todo conspira à pervertir nuestro juicio. Diríase que todos los hombres nos estaban aguardando para sorprehender nuestra razon. La primera cosa que oímos, son los elogios del luxo, y de la vanidad. La primera cosa que percibimos, es la estimación que generalmente se hace de la grandeza, de los placeres, de las riquezas, y el menosprecio que se tiene por la humildad, la pobreza, y la paciencia christiana. De este modo rodeados de tantos falsos principios, y arrastrados por este tropél de errados juicios que nos comunican antes que podamos juzgar por nosotros mismos, tomamos el uso por la razon, y la costumbre por la verdad. Apreciamos las cosas por lo que el mundo las estima, y no por lo que valen delante de Dios; y no juzgando sino por las impresiones, que hemos recibido, creemos que es necesario estimar lo que tantas gentes estiman, y despreciar lo que tantos desprecian, y fundamos nuestra felicidad, ó nuestra infelicidad eterna sobre la fè de un error público.

De este principio saca dos consecuencias San Agustín. La primera, que la concupiscencia, y la costumbre forman

en

(a) *Serm. 3. de divers.*

en nosotros una voluntad carnal, que nos hace prontos à desear, audaces para emprender, y firmes para executar las obras del mundo, y del pecado. La segunda, que es necesario oponerle otra voluntad santa, y espiritual, que la resista, que la debilite, y si puede ser, que la destruya. Vosotros comenzais ya à bolver á entrar dentro de vosotros mismos, y decís que quereis vivir una vida mas christiana, y mas exemplar. Pues combatid esa voluntad de agradar al mundo, que os tiene en una ridicula circunspeccion, y que os hace temer pasar por inconstantes, ó por hypocritas. Vosotros deseais socorrer á los pobres con vuestras limosnas; pues arruinad, y destruid ese otro deseo de parecer poderoso, y magnífico, de sostener una qualidad imaginaria, de gastar en vestidos, en muebles, en casas, en equipages, y en otras superfluidades. Vosotros teneis animo de renunciar la murmuracion; pues destruid en vosotros esa inclinacion que os arrastra á saber todo lo malo que se hace, y á creer todo lo que se dice. Cesad de atraeros malignas confidencias, de recoger todas las malas noticias, y de llenar vuestro espíritu de un tremendo cumulo de cuentos, é historias escandalosas; de otro modo derramareis el veneno que huviereis juntado, é infaliblemente vendereis á otro las murmuraciones de que vuestra imaginacion estará cargada. En fin vosotros creéis querer salvaros. ¿Y esa voluntad prevalece á la voluntad de divertirnos, á la voluntad de elevaros, á la voluntad de parecer mas de lo que sois, á la voluntad de vengaros, y á la voluntad de enriquezeros? Sino esa proposicion: Yo quiero salvarme, es una reflexion del espíritu, y no un movimiento de la voluntad. Es un testimonio que se dá de que hay una bienaventuranza eterna, y no una seguridad de hacer lo que es necesario para conseguirla. Es un modo de hablar, de que no se puede sacar ninguna consecuencia. Porque así como hay vanas protestaciones de amistad, que se hacen mutuamente en el mundo, aún quando por entonces se está en la mayor indiferencia; y que no son sino un comercio de palabras, y de deferencia exterior, que una politica humana ha introducido; así

tam-

tambien hay ciertas exterioridades que se han introducido en la Religion ; estos son unos modos de hablar que no significan casi nada ; este no es el espiritu de la fè , solamente es una tintura ; es un ayre de Religion , que el bien parecer quiere que se dé quando enteramente no se ha renunciado á Jesu-Christo , ni á su palabra. Pero si no se tiene una resolución fuerte , y eficaz , de nada sirve decir que se quiere uno salvar ; jamás se salvará ; ¿ qué digo yo salvar ? tampoco se querrá jamás.

Lo que hace difícil esta resolución es nuestra poca fè , Señores. Si ella fuese viva , y animada , ella nos haría ver que para ser felices , no basta poseer lo que se desea , sino que es necesario no desear nada malo , y que no conviene tampoco desear sino el Soberano bien ; que casi no hay verdadera felicidad entre los hombres , porque ordinariamente les sucede , ò desear lo que no pueden tener , lo qual es un tormento para ellos : ò tener lo que no debieran desear , lo qual es un error , ó no amar lo que convendría amar , y desear unicamente , lo qual es la mayor de todas las desgracias. Esta fè nos enseñaría que las satisfacciones que se buscan en las criaturas , pueden llenar nuestro corazon ; pero que no le pueden saciar ; que su corta duracion no es propia sino para inquietar el espiritu del hombre , que por su natural disposicion desea gozar eternamente de lo que ama , y no se ha hecho sino para un objeto permanente. Esta fè nos haría ver , que nuestra voluntad por su estado propio , y natural , y por las impresiones que ha recibido de su Creador , camina siempre à lo que está mas elevado que nosotros , y busca su perfeccion en su objeto : que su ardor , y su actividad no será jamás satisfecha , hasta que haya llegado á la posesion de aquel bien , que excede á todos los otros ; y que en fin no hay sino Dios en quien sea una misma cosa el ser , y el ser soberanamente dichoso ; y que bastando á su propia felicidad , puede hacer la de sus criaturas.

Este es el defecto de esta fè que nos quita el discernimiento , y el gusto de nuestra verdadera felicidad ; que nos
hace

hace parecer sólido lo que es frivolo , y frivolo lo que es sólido ; que hace que el tiempo que se nos escapa , nos haga impresion , y que la eternidad que siempre dura , no nos mueva. Algunos rayos de la verdad nos dejan algunas veces llegar á percibir que hay un fin fuera de nosotros , á el qual es necesario referir todo lo que hacemos , y todo quanto somos ; y que hay un Soberano bien que debe ser el termino de nuestro reposo ; pero este bien nos parece estar muy lejos , y las ideas que de él tenemos , son tan obscuras , y tan poco sensibles , que las menores felicidades presentes hacen mas impresion sobre nosotros que esta felicidad Soberana. En lo qual nos sucede lo que à la Brujula , ò aguja de marear , ella se mueve àcia el Norte , adonde se diria que la estan llamando. Gira , y da bueltas con repetidos temblores , y una continua agitacion , buscando el lugar de su reposo ; pero si sucede que halla algunos pedazos de hierro ò de imán por groseros , y toscos que sean , se pega à ellos , se para , y no se acuerda mas del Norte. Tal es la fragilidad , y la ligereza de nuestros deseos. Nosotros dejamos de buscar á Dios , aquel bien infinito , por pequeños bienes , que se hacen sentir ; y disminuyendo nuestra imaginacion la grandeza del uno , y atribuyendo una falsa grandeza à los otros , sucede que este corazon que Dios mismo no podía saciar , se llena de un objeto vano , y percedero.

De aqui viene que la voluntad estando cautiva bajo el yugo de las pasiones , no puede tener sino deseos impotentes , y debiles por su salvacion. Se quiere , y no se quiere ; sabese poco mas ó menos en donde convendría pararse , y se pára uno à todo quanto halla. El mundo arrastra , los negocios ocupan , los placeres divierten , el temperamento no está inclinado al bien. Jamás se tiene recurso á Dios ; no se hace uno jamás violencia à sí mismo , y este descuido produce tres efectos funestos. El primero , que viendo Dios que no quereis vosotros como conviene , no os asiste como sería necesario. El segundo que no teniendo ni aquella voluntad verdadera , ni estos poderosos socorros , la menor tentacion nos arrastra , y nos vence. El tercero es que por falta de esta

voluntad fuerte, y bien formada, no se deja su pecado, porque no se quiere el bien con bastante resolucion para executar lo; *quia non ita vis, ut impleas*, dice San Agustin.

Porque, Señores, examinemos este deseo, que la mayor parte de los hombres dicen, que tienen de lograr su Salvacion: nosotros hallaremos, que la desean en general, y que jamás trabajan en particular. Es este un proyecto vago de enmendarse, de reformar sus costumbres, de llegar à ser Santos, que se queda siempre en el animo, y que jamás llega à la execucion. Proyecto tanto mas peligroso, quanto parece ser formado contra nuestras pasiones; y hallarse en él una imagen agradable de la virtud, que cada uno aprueba, alaba, y que admira en sí mismo. Estos son aquellos deseos mortales de quienes dice la Escritura: *Desideria occidunt pigrum; noluerunt enim quidquam manus ejus operari.* (a) El mundo está lleno de estas gentes bien intencionadas, que jamás efectúan sus buenas intenciones, que siempre tienen el espíritu lleno de la verdad, y las manos vacías de buenas obras; que condenan todas las pasiones en comun, y jamás castigan alguna en particular; que amenazan à todos los vicios, y jamás atacan à uno solo, semejantes à aquellos soldados representados en las tapicerías, que siempre tienen alto el acero, y levantado el brazo para descargar, y no dan jamás un golpe. Dicen continuamente, quiero, quiero, y à la menor dificultad que se les presenta, olvidan lo que han querido. Valientes de boca, y cobardes en llegando la ocasion. Humildes, quando nadie los desprecia, pacientes, quando nada tienen que sufrir, castos, quando no son tentados, justos, quando no se trata de sus intereses, y caritativos, quando no les cuesta nada. Pero sea necesario vencer un impetu de colera, que los ciega, sea preciso ceder un poco de su derecho, por no ofender la caridad; sea necesario cercenar un poco de ese luxo, que arruina su familia; sea preciso suavizar un poco aquella aspereza, que conservan contra

(a) Prov. cap. 21. v. 25.

el proximo; sea necesario preferir el amor de la justicia à su interes, ó à el de un hombre, que ellos estiman; ya no tienen mas ni humildad, ni equidad, ni caridad, ni paciencia. El deseo de su salvacion se desvaneció como una nube, y pasa como el viento, dice la Escritura: *Quasi ventus desiderium meum, & velut nubes pertransiit salus mea.* (a)

Vé aqui Señores, la ilusion mas comun, y la mas peligrosa; vé aqui la disposicion de casi todos los hombres. Ellos aspiran al Cielo, y no buscan los caminos para él. Apacientanse de una falsa idea de virtud, sin llegar jamás à ser virtuosos, y estimandose en mucho, porque tienen este debil, é imperfecto deseo, viven, y mueren en este estado, sin haver hecho otra cosa por su salvacion, que haverla deseado en general. No obstante es necesario combatir sus viciosas inclinaciones; es necesario sujetar los sentidos à la razon: es necesario desarraigar el pecado, lo qual no se puede sin una aplicacion particular, continua, è infatigable, sin una atencion profunda que llegue hasta el origen de la corrupcion, sin una violencia, que arranque del fondo del corazon ciertos afectos, que han echado en él profundas raíces. En una palabra es necesario una voluntad fuerte, para vencer las dificultades; pero tambien una voluntad plena, y entera para corresponder à la dignidad del bien, que se espera, y esta es mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Queriendo el Espíritu Santo en el Libro de la Sabiduría trazar el plan de la perfeccion espiritual del hombre pone por fundamento, que el principio de la sabiduría es el verdadero deseo de adquirirla, *initium illius verissima est disciplina concupiscentia*, (b) y que este deseo quando es pleno, y perfecto le conduce como por grados

(a) Job cap. 30. v. 15. (b) Sap. cap. 6. v. 18.

dos à la posesion del Reyno eterno, y à la semejanza de Dios mismo: porque no se puede, añade él, desear à Dios, sin que se le busque, no se le puede buscar, sin que se le conozca; no se le puede conocer, sin que se le ame, no se le puede amar, sin seguir sus mandamientos, no se puede seguir sus mandamientos, sin purificarse, y sin acercarse à la santidad de Dios, (a) *cura ergo disciplina dilectio, dilectio custodia legum, custodia legum consumatio incorruptionis, &c.* Esto es aquel dichoso enlace de medios de salvacion, y el camino por donde se arriba al colmo de la felicidad, y de la virtud. La razon de esta verdad, es porque en materia de obras morales el amor, y el deseo del fin, es la primera causa, que mueve, y que impele todas las otras, y la que aplica todas las potencias del alma à su objeto. De donde infiero dos cosas: la primera, que quanto mas grande es el afecto, mas exacta es la vigilancia, mas proxima está la perfeccion: la segunda, que quanto mas noble, y mas importante es el objeto, à que se aspira, mayor ardor, y aplicacion es necesario tener en desearlo.

Pero, Señores, quando yo os propongo vuestra eterna salud, elevad vuestro espíritu sobre esa gloria perecedera del mundo, que acaba con la vida, sobre esos honores transitorios, cuyo esplendor os seduce, y engaña, sobre esos vanos placeres, cuya dulzura está envenenada, sobre esas fragiles riquezas, que dejais, ó que os dejan à vosotros. La salvacion es la Bienaventuranza: la bienaventuranza es la verdad contemplada sin velos, y sin nubes: Es la caridad sin mezcla alguna de amor proprio; es la vista de Dios, no por imagen, y en enigma, sino al descubierto, y cara à cara. Es el goze entero, y seguro de un bien eterno, é infinito, que se ama ardentemente, pero con todo eso sin inquietud, que se posee siempre igualmente, y no obstante sin ningun disgusto; es la felicidad del hombre, que en su sustancia es del mismo orden, y de la misma qualidad que la de Dios;

por-

(a) Ibid.

porque así como Dios solo puede hacerse feliz, y que su felicidad no podria ser inferior à lo que él es, así tambien puede él solo hacer la felicidad, y ser à un mismo tiempo la felicidad de las criaturas racionales. Digamoslo todo, en una palabra, Dios mismo es quien nos hace semejantes à él, por hacernos capaces de sus eternas comunicaciones, y hacernos gozar en nuestro cuerpo, y en nuestra alma los bienes divinos, è incomprendibles, que tiene preparados à sus Escogidos.

Si la excelencia del bien que se pretende, debe, pues, ser la medida del ardor con que uno se mueve para adquirirlo, ¿qué cosa es tener hambre, y sed de la justicia? ¿Qué es querer absolutamente salvarse? Es tener una idea grande de su salvacion, hacer de ella su principal cuidado, y su negocio el mas importante. Es recoger todos sus deseos, y reunir en este solo punto, todas las fuerzas, y todas las potencias de su alma. Es pensar cuidadosamente, y de continuo en todos los medios, que pueden conducirnos à este fin, debiendonos costar todos los placeres, y todas las dulzuras de la vida: es rechazar como grandes desgracias, y grandes miserias, todo quanto puede tener alguna oposicion con este loable designio, por aparente, y por ventajoso, que pueda apetecerse segun el mundo. Es temer caer en la ociosidad, y en la molicie, y exercitarse en las virtudes Christianas: es usar del mundo como si no lo huviese, no tener nada suyo, aun quando se posea mucho, hacer todo lo que se puede, y creer no haver hecho jamás lo bastante.

Acaso creceis vosotros, Señores, que son estas unas pias exageraciones, y que os hago una idea del Christianismo, semejante à la que los Philosophos hacian en otro tiempo de su virtud, ó de su Republica. ¿Pero es comprar muy cara una felicidad, que no tiene fin? Quando se trata de unirse à Dios, ¿se puede exceder en sus obligaciones? ¿De que no es capaz la fuerza de un noble deseo, quando excita à una alma fiel? Expliquemos esta verdad por los principios de la Religion, y por las palabras de Jesu-Christo mismo, que deben ser la regla de nuestra conducta.

Es

Es una ley inviolable, y eterna, sobre la qual se funda toda la disciplina Christiana, que nuestra principal, y nuestra unica pretension debe ser la posesion del soberano bien: que toda nuestra alegría debe referirse á las esperanzas de una dicha futura, y nuestros deseos á la adquisicion de la eternidad: que todos los bienes criados, siendo ellos de un orden inferior, deben mirarse como medios, de que es necesario usar con moderacion, y no como felicidades absolutas, de que sea preciso gozar con apego. La justicia consiste en dar de este modo la estimacion y el lugar á cada cosa, segun ha sido ordenada por Dios, y á la prudencia, y sabiduria le toca reducir de este modo todo quanto nos conviene á su fin, ó á su legitimo uso. Pero es turbar este orden, el detener su principal deseo en cosas criadas, y pasajeras; es confundir los medios con el fin, es establecer su reposo en un lugar en donde no conviene sino pasar de largo, y atribuir á la criatura un orden de superioridad, que no es debido sino al Criador, y poner un objeto de su codicia en lugar de su salvacion.

No obstante, Señores, ¿qué hacen la mayor parte de los hombres? ¿Qual es su deseo, y qual es su fin? El uno solicita un empleo; y no piensa sino en como ha de llegar á él: busca todo quanto puede servirle, aparta todo quanto puede dañarle, estudia, y examina todos los pretendientes, disminuye el merito de los unos, y abulta los defectos de otros; tan presto teme, tan presto espera, y no tiene otro fin, que su pretension. El otro sigue un Pleyto, y no piensa sino en obtener un Tribunal favorable, en ganar sus Jueces, ó por razones aparentes, si no las tiene solidas, ó por empeños poderosos, ó por investivas contra sus Partes. Hice un cómputo de lo que puede ganar; compúta lo que puede perder. Fatigase él mismo con mil pesadumbres, y mil cuidados inútiles; fatiga á todo el que encuentra con una larga, y molesta relacion de enfadosas circunstancias de un negocio que á solo él toca, y se imagina que nada hay tan importante, ni nada que iguale á su Pleyto. Este, y aquella no tienen otro fin que el establecimiento de sus familias: sus miras no se

es-

estenden á mas, que á la fortuna, y al matrimonio de uno de sus hijos; para esto examinan la antigüedad de la nobleza, y aun mucho mas lo quantioso de sus bienes, y el grado de favor de cada casa, á fin de hacer una alianza considerable; destinando los unos á la Iglesia sin discernimiento, y sin vocacion para mezclar con las riquezas de iniquidad el patrimonio de Jesu-Christo; forzando á los unos por continuos disgustos, y por violentas persuasiones á entrarse por desesperacion en Monasterios, no para consagrarse á Dios en ellos, sino por sacrificarse á la ambicion de sus padres, y á la elevacion de sus hermanos. ¿Y qué diré yo de aquellos, que reducen todos sus deseos á adquirir una vana reputacion por acciones brillantes segun el mundo; á conservar una fragil salud por afectadas delicadezas; y á llenar un espiritu orgulloso de inútiles curiosidades?

Todos estos fines, y todos estos deseos tienen en nuestra voluntad el lugar, que unicamente debe tener en ella nuestra salvacion. Y asi estos son unos desordenes esenciales, por los quales el hombre se apega á el mundo para quien no ha sido criado, en lugar de inclinarse á solo Dios, que le ha criado, y que solo él le puede hacer bueno, y bienaventurado. Esto es lo que Jesu-Christo tantas veces nos ha enseñado en el Evangelio: tan presto, que no se puede servir á dos Señores, y que asi es preciso reducir todas nuestras acciones á una unidad de culto, y de servicio: tan presto que una sola cosa es necesaria, y que asi debemos referir todos nuestros cuidados, y todos nuestros deseos á uno solo: tan presto que es necesario buscar ante todas cosas el Reyno del Cielo, esto es, que es necesario limitarnos, y estrecharnos en una unidad de designio, y conducir la obra de nuestra salvacion, sin que nada nos canse, ni nada nos retire de ella.

Pues qué, diréis vosotros, ¿es preciso vivir en el Mundo sin accion, y sin movimiento? ¿Es preciso renunciar todo lo que nos conviene, y aun lo que no es necesario? ¿No hay deseo que no sea criminal, ni bien que no esté prohibido? ¿Es acaso preciso mirar al Cielo incesantemente, y aban-

abandonar á la casualidad todo lo demás? No, Señores, esto sería tentar á Dios, cuya Providencia nos conduce por los caminos mismos del Mundo. Los estados, y los oficios de la vida, los talentos, y las ventajas naturales, ó adquiridas, los cuidados, ni los mismos bienes temporales, no son incompatibles con la salvacion, si se los retiene, y conserva en su orden, y en su uso. Dos principios hay que dividen las voluntades de los hombres, la codicia, y la caridad, y así como la codicia puede estar con la Fé, la caridad puede subsistir con los bienes de la tierra, quando se refieren á aquel que se espera en el Cielo. Esta es la regla que Jesu-Christo nos ha prescrito: *Quarite primúm regnum Dei, & hæc omnia adjicientur vobis.* (a) Como si dixese, dice San Chrysostomo: yo no quiero que ninguno os falte, sino que prefirais el mayor á los menores. Proveed las necesidades de esta vida, pero considerad la importancia de la otra. Recibid los bienes que os vienen, pero adorad la mano que os los dá. Sería orgullo, é imprudencia el reusarlos; pero tambien sería injusticia, é ingratitud el amarlos mas que al que los distribuye. Yo no os prohibo su uso, yo no vedó sino la inquietud, y el apego. Consiento en que seais ricos, pero quiero ante todas cosas que seais Santos. Reynad, si yo os he puesto sobre el Trono, pero sea yo solo quien reine sobre vosotros. Quiero colmaros de bienes, y prosperidades, pero tambien quiero ser su fin, así como soy el principio. De otro modo ¿qué desorden, si vosotros estimais mas los beneficios que al Bienhechor? y si en las gracias que os hago, y en los socorros que os doy, en lugar de ser el unico objeto de vuestro reconocimiento, y de vuestro amor, no fuese yo sino el ministro de vuestras pasiones, y el instrumento de vuestra vanagloria.

Y así los que conocen la dignidad de su fin jamás la pierden de vista. Todo lo que les conduce á él les es agradable. La palabra de Dios no les molesta, porque les instruye. La verdad no les ofende, porque les corrige. La

Ora-

(a) Matth. 6. v. 33.

Oracion no les cansa, porque desean lo que piden. La adversidad no les disgusta, porque los desprende del Mundo. La prosperidad no les engrie, porque aguardan otra gloria. La humildad no les desagradá, porque produce su elevacion. La Cruz de Jesu-Christo no les pesa, porque los santifica, y los salva. Están prontos á hacerlo todo, y á sufrirlo todo por aquel que puede darles todo quanto aman, y quanto esperan, porque tienen una voluntad plena, y entera de obtenerlo.

¡Pero qué raro es este fervor! Hablad á la mayor parte de los Christianos de las virtudes necesarias, y de las obligaciones esenciales de la Religion, creen ellos que es muy austera, que todo se lleva al extremo, que se pide lo mas por ganar lo menos. Toman las leyes de precepto, por consejos de perfeccion. No pudiendo acomodar el Mundo al Christianismo, acomodan el Christianismo al Mundo, y se hacen una medida de santidad proporcionada á su flaqueza. Yo no me precio, ni aspiro á ser (dicen ellos) tan gran Santo, eso lo dejó á los devotos, el ascender á tanta virtud. Un poco mas, ó menos adelantado en el Cielo importa poco, con tal que yo le consiga. Yo quiero salvarme á la verdad, pero no quiero precisamente mas que salvarme. ¡Ilusion manifiesta, Señores, ilusion! ¿Les parece á estos que para ganar el Cielo es bastante no obrar mal? ¿Creen que no es un grande mal no hacer todo el bien que se puede? ¿Creen que en este estado de tibieza, y de descuido en que están, no vivirán, y se quedarán muy inferiores á la debil idea, que tienen de su salvacion? Ignoran que Dios no dá sus gracias á los que no saben estimarlas, que los habitos, y costumbres christianas se borran como los demás insensiblemente, quando no se exercen, y que no se está lejos de llegar á ser malo, quando se teme el ser demasiado hombre de bien.

Pero aun quando todas estas razones no fuesen considerables, no tenia yo mas que deciros que todo Christiano está obligado á caminar á la perfeccion. Nosotros estamos en este Mundo como Viageros, ó Peregrinos desterrados de nuestra patria, y con la necesidad de bolver á ella: *A longe*

aspicientes, & salutantes, & confidentes, quia peregrini, & hospites sunt super terram, dice el Apostol. Pero este estado de viagero consiste en adelantarse en los caminos de Dios, y nada repugna tanto como vivir ocioso, y ationarse á las diversiones que se hallan en el lugar de nuestro destierro. Fuera de que el mandamiento que Dios nos ha hecho de amarle de todo nuestro corazon; el orden que hemos recibido de ser perfectos, como lo es nuestro Padre Celestial, la abundancia de Justicia que Jesu-Christo exige de nosotros superior á la de los Escribas, y Phariseos, la atencion, y la perpetua vigilancia que encarga á sus Discipulos, ¿no son obligaciones que nos impone? Es necesario que asi como hay una parte de nosotros mismos que siempre se inclina ácia la tierra, que hace todos los dias nuevos progresos, y que puede llegar á ser invencible; tambien es necesario, digo, que el alma se fortifique, que se observe á sí misma, que obre, que mantenga sus ventajas, y sus derechos, á fin de que disminuyendose la codicia, y concupiscencia, y llegandose á aumentar el amor de Dios, consuma la caridad del segundo Adán las impurezas del primero. Esto consiste en tener una voluntad plena, y entera, que corresponda á la dignidad del objeto. No resta mas que hacerla activa, y laboriosa para corresponder á la recompensa que la está preparada. Y aun me atrevo á pedir un momento de atencion para esta corta, pero util parte de mi Discurso, en que recojo en pocas palabras reflexiones muy importantes.

Es un orden establecido por Dios, que no se llega á la Gloria que ha preparado á sus escogidos, sino por el trabajo, por la accion, y por los sufrimientos; yá porque siendo la gloria el fruto de los trabajos de Jesu-Christo crucificado, debemos adquirirla por los mismos caminos que nos la ha merecido; yá porque nosotros no podemos entrar despues de nuestra muerte en el Santuario del Dios de la pureza, sino despues de havernos purificado nosotros mismos por las santas prácticas de la penitencia; yá porque la Providencia de Dios haya querido imponernos la necesidad de

trabajar incesantemente en nuestra salvacion, y excitarnos á cumplir todas sus leyes por la esperanza de sus recompensas; y asi todas las expresiones de que se vale la Escritura, para darnos á conocer esta gloria, incluyen lo que es necesario hacer para conseguirla. Porque ¿qué es la gloria? Es una recompensa, luego es necesario haver trabajado, haver servido para lograrla. Es la Corona de Justicia, luego es necesario haver combatido, y vencido á los enemigos para merecerla; es el Reyno de los Cielos, y Jesu-Christo nos enseña, que es preciso conquistarle; es aquella tierra prometida por donde corren arroyos de leche, y miel; pero no se llega á ella sino por las tribulaciones, que se padecen en el desierto de este Mundo; y en fin, es la bienaventuranza del hombre, pero esa bienaventuranza en esta vida se aplica á la pobreza, á la humildad, y á la paciencia: *Beati pauperes, beati mites, &c.*

¡Pero, oh flaqueza! oh! ¡Cobardía del corazon humano, y del corazon Christiano! En lugar de que la grandeza de la recompensa debiera obligarnos al trabajo, la dificultad del trabajo nos hace renunciar la recompensa; y tocados mas de algunas penas pasajeras, que de la esperanza de una felicidad que es eterna, en lugar de emprenderlo todo para merecerla, reusamos el merecerla por no vernos obligados á emprender nada. Y asi el deseo que nosotros tenemos de ser felices, no es una impresion del Espiritu de Dios que nos inclina á buscar nuestro fin, y nuestra felicidad soberana, sino un simple movimiento de la naturaleza, que por corrompida que esté, no deja de solicitar su reposo, y su felicidad. Con todo eso, nada hay que sea tan contrario al estado del Christiano, ni nada que tanto invierta el orden de la redencion.

Para comprehender esta verdad, Señores, notad conmigo que el hombre cayó en dos desgracias por el pecado. Desobedeció á Dios, fue despojado de su inocencia, y se hizo delinquente. Despues cayó en la miseria, y en el dolor, y se hallaba deudor á la justicia de Dios, de un eterno castigo. Para salvarle de este estado, y restablecerle en aquel de que havia sido despojado, Jesu-Christo ha se-

guido el mismo orden: primeramente le ha librado del pecado, apartandole del mal, inclinandole al bien, santificandole, revocando en él su imagen, y bolviendole la santidad, y la justicia que havia perdido, y le ha hecho agradable á Dios: Ve aqui la primera parte de la salvacion; la segunda es un efecto, ó consecuencia de esta. Le ha restablecido en todos los derechos, que tenia sobre la bienaventuranza en el estado de su inocencia, y le ha merecido esta gloria, que es un efecto de la santificacion. De aqui es facil comprehender que el fin primero, y principal de la redencion es hacernos Santos, y gratos á Dios. En efecto, quando el Angel le dá á Jesu-Christo el titulo de Salvador, no es porque colmará al Pueblo de bendiciones temporales, porque le llevará la paz, y la abundancia, porque le librá de miserias; su primer designio es librarle de sus pecados: *Ipsé enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.* (a)

A nosotros toca el trabajar en nuestra salvacion por el mismo orden que Jesu-Christo ha observado en ella. Estamos sin duda tocados del placer que hay de ser del numero de los Bienaventurados que oy nos representa la Iglesia; pero, ¿y tenemos el valor de imitarlos? Ellos no han comenzado á ser gloriosos, sino despues de haver sido firmes, y constantes en su Fé, ardientes en su Caridad, pacientes en sus trabajos, humildes en sus conversaciones, é infatigables en su penitencia: ¿en qué nos asemejamos á ellos, y qué razon tenemos de no asemejarnos, y parecerles?

Ya no estamos, direis vosotros, en aquellos felices tiempos, en que todos los Christianos eran Santos. Yo confieso, que nos hemos apartado, y estamos muy distantes de la pureza de costumbres de nuestros Padres, y que diez y siete siglos que han pasado desde Jesu-Christo hasta nosotros, son como otros tantos grados, por los quales hemos, al pa-

(a) Matth. 1. v. 21.

recer, bajado, y como caído de aquella primera perfeccion. ¿Pero la mano de Dios se ha por ventura encogido? ¿La Ley Divina, á pesar de la revolucion de los tiempos, no es inmutable, y eterna? No hay un Jesu-Christo de ayer, y de oy; decia el Apostol, ¿y no es el mismo en todos los siglos? (a) No nos justifiquemos á expensas del publico, y no atribuyamos nuestra malicia á la del siglo; aun hay almas fieles que el mundo no ha corrompido; ¿por qué no somos nosotros de este numero? ¿Por qué no resistimos al torrente como ellas? Oíd esta sentencia de la Escritura: *Ne dicas, quare priora tempora meliora fuerunt quàm nunc sunt, stulta enim est hujusmodi interrogatio.* (b) Guardate de decir; ¿de qué proviene que los primeros tiempos han sido mejores que los presentes? Pues semejante pregunta es muy necia. Porque es atribuir á la conducta de Dios, lo que no es causado sino por el desarreglo del hombre; los tiempos no son buenos, ó malos, sino á proporcion que los hombres son justos, ó injustos. Sus pecados son, ó sus virtudes las que hacen buenos, ó malos los dias, decia San Geronimo; y asi no preguntemos por qué los primeros tiempos han sido mejores que los nuestros, preguntemonos antes á nosotros mismos; ¿por qué no somos nosotros tan buenos como los que han vivido en los primeros tiempos, pues el mismo Dios que los ha hecho á ellos Santos, aun está pronto á santificarnos á nosotros; y que ha sido, y será verdadero en todo tiempo; que nuestra salud eterna viene de Dios, y nuestra pérdida de nosotros mismos?

Verdad es, direis vosotros; ¿pero como tengo yo de ser Santo como ellos, si Dios no me dá la misma gracia que á ellos les ha hecho? Juzgaos á vosotros mismos: ¿os ponéis vosotros en estado de obtener esta gracia? ¿la deseais con ardor? ¿la esperais con confianza? ¿la aguardais con humildad? ¿la pedis con perseverancia? ¿la recibireis con alegría? ¿la conservareis con fidelidad? Vosotros no trabajais en

(a) Hebr. 13. v. 8. (b) Eccl. c. 7. v. 11.

en obtenerla; y no es justo que la pereza recoja lo que debe ser el fruto del trabajo, y que sea recompensada quando merece ser castigada.

Si me decís que este trabajo es difícil, que os sería preciso hacer demasiados esfuerzos sobre vosotros mismos, y pasar por una larga serie de acciones poco conformes á vuestro estado, ó á vuestro genio; yo os confieso de buena fé que las dificultades son grandes; pero, y los socorros, ó auxilios que tenéis, son acaso menores? Dios os promete tantas veces en sus Escrituras, que os conducirá el mismo por la mano, que allanará los caminos asperos, que os dará un espíritu, y un corazón nuevo. ¿Dudáis acaso, ó de la verdad de su palabra, ó del poder de su gracia? ¿Por quién ha derramado Jesu-Christo su Sangre? ¿Por qué ha instituído los Sacramentos? ¿Por qué ha embiado el Espíritu Santo?

Pero quiero que estos trabajos sean tan grandes como vosotros os los imagináis, pongo á vuestra conciencia por testigo; no es verdad que sufrís tanto por satisfacer vuestras pasiones, como sería necesario sufrir para hacer vuestra salvacion? ¿Qué no se emprende por abanzarse en la fortuna? Es preciso velar en sus intereses continuamente, hacerse muy obsequioso hasta dar en bajeza, experimentar todos los disgustos, que acompañan de ordinario á las esperanzas, y á las fortunas dudosas. Es necesario sufrir los ataques de sus enemigos, las trayciones secretas de sus envidiosos, los zelos de sus iguales, las burlas de sus inferiores, y los caprichos de sus superiores; y con todo eso sus proyectos no dejan de ser trastornados por imprevistas revoluciones, y por secretos juicios de la Providencia de Dios, á que llaman destino, ó fortuna, y que los aparta para siempre de sus fines. ¿Qué no se hace por la salud de los Cuerpos? Empleanse todas las fuerzas de la naturaleza, compranse todos los secretos del arte. Privanse de todos los placeres, toleranse incisiones, y martyrios, abandonase una parte del cuerpo, para salvar la otra; y se pierde su vida, si es lícito decirlo así, por conservarla; y esto por vivir algunos dias mas, por ver, por sufrir, y por hacer un poco mas

mas de mal: y por una vida solida en su goce, eterna en su duracion, é infinita en sus bienes, se cansa uno de un poco de humillacion, ó de penitencia.

Señor, vos que mudáis los corazones, y que dais, quando os place, el poder, y la voluntad de vivir christianamente, haced en nosotros una mudanza que sea digna de vuestra misericordia. Hacednos dociles á vuestra verdad, flexibles á vuestra gracia, obedientes á vuestra ley, y dignos de vuestras recompensas. Formad en nosotros aquella voluntad fuerte que hace despreciar los bienes presentes, y buscar los futuros. Formad en nosotros aquella voluntad plena, y entera que hace que uno se llegue constantemente á vos, y que nada se desee fuera de vos. Haced que lleguemos á ser justos para obtener la corona de justicia, y que seamos insensibles á los encantos del mundo, para que podamos ser saciados de vuestras dulzuras espirituales, y celestiales. Vos nos haveis enseñado á haceros esta oracion, ó peticion: Vos sois mi Padre, vos sois mi Dios, vos sois el depositario de mi eterna salud: *Ipse invocabit me, Pater meus es tu, Deus meus, & susceptor salutis meae.* (a) Vos sois mi Padre; ¿qué no debo yo esperar de vuestra bondad? Vos queréis salvarme. Vos sois mi Dios, ¿qué es lo que se resiste á vuestras voluntades? Vos podeis salvarme. Vos sois el depositario de mi salvacion, mi alma está en vuestras manos, y yo me atrevo á decir, que vos me debeis salvar... Vos no haveis comenzado vuestra obra para dejarla imperfecta. Si soy fiel á vuestra gracia, y á vuestra ley, vos seréis fiel á vuestra palabra. Yo no desconfio de vos, sino de mí mismo; no temo que vuestra gracia me falte; temo sí faltar yo á vuestra gracia. Yo os pido, pues, Señor, aquella fidelidad que vos me pedís: solamente por vos, es por quien yo puedo ser Santo sobre la tierra, para merecer el ser bienaventurado en el Cielo, que yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. *Amen.*

SER

(a) Psalm. 88. v. 27.

S E R M O N
PARA EL PRIMER DOMINGO
DE ADVIENTO.

Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna, & majestate.

Entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube, con un grande poder, y magestad. *En San Lucas cap. 21. v. 27.*



Quando Jesu-Christo instruye à sus Discipulos de las funestas circunstancias de su ultimo juicio les representa las pasiones de los hombres, y la turbacion universal de la naturaleza: aquellas sangrientas guerras, en que los pueblos armados unos contra otros, para satisfacer sus propios odios, ejecutarán los juicios de Dios con anticipacion; aquellas crueles divisiones en que Ciudadanos contra Ciudadanos arruinarán su patria por muertes, y parricidios; aquellas esterilidades de la tierra que consumirán de languidez à los que se huvieren libertado del furor, y de las violencias de las armas; aquellas revoluciones del Cielo, en que obscurecidos los Astros dejarán al Mundo en el horror, en la confusion, y en las tinieblas. Ya los Sepuleros de los Muertos estarán abiertos, y sus cenizas reanimadas. Ya se dejará ver en los ayres aquella terrible nube, que ha de servir de

de Tribunal al Soberano Juez. Ya aquellas vivas luces, que segun el Propheta, saliendo de los ojos, y del rostro de Dios quando juzgue, penetrarán aquella obscuridad; y todo el universo en suspension aguardará la sentencia decisiva, y publica de su felicidad, ó infelicidad eterna. Y yo con San Bernardo saco esta consecuencia: ¿Pues qual será la execucion de este juicio, si el aparato es tan terrible? ¿Y qué será Dios quando castigue, si es tan tremendo quando aun no hace mas que amenazar?

Pero quando el mismo Hijo de Dios aparezca, entonces se verá la nada de las grandezas humanas; un rayo de su magestad borrarà todo quanto hay en ellas de gloria mundana; á él solo pertencerà todo honor, y toda alabanza. Ya no havrá mas diferencia alguna de condicion, que la que pondrá la misericordia, que coronará á los unos, ó la justicia, que castigará á los otros; grandes, y pequeños serán todos confundidos, igualmente humillados, y se cumplirá aquel oraculo del Propheta: *Humiliabitur altitudo virorum, & exaltabitur Dominus solus in die illa.* (a) Solo Dios será grande en aquel dia. Grande para los Santos, que verán en él el objeto de su eterna felicidad; grande para los réprobos, que caerán delante de aquella Magestad, á que tantas veces ofendieron. Ya no verán mas á este Mundo que tanto han amado, havrá pasado como un sueño. Ya no verán mas aquellas riquezas de que hacian tanto caso, el fuego de la venganza de Dios, havrá consumido todos estos objetos de su codicia. Ya no verán mas sus placeres, sino como materia de su suplicio. Todo su espectáculo estará reducido á verse ellos mismos, y á ver à su Juez. Verán por una parte la diformidad de sus pecados, y por otra la Justicia de Dios. *No quisieron conocerse para corregirse, y Dios los hará conocer à ellos mismos para confundirlos.* Este será el primer Punto de este Discurso. *No quisieron usar de la misericordia de Dios en esta vida,*

(a) Isai. 2. v. 17.
Tom. 5.

y verán hasta donde llega su justicia en la otra. Y esta es la segunda parte. ¡Qué no pueda yo, Señores, deciros lo que Jesu-Christo decia á sus Discipulos! Pero vosotros quando sucedieren estas cosas, miradlas desde un lugar seguro, y levantad vuestras cabezas, *respicite, & levate capita vestra.* (a) Pero me temo que no tengais motivo de tener en vuestros corazones esta confianza; y me contento con exortaros á levantar conmigo los ojos al Cielo para pedir á Dios las gracias que nos son necesarias por la intercesion de la Virgen, á quien dirémos con el Angel:

AVE MARIA,

PUNTO PRIMERO.

UNA de las principales circunstancias del juicio universal, será la vergüenza de los pecadores, quando Dios, que conoce lo secreto de los corazones, descubrirá sus criminales conciencias, á la vista, y al juicio de todas las Naciones juntas; circunstancia tanto mas terrible, quanto nosotros somos naturalmente inclinados á ocultar nuestros pecados, y que tendremos un Juez, cuyos perspicaces ojos penetrarán hasta las menores impurezas en nuestras almas. La Escritura está llena de testimonios de esta verdad; tan presto nos advierte que no habrá, ni un pecado secreto, que no llegue á ser publico, aunque él haya estado oculto bajo los mas espesos velos de la disimulacion; aunque haya estado embuelto en los mas oscuros senos de un corazon hypocrita, aunque se haya escapado á la vista de todos los hombres, y aun de aquel mismo que le ha cometido, nada quedará oculto, que no se revele: *Nihil opertum, quod non revelabitur, & occultum, quod non scietur.* (b) Tan presto nos exorta á no juzgar de las acciones de otro, hasta que venga el Señor, que iluminará las

(a) Luc. 21. v. 28. (b) Math. 10. v. 26.

las tinieblas mas espesas, y hará visibiles las mas secretas intenciones de los corazones, para que cada uno reciba de él, ó la aprobacion que su virtud huviere merecido, ó el vituperio que debe aguardar de su vicio: *Qui revelabit abscondita tenebrarum, & manifestabit consilia cordium.* (a) Ella nos asegura que nuestros pecados están contados, y que este cumulo de iniquidades está reservado, y sellado delante de Dios para el dia de su venganza: *Nonne haec condita sunt, & signata,* (b) de suerte que de tantos frivolos discursos, de tantas miradas impuras, de tantos pensamientos extravagantes, de tantas ignorancias, y omisiones afectadas, de tantas mordaces murmuraciones, de tantas avaricias sórdidas, de tantas impiedades secretas, ó manifestadas, segun la dureza, ó la impenitencia del corazon de los hombres, se hace delante de Dios como un tesoro, y un deposito de colera para ser descubierto en el dia de la venganza, y de la revelacion del justo juicio de Dios: *secundum duritiam tuam; & impenitens cor, thesaurizas tibi iram in die ira, & revelationis justi judicij Dei,* (c) dice el Apostol.

Esta verdad está fundada sobre que Dios, que lo vé todo, lo revelará todo, y que por consiguiente será juez, y testigo á un mismo tiempo. Pero hay esta diferencia entre los juicios de los hombres, y los de Dios, que los primeros son limitados en su conocimiento, y largos en su discusion. El conocimiento de los hombres no se estiende sino á las acciones exteriores, y á los pecados consumados, y á lo mas no llega sino á los delitos que turban el orden visible de la Sociedad; pero Dios que penetra el fondo de nuestras acciones, que discierne no solamente el pecado, sino tambien la intencion del pecador; y que descubriendo al delito en su origen, y en su principio, aun antes que se haya cumplido, vé todos los desordenes del

(a) 1. ad Cor. 4. v. 5. (b) Deuter. 32. v. 34.

(c) Ad Rom. 2. v. 5.

corazon en el corazon, y las malicias del alma en el alma misma, y juzga las voluntades criminales, como los delitos efectivos. Segundo: La justicia humana tiene reglas que la limitan, y estrechan en sus funciones; porque tiene sus preocupaciones, sus intereses, y sus flaquezas; tiene tambien ciertos usos, y cierto orden que se le han impuesto para su régimen. De aqui provienen las quejas, las acusaciones, los tormentos, y las otras formalidades, que son el camino ordinario de los conocimientos humanos. Pero Dios es el mismo su ley, y su regla, y como no puede, ni engañarse en sus pensamientos, ni exceder en sus juicios, ni ignorar la verdad, ni disimularla; él solo será el acusador, y el testigo, el Juez, y el vengador de todos los delitos.

Por esto es, por lo que Jesu-Christo tendrá todos los derechos, y todo el poder de juzgar, porque es por un atributo particular la sabiduría, la luz, y la verdad. Sabiduría que descubrirá todos los rodeos de la disimulacion, y del fraude. Entonces se verán esas calumnias manejadas con tanto arte, para oprimir al inocente; Esos medios de conseguir por injusticias secretas: Todas las astucias de la prudencia de la carne, ingeniosa en inventarlas, y no menos diestra en encubrirlas: Luz que se estenderá sobre el pecador, y sobre el pecado, para confundir al uno, y descubrir al otro. A esta luz se verán las acciones mas viles, aquellas bajezas, que se huvieran querido poderse ocultar aun á sí mismo; aquellos golpes dados á la sordina para arruinar la reputacion, ó la fortuna de un hombre de bien: Verdad que separará las realidades de las apariencias, y que mostrará el fondo de nuestras acciones sin detenerse en la superficie. Entonces nada habrá que no sea verdad: Esos vicios, que los aduladores apellidaban virtudes, despoja los del velo de reputacion, y de alabanza, bolverán á tomar su verdadera forma de vicios. Esas riquezas adquiridas con tanta industria, separada esta, no serán mas que un crecido número de litrocinos, y de injusticias. Esas amiltades que se creen tan puras, quando se les quite esa apariencia

de

de honestidad que las cubre, se conocerán tales, quales son, esto es, un vil comercio de interés, ó de impureza. Esas limosnas quando se les borre el color de caridad que se las dá, no serán mas que vanas ostentaciones, ó compasiones naturales. Esas humildades, que admiran, quando se les quita la mascara que las cubre, no serán quizá sino vanidades disfrazadas. Esas Confesiones, y esas Comuniones desnudas de las formas exteriores de la penitencia, y de la piedad que solo tuvieron, no serán mas que lo que han sido, costumbres sin reflexion, y respetos sacrilegos. Y sea que el pecado haya dejado en nosotros una impresion, ó como dice Tertuliano, una marca, como una señal de infamia gravada en el fondo de nuestras conciencias, y que una luz divina hará á todas estas señales visibles, y palpables; ya sea que Dios, estrechando los corazones de los pecadores, los obligará por la fuerza de la verdad á manifestar delante de sí todos sus pensamientos, y sacará de sus bocas criminales unas confesiones forzadas de su vida, y de su conducta. O sea, en fin, que Dios declarará á cada uno su conciencia, y la de los otros, é imprimirá en su imaginacion sus faltas pública, ó secretas. Como quiera que sea, por ocultas que hayan sido vuestras acciones, Dios será luz para descubrirlas: *Quascumque factis tuis umbras subtraxeris, Deus lumen est.*

La razon de esta conducta de Dios en el ultimo Juicio es el pertenecer al cumplimiento, y á la perfeccion de su Justicia hacer conocer á cada uno el motivo de su salvacion, ó de su pérdida, y de justificar delante de todo el mundo la sentencia, que ha de pronunciar. Yo bien sé, Señores, que los juicios de Dios son siempre verdaderos, y que llevan su justificacion consigo: *Judicia Domini vera, justificata in semetipsa;* (a) porque no busca en el castigo de los hombres una vana ostentacion de su grandeza, sino pruebas de su equidad suprema. Yo bien sé, que la voluntad de Dios, y su Justicia, es una misma cosa; que tiene

po-

(a) Psalm. 18. v. 10.

poder supremo, por el qual nada se le puede resistir, ni en el Cielo, ni en la Tierra, ni en los Infernos; y un poder de derecho, y de autoridad, por el qual todo quanto hace es justo; y así ora castigue, ora recompense, aunque las causas de su bondad, ó de su rigor las ignoremos, no dejan de ser justas, y equitativas. A nadie tiene que dar cuenta sino á sí mismo, *Quis dicet tibi, quid fecisti? aut quis stabit contra iudicium tuum? quis imputavit tibi si perierint nationes?* (a) Quien ha de haver Dios mio, que os diga, por qué juzgais así? ¿Quien ha de tomar la defensa de los que vos condenareis? ¿Quien será el que os impute la pérdida de unas naciones, que vos haveis hecho? ¿Quien es el que se atreverá á contradeciros, y á reformar vuestros juicios? No obstante quiere por una convicción pública cerrar la boca á los impíos, haciendo ver á cada uno los pecados de todos, y á todos los pecados de cada uno en particular; quiere que su justicia sea reconocida, y que los que la sintieren, no puedan disconvenir ellos mismos quando se veán como son en sí.

Porque la mayor parte de los hombres, ó disminuyen sus pecados, ó los ignoran, ó los ocultan. ¿Qué excusas, qué justificaciones, no hallan ellos? Si son poderosos, creen que son sobre las leyes, y que se debe respetar su autoridad aún á expensas mismas de la Religion. Si son obscuros, creen que importa poco de qualquier modo que vivan. En sus primeros deslices pretenden, que las primeras faltas son excusables; si continúan largo tiempo acusan á la fuerza de sus malos hábitos que no han querido dominar. Si son delicados, quieren que se les perdone, y se les contemple; y así debilitando en sus espíritus sus pecados, los miran por defuera; los cometen sin temor, y se acusan de ellos sin dolor; van con la cabeza erguida á los pies de un Sacerdote; la menor severidad los ofende. Es necesario que un Confesor elija sus terminos por no tocar á su delicadeza, y en

nu

(a) Sap. 12. v. 12.

un Tribunal tan serio, y tan absoluto como es el de la penitencia, se diría que el Juez tiembla delante del reo, y que le pide como una gracia le conceda tomar algun cuidado de su salvacion: tal es la indulgencia de los pecadores para consigo mismos, lisonjeanse á sí mismos, y á sí mismos se engañan; quien hay que no tenga una Apología prevenida de antemano, para su pecado dominante? ¿Y quien es el que no se hace una especie de inocencia por la comparacion de aquellos, que cree peores que él? ¿Quien es el que no procura cegarse á sí mismo, y corromper su propria conciencia? Justo es, pues, que haya un día de conocimiento, y de revelacion, como habla la Escritura: *In die agnitionis.* (a) *In die revelationis,* (b) en que cada uno sea representado á sí mismo en su estado natural, en que presida sola la verdad, que es la forma, y la regla de los juicios irreprehensibles, en que todas las falsas reglas que hemos aplicado á nuestras acciones sean producidas, y arregladas por la infalible, é inmutable regla de la Ley Divina, y en que aquella luz, que tantas veces hemos ahogado, justificandonos á nuestros propios ojos, nos descubra enteramente á nosotros mismos, á fin de que Dios sea justificado, y que sus juicios no puedan ser reprehendidos: *Ut justificeris in sermonibus tuis, & vincas cum iudicaris;* (c) y que el hombre reconozca así la grandeza de sus pecados, como la vanidad de las excusas, que busca para disminuirlos.

Poco queria desear, si no hiciese mas que excusar sus faltas, pero por su desgracia, tambien las ignora. Dos suertes hay de ignorancia, la una es casi necesaria, é inevitable, la otra es voluntaria, y afectada: la primera es efecto, y la pena del primer pecado. Estas son aquellas nubes que se levantan en nosotros, que ordinariamente nos ocultan ciertos lugares de nosotros mismos, por cuidado que pongamos en conocernos; ciertos deseos ocultos en el fondo del alma, que

(a) Sap. 3. v. 18.

(b) Ad Rom. 2. v. 5.

(c) Psalm. 50. v. 5.

que son tan invisibles, y tan imperceptibles como el alma misma, que los oculta, y retiene, sin que los perciba. Estos son aquellos mysterios de su iniquidad, que pasan en nosotros, que jamás descubriremos, si el espíritu de Dios no entra en nosotros, y no alumbra con su luz. Por esto la Escritura despues de haver dicho que los caminos de Dios son impenetrables, nos advierte, que tambien lo son los de el hombre, porque asi como hay en Dios una profundidad de luz, y de sabiduria que es impenetrable á los hombres, y á los Angeles, hay tambien en el hombre despues que se desordenó una profundidad de tinieblas, y de extravio que le hace obrar de un modo incomprehensible á los otros, y á sí mismo. Esto es lo que hacia decir al Rey Propheta: Señor no te acuerdes de mis ignorancias, *Ignorantias meas ne memineris*; (a) como si huviese dicho: Yo trabajo Señor en destruir en mí estas vehementes pasiones que me agitan; como se dejan sentir, se hacen tambien conocer, y llorar; y asi yo me defiengo de ellas, y las combato; pero por lo que toca á aquellas pasiones desconocidas, que conservo en mí sin saberlo, esas le toca á vuestra misericordia el perdonarlas. A vuestra gracia, y poder le pertenece destruir estos enemigos ocultos, que me pueden dañar, y de quienes yo no me puedo defender.

La Santa Escritura nos enseña que es necesario gemir á vista de sus ignorancias; y el Espíritu Santo en los Libros de la antigua Ley, ha señalado las reglas, y la forma de los sacrificios para expiar estas faltas desconocidas antes que Dios las muestre, y las castigue en su juicio. Pero hay una ignorancia afectada, y voluntaria que proviene no de una falta de luz, sino de una falta de cuidado, y de reflexion. Esta es aquella ceguedad que nos causamos nosotros mismos quando descuidamos del conocimiento de nuestras obligaciones, no sea que la obligacion de cumplirlas nos inste demasiado, supuesto que las conocemos, y estamos preci-

(a) Psalm. 24. v. 7.

sados á renunciar nuestras pasiones; ò que no nos fatiguen un molesto remordimiento, que turbe nuestro reposo, y nuestro placer, como si no huviese juicio alguno, y fuese permitido el vivir al arbitrio, y casualidad.

En efecto, ¿quienes son los que hacen reflexion sobre su conducta? ¿quienes son los que tienen inteligencia de sus pecados, *delicta quis intelligit?* (a) Unos se nos huyen, dice San Agustín, ó por la poca precaucion, que tenemos en evitarlos, ó por la facilidad que tenemos en cometerlos: Nosotros nos apartamos de otros, resilliendo á nuestras luces, y por complacer nuestras pasiones, ò formandonos falsos principios, ó por disminuir la injusticia, ó para borrar su memoria. ¿Piensa alguno en los pecados de uso, y de empleo? Se aprovecha del tiempo que tiene para ganar una eternidad? ¿Qué parte de él se emplea en su Salvacion? ¿El juego, la conversacion, los negocios no son la ocupacion de la mayor parte de los hombres, quiero decir, de los hombres de bien segun el mundo? Toda su vida se reduce á espectaculos que se han visto, á cumplimientos que se han hecho, á visitas que se han tenido, á noticias, que se han recibido, ó se han dado; ellos pasan sin escrupulo estos años de diversion que apenas interrumpen algunas exterioridades de Religion, que exige el mismo mundo, por un remordimiento, que una reflexion importuna havrà sacado de un corazon cansado acaso ya de los placeres, y por suspiros que el peligro de una cercana muerte arrancará de su debil espíritu, y de su conciencia asustada. No obstante se dará cuenta á Dios de tantos vanos, è inútiles momentos: y si Jesu Christo en su Evangelio nos asegura que una palabra ociosa será rigurosamente condenada, y castigada, ¿qué será de una vida que no ha sido sino una larga, y esteril ociosidad? ¿Qué uso se hace de los bienes del mundo? Se vale de él para mantener la vanidad con excesivos gastos, ó para satisfacer su avaricia por amontonados ahorros. No se informa uno ni de las

(a) Psalm. 18. v. 13.

desgracias del tiempo, ni de las miserias de los pobres. Se cree no ser grande, ni ser rico sino para sí mismo. Con tal que no se tome el bien ageno, se cree poder abusar incontinentemente del suyo. Unas veces es preciso sostener su calidad, y condicion; otras es necesario amontonar para sus hijos; de este modo se forma de su avaricia una virtud de su condicion, y se quiere ser prudente, quando es necesario ser caritativo. Con todo eso, el juicio parece que todo se ha de reducir á esto, *esurivi, & non dedistis mihi manducare.* (a) Nadie reflexiona en ello, *delicta quis intelligit?* (b) ¿Y hay alguno que se examine sobre sus pecados de conversacion? ¿En qué vienen á parar todas las conversaciones de oy dia, sino en divertirse á costa de otro, y en quitarse la reputacion los unos á los otros? Este es el gusto de los que hablan, este es el placer de los que escuchan, sin esto las conversaciones se acaban, la gente no tiene gracia; con esto cada uno agrada, cada uno se insinúa, cada uno se explica felizmente; este vicio ha venido á hacerse tan comun, que ha llegado casi ya á no sentirse: ya se ha hecho un punto de sinceridad, y de buena fé, el no disimular nada de lo que es poco ventajoso á aquellos de quienes se habla. Los oidos se han acostumbrado á esta especie de language nada caritativo, ni Christiano; todo consiste en el modo de decirlo; porque aun en los pecados mismos mas crueles, se quiere guardar alguna apariencia de politica. Una de las murmuraciones mas viles, é insoportables, es desgarrar sin piedad la reputacion del proximo; esto es, asesinar inhumanamente á su hermano. Pero un hombre de bien se sabe manejar mejor, envenena con arte los dardos de su maledicencia, dá principio á un discurso sangriento, por un prefacio lisonjero, y diciendo bien al principio, para mejor esforzar despues el mal que va á decir, adorna la víctima que quiere degollar, y cree que es mas inocente, quando arroja algunos puñados de flores sobre el Altar, que quiere ensangrentar con su sacrificio.

Aun

(a) Matth, 25. v. 42. (b) Ubi supra.

Aun aquellos mismos que se precian de piadosos no están esentos de este vicio. Y no obstante que la injuria que se hace al proximo, la dificultad de repararla, la impresion, y los progresos que de ordinario hace una murmuracion, que sirve de instrumento á la pasion de unos, ó de fomento á la malicia de otros, y todas las consecuencias de que se hace responsable, debieran hacer temblar, ¿quien conoce el delito que es? *Delicta quis intelligit?* Quien es, dice San Chrysostomo, el que conoce, ó que quiere conocer los pecados de su estado, y de su profesion? Ya porque siendo mas conformes á nuestras inclinaciones, se nos hacen mas familiares, ya porque siendo muchas veces reiterados casi aun no se dejan sentir; ó sea porque teniendo mas proporcion con nosotros, ordinariamente los consideramos como derechos, y como obligaciones dependientes de nuestro empleo. Los Magistrados que tienen la justicia en sus manos, quando la hacen declinar á la parte de la sangre, de la amistad, del favor, ó del partido, quando dan una interpretacion favorable, ó perniciosa á los negocios, mostrandolos por buena, ó mala parte, quando por dilaciones infinitas cansan la paciencia de los miserables, creen que es un derecho de su estado, y que son dueños de la Justicia; ellos comparecerán delante del Tribunal de Jesu-Christo, y sus injustos juicios caerán algun dia sobre ellos mismos. Quantas personas consagradas á Dios cometen faltas que no perciben! Quantas infidelidades hechas á Dios, quantos desordenes en sus palabras! Quantas veces ofenden la conciencia de los debiles por los malos exemplos que los dan? ¿A qué usos destinan los bienes de que no son sino dispensadores, y economos? ¿Qué cuidado tienen de instruir á los ignorantes, y de atraer á Dios los que se extravian? Ven la reputacion que les dá su dignidad, pero no conocen las obligaciones, ni los peligros de su ministerio: *Delicta quis intelligit?*

Para confundir tantas suertes de pecadores, y para hacerles ver lo que han ignorado, bajará el mismo Dios, dice el Propheta, *Ecce vigil, & sanctus de Cælo descendit,*

F 2

dit,

dit, (a) atribuyendo al Soberano Juez dos qualidades, la vigilancia, y la Santidad; para denotar, que ni la distancia, ni las tinieblas, ni el silencio, ni el secreto, nada havrán podido ocultar á su conocimiento, y que nada profano, nada mundano, nada injusto havrá podido ser tolerable á su Santidad; y que así llenará á los impios de confusion, viniendo á ser su Juez, y obligandolos á ellos mismos á ser sus acusadores; lo que será una de las mas rigurosas penas del Juicio.

Nada hay tan triste como la vista de nuestros pecados, quando no es la misericordia de Dios, quien nos los muestra para excitarnos á la humildad, y á la penitencia. Jesu Christo nos enseña que todos los que hacen mal no pueden sufrir la luz, porque los humilla, y los descubre lo que su amor proprio les quiere ocultar: *Omnis qui male agit, odit lucem, & non venit ad lucem, ut non manifestentur opera ejus.* (b) El Rey Profeta protesta, que no puede haver ni paz ni reposo en su alma, mientras que sus pecados, como importunos spectros se le aparecen aun en medio mismo de sus placeres, *non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum:* (c) y la mayor amenaza que Dios hace á un pecador es la de representarle á sí mismo: *Arguam te, & statuam contra faciem tuam.* (d) ¿Quien hay que no busque el explayarse, y perder la memoria de sí mismo por una vana aplicacion á las cosas exteriores? ¿De donde nace que los hombres vivan en una agitacion perpetua, que se ocupen en los negocios, en la ciencia, en los juegos, y que se llenen de deseos, y de esperanzas? ¿De qué provienen esos cuidados, que se tienen; ó que se forman, quando no se tienen, esas ideas que siempre se llevan fuera de sí, por no caer en el conocimiento de sus defectos, esa ansia de diversiones que disipan la imaginacion, y la encaminan á unos objetos extraños? ¿De donde viene ese horror

(a) Daniel. 4. v. 10.

(b) Joan. 3. v. 20.

(c) Psal. 37. v. 4.

(d) Psal. 49. v. 21.

ror que se tiene á la soledad, de que no estando uno embebido de esta grande diversidad de objetos, se halla reducido á vivir consigo, y á pensar en sí mismo? ¿Esas diversiones, que se buscan no tanto por el placer que se halla en ellas, como porque se pierde la molestia de reflexionar sobre sus acciones? En fin, ó sea que el alma que no está unida á Dios, nada halla en sí que la contente, ó sea que tema el perder sus placeres, si se pone á considerar el vacío que hay en ellos, ya sea que molestanda de su condicion después del pecado, evite el disgusto, y la amargura que la causaria la atencion que hiciese sobre sí misma; lo que sucede es, que se hace un arte de olvidarse, quando debiera hacerse un estudio de conocerse. Se cree haver ganado los dias, y los momentos que se hurtan á sí mismos, y por una contradiccion difícil de comprehender, el hombre que tanto se ama, no se puede sufrir, aquel que todo lo refiere á sí, no hace reflexion alguna sobre sí mismo; él se busca, y se huye, y nada teme tanto, como conocerse á sí propio.

Pues si tanta dificultad se siente en examinarse, quando hay lugar de corregirse, y quando se goza siempre del placer del pecado, ¿qué suplicio será, pues, para los pecadores quando se verán tales como son en sí, quando una constante luz les represente una terrible idea de sí mismos, idea que formará no una humildad de penitencia, sino una humillacion de desesperacion? Verán sus pecados, no como materia de sus placeres, sino como motivo de su condenacion. La adulacion ya no los pretextará mas, el amor proprio no los disimulará mas, la impunidad no los asegurará mas, la autoridad no los sostendrá mas, las tinieblas no los ocultarán mas, la penitencia no los reparará mas, la Sangre de Jesu-Christo no los borrarán mas; ya no havrá mas que la verdad que los descubrirá, la Ley de Dios que los condenará, la Justicia que los vengará, y el endurecimiento que siempre los conservará.

¿Qué nos resta que inferir de aqui? Sino que es preciso que os libreis de esta verguenza. Dios os conocerá tal como sois para castigaros, pues conoces ahora vosotros tal como sois,

sois, para corregiros. Haced vosotros mismos oy dia por su misericordia, lo que os amenaza de hacer algun dia por su justicia. Trabajad en curaros, y no en ocultaros; y si no podeis ver sin tristeza el miserable estado en que os hallais, no busqueis vanas consolaciones á vuestros males, buscad antes verdaderos remedios; pero no basta temer esta vergüenza, es necesario temer la Justicia de Dios en su Juicio, si abusamos en este Mundo de su misericordia; esta es mi segunda Proposición, ó Punto.

PUNTO SEGUNDO.

LA Santa Escritura nada encarga tanto como el temer á Dios, y temblar de sus juicios. Ella nos enseña, que es el principio de la sabiduría, porque el pecador que se ha apartado de Dios por haberse inclinado al placer del pecado, no se vuelve á él de ordinario, sino por un vivo resentimiento de la pena que ha merecido; y que asi como el desprecio de su bondad, ó la falsa confianza en su misericordia es muchas veces el principio del desorden, el temor de su Justicia es tambien la primera parte del arrepentimiento. Tan presto nos asegura que no podemos ser justificados sin el temor: *Nam qui sine timore est, non poterit justificari*; (a) porque el temor introduce la caridad, que es la verdadera justicia, y despues de haver domado el orgullo del hombre por las amenazas, le sujeta voluntariamente á la Ley de Dios por la esperanza, y por el amor de las promesas. Tan presto nos declara que solas las almas temerosas tienen motivo de esperar en los ultimos dias: *Timentí Dominum bene erit in extremis*, (b) porque habiendo sido vivamente heridas de la infelicidad que debian temer, tuvieron cuidado de prevenirla, y de evitarla.

No nos lisonjemos, Señores míos, este es aquel camino de

(a) Ecli. i. v. 28. (b) Ibid. v. 13.

de salud, que se nos ha señalado. Los pecadores no gustan de pensar en lo que los inquieta; apartan de su imaginacion todo lo que puede turbar su reposo, y su confianza; la consideracion de la muerte, del Infierno, y del Juicio final son para ellos unas meditaciones muy melancolicas, y juzgando bien, que no podrian aguardar de la Justicia de Dios sino castigos, y suplicios, no le consideran sino por la parte de su misericordia, de la qual se prometen siempre gracias, que no se ponen en estado de recibir; y de este modo sacuden el yugo del temor; este es tambien el defecto de ciertos devotos, que creyendose mas espirituales de lo que son, se imaginan que no conviene sino á los grandes pecadores, ó á las almas bajas, y groseras, el aplicarse á estos objetos de terror; no quieren alimentar su devocion sino de amor, y de confianza, mantienense en una falsa paz, por seguir una perfeccion imaginaria. Son tanto mas debiles, quanto mas presumen de magnanimos, y bajo el pretexto de caridad, satisfaciendo su amor proprio, no llegan á amar á Dios, y se dispensan de temerle.

No obstante toda la Escritura clama poniendo continuamente delante de nuestros ojos estos terribles pensamientos, y los Santos no los juzgaron por muy groseros, ni muy molestos para sí, sino por muy saludables, y por muy eficaces. Yo bien sé que el primer designio de Dios, es amar á sus criaturas, y ser amado de ellas, y que no es sino por un accidente el que las castigue, y se haga temer. Luego que somos pecadores, nos amenaza como á delinquentes. Tiene para con nosotros, dice Tertuliano, la bondad de Padre, y la autoridad de Maestro, y quiere ser amado por Religion, y temido por necesidad; en lo qual debemos adorar su Providencia, que en las ocasiones, y en la inclinacion al pecado en que nos hallamos se digna de oponer sus juicios como un dique á nuestras pasiones; forma en nosotros una virtud del temor de nuestras penas, y exerce sobre nosotros una especie de misericordia por el mismo temor de su Justicia.

Pero esta Justicia nunca se mostrará mas terrible que en el

el día del Juicio final: manifestaránse todas las qualidades divinas de Jesu-Christo; toda su grandeza acompañará, digamoslo así, à su Justicia; brillarán todos sus atributos; su poder, haciendo resucitar à todos los muertos; su inmensidad, hallandose presente en todas partes; su eternidad, trayendo à la memoria todos los tiempos; su santidad, separando à los buenos de los malos; su indignacion, vengandose de los impíos; su sabiduría, y su verdad, manifestando todos los corazones, y penetrando todas las conciencias; y así como su inteligencia infinita nada dejará oculto, su inflexible severidad nada dejará sin castigo. Entonces se verá un Juez incorruptible, desapiadado, que juzgará sin excepcion, que condenará sin misericordia, sentenciará sin apelacion. Expliquemos estas verdades en pocas palabras.

Una de las principales reglas que el Sabio dá para la integridad de los juicios, es el considerar la accion, sin respeto à la persona que se ha de juzgar: *Cognoscere personam in judicio non est bonum.* (a) Porque si el Juez no pone sobre sus ojos aquel velo mysterioso, que se dá à la Justicia, puede dejarse doblar, ó por el temor de aquellos, cuya autoridad le puede causar algun daño, ó por la consideracion de aquellos, cuya amistad le puede ser util; y de este modo preferir estas personas à la verdad, abandonar la virtud, quando no está sostenida sino por sí misma, y absolver la injusticia, por adular al injusto, que la comete. ¿Pero quién no sabe, que Dios está esento de estas flaquezas? No se le puede ni preocupar, ni sorprehender. No puede ser ni ganado por las persuaciones, ni doblado por suplicas estudiadas, ni aterrado por el poder, ni movido por la amistad; todos los hombres están igualmente, y sin distincion sujetos à su poder, y à su Justicia. *Non enim subtrahet personam cujusquam Deus, nec verebitur magnitudinem cujusquam, quia pusillum, & magnum ipse fecit.* (b) En donde se pueden observar tres causas de esta se-

(a) Prov. 24. v. 23. (b) Sap. 6. v. 8.

veridad general. La primera es *la equidad soberana de Dios*, que hace que la injusticia le desagrade en qualquiera sujeto que se encuentre, y que su indignacion recayga siempre sobre el pecado de qualquiera calidad que sea el peccador. Pero à nosotros, que no conocemos ni el pecado, ni la injusticia, nos sucede muchas veces, dice San Agustín, *el aborrecer los hombres por causa de los vicios, ó amar los vicios por causa de los hombres.* Tomanse muchas veces unos zelos indiscretos, y unas aversiones caprichosas; ofendese uno al instante, luego se escandaliza; una conexion, un interés, una inurbanidad, una desconfianza nos hacen pasar del odio de las costumbres à el de la persona, no siendo el interés de Dios al que miramos, sino al nuestro. Muchas veces, si nos examinamos bien, lo que nos parece zelo, es una venganza, y bajo una apariencia de Justicia, ocultamos un defecto de paciencia, ó de caridad. Por el contrario, muchas veces amamos los vicios por causa de los hombres, tomamse ciegas inclinaciones, se previene, se aficiona, se tienen ojos indulgentes para con aquellos que se estiman; por severo que sea para con otros, quando no se les puede dar la perfeccion que se quisiera, se les quita à lo menos los defectos que se pueden, y se quiere justificar el afecto que se les tiene, abonando toda su conducta. Se hace punto de honor de no mostrar, ni conocer en sí mismo que uno se ha engañado, y por miedo de que no se haga daño à la persona, mejor se le dispensa la gracia à su pecado. De aqui nacen aquellas condescendencias que se tienen por las injustas voluntades de los pecadores, aquellas cobardías que impiden los buenos dictámenes, los sabios consejos, y los demás oficios de la caridad Christiana, aquellas adulaciones, que mantienen la vanidad, ó que la producen, aquellos partidos que se toman sin razon, y muchas veces aun contra la misma razon; y esto nace de que no tenemos la idea que conviene del pecado, y que estamos apegados por nuestras pasiones à las personas que le cometen; pero para con Dios no hay accepcion de personas, no obra sino por su Justicia, y no aborrece sino al pecado.

La segunda razon por que Dios no hace distincion alguna, es su soberanía, y su independenciam, esenta de todo temor, y de toda esperanza, y por esto inflexible, é inexorable à toda injusticia: *Nec verebitur magnitudinem cuiusquam.* La tercera es, aquella igualdad de derecho, y de poder que tiene sobre las criaturas, por la qual juzgará à los debiles, y à los poderosos, porque ha criado à los unos, y à los otros, y quebrará igualmente con una misma mano estos vasos que ha hecho de oro, ó de barro, quando huvieren sido profanados. Todos los pecadores comparecerán, pues, delante de su Tribunal; esos ricos, que despreciaron à los pobres; esos pobres, que atentaron contra los ricos; esos Pastores, que no velaron sobre sus rebaños; esos rebaños, que no oyeron la voz de sus Pastores; esas almas vanas, y curiosas, que inventaron los errores; esas almas simples, y credulas, que las siguieron. Todos estos delinquentes serán juzgados por una misma regla, y se hallarán comprehendidos en la misma sentencia de condenacion, cada uno segun la proporcion de sus delitos.

Como solo hay una Ley, una fé, y un Bautismo, tampoco habrá mas que un mismo Juicio, una misma recompensa, y un mismo suplicio. ¡Infelices de aquellos, que se huvieren formado en este Mundo titulos vanos, é imaginarios de distincion en punto de su salvacion! ¡Infelices de aquellos que huvieren vivido, como si huviese havido para ellos un Evangelio mas suave, y relajado! ¡Infelices de aquellos, que porque mandaban á otros huviesen obrado, como si estuviesen menos obligados à obedecer à Dios! Si hay alguna distincion, será ser juzgados mas severamente. Jamás se ha explicado la Santa Escritura con mas energia, que sobre el Juicio que mira à los Grandes del Mundo; unas veces dice, que los rayos, y las maldiciones serán lanzadas sobre los montes; que el dia del Señor caerá sobre las Torres de Samaria; que su voz quebrantará los Cedros del Libano; otras veces se explica sin figuras, y dice, que aquel Juicio será terrible para aquellos que tienen alguna superioridad sobre otros: *Judicium durissimum his, qui presunt,*
fi. t;

fiet; (a) que habrá misericordia para los pobres, pero exercerá con los poderosos toda su justicia, y todo su poder: *Exiguo conceditur misericordia, potentes autem potenter tormenta patientur.* (b)

El os juzgará, Señores, segun vuestras calidades, y segun vuestros empleos. Vosotros le responderéis de su grandeza, de quien haveis sido la representacion, y la imagen; de su poder, del qual erais los depositarios; de su Justicia, de la qual os ha hecho Ministros; de su Religion, de la qual debiais ser los Protectores. Vosotros dareis cuenta de las pasiones que os excitaron, de las que hicisteis nacer, de los pecados que haveis cometido, y de las gracias que os ha hecho, de los cuidados que haveis tenido por vosotros, de la indiferencia, y del desprecio que tenéis por los demás, de lo que hicisteis amar, de lo que hicisteis padecer, de lo que concedisteis al favor, de lo que negasteis al merito, de la dissipacion de vuestros bienes, y de las limosnas que dejasteis de hacer, de los vicios que pudisteis contener con vuestra autoridad, de las virtudes que pudisteis producir con vuestros exemplos. Vuestra caída será mas grande, porque haveis estado mas elevados; tendreis menos excusas, porque teniais mas conocimiento; haveis tenido mas obligaciones que cumplir, y tendreis mas asuntos, y mas dificultad en justificaros; haveis tenido mas ocasiones de obrar mal, y sereis mas atormentados; haveis tenido mas medios de hacer bien, y sereis menos excusables; estabais mas acostumbrados à vuestros gustos, y à vuestros placeres, y las penas serán mas sensibles; haveis recibido mas beneficios, y vuestra ingratitude será mas grande; la excelencia de vuestra condicion os hará mas dignos de castigo; las lisonjas que os dicen, y que vosotros solicitais, aumentarán vuestra confusion, y la impunidad de que gozais redoblará vuestros suplicios. No pretendais, pues, distincion, ni favor del Soberano Juez.

Pe-

(a) Sap. 6. v. 6. (b) Ibid. v. 7.

Pero no solamente se hará este juicio sin distinción sino tambien sin misericordia. No hay Religion, que no reconozca que el hombre es pecador, y que está sujeto á la colera del Cielo; lo uno nace de el sentimiento perpetuo de la conciencia, y lo otro lo publica la experiencia de todos los siglos. Dificultoso es no estar convencido de estas dos verdades. Pero muchos han abusado de este conocimiento, separando estas dos cosas, que deben ser inseparables: Porque unos han mirado los castigos de la Justicia de Dios separados de los delitos de los hombres, y se han formado la idea de una divinidad cruel, y nada compasiva, que se complace en hacer desgraciados, y en mostrar su poder, destruyendo sus propias obras. Por el contrario otros han mirado los pecados de los hombres solos, é independientes de los castigos de la justicia Divina, y se han formado la idea de una divinidad mole, y descuidada, que no teniendo la fuerza, ò el cuidado necesario para castigar los malos, todo lo abandona al azar, y vive en una debil indiferencia al bien, y al mal. La Religion Christiana que sola ella nos dá un perfecto conocimiento de Dios, nos enseña á unir estos dos objetos, á no mirar el castigo, sino con relacion al pecado, que le ha precedido, y á no considerar el pecado, sino respecto al castigo que infaliblemente se le sigue; y nos hace concebir un Dios bueno, y misericordioso, que ama á sus criaturas; pero no obstante justo, enemigo del pecado, y de la injusticia. Estas son la ideas que es necesario tener de Dios soberanamente bueno, é infinitamente justo: y porque una justicia sin bondad, causaría nuestra desesperacion; y una bondad sin justicia atraería nuestro desprecio; es conveniente que temple su justicia por los efectos de su bondad; y que haga respetar su bondad por los efectos de su justicia.

No obstante, parece, Señores, que Dios separa el ejercicio de estos dos atributos en su conducta, respecto de los pecadores. En esta vida, los sufre, los llama, los aguarda, aunque no lo merecen, aunque sean sus enemigos, aunque continúen en ofenderle; derrama sobre ellos, dice el Apostol,

tol, las riquezas de su bondad, y de una larga paciencia, *divitias bonitatis, patientia, & longanimitatis.* (a) Su misericordia obra siempre, y sin descanso; pero su justicia, á lo mas por instancia, y por intervalo; la una es como el Sol, que nos hace todos los días sentir sus influencias, la otra es como el rayo, que rara vez cae: la justicia castiga á algunos malos en este mundo, para que se vea que su providencia lo gobierna todo. Deja muchos delitos por castigar aquí, para que se sepa que hay un juicio futuro para el qual reserva el castigo. Lo mismo se puede decir con San Agustin, que la misericordia obra por sí sola; que si nos castiga, si nos embia aflicciones, y sufrimientos, es una especie de misericordia, que exerce sobre nosotros, para desprendernos del mundo, para conducirnos á él, y para hacer de estas penas una parte de nuestra penitencia. Pero quando la muerte sorprende á los pecadores en su endurecimiento, Dios no exerce mas que su justicia sobre ellos, privandolos por una ultima condenacion de toda esperanza de gracias de las quales por tanto tiempo, y tan indignamente abusaron.

No os lisongeeis, pues, vosotros, que decis siempre que Dios perdona facilmente, y que es mas misericordioso que se piensa: Os creereis por entonces bastante justificados, diciendo, nosotros haviamos creído que Dios era bueno. Y no os engañabais, era preciso que fuese sumamente bueno, quando bajo de una fingida reconciliacion manteniais esas enemidades, é ibais á presentar hasta los pies de los Altares, en donde ese Dios de la paz reside, un corazon lleno de encono, y de sentimientos de venganza. Bien era menester que fuese bueno, quando por maximas impias, y burlas profanas, llevando por todas partes la frialdad, y el disgusto de la piedad, ahogabais en el fondo de las almas credulas, las semillas de Religion, que una buena educacion havia puesto en ellas. Bien era preciso que fuese bueno, quan-

(a) Rom. 2. v. 4.

do pasabais vuestra vida en recoger, ó en sembrar noticias escandalosas, sin perdonar á los que su piedad os debía hacer respetar, y que su carácter á lo menos os debía hacer venerables. ¿Pero haviais de ser malos porque Dios era bueno, porque era paciente os haviais de obstinar en cansar su paciencia? No, no; si era bueno, era necesario amarle, y servirle, era necesario temer desagradarle, era preciso imitarle, y llegar á ser bueno como él, era preciso guardarse de irritarle á que llegase á ser severo, é inexorable. Su bondad no era una permission para obrar mal, sino un socorro para hacer bien; no era un motivo de libertinage, sino un incentivo para la conversion. Ignorabais vosotros que la paciencia de Dios, segun San Pablo, os convidaba á la penitencia, y que en lugar de decir, si Dios no fuese tan misericordioso seria necesario servirle mas fielmente, era preciso decir, no se le puede servir demasiado fielmente, porque es muy misericordioso.

Entonces la justicia se tomará el cuidado de vengar la misericordia ofendida. Dios no mirará ya mas al pecador como á un desgraciado á quien su miseria habrá hecho el objeto de sus compasiones; sino como á un reo á quien su delito habrá hecho el objeto eterno de su odio. Invocará á Dios, y Dios no le oirá mas; padecerá, y Dios no le aliviará mas, buscará á Dios, y no le hallará mas. Lo que podia, al parecer, disminuir el terror de esta justicia, es que el Evangelio nos enseña, que será executada por Jesu-Christo; ¿y Jesu-Christo no es el Salvador de los hombres? Pero yo me atrevo á decir, que esa será la parte mas terrible del juicio: porque ¿qual será el temor de los impios, quando vieren en Jesu-Christo todos los medios de salvarse, todas las causas de su condenacion; su salvacion que han reusado; sus leyes que han violado; sus beneficios que han despreciado; sus exemplos que han deshechado, y su alianza que han deshonorado? Nada les será tan sensible como tener por Juez, á el que tanto han ofendido, y que les ha hecho tanto bien. Nada les hará conocer tanto la enormidad de sus pecados, como ver á el que tanto les ha amado, que ha que-

ri-

rido morir por ellos, y que los juzgará él mismo indignos de todo perdon.

Y asi ellos serán condenados sin misericordia; pero aun serán castigados sin recurso. Dos suertes de juicios exerce Dios sobre nosotros; el uno es un juicio de prueba, y el otro un juicio de decision. El primero se hace quando Dios descende á nuestras conciencias, erige allí un tribunal, y nos cita delante de él para dar cuenta de nuestras acciones; entonces una alma se le manifiesta enteramente; sus leyes le sirven de regla: nuestros propios pensamientos son nuestros fiscales, y nuestras obras son nuestros testigos, que depoen contra nosotros mismos; él nos muestra nuestros defectos, y nos condena. Pero la sentencia que pronuncia contra nosotros, es una sentencia condicional, y revocable; la execucion se queda suspensa. Toda la vida del hombre respecto de Dios es un tiempo de vocacion, y de paciencia; él le alarga el brazo de su misericordia, y está pronto á recibirle luego que se bolviere á él... Esto no es decir que haya en Dios mudanza, ó inconstancia; porque siempre permanece en su primera voluntad de perdonar al hombre, si él se convierte: y asi siempre es igual en sí mismo el derecho de su justicia, castigar al pecador si no se arrepiente; pero siempre queda un derecho á su misericordia, que es el de perdonarle, si se reconoce, y convierte. Pero hay un juicio de decision que Dios exerce en secreto el dia de nuestra muerte, y que se manifestará en el dia de la venganza universal; la sentencia es irrevocable, y la execucion pronta, é infalible. Los caminos de la penitencia ya están cerrados, porque siendo el pecado de su naturaleza una privacion de la vida espiritual, el hombre que permanece en él, habita en la muerte, segun los terminos de la Escritura, y quando deja de reparar sus faltas en el tiempo del perdon, y de la gracia, llegan á ser irreparables en el tiempo de la venganza; de suerte que estando juntas en la justicia de Dios, y comprendidas en la sentencia de su condenacion, pueden ser siempre castigadas, pero no pueden jamás ser expiadas.

Siendo, pues, este juicio tan tremendo, ¿de qué proviene

ne

ne que haga tan poca impresion en nuestros espiritus? ¿Es acaso porque no se sabe, si es cierto? Todas las Escrituras lo anuncian, el mismo Jesu-Christo ha expresado todas las circunstancias, y si teneis un poco de fé, bien sabeis que es un mysterio en que va vuestra eternidad, sobre el examen de vuestra vida. ¿Podeis negar vuestros pecados? ¿Podeis dudar del poder, y de la justicia de Dios? ¿Y qué consecuencia sacais vosotros de todas estas cosas? ¿Es acaso el creer el juicio distante? Pues sabed que el Padre Celestial nos ha occultado los momentos para tenernos en una continua solitud; pero despues de todo esto, el mundo se acaba para nosotros, quando nosotros nos acabamos para él, no hay sino un momento entre la muerte, y nosotros; y nada hay entre la muerte del pecador, y una eternidad infeliz. ¿Y será prudencia el vivir sin precaucion? Jesu-Christo nos enseña que vendrà de noche, y de repente para asaltarnos, y sorprendernos; ¿en qué estado quereis que os halle? ¿Quisierais que fuese en el momento que meditais esa venganza? ¿Quisierais que fuese en ese tiempo en que ocupada del deseo de ver, y de ser vista, perjudicais por todas partes á la salvacion de otros, y arriesgais á lo menos la vuestra? ¿Quisierais que fuese en medio de esas diversiones, que os apartan del temor de Dios, y que llenandoos de ideas de vanidad, y de locuras mundanas, no os dejan, ni aun la libertad de pensar en él? Pensemos en prevenir la ira de Dios por una sincera penitencia: No es su juicio el que se ha de temer, es sí el pecado: Quitad los vapores, y las exhalaciones que se levantan de la tierra, el Cielo siempre estará sereno, no se formará tempestad alguna, ni caerá el rayo; haced que cesen vuestros pecados, y la indignacion de Dios se apaciguará: Todas las puertas de la misericordia os están patentes todavia, las lagrimas, la oracion, el arrepentimiento, y la conversion: No aguardemos que la muerte, y la desesperacion nos la cierren. Castiguemonos á nosotros mismos, para que no nos castigue; y para que haviedo temido sus juicios, no tengamos mas que empezar á gozar de sus recompensas.

SER.

SERMON
PARA EL SEGUNDO DOMINGO
DE ADVIENTO:
PREDICADO DELANTE DE LA
Reyna en la Capilla de S. German.

Beatus, qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí. *En San Matheo cap. 11. v. 6.*



UE especie de terrible bienaventuranza anuncia Jesu-Christo oy á los hombres, ó por mejor, decir qué sentencia pronuncia contra ellos? Ha venido á enseñarles él mismo la verdad, á confirmarla por la santidad de su vida, á softenerla por señales visibles de su poder, y á persuadirla por la fuerza interior de su gracia. No obstante ellos han oido sin respeto los oraculos de su boca sagrada; han visto sin admiracion el resplandor de sus virtudes, y de sus exemplos; han sospechado sin razon de la verdad de sus milagros, y han recibido sus beneficios sin amor, ni reconocimiento: nada ha podido instruirlos, nada ha podido moverlos. Tales eran en otro tiempo los Judios. Tales son oy dia los Christianos; y por eso tiene razon Jesu-Christo viendo el poco conocimiento de los unos, la poca fé de los otros, la presuncion

Tom. 5.

H

de

ne que haga tan poca impresion en nuestros espiritus? ¿Es acaso porque no se sabe, si es cierto? Todas las Escrituras lo anuncian, el mismo Jesu-Christo ha expresado todas las circunstancias, y si teneis un poco de fé, bien sabeis que es un mysterio en que va vuestra eternidad, sobre el examen de vuestra vida. ¿Podeis negar vuestros pecados? ¿Podeis dudar del poder, y de la justicia de Dios? ¿Y qué consecuencia sacais vosotros de todas estas cosas? ¿Es acaso el creer el juicio distante? Pues sabed que el Padre Celestial nos ha ocultado los momentos para tenernos en una continua solitud; pero despues de todo esto, el mundo se acaba para nosotros, quando nosotros nos acabamos para él, no hay sino un momento entre la muerte, y nosotros; y nada hay entre la muerte del pecador, y una eternidad infeliz. ¿Y será prudencia el vivir sin precaucion? Jesu-Christo nos enseña que vendrà de noche, y de repente para asaltarnos, y sorprendernos; ¿en qué estado quereis que os halle? ¿Quisierais que fuese en el momento que meditais esa venganza? ¿Quisierais que fuese en ese tiempo en que ocupada del deseo de ver, y de ser vista, perjudicais por todas partes á la salvacion de otros, y arriesgais á lo menos la vuestra? ¿Quisierais que fuese en medio de esas diversiones, que os apartan del temor de Dios, y que llenandoos de ideas de vanidad, y de locuras mundanas, no os dejan, ni aun la libertad de pensar en él? Pensemos en prevenir la ira de Dios por una sincera penitencia: No es su juicio el que se ha de temer, es sí el pecado: Quitad los vapores, y las exhalaciones que se levantan de la tierra, el Cielo siempre estará sereno, no se formará tempestad alguna, ni caerá el rayo; haced que cesen vuestros pecados, y la indignacion de Dios se apaciguará: Todas las puertas de la misericordia os están patentes todavia, las lagrimas, la oracion, el arrepentimiento, y la conversion: No aguardemos que la muerte, y la desesperacion nos la cierren. Castiguemonos á nosotros mismos, para que no nos castigue; y para que haviedo temido sus juicios, no tengamos mas que empezar á gozar de sus recompensas.

SER.

SERMON
PARA EL SEGUNDO DOMINGO
DE ADVIENTO:
PREDICADO DELANTE DE LA
Reyna en la Capilla de S. German.

Beatus, qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí. *En San Matheo cap. 11. v. 6.*



UE especie de terrible bienaventuranza anuncia Jesu-Christo oy á los hombres, ó por mejor, decir qué sentencia pronuncia contra ellos? Ha venido á enseñarles él mismo la verdad, á confirmarla por la santidad de su vida, á softenerla por señales visibles de su poder, y á persuadirla por la fuerza interior de su gracia. No obstante ellos han oido sin respeto los oraculos de su boca sagrada; han visto sin admiracion el resplandor de sus virtudes, y de sus exemplos; han sospechado sin razon de la verdad de sus milagros, y han recibido sus beneficios sin amor, ni reconocimiento: nada ha podido instruirlos, nada ha podido moverlos. Tales eran en otro tiempo los Judios. Tales son oy dia los Christianos; y por eso tiene razon Jesu-Christo viendo el poco conocimiento de los unos, la poca fé de los otros, la presuncion

Tom. 5.

H

de

de estos, la timidez de aquellos para poder repetir estas mismas palabras. ¡Bienaventurado aquel, no digo yo que me ama! ¿porqué donde se halla la caridad? ¿ni que crea en mí? Ya casi no hay fé en Israel; ni que me escuche, porque el endurecimiento ha llegado hasta cerrar el oído á la verdad; ni que me siga, pues nadie quiere llevar su Cruz: ¡Sino Bienaventurado aquel que no se escandaliza de mí! Demasiado es para mí, no ser despreciado de ellos; y bastante es para ellos no negarme.

¿Pero qué zelo me arrebató, Señora? Gracias á Jesu-Christo de quien hablo, y á quien he hecho hablar así; V. M. atenta á su palabra, sensible á sus exemplos, sumisa á sus voluntades, y fiel á su gracia, nos hace ver bastante todos los dias, que aun hay algunas almas Christianas, y que el mundo, por pervertido que esté, tiene aun á Dios en algunas de sus mas nobles partes. La gloria de un Augusto nacimiento, el esplendor de una brillante corona, atraen menos sobre V. M. los ojos, y la veneracion de los pluebs que las edificativas prácticas de una constante, y solida piedad; elevada sobre el Trono, y mucho mas de ordinario postrada á los pies de los Altares, dáis á Jesu-Christo á quien adorais, grandes omenages, y á los hombres, que os admiran, grandes exemplos. La grandeza que de ordinario no sirve sino de mantener el faulto, y de dar mas libertad á las pasiones, no os sirve á Vos sino para dar mas extension á la virtud, y mas credito á la Religion: Apenas bastan los dias enteros al fervor de vuestras oraciones; y ocupada siempre del deseo de ser humilde, y fiel Christiana, casi no teneis tiempo para pensar que sois Reyna. En los Sagrados Templos en donde habitais mas largo tiempo que en vuestro Palacio, ¿qué gracias no atraeis sobre vos misma, qué prosperidades no alcanzais todos los años sobre las triunfantes armas del Rey vuestro Esposo, quando la gloria os lo roba, y lo lleva á sus expediciones militares? Esas lagrimas que derramais á los pies de los Altares, hacen crecer esos Laureles tan frescos con que Dios le corona. Vos preparais por vuestras oraciones las

las victorias que gana por su valor, y por su prudencia, y bendiciendo el Cielo vuestros deseos, y sus designios al mismo tiempo, apenas haveis acabado vuestros votos, quando él os obliga á darle las gracias. Estas consideraciones no me hacen dejar el asunto, y empeño á que oy dia me obliga el Evangelio; y así voy delante de Vuestra Magestad que se alaba, y se glorifica de Jesu-Christo, á enseñar á mis oyentes, quienes son los que se escandalizan. Para esto necesito de las poderosas intercesiones de aquella Virgen que le concibió en su seno por obra del Espiritu Santo, quando oyó estas palabras del Angel:

AVE MARIA.

Tres suertes hay de personas que se escandalizan de Jesu-Christo, esto es, que desprecian, que niegan, que abandonan á Jesu-Christo, ó por falta de luz, ó por depravacion de costumbres, y se forman una ocasion de caída, y de reprobacion, de lo que debia ser causa, ó materia de su salvacion. Unos se ofenden de su Fé, y de su Doctrina, y la miran, ó como falsa, ó como incómoda. Otros se ofenden de sus exemplos, y no se atreven á imitarlos; muchos se ofenden de su muerte, y de su cruz, y no quieren tener parte alguna en sus sufrimientos. Yo quiero hacerlos conocer oy dia quienes son esos hombres incredulos, esos hombres timidos, esos hombres delicados, que no ercen la verdad de Jesu-Christo, y de su palabra; que temen seguir la pureza de su Religion, porque es contraria á las reglas del mundo, y que desprecian su redencion, porque les costaria algunos trabajos. Ve aqui todo el asunto de este discurso, si me honrais con vuestra atencion.

PUNTO PRIMERO. ®

LOS Judios han sido los primeros que se han escandalizado de Jesu-Christo, del desprecio de su persona han caído en el desprecio de su Doctrina, y no han querido reci-

bir por Maestro al que no estaban resueltos á reconocer por el Mesias. Acostumbrados á unos milagros admirables, y llenos de magnificas ideas de una grandeza exterior, aguardaban un libertador, que á fuerza de armas sujetase las Naciones extranjeras, que pusiese en las cadenas á los Tyranos de Israel, y los hiciese gemir igualmente bajo una dura servidumbre, y que reynase en fin despues de estos grandes sucesos, en la paz, y en la abundancia, colmado de gloria, y de prosperidades mundanas. Esta vana esperanza de que estaban tan preocupados, les hacia preguntar á Jesu-Christo mismo, quando vendria el Reyno de Dios? *Quando venit regnum Dei?* (a) Y aún quando les huviese respondido que el Reyno de Dios no vendria con aparato: *Non venit regnum Dei cum observatione*; buscaban al Mesias en el Mesias; la obscuridad de su nacimiento, y la humildad de su vida les era como vn velo impenetrable que les ocultaba su sabiduria, y su verdad: *scandalizabantur in eo*; (b) dice el Evangelio: Asi se cumplia aquel terrible mysterio de la reprobacion de los Judios, de que habla San Pablo: El mayor de todos los medios era para ellos el mayor de todos los obstaculos; el mediador mismo era la causa inovente de su pérdida; su reconciliacion era tanto mas despreciada, quanto era mas abundante; y acabando de exasperarlos la ignominia de su muerte, quisieron mas renunciar al Padre, que creer al Hijo, y rebelarse contra todas las luces de la Ley antes que sujetarse al Evangelio. Entonces se cumplió lo que havia dicho uno de sus Prophetas: *Qui erit vobis in sanctificationem, & in petram scandali, & in ruinationem habitantibus Jerusalem*; (c) que aquel que havia de ser su santificacion, seria tambien una piedra de escandalo para ellos, y una ocasion de ruina á todos los habitantes de Jerusalén.

Nació su error de no comprehender la diferencia de la Ley

(a) Luc. 17. v. 20.

(b) Matth. 13. v. 37.

(c) Isai. 8. v. 14.

Ley nueva de la antigua: La una es una ley de carne; la otra es una ley de espíritu: En la antigua se havia hecho Dios como Rey temporal de su Pueblo: Habitaba en sus Ciudades, marchaba á la frente de sus Exercitos, les havia dado leyes politicas, recibia de él un tributo en señal de sujecion, y vasallage: En una palabra, havia tomado todos los derechos, y se havia encargado de todos los cuidados visibiles del Reyno, y de la Corona: Pero el Reyno de la ley nueva, es un gobierno de Religion no de politica: Las Ordenanzas son todas Santas, las armas son espirituales, las victorias interiores, Celestiales las recompensas, y los castigos invisibles, y eternos. Y asi deteniendose esta Nacion orgullosa en una bajeza exterior, y no penetrando la grandeza oculta de Jesu-Christo no ha sido capaz de conocerle, y ha perseverado en su error, y en su incredulidad.

Si yo tuviese que instruir á estos, les diria que es necesario distinguir la verdad de las figuras, que hay un orden de grandeza, que los ojos carnales no perciben. Que los mismos Prophetas que representaban al Mesias como al Señor, y al Juez de las Naciones, le representaban tambien como pobre, y despreciable á los ojos de los hombres. Contrariedades que Jesu-Christo ha concordado en su Persona: que la perfeccion de la nueva alianza, pedia que Dios formase un Pueblo santo, y no poderoso, que le colmase de los bienes de la gracia, y de la gloria, y no de los de la naturaleza, y de la fortuna, y que lo rescatase, no ya de la cautividad de Babylonia, sino de la esclavitud del pecado, que es su mas peligroso, y mas cruel enemigo. Pero dejemos á estos incredulos, que como se han escandalizado de Jesu-Christo han llegado á ser por un justo juicio de Dios el escandalo de todos los Pueblos, y lo serán hasta que Dios, al fin de los tiempos, segun las promesas de la Escritura, recoja las reliquias de Israel, y salve las ruinas esparcidas de una desgraciada Nacion, que tanto havia amado en otro tiempo.

Los Impios, y los Libertinos no se ofenden me nos de Jesu-Christo, y de su Doctrina: hablo de aquellos hombres sin fé, y sin disciplina, de quienes dice un Apostol, que

que no creen en Jesu Christo, y que miran á Dios como faláz. No quieren ni Ley que los contenga, ni Juez que los condene, ni verdad que los convenza, ni remordimiento que los inquiete. Si dicen una palabra buena, es á costa de la Religion. Si tienen espíritu, é ingenio, no es sino para dar aun á las cosas mas santas una ridicula interpretacion. No reconocen Providencia, sino quando murmuran en su adversidad, no hablan de Dios, sino quando le blasfeman en su indignacion: Decidles que vosotros creéis lo que cree la Iglesia, ellos imaginan que es, ó por simplicidad, ó por bien parecer: Probadles la Religion, ellos atribuyen lo fuerte que hay en ella á vuestra razon, y á vuestro espíritu; y lo que hay de debil, lo imputan á la causa que sosteneis: si advierten alguna impureza en las practicas del Christianismo, se forman de la relaxacion que ven en la disciplina, un motivo, para dudar de la Doctrina. Tan presto piensan que no se cree lo que se enseña, quando no se hace lo que se dice; tan presto, que es bien facil enseñar á los demas, lo que se ha resuelto no practicar por sí mismo, y siempre Jesu-Christo es despreciado, y su Religion ofendida.

¿Y acaso creéis vosotros que alegan ellos fuertes razones? ¿Qué razon se puede tener contra Jesu-Christo, y contra su Fé? Todo su saber consiste en dar malos nombres á cosas buenas. Les parece ser osados, y hábiles, quando han llamado á la Fé credulidad, á las Leyes de Dios, politica humana, á la humildad bajeza, cobardia á la paciencia, á la revelacion artificio, y melancolia á la mortificacion. ¿Y hay cosa mas futil? Con todo eso se gusta de saber, que se han dicho tales cosas. Es uno aplaudido en las compañías: aun aquellos mismos que todavia tienen algo de Fé, y Religion en el corazon se disfrazan, y creen que para el ayre del mundo, es necesario parecer tambien profanos, como los otros. A esto se llama ser habil, y saberse bien sacudir el yugo. Yo me debo de engañar, Señores, este respeto debo á mis Oyentes, que no puedo creer haya ninguno de este caracter: pero qué no puedo yo mismo suponer, que no se ha-

halle ni en las Cortes de los Reyes, ni en los Exercitos?

Si yo tuviese que convencerlos, yo les diria con San Agustin: Almas extravagantes, no menos que incredulas, ¿creéis vosotras havernos regocijado mucho, quando haveis dicho que nuestra alma no es sino viento, y humo? Seria esta una desgracia digna de llorarse por toda la vida: ¿Por qué preferis vuestro proprio gusto á la autoridad del mismo Dios? ¿Por qué poneis á riesgo lo que es de una tan grande consecuencia, como es vuestra salvacion? Vendrá aquel terrible tiempo en que deshecho el hechizo, y encanto, vereis de cerca las puertas de la eterna infelicidad, que os aguarda. Entonces puede ser que conociendo, pero tarde, el verdadero estado de lo futuro, y de lo pasado, pidais vanamente aquella fé, que haveis apagado; esos Sacramentos que haveis despreciado, esa gracia, de que os haveis hecho indignos: acaso llenos de las funestas ideas de vuestra incredulidad estareis tocados, pero no estareis convertidos. Puede ser que tomeis en vuestras manos á este Jesu-Christo Crucificado, que por tanto tiempo os ha servido de escandalo. Pero endureceos quanto gustareis, formaos un corazon de hierro, y de bronce; ese corazon se ablandará á pesar vuestro, y os reprehenderá el desprecio, que hicisteis de la Religion, quando no estuviereis en estado de practicarla.

Pero yo interrumpo este discurso. Para ellos es necesaria una voz mas fuerte que la exortacion: ¡Dios cuya gracia puede ilustrarlos, quiera tomar el cuidado de convertirlos! ¡Ojalá que puedan conocer la desgracia de un hombre que no tiene parte en el Reyno de Jesu-Christo! ¡Que puedan persuadirse esta verdad, que es una locura el no pensar en su ultimo fin; que no hay entre ellos, y el Infierno, sino un pequeño espacio de vida, y que no hay sino dos suertes de personas en este mundo, que puedan ser justas, y racionales, ó las que sirven á Dios de todo su corazon, porque le conocen, ó las que le buscan de todo su corazon, porque aun no le conocen! Yo paso á otra suerte de Espiritus, que

64 SERMON PARA EL II. DOMINGO

que no están tan corrompidos ; pero que no dejan de estar extraviados.

Aquí, Señores, yo lo confieso, hablo de vosotros, de mí, y de casi todos los Christianos, que haciendo profesion de conocer á Jesu-Christo le renuncian no obstante por las obras : unos descuidan de todas sus obligaciones, otros las reducen à algunas practicas exteriores ; y casi todos apegados á los bienes de la tierra, y disgustados de la piedad, se contentan con una fé muerta, y una vana Religion, como habla la Escritura, y no creen en el Hijo de Dios.

Dos suertes hay de infidelidades respecto de Jesu-Christo, la una es una entera ceguedad, y una infidelidad absoluta. Tal fue la de los Paganos, y de los Judios, de los quales no pudiendo acomodar los unos ni el estado, ni la Doctrina de Jesu-Christo á los principios de su soberbia sabiduria, consideraron el Mysterio de la Encarnacion como una locura : no hallando los otros en él con que satisfacer aquel espíritu de dominacion, y de gloria, que deseaban sobre todas las Naciones de la tierra, le miraron con desprecio, y fue para ellos un motivo de escandalo, despreciando así à su Persona como à su Evangelio ; lo qual nos enseña San Pablo en su carta primera à los Corinthios : (a) *Judei signa petunt, & Græci sapientiam querunt, nos autem predicamus Christum crucifixum, Judeis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam.* Los Judios piden milagros, los Griegos buscan la sabiduria ; pero nosotros predicamos à Jesu-Christo crucificado, y miramos como à la sabiduria, y al poder de Dios à aquel de quien se burlan, ó se escandalizan. Tal era aun la infidelidad de aquellos hereges que negaban la Divinidad de Jesu-Christo, destruyendo por este error la grandeza de su caridad, el merito de su redencion, la fuerza de sus exemplos, y la autoridad de su Doctrina : lo que motivó que San Juan principiase, así su Evangelio, como sus Epistolas por la eterna existencia del Verbo

(a) 1. Cor. 1. v. 22. y 23.

DE ADVIENTO. 65

en el seno de Dios, antes de hablar de su nacimiento temporal entre los hombres.

Pero aun hay otra segunda especie de infidelidad que Reyna en el medio mismo del Christianismo, que no está opuesta á los Mysterios, sino á los preceptos de Jesu-Christo, que no reusa hacer publica profesion de su Fé, pero que no quiere sujetarse á su Ley, ni à su Doctrina, que ama la verdad, que ilustra, pero que no la puede sufrir desde que le incomoda en la practica. El Apostol nos enseña, que esto no es conocer á Jesu-Christo, y que es engañarse en su Fé, *qui dicit se nosse eum, & mandata ejus non custodit, mendax est, & veritas in eo non est : (a)* Tales son oy dia la mayor parte de los Christianos tenazmente adheridos á las maxims del mundo, y endurecidos contra la verdad del Evangelio, poco falta para que no se averguencen de ser Discipulos de Jesu-Christo. Ellos se jactan en sus pecados, y se forman un habito tan fuerte, que parece han perdido la verguenza. Toda su ocupacion es buscar las comodidades del cuerpo á expensas del Alma, y dar á sus sentidos todo quanto desean : consideran á los honores, y á las riquezas como á su Soberano bien, que estan resueltos á adquirir por caminos buenos, ó malos : Ellos descansan en la vana fruicion, y goce de los objetos que pasan, y no piensan en la eternidad : ellos prefieren los cuentos ridiculos, y las criminales falsedades del siglo á la palabra de Dios, no cuidando, ni de oirla, ni de leerla, y solo son Christianos porque se hallan en el numero de los que lo son, porque han nacido de Padres que lo eran, y que han guardado la inocencia de su Bautismo por un intervalo de tiempo, en que no eran capaces de profanarla.

Lo que hay mas deplorable es, que en vano se les quiere atraer á los principios de la Religion : los preceptos de Jesu-Christo los escandalizan, dicen como aquellos cobardes Discipulos, que le abandonaron en otra ocasion despues de haverle oido decir, que debian comer su cuerpo, y beber

Tom. 5.

I

ber

(a) 1. JOAN. 2. v. 4.

ber su sangre, si querian lograr la vida eterna: *Durus est hic sermo, & quis potest eum audire.* (a) Esta Doctrina es bien dura, ¿quien podrá escucharla? Examinemos por menor las disposiciones ordinarias de estos Christianos, de quienes estoy hablando: Decid al uno, tu vives una vida mole y sensual: Diversion sobre diversion, alegría sobre alegría, acuerdate que para ser Discipulo de Jesu-Christo, es preciso llevar su Cruz, y seguirle. (b) Este language le parecerá duro, os responderá que es necesario vivir en el mundo, y os remitirá à predicar la Cruz á los Monasterios: Decid à otro, tu te arruinas en gastos superfluos, cercena una parte de ese luxo, de esa mesa, de ese tren, de esos equipages, para pagar à tus acreedores, para asistir à los pobres, que mueren de hambre; Jesu-Christo te prohíbe ser injusto, y te manda expresamente hacer limosna de todo lo que tienes superfluo: *Quod superest, date eleemosynam.* (c) El se burlará de estos preceptos, creará poder abusar de sus bienes, con tal que no hurte los agenos, formaráse una necesidad de estado, ó por mejor decir, de orgullo, à la qual no bastarán todas sus rentas; dejará à sus herederos el cuidado de pagar lo que él debe, de las reliquias de sus tierras, y de sus Empleos; y ni la caridad, ni la Justicia le arrancarán un sueldo de esos fondos inmensos, que habrá destinado á su vanidad, ó á sus excesos: Proponedle á este, que purifique toda su hacienda de todo aquello que pudiere haverse adquirido injustamente, y tendrá la propuesta por austera, y enfadosa: ¡Qué embarazos en saber á quien, como, y quanto ha hurtado! Que dificultad en abatir un ayre de grandeza que se ha forjado sobre el pie de sus riquezas! Inventará mil razones para eludir la restitucion, y resuelto á no desprenderse de nada, mientras lo pueda retener, gozará de todo, y dejará por desenredar el negocio despues de su muerte á los testamentarios: Habladle á aquel de perdonar, y repetidle estas palabras.

(a) Joann. 6. v. 61.

(b) Matth. 16. v. 24.

(c) Luc. 11. v. 41.

labras de Jesu-Christo: *Amad à vuestros enemigos, haced bien à los que os aborrecen:* (a) él os responderá que ese es un consejo de perfeccion, y no un precepto de necesidad; que él no es dueño de su corazon, que él es el desgraciado, y el ofendido: sobre estas razones, dará toda la libertad á su odio, y à su venganza; aun quando proteste que no quiere mal á su hermano, se lo hará, ó se lo deseará por lo menos, y aun lo arruinará, si puede, diciendo siempre que como á Christiano le perdona.

¿Qual seria su asombro, si se les enseñase que es necesario orar, renunciarlo todo, aborrecer á su alma, entrar por la puerta estrecha, y ser perfectos, como lo es el Padre Celestial? Gritarian con mayor fuerza: *Durus est hic sermo:* Esto es muy duro, eso es impracticable. Pero yo les podria responder como San Agustin: *Durus est, sed duris, incredibilis est, sed incredulis:* (b) Estas palabras son duras, pero es para las personas endurecidas, son increíbles, pero es para las personas incredulas que se escandalizan de la Doctrina de Jesu-Christo. Pasemos á estos espíritus timidos, que se ofenden de su Religion, y no se atreven à practicarla abiertamente temerosos de ¿Y que dirá el mundo?

Una de las mayores señales de la malignidad de los hombres que viven segun el espíritu del Mundo, es no poder sufrir á los que quieren vivir segun el espíritu de Jesu-Christo. La virtud es tan noble, y tan apreciable por sí misma, que debieran tener à lo menos la justicia de honrarla en otros, si no tienen ellos fuerza para practicarla por sí mismos. Con todo eso, en lugar de conocer la excelencia de imitarla perfeccion, de amar la bondad, y de favorecer los progresos, procuran debilitarla por sus persuasiones, corromperla por sus exemplos, turbarla por el odio que la tienen, y detenerla por las persecuciones que la causan. Estas contradicciones havia experimentado el Rey Profeta en el curso de su Penitencia, y se quejaba de ello al mismo Dios quando decia: *Qui inquirebant mala mihi, locuti sunt vanitates, &*

I 2

do.

(a) Matth. 5. v. 44. (b) Aug. Serm. 2. De verb. Apost.

dolos tota die meditabantur: (a) Los que examinaban mi vida pasada, é interpretaban maliciosamente mis presentes humillaciones decian de mi mil cosas vanas, y todos los dias me armaban lazos, & *qui retribuunt mala pro bonis detrahebant mihi, quoniam sequebar bonitatem*: (b) Aquellos mismos à quienes, yo havia favorecido, me herian con las agudas saetas de sus lenguas envenenadas, porque entraba en los caminos del Señor, y comenzaba á ser bueno. Aun quando el Propheta no lo huviera dicho, San Pablo nos lo enseña, pues escribiendo á Timotheo, declara que todos los que quieren vivir en la piedad, conforme á las reglas de Jesu-Christo serán expuestos al rigor, y á la injusticia del mundo: *Omnes, qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*: (c) Y aun quando San Pablo no nos huviera enseñado esta verdad, ¿el mismo Jesu-Christo no ha establecido como un principio de su Religion, esta oposicion formal del mundo, y de él mismo, de su espíritu, y de su sabiduría con el espíritu del siglo, y la prudencia de la carne?

Ya sabeis vosotros, Señores, que yo no hablo aqui de una persecucion violenta, ni de una tiránica oposicion á la Fè, y á la Religion de Jesu-Christo. No lo permita Dios: vivimos bajo de unos Reyes, donde no solamente es libre, sino tambien necesario el ser Christianos, que ponen con respeto, ò su corona al pie de la Cruz, ó la Cruz sobre su Corona; y que con el exemplo de un culto sincero, y Religioso, que ellos mismos dan, protegen la Religion, quando se la oprime, y castigan la impiedad quando se desenfrena. Yo hablo de una persecucion menos cruel en la apariencia, pero no menos eficaz, que el mundo hace todos los dias à los que comienzan à convertirse à Dios: que un hombre despues de largas reflexiones sobre su vida pasada, venga à retirarse del juego, de las compañías, y aun de los mismos empleos, en donde sabe por su propria experiencia, que

(a) Psalm. 37. v. 13.

(b) Ibid. v. 21.

(c) 2. ad Timot. cap. 3. v. 12.

que expone su salvacion; que distribuya sus bienes à los pobres, y que asista con mas frecuencia, y con mas atencion à los Sagrados Mysterios; que una Señora, estando aún en la flor de su edad, renuncie el luxo, y la vanidad, y se reduzca á las reglas de la modestia christiana; que visite los Hospitales, y las Iglesias; de nada la sirve, buscarse los motivos de esta mudanza, y siempre se discurren los menos caritativos; daseles, en quanto se puede, un ayre ridiculo à estas conversiones, y se las desacredita, haciendolas pasar, ó por apariencias engañosas, ó por excesos vituperables; ó por precisiones interesadas, ó por fanfarronas singularidades: ¡Quantas acciones de piedad se han quedado sin efecto en el espíritu de los que las havian resuelto! ¡Quantas nuevas penitencias han sido sofocadas! ¡Quantas almas han sido como arrancadas á Jesu-Christo por estos disgustos que se las ha dado! Acaso, Señores, vosotros no hareis reflexion en ello; pero nada hay tan indigno de un Christiano, como estas inhumanas reprehensiones, y estas satyras picantes, que caen sobre conversiones todavia mal aseguradas; poco mas, ó menos como aquellos frios, y aquellas hecadas, fuera de tiempo, que asaltando à los frutos aun tiernos, y pequenitos, les quitan toda esperanza de crecer, y madurar. Dios os pedirá cuenta de la sangre de vuestros hermanos, si los retirais de caminar ácia él; vosotros os escandalizais de Jesu-Christo, y Jesu-Christo se escandalizará de vosotros.

Si la malignidad de estos es grande, quan injusta es la cobardía de aquellos, que por temor de las novedades, y de los frivolos juicios de los hombres, abandonan, ó no se atreven à cumplir los propositos que han hecho de servir à Dios. Yo quiero por medio de convincentes consideraciones desengañaros, si puedo, de ese falso pudor, que à manera de aquel Dragon de que se habla en el Apocalypsi, está siempre pronto à *devorar los hijos de la luz, luego que comienzan à nacer*. (a)

Di-

(a) Apoc. 12. v. 4.

Digo, pues, que no hay cosa tan contraria al espíritu del Christianismo como gobernarse por las máximas, por las opiniones, y los juicios de los hombres del Mundo. San Pablo declara, que él por nada los cuenta: *Mibi enim pro minimo est, ut á vobis judicer*; (a) y los mira como enteramente opuestos al Espíritu de Dios, creyendo que es incompatible ser siervo de Jesu-Christo, y agradar á los hombres: *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.*

(b) La razón es, porque cada uno juzga según sus afectos, y teniendo los pecadores el corazón lleno de los funestos ardores de sus codicias, discurren conforme á sus pasiones, y no según las reglas de la justicia. Fuera de que hallándose metidos en el tropel, y en el tumulto del Mundo, y siguiendo más la costumbre que la verdad, estiman, ó aprecian las cosas por la impresión que hace sobre ellos el uso, y la preocupación, y no las luces sobrenaturales, y las razones superiores de la Fé. Por esto no hay que atenerse á los discursos, ni á las opiniones de los hombres. Si aprueban vuestra conversión, alabad á Dios, no por el placer que os dan de aprobaros, sino por la gracia que les hace de juzgar sanamente de su Religión; si la reprueban, alabadle también; pues es grande señal que vuestra vida es cristiana, quando desagrada al Mundo, según aquellas palabras del Evangelio: *Si de mundo essetis, mundus quod sumit, diligeret.* (c)

Pero si abandonais vuestras obligaciones, ó si gustais mejor morir en vuestros desordenes, que dar que decir al público por una mudanza de conducta; ¿qué se puede pensar de vosotros sino que ni tenéis fé, ni juicio, puesto que mirais más á vuestro reposo, que á vuestra salvación, y que quereis más ser condenado de Dios, que ser murmurado de los hombres? ¡Oh, y quantos Christianos se hallan en este infeliz estado! Llamados por la gracia, contenidos por el pudor, ex-

(a) 1. Cor. 4. v. 3. - (b) Gal. 1. v. 10.

(c) Joann. c. 15. v. 19.

excitados por los remordimientos de su conciencia, asustados por el ruido que hacen los pecadores, siempre queriendo ser buenos, y jamás atreviéndose á desagradar á los malos. Reducido el hombre del siglo á estos dos extremos, dice para consigo mismo, ¿y qué se dirá, si yo hago penitencia? ¿Y qué excusa tengo, para no hacerla? ¿Qué diré á Dios, si no me acojo á algun retiro? ¿Qué dirán mis amigos, si los dejo? ¿Qué dirá el Mundo, si no me vengo? ¿Qué dirá Dios, si no perdono? Pero deliberan como si el partido fuese igual; y las más veces sin deliberar se determinan á continuar viviendo en sus desordenes, temiendo no atraerse murmuraciones, recusando de este modo á su Juez invisible que puede salvarlos, ó perderlos por la eternidad, por unos Jueces visibles de quienes no pueden aguardar sino vanas alabanzas, ó satyras aun todavía más vanas. ¿Y no es esto invertir todo el orden, y por una sacrilega profanación poner á Dios en lugar de los hombres, y á los hombres en lugar de Dios?

La causa de esta perversidad proviene del poder que se ha adquirido la costumbre, y el uso sobre el espíritu de los hombres, y de la poca violencia que se hacen por despojarse de las preocupaciones de que están imbuidos desde su infancia: Hallanse estimulados del tropel, y como atropellados del número de los que se engañan. Juzgase hacer injuria á tantas gentes, querer ser más sabios que ellos. Sabese lo que la Escritura advierte, de que sola la vista de un hombre de bien es insoportable á los impíos, porque su vida no se asemeja á la suya, y porque sus acciones son diferentes. De aquí se concluye, que no conviene salir del camino ancho, aunque lleve á la muerte, y habría cierta especie de orgullo en no seguir lo que hacen los demás. Infeliz de tí, torrente de la mala costumbre de los hombres, decía en otro tiempo San Agustín, (a) ¿quién te podrá resistir? ¿Hasta quando tendrás la libertad de estenderte? ¿Quando será el tiem-

(a) Lib. 1. Conf. cap. 16.

tiempo en que se agoten tus aguas? ¿Hasta quando has de arrastrar à los hijos de Adán en este valto, y espantoso mar del Mundo, y aun aquellos mismos que se acogen à los mas seguros, y mejor gobernados navios, apenas podrán pasar, sino con trabajo, y peligro?

Y así, Señores, un error, ó por mejor decir, el origen de muchos errores es el abandonarse à lo que hace, ó à lo que piensa la multitud. Es necesario vivir, decís vosotros, como viven otros muchos; ¿pues por qué no se ha de vivir mucho mejor, como prescribe el Evangelio? ¿Por qué segun la costumbre, y no segun la verdad? ¿Qué prescripción replicais contra la Ley de Jesu-Christo? ¿Pero qué otros me alegais vosotros? Sino unas gentes vacilantes en su fé, desordenados en sus costumbres, injustos en sus opiniones, que están ocupados de lo presente, y no hacen ninguna reflexion de lo venidero; que prefieren à la vida eterna deleytes pasajeros, y que se sostienen por el numero, por el credito, y por el atrevimiento, no por la razon, por la sabiduría, y por la virtud. En los tiempos bienaventurados en que todos los Discípulos de Jesu-Christo no tenían sino un corazon, y una alma, en que era una singularidad espantosa el ver à un Christiano avaro, sobervio, ó ambicioso, y en que no se hablaba sino de pobreza, de abstinencia, de martyrio, era razon el portarse, y arreglarse segun los otros. Pero oy día que no queda casi ni fervor, ni piedad, que no se vé por todas partes sino tibieza, infidelidad, y pasiones; y que es una cosa singular que admira, ver à un Christiano que quiere vivir un poco christianamente, que trata de seguir los Mandamientos, y los exemplos de Jesu-Christo, y menospreciar la conducta, y los juicios de una multitud ciega, que no trabaja sino para impedirnos de hacer el bien.

Pero quiero, Señores, que penseis en agradar à los hombres. Pues arreglaos sobre sus juicios, puesto que haceis tanto caso de ellos, y no desprecieis una reputacion que os está amable. No temais, que quiera yo aqui acomodar à Dios con el Mundo, y al orgullo con la Religion. Si parece que condesciendo algo con la debilidad es para inspirarle mayor per-

perfeccion, y mi animo es convencer vuestro espiritu, y no adular la vanidad de qualquiera que sea. Digo, pues, que el medio de adquirir la estimacion del Mundo es despreciarla; es el perseverar en la piedad, à pesar de sus acusaciones, sus murmuraciones, y sus satyras. Sea vuestra conversion firme, y constante, sea vuestra vida arreglada, y uniforme, y yo os prometo, que aquellos mismos que os vituperaban quando vuestra mudanza les era sospechosa, os alabarán quando vuestra perseverancia les huviere convencido de la sinceridad, y de la fidelidad de vuestra devocion; tal es la fuerza de la virtud; ella imprime el respeto aun en el corazon de sus mismos enemigos, quando se la reconoce por verdadera; si se burlan de ella, no es sino quando hay alguna desconfianza, pero llega à ser venerable luego que es experimentada; semejante al Sol, que luego que ha llegado à cierto grado de luz, y de resplandor, no hay tinieblas que no ilumine, nubes que no disipe, ojos, y corazones que no atraiga; la experiencia nos lo hace ver todos los días; un hombre que se convierte con alguna distincion, halla oposiciones de parte de los pecadores, quando practica buenas obras; pero si vence su resistencia por su firmeza, y por su valor; los que no hubieren podido corromperle, se verán obligados à admirarle, y como decian antes, el despecho, el capricho, la melancolía, y la necesidad de sus negocios es lo que le ha reducido à ser devoto. ¿Pero es su conversion de buena fé? ¿Permanece firme, y por mucho tiempo? Pues ellos se verán obligados à decir viendo su perseverancia, este verdaderamente es hombre de bien, es un Santo; y dichosos aquellos à quienes Dios hace semejantes gracias! (a)

Pero aun quando las contradicciones durasen toda la vida, ¿es conducente avergonzarse, ó escandalizarse de Jesu-Christo? Escribiendo San Pablo à los Romanos, protesta que está pronto à anunciarles la Religion de Jesu-Christo,

Tom. 5.

K

Y

(a) August. Serm. 18. De verb. Domini.

y que no se averguenza de su Evangelio: *Non enim erubesco Evangelium.* (a) Hablaba, pues, dice San Chrysostomo, (b) à un pueblo orgulloso, que solo estimaba el fausto, y las grandezas, y que igualaba sus Principes con los Dioses, dandoles tambien Templos, Altares, y Sacrificios. Predicaba à Jesu-Christo crucificado en quien no se havia visto nada brillante, y magnifico segun el Mundo, y que además de esto havia muerto como un delincente. No obstante, nada le espanta à esta heroyca alma; ni la tierra, ni el mar, ni las emboscadas, ni las trayciones, nada le detiene, anuncia un Dios humilde en la Capital del Mundo, en la Corte de un Emperador sobervio, y cruel. Pero nosotros ni aun nos atrevemos à practicar algunas virtudes christianas delante de los Christianos, ni à dar testimonio alguno publico de nuestra fé, delante de aquellos mismos que la profesan como nosotros. Qué debemos, pues, esperar, sino que Jesu-Christo executará sobre nosotros aquella terrible amenaza que fulmina, de que renunciará delante de su Padre, que está en el Cielo, à qualquiera que le huviere renunciado delante de los hombres: *Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo & ego eum coram Patre meo, qui in Caelis est.* (c)

Quando en tiempo de los Dioclecianos, y de los Neronés arrestado un Christiano delante de sus Tribunales iba à responder de su fé, y quando viendo al rededor de sí de la una parte un furioso Tyrano, é inhumanos verdugos, el uno pronto à pronunciar la sentencia, y los otros à executarla; de la otra planchas ardiendo, y encendidos hierros; arroyos de sangre que aun estaban corriendo, y un monton de cuerpos desgarrados por la misma causa, consultaba su corazon, y su fé; si el terrible aparato del suplicio, y la horrorosa imagen de la muerte hacia titubear su valor; si su tremula mano dejaba caer casi contra su voluntad algunos gra-

(a) Rom. I. v. 16.

(b) Chrysostom. ibid.

(c) Matth. 10, v. 33.

granos de profano incienso al pie de un Idolo; aunque el corazon huviese desaprobado el delito al mismo tiempo que lo hacia su mano; aunque huviese guardado en su conciencia la fidelidad que la debilidad de la naturaleza, y el temor de los tormentos le havian hecho perder exteriormente; la Iglesia le miraba con horror, y aun quando pedia perdón, lo remitía al Tyrano para dar pruebas de su arrepentimiento, y para lavar con toda su sangre la cobardía que havia cometido. ¿Pues qué merecerán aquellos, que temiendo solo una palabra, ó un desprecio, ahogan todos los buenos propositos que han formado, y no se atreven à hacer publica profesion de la humildad, ó de la paciencia de Jesu-Christo? ¡Qué injusticia! Sirvese al Mundo descaradamente sin temer los juicios de Dios; y si se quiere servir à Dios, se temen hasta los menores discursos de los hombres; por satisfacer à sus pasiones se arriesga su reputacion, y se expone hasta su misma eterna salud; y si se trata de satisfacer à Dios, à quien se ha ofendido, se contienen por un falso pudor, y por unas cobardes timideces.

O vosotros, que tocados del dolor de vuestra vida pasada, comenzais à acudir à Jesu-Christo, imitad, dice San Agustín, à aquel ciego del Evangelio: (a) él pedia en alta voz su cura: el pueblo procuraba contenerle, y hacerle callar, pero él gritaba mas, y mas: *Ipse vero multo magis clamabat: Jesu, Fili David, miserere mei.* (b) Para enseñaros que es necesario redoblar vuestro valor à medida que se aumenta la contradiccion, continuad diciendo al Hijo de Dios: Tened compasion de mí: decios à vosotros mismos, ¿qual vale mas, desagradar à Dios, ó à los hombres? Decid al Mundo que os insulta: ¿qué hallais que os ofenda en mi conversion? Quando yo vivia sin algun sentimiento de Dios, y quando no era Christiano sino de nombre, nadie se quejaba de los desordenes de mi vida; desde que me ha-

(a) Augult. Serm. 18. *De Verb. Domini.*

(b) Lucæ 18. v. 38. y 39.

hecho la gracia de convertirme, y que procuro reparar las injurias que le he hecho, me tienen por extravagante, é insoportable: ¿por qué no me acusaban entonces? ¿Por qué me acusan ahora? ¿Era yo inocente quando era tan criminal? ¿He venido yo á ser culpable quando quiero dejar de serlo? Tan grandes eran mis pecados, y nadie cuidaba de corregirme, ni de reprehenderme. Mi penitencia es tan pequeña, y se la mira tan excesiva; escandalizanse de la una, y no se escandalizan de los otros; han oído mis murmuraciones, han visto mi ambicion, han conocido mi avaricia, y el Mundo no ha dicho nada. Hago oracion, tengo retiro, doy limosna, y el Mundo se ofende. Asi es, Señores, como se fortifica uno contra las murmuraciones del siglo, de este modo es como se sale del numero de los cobardes Christianos, que se escandalizan de la Religion de Jesu-Christo: restanos combatir á los que se escandalizan de su cruz, y de sus sufrimientos, de lo qual diremos algo en esta tercera parte.

PUNTO TERCERO.

Nada ha retirado tanto á los Judíos de la fé, y de la confianza que debian tener en Jesu-Christo, como la ignominia de su Cruz, y de sus sufrimientos: ellos no han podido persuadirse á que aquel, á quien han crucificado, fuese el Autor de la vida, y le dixerón al pie de la Cruz insultandole: *Si es el Rey de Israel, que baje ahora al punto de la Cruz, y creéremos en él:* (a) pone toda su confianza en Dios; pues si Dios le ama, que le libre, pues dixo: Yo soy el Hijo de Dios, en lo qual se engañaban groseramente, dice Tertuliano, (b) debian creer todo lo contrario: Si es Dios, decian ellos, él se defenderá; y al contrario, esto lo hacemos porque es Dios, que no se

(a) Matth. 27. v. 42. (c) Tertul. de Pat. c. 3.

se defiende, ni quiere defenderse; el que se ha dignado ocultarse por nuestra eterna salud bajo la forma de hombre, no ha querido tomar la impaciencia del hombre; es ultrajado, desgarrado á azotes, coronado de espinas, muere en la Cruz, y todo lo sufre en silencio; en esto mismo era facil el conocerle. El orgullo del hombre era incapaz de esta dulzura, y era necesario ser Dios para sufrir con tanta humildad, y paciencia, este discurso es convincente.

Gracias á la misericordia del Señor, que nosotros damos á su Cruz el honor que la debemos, nos glorificamos en ella como el Apóstol, porque es el instrumento de nuestra salvacion, y de nuestra felicidad eterna; la miramos como á aquel Trono de que se habla en el Apocalypsis, en que Jesu-Christo estando sentado ha hecho nuevas todas las cosas; poniendo la verdad en lugar de las figuras, y haciendo superabundar la gracia en donde havia abundado el pecado; reconocemos que las humillaciones, y los sufrimientos del Hijo de Dios han sido señales preciosas de su amor para con los hombres; y viendo por medio de su anonadamiento los rayos de una grandeza, y de una sabiduría infinita, adoramos los Mysterios de su Pasion, porque nos ha sido util, y porque nos era necesaria.

Pero aquellos mismos que se glorifican en Jesu-Christo se escandalizan en sí mismos viviendo una vida mole, y sensual; se escandalizan en los buenos considerandolos como malditos de Dios, y anegados en una tristeza continua, sin reposo, y sin consolacion en este Mundo; y á lo mas mas, como infelices voluntarios, que por melancolia se prohíben los placeres presentes por unas esperanzas futuras, y gimiendo bajo el pesado yugo de la ley, y del temor de Dios, arrastran sus cruces en la tristeza, y quando mas en paciencia, enemigos de su propria alegria, y de la agena, esclavos de Jesu-Christo crucificado, y muchas veces homicidas de sí mismos por austeridades excesivas. Ve aqui, Señores, la idea que se forman los hombres delicados, y sensuales de los que viven christianamente; esta vida les causa horror, y se creen felices por hallarse en las prosperidades, y en las delicias del siglo.

¿Que no tenga yo lugar de desengañar á los que pudieran hallarse aquí imbuidos de este error? Yo les diria con la autoridad que dá la palabra de Dios, lo que en otro tiempo decia un Propheta criado en la Corte del Rey de Judá: *Non est gaudere impiis, dicit Dominus: (a)* No hay verdadera alegría para los impíos, que den toda la extension que quieran á sus pasiones, que se pongan si pueden sobre las leyes, y que no tengan mas justicia, ni mas razon que su voluntad, y su libertinage, que se formen un estado, y un arte del deleyte, y que nada reusen á sus sentidos; Dios es quien lo dice, no yo, jamás pueden estar contentos, y si lo están, no hay mayor desgracia que no conocer que es uno desgraciado, y no saber que una falsa felicidad es una verdadera miseria. Al contrario, el Apostol nos enseña que los Justos parecen tristes, pero que tienen en el corazon una paz solida, y una alegría continua, que es inseparable de la justicia: *Quasi tristes, semper autem gaudentes. (b)* La penitencia, el retiro, las oraciones, los ayunos, la mortificacion, el recogimiento, la pobreza voluntaria, todas estas virtudes, y estos ejercicios de la piedad christiana, no les quitan aquella modestia, y aquella atencion que parece tristeza; pero esparcen en su alma una alegría interior, y secreta, de la qual no quisieran perder ni un solo día por un siglo de felicidad sensual.

Comparemos, pues, Señores, sin preocupacion, el estado de uno de estos Christianos con el de un hombre del Mundo: el uno pone su confianza en Dios solo, en quien no hay ni mudanza, ni vicisitud; el otro la pone en los bienes pasajeros, que una continua revolucion de fortuna le dá, y le quita; el uno se establece un solido reposo, sujetando sus pasiones, y posee su alma como un país conquistado, cuyos habitantes ha reducido á vivir en paz; el otro siempre está agitado: ¡qué de deseos! ¡Qué de esperanzas! ¡Qué de

(a) Isai. c. 48. v. 22. & c. 57. v. 21.

(b) 2. Cor. 6. v. 10.

de temores! ¡qué de zelos! ¡qué de intereses, y qué de remordimientos no despedazan su alma! El uno halla su felicidad en sí mismo: el conocimiento de la verdad, la integridad de su conciencia, las gracias que recibe de Dios, y los servicios que le hace, le colman de consolaciones espirituales; y el mismo desprecio de los placeres le es el pleacer mas sensible; el otro no tiene felicidad sino fuera de sí mismo; necesita de diversiones, de espectaculos, y aun estos es preciso que sean tumultuosos, y aun muchas veces variados, no sea que le molesten.

Yo bien sé que tienen sus trabajos uno, y otro, y que hay tambien cruces tanto para los sequaces del mundo, como para los Discipulos de Jesu-Christo; (a) pero con esta diferencia, que los unos sufren como malhechores, los otros como Martyres; aquellos abandonados á sí mismos, sienten todo el peso de su Cruz; estos no sienten ni la mitad, pues no recae todo el peso sobre ellos. Porque Jesu-Christo, que habita, y sufre en ellos, él mismo lleva una parte, y su gracia que los sostiene suaviza todos los disgustos, y hace al yugo, si no agradable, y dulce, á lo menos ligero, y tolerable. La primera razon es, porque sus penas son voluntarias: quitanselos sus bienes, pero ellos mismos estaban prontos á darlos. Persigueselos por la Justicia, pero esto es para ellos una de las bienaventuranzas del Evangelio. Pierden lo mas amable, que tenían en su familia, pero todos los días lo ofrecen á Dios, y le hacen de ello un sacrificio en sus oraciones. Lo segundo, aman á Dios y nada de quanto hacen por él les parece difícil. La caridad suaviza todo lo que el trabajo puede tener de aspero; asistir á los pobres, consolar á los afligidos, defender á los debiles, renunciar los honores, los placeres, y á sí mismo; ceder á los unos, perdonar á los otros, ser util á todos, estas serian fatigas insoportables á unas almas tibias: y son las delicias de las almas fieles, y fervorosas. Lo tercero hallan socorros, y asilos en las gracias que

(a) S. Bernardo.

que han recibido de Dios, y en el habito de las virtudes que han practicado; y así como quando el corazon se halla en alguna opresion violenta, toda la sangre corre á su favor para que no cayga en desmayo, ni desfallezca; del mismo modo quando el alma de un hombre justo se halla en alguna urgente affliccion, toda su fuerza se recoge, y todas sus virtudes se juntan. La fè le hacer conocer quales son los verdaderos bienes, y los verdaderos males: la esperanza suaviza sus penas, representándole las recompensas eternas; la caridad le hace adorar la mano de Dios aun quando le mortifica: la humildad le persuade, que no hay castigo que no merezca, la obediencia le sujeta, la paciencia le consueta, y Jesu-Christo le fortifica. Pero los malos se hallan sin apoyo, y sin asistencia en sus trabajos; son humillados, dice San Bernardo, (4) y no tienen humildad: sufren, y no están acostumbrados á la paciencia, las disposiciones de Dios les parecen duras, porque no tienen sumision, ni obediencia: sus cruces les son insoportables, porque no tienen ellas la uncion necesaria; en fin, no ven sino la desgracia, ó el dolor que los agovia: y el fuego de la tribulacion que afina, y purifica á los justos, como metales preciosos, derrite, y consume á los mundanos como metales impuros, y groseros.

Se escandalizan de las cruces, y de los sufrimientos de Jesu-Christo, y no se cansan de las del mundo, vencen todos los obstaculos quando se trata de satisfacer sus pasiones, y la menor dificultad los detiene, quando es necesario combatirlas, el yugo de la codicia les parece suave, y el de Jesu-Christo les es insufrible. Haced, Señor, haced caer de sus ojos la venda que los ciega; mudad estos infelices martyres del mundo en víctimas de la penitencia, arrojad una porcion de vuestra Cruz en esas amargas aguas del siglo, que santifiquen sus penas, y mezclad una gota de vuestro caliz en la amargura de sus sufrimientos, hacedles merecer el torrente de alegría con que emulgais á vuestros escogidos en el Cielo, que yo os deseo, &c.

SER-

Bernardo ubi supra.

SERMON PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en la Capilla de San Germán.

Miserunt Judæi ab Hierosolymis Sacerdotes, & Levitas ad Joannem, ut interrogarent eum, tu quis es? Et confessus est, & non negavit, & confessus est, quia non sum ego Christus.

Embiaron los Judios desde Jerusalèn, Sacerdotes, y Levitas para preguntarle á Juan, quien era? Confesó, y no lo negó, y dixo, yo no soy Christo. *S. Juan cap. 1. v. 19. y 20.*



Quando yo me represento sobre las riberas desiertas del Jordan, de la una parte á unos Sacerdotes, y Levitas cargados de votos, y de sufragios de todo un pueblo, y prontos á decidir el mas importante punto de la Religion, echarse á los pies del Precursor de Jesu-Christo, y decirle con un ayre alhaguño, y devoto al mismo tiempo: *Eres tu Christo? ¿Eres á lo menos un Profeta? ¿Es necesario adorar?*

Tom. 5.

L

rar.

que han recibido de Dios, y en el habito de las virtudes que han practicado; y así como quando el corazon se halla en alguna opresion violenta, toda la sangre corre á su favor para que no cayga en desmayo, ni desfallezca; del mismo modo quando el alma de un hombre justo se halla en alguna urgente affliccion, toda su fuerza se recoge, y todas sus virtudes se juntan. La fè le hacer conocer quales son los verdaderos bienes, y los verdaderos males: la esperanza suaviza sus penas, representándole las recompensas eternas; la caridad le hace adorar la mano de Dios aun quando le mortifica: la humildad le persuade, que no hay castigo que no merezca, la obediencia le sujeta, la paciencia le consueta, y Jesu-Christo le fortifica. Pero los malos se hallan sin apoyo, y sin asistencia en sus trabajos; son humillados, dice San Bernardo, (4) y no tienen humildad: sufren, y no están acostumbrados á la paciencia, las disposiciones de Dios les parecen duras, porque no tienen sumision, ni obediencia: sus cruces les son insoportables, porque no tienen ellas la uncion necesaria; en fin, no ven sino la desgracia, ó el dolor que los agovia: y el fuego de la tribulacion que afina, y purifica á los justos, como metales preciosos, derrite, y consume á los mundanos como metales impuros, y groseros.

Se escandalizan de las cruces, y de los sufrimientos de Jesu-Christo, y no se cansan de las del mundo, vencen todos los obstaculos quando se trata de satisfacer sus pasiones, y la menor dificultad los detiene, quando es necesario combatirlas, el yugo de la codicia les parece suave, y el de Jesu-Christo les es insufrible. Haced, Señor, haced caer de sus ojos la venda que los ciega; mudad estos infelices martyres del mundo en víctimas de la penitencia, arrojad una porcion de vuestra Cruz en esas amargas aguas del siglo, que santifiquen sus penas, y mezclad una gota de vuestro caliz en la amargura de sus sufrimientos, hacedles merecer el torrente de alegría con que emlagais á vuestros escogidos en el Cielo, que yo os deseo, &c.

SER-

Bernardo ubi supra.

SERMON PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en la Capilla de San Germán.

Miserunt Judæi ab Hierosolymis Sacerdotes, & Levitas ad Joannem, ut interrogarent eum, tu quis es? Et confessus est, & non negavit, & confessus est, quia non sum ego Christus.

Embiaron los Judios desde Jerusalèn, Sacerdotes, y Levitas para preguntarle á Juan, quien era? Confesó, y no lo negó, y dixo, yo no soy Christo. *S. Juan cap. 1. v. 19. y 20.*



Quando yo me represento sobre las riberas desiertas del Jordan, de la una parte á unos Sacerdotes, y Levitas cargados de votos, y de sufragios de todo un pueblo, y prontos á decidir el mas importante punto de la Religion, echarse á los pies del Precursor de Jesu-Christo, y decirle con un ayre alhaguño, y devoto al mismo tiempo: *Eres tu Christo? ¿Eres á lo menos un Profeta? ¿Es necesario adorar?*

Tom. 5.

L

rar-

rarte, y reconocerte por el Mesias? Hacedos justicia, y sed oy dia todo quanto deseais ser; za que prueba, digo yo entre mi mismo, no está expuesta la virtud de los Santos, y hasta donde no llega la malignidad, ò la lisonja de los pecadores? Quando por otra parte me figuro á San Juan animado del zelo de la verdad, juntando un humilde despecho à su acostumbrada austeridad, rebatir à estos diputados, y sus profanas alabanzas, y saliendo como fuera de sí, hacer resonar toda la ribera de estas palabras: No confundais al Siervo con el Señor, ni al Precursor con el Mesias: basta, y aun es demasiado para mí el ser la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor. ¡O, y qué difícil es (exclamo yo con San Bernardo) reusar un honor, que se presenta por sí mismo, y no querer tanta reputacion quanto se imagina de virtud, y de merito, y conocerse como uno es en sí quando se puede hacer estimar, y parecer lo que no es!

Pero San Juan no tiene esta ridicula vanidad de ocultar lo que es, y aparecer lo que no es. Atiende à sus obligaciones, y no à sus virtudes; y por grande que sea delante de Dios, se tiene por pequeño, y aplicandose à llenar fielmente el ministerio de la palabra, que la Providencia Divina le ha cometido, renuncia todas las ventajas que la opinion de los hombres le ofrece, ó le atribuye, y pudiendo elevarse hasta la dignidad de Mesias, se contiene en los limites de su vocacion, y se contenta con reconocer, y mostrar à los demas lo que él es.

Quiera Dios que esta humildad sea la condenacion de nuestro orgullo! Que el espíritu de Dios, que hace los humildes, derrame oy dia sobre nosotros aquellas gracias fuertes, y penetrantes, que derrama sobre sus escogidos, quando quiere descubrirlos el vacio, y la nada de las grandezas humanas! Pidamoslas por intercesion de la que estando destinada para ser Madre de Dios, se llama la mas humilde de sus siervas, quando la dixo el Angel:

AVE MARIA.

Doz

DOS suertes hay de pecados entre los hombres, Señores; unos llevan consigo un caracter de verguenza, y de infamia, que deshonorà á los que los cometen. Tales son los hurtos, los asesinatos, las trayciones, y los perjuros, ya porque denotan un desorden de corazon de que los hombres de bien segun el mundo no son capaces, ya porque rompen los nudos de la sociedad, y porque las leyes humanas, y divinas se ponen de acuerdo para castigarlos, ya porque los hombres por un horror natural al vicio, por respetos, y consideraciones humanas no se atreven à acostumbrarse à ellos; y no habiendo podido establecerlos, se hayan hecho como una especie de honor de desacreditarlos. Como quiera que sea, ellos son unos delitos groseros; porque por corrompido que uno esté no los comete sino temblando, y no hay tinieblas bastante espesas para ocultarlos, quando por desgracia se han cometido. Pero hay ciertos pecados que han entrado en el comercio del mundo, y que el uso les ha autorizado: y porque lisonjan el orgullo, y la codicia de los hombres, porque no ofenden sino à Dios, cuyos intereses nos mueven poco, quando se hallan separados de los nuestros; y porque se han establecido por la corrupcion comun de la naturaleza, y por la fuerza de la costumbre, cada uno los perdona, porque cada uno se halla empeñado en ellos. Ellos quedan no solamente impunes, sino tambien por honestos, y el que quiere juzgarlos de otra manera pasa por severo, por escrupuloso, ó por poco habil. Tales son esos deseos de abanzarse en los honores, y en la fortuna, de enfadarse continuamente de ser lo que uno es, y de querer ser lo que no es en realidad; de ganar la estimacion de los hombres por acciones puramente mundanas, y atribuirse una gloria que pertenece à solo Dios. Tal es la ambicion que comprehende todos estos deseos, ambicion que cada uno alimenta en su corazon, y de la que nadie se averguenza; ambicion que por ser comun, parece ser menos criminal. Yo quiero mostraros oy dia su malignidad, y haceros ver en mi primera parte; quan contraria es à las maximas del Evangelio, y en la segunda, quan contra-

L. 2

tra.

traria es à los ordenes de la providencia de Dios. Acaso no hay en la Moral Christiana materia mas importante, ni mas digna de vuestras atenciones.

PUNTO PRIMERO.

ES la ambicion un deseo desordenado de los honores, y de las dignidades del mundo; (a) es una de las principales partes de la codicia, que inclinando à el hombre à engrandecerse à expensas de sus cuidados, hace que llegue à ser en sí mismo su principio, y su fin en cierto modo. Es una de las tentaciones que Jesu-Christo quiso vencer en su persona, quando el Demonio le ofreció toda la gloria, y todos los Reynos del Mundo, para dejarnos el exemplo de combatirle, y de vencerle por su gracia; es aquella sollicitud del siglo de que habla Jesu-Christo en el Evangelio, que llenando el espíritu de vanas ideas de grandeza, y de gloria, sofoca toda la semilla de la palabra de Dios: *sollicitudo saculi istius, & falacia divitiarum suffocant verbum.* (b) Y en fin, es aquella amistad de este Mundo que nos hace despreciar à Dios; aborrecerle segun los terminos del Apostol: *amicitia hujus mundi inimica est Dei.* (c) Nada hay tan opuesto al espíritu de Jesu-Christo como esta desmesurada passion de los bienes, y de los honores mundanos; y nada debe ser tan vergonzoso al Christiano, como abandonarse à ella. Porque si se considera como hombre, ¿puede anhelar con tanto cuidado por unos bienes, que puede perder, à pesar suyo, durante su vida, y de los cuales no gozará mas despues de su muerte? Si se considera como pecador, ¿pretende acaso poder elevarse, y engrandecerse delante de los hombres, al mismo tiempo que debe humillarse, y confundirse delante de Dios? Si es penitente, ¿como puede conciliar este do-

(a) S. Thom. 2. 2. q. 131. art. 1. (b) Matth. 13. v. 22.

(c) Jacob. 4. v. 4.

dolor, y esta tristeza saludable que acompañan à la penitencia con aquella alegría profana, que sigue al fausto, y à la pompa de la grandeza? Y si se considera como justificado por la gracia, ¿cómo puede apegarse à unos bienes para los cuales está muerto, que debe menospreciar, y que pueden hacerle perder los que posee?

Estas razones obligaron à Tertuliano à concluir que las dignidades temporales eran incompatibles con las virtudes Evangelicas; (a) que convenia al discipulo de Jesu-Christo obedecer con sumision, y no mandar con autoridad; que no debia haver entre nosotros sino una emulacion de excedernos unos à otros en humildad, y que no havia proporcion alguna de un Christiano que gobernaba, que juzgaba, y que precedia à los otros, con Jesu-Christo que siempre havia vivido en el abatimiento, y en la pobreza; que no havia querido constituirse Juez de diferencia alguna temporal, y que havia reusado la dignidad de Rey, que los Pueblos le havian ofrecido. Yo confieso que este grande hombre se ha engañado, y que no ha distinguido bastante en las dignidades, lo que es de Dios, de lo que pertenece al hombre. La Escritura autoriza esta diferencia de condiciones, y nos enseña que hay hombres constituidos, y llamados para ser superiores à los otros, que pueden ser elevados sin ser orgullosos, que Dios que les comunica una parte de su poder, puede comunicarles quando le place, una parte de su santidad en el orden en que los ha colocado por su providencia; que en fin la grandeza no es incompatible con la Religion; y que si se observa ordinariamente en ella alguna presuncion, algun fausto, alguna dureza, y alguna injusticia, no es falta de la grandeza, sino falta de los Grandes que abusan de ella.

Pero asi como es error creer que un Christiano no puede hallarse legitimamente en los empleos, y en las dignidades honorificas, quando la Providencia Divina le hace

(a) Tertull. *Dei dololat.*

nacer, ó le eleva á ellas, así tambien es verdad fundada sobre todos los principios de la Religion, que no le es permitido excederse por el orgullo, ó por ambicion, y que no puede mantenerse en ella en el estado de su vocacion sin un grande desapego del mundo, y sin una grande humildad. Esto es lo que Jesu-Christo nos enseña, quando viendo á sus Apostoles preocupados de una vana imaginacion de gloria, hace venir á un parvulito en medio de ellos, y les pronuncia esta sentencia: *Nisi conversi fueritis, & efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in Regno Cælorum:* (a) Si no os convertis, y llegais á ser pequeños como este niño, no entrareis en el Reyno de los Cielos. Y así hay una pequeñez Evangelica á la qual se debe reducir toda suerte de grandeza. Los que por su nacimiento, ó por sus empleos se hallan elevados sobre los otros, deben descender en espíritu á su nada, y temer incesantemente, que las dignidades que poseen no sean mas un peso que los brume, que una qualidad que los honre. Los que por las luces de su espíritu se distinguen de los demás, están obligados á tener tanta docilidad, y sumision, quanto tienen de razon, y de conocimiento, no sea que deteniendose en la ciencia que infla, pierdan la caridad, que edifica; y que su sabiduría mezclada de presuncion llegue á ser locura delante de Dios. Los que se ven en medio de las alegrías, y las prosperidades del Mundo, deben reconocer el peligroso estado en que se hallan, y temblar no sean del numero de aquellos de quienes dice Jesu-Christo que han recibido su recompensa. Pues si los que han subido á los honores deben descender á lo menos en su corazon, humillandose á los que están en las más medianas condiciones, qué ceguedad para los que están en una mediana condición, querer subir á un orden más elevado adonde no llegarán sino con trabajo, y de donde deben descender á lo menos interiormente luego que hayan arribado á él, si les queda un poco de fé, y algun deseo de salvarse.

Es-

(a) Matth. 18. v. 3.

Esta ceguedad proviene de que el hombre, criado para mandar á todas las criaturas, y á sus propias pasiones, habiendo caído por el pecado en el abatimiento, y llegado á ser esclavo de unas, y de otras, anhela bolver á conseguir este imperio que ha perdido, y llenar por su ambicion este vacío que halla en sí mismo. (a) Vereisle, dice San Bernardo, ocupado siempre del Mundo, y de su fortuna, pronto á experimentar peligros, á suscitar escandalos, á softener odios, á disimular afrentas, á despreciar menosprecios con tal que se abance; él omite lo bueno por correr tras de lo que le es util, y no distingue ni vicio, ni virtud, sino por respecto á sus intereses; si no puede elevarse por su merito, se eleva por sus astucias, y lo sacrifica todo al deseo que tiene de engrandecerse, sin tener respeto, ni á las leyes humanas, ni á las divinas, ni al honor, ni á la amistad: ni á la decencia. (b) ¡Infelices de aquellos que se encuentran en sus caminos! El les impone falsos delitos, les desea los verdaderos; y siempre enamorado naturalmente de sus talentos, y envidioso de los de los otros, no puede sufrir que los demás pretendan los mismos honores que él, ni aun quiere que sean dignos de ellos; querer estender de este modo una dominacion sobre los hombres, en lugar de establecer en nosotros mismos el Reyno de Jesu-Christo, es faltar á todo el orden, y á toda la disposicion Evangelica; es renovar el pecado del primer hombre, es pretender sobre los derechos de Dios, á quien solo pertenece el honor, y la gloria de sujetarse sus criaturas.

La Escritura nos enseña que Dios exerce dos suertes de Imperios; el uno interior, y eterno, por el qual se posee él á sí mismo como su unico, y soberano bien, bastando él solo á su perfeccion, y á su felicidad, y reynando, si es licito decirlo así, dentro de sí, por una apacible, invariable, y eterna fruicion de sí mismo. Vos reynais, decia el Propheta,

(a) S. Augut. (b) Bernard. De Convers. ad Cleric. c. 31.

vos reynais, Señor, vos mismo sois vuestro Soberano, y la eternidad es el tiempo, y la medida de vuestro Reyno: *Regnum suum Regnum omnium seculorum.* (a) El otro es un Imperio exterior, y temporal, por el qual preside fuera de sí á todas sus obras, reduciendolas á los fines que les ha destinado, y teniendolas sujetas por esta sabiduría soberana, que sabe hacerse obedecer con dulzura, y á un mismo tiempo con fuerza por todas sus criaturas: *Attingit à fine usque ad finem fortitèr, & disposuit omnia suaviter,* (b) dice el Sabio. Pero el hombre ambicioso, en quanto está de su parte, usurpa estas dos suertes de dominaciones, y de soberanías. Quiere hacerse independiente, y que dependa de él todo lo que puede, y llegar á ser Señor de sí mismo, llegando á serlo de los otros. Bastante nos enseña la experiencia lo que digo. ¿Quantos Grandes del Mundo se ven, que viven como si no huviese Juez, á quien huviesen de dar cuenta de sus acciones? Creen, que la autoridad no se les ha dado sino para gozar de ella, y para complacerse; que los hombres no se han hecho sino para contribuir á sus placeres, y á su poder; que todo debe servir á su gloria, y su grandeza, consideranse como dueños de su voluntad, y no como los ministros, y los interpretes de la de Dios; exigen la obediencia, como una justicia que se debe á sus personas, y no á Dios, á quien representan, y se hacen ellos mismos la regla, el centro, y el fin de los demás hombres; que tienen en una triste dependencia; á esto es á lo que tiran tacitamente todos aquellos que se abanzan á los empleos, y oy dia les puedo yo decir lo que San Agustín decía en otro tiempo á sus semejantes: Dejad á Dios todo el poder que tiene sobre vosotros, no llegueis á ser esclavos del Mundo á fuerza de querer dominar en él, buscad dentro de vosotros en que exercer un Imperio espiritual, ahogad en vuestro corazón esa venganza, y ese odio que os le roe; romped ese apego, que os ata; moderad esa colera que

(a) Psalm. 144. v. 13. (b) Sap. 8. v. 1.

os enfurece, reglad vuestras palabras por la verdad, y vuestras acciones por la justicia, no se trata de subir de Dignidad en Dignidad, sino de crecer de virtud en virtud, no es el cuidado de un Christiano levantarse sobre las ruínas de otros, sino antes bien hacerse de sus propias pasiones como otros tantos grados para arribar á la perfeccion de su estado. (a)

¿Pero qué? Hablo yo á un ambicioso de reprimir sus pasiones: no sé yo que solo busca reformarlas, y satisfacerlas: porque, Señores, ¿qual pensais vosotros, que sea el objeto, y el fin de los que corren tras los bienes, y los honores del Mundo? Preguntadles ¿por qué anhelan á esa Dignidad, por qué solicitan ese empleo, por qué quieren tener credito, y favor? Y os responderán; el uno que quiere tomar alguna ocupacion, y hacerse la vida menos molesta; el otro, que sigue el consejo de sus amigos, ó el plan que se le ha trazado en su familia; este, que quiere salir de un estado de medianía, y ponerse en otro algo considerable en el Mundo por el puesto que ocupará en él; aquel pretende servir al Publico, y dar á conocer los talentos que tiene, ó que le parece tener; cada uno tiene su honesta razon para adquirir, y para abanzarse; pero hay una razon comun para todos, que ninguno dice, y que cada uno tiene en su corazón; y es que quiere cada uno darse mas libertad, y mas medios de satisfacer sus pasiones, se quiere salir de este camino estrecho, de que habla Jesu-Christo en el Evangelio; esto es, de esta pureza de Religion, que estrecha la codicia de los hombres, y la reduce quanto puede á la caridad de Dios, y se quiere entrar en aquel camino ancho que lleva á la muerte, y á la perdicion, dando á los pecadores las ocasiones, y las facilidades de pecar; y así quando trabajais en engrandeceros, en llegar á ser poderosos, en hacer fortuna, yo apelo á vuestra conciencia; vosotros trabajais tambien aun sin pensar en ello en daros una desgraciada complacencia, y comodidad de obrar mal, y en

Tom. 5.

M

es-

(a) S. Aug.

estender esa natural inclinacion que tenéis á cometerle: vuestras pasiones están muy oprimidas en vuestro corazon, y queréis exteriormente darlas ensanche, tener con que proveer ampliamente á vuestro luxo, y á vuestras delicadezas: atraer los ojos del Publico por el numero de vuestros criados, y por la magnificencia de vuestros equipages, tener al oído mas tropa de aduladores, que hagan omenage á vuestra fortuna; apoyar con vuestro credito las pasiones de otros amigos, como si no fuesen bastante las vuestras, y hacer sentir, quando se os antoje, el peso de vuestra colera, luego que os creyereis ofendido; esto es lo que pretendéis, ó á lo menos á esto es á lo que os exponéis, quando aspiráis á las grandezas humanas, y quando llegáis á ellas por vuestros cuidados, y vuestras ansias.

Si el fin que se propone en una elevacion mundana es tan poco conforme á las reglas del Eyangelio, no lo es menos el modo de elevarse: porque ¿hay cosa mas indigna de un Christiano que debe ser por su condicion independiente de todos los bienes transeuntes, y perecederos, y solo tener á Dios sobre sí, que debe conocer por la fe, que todo lo que el mundo tiene de grande, de glorioso, y de agradable no es ni aun sombra de las grandezas de la gloria, y de las delicias que Dios le prepara en el Cielo? ¿Hay cosa, digo, mas indigna de la generosidad de un Christiano, que apegarse á unos bienes, y unos honores que nada son por grandes que parezcan, que nada duran, por larga que sea la posesion, y que hacen perecer por una eternidad á los que los poseen, por un falso, y vano deleyte que les dan por un momento? Que el mundo tenga por maxima quanto quisiere, que la ambicion es el caracter de una bella alma, que es la pasion de los hombres grandes, que es el principio de todas las acciones heroicas, la Religion Christiana me enseña, que es la señal de una alma baja, y el principio de todas las malas acciones, que se cometen: porque ¿hay cosa mas indigna para el hombre, que amar lo que es inferior á él, y renunciar su herencia, que es celestial? Todas las dignidades del mundo, son bienes criados, y por consiguiente inferio-

res al bien increado, para cuya posesion está él destinado: luego quando renuncia aquel por apegarse á este, se degrada á sí mismo, y muestra la misma bajeza de corazon que un Capitan, que pudiendo ser Emperador, se contentase con ser un miserable Soldado?

¿La misma experiencia del mundo no nos enseña que la cobardia, y floxedad es inseparable de la ambicion? ¿Qué complacencia no se tiene para con aquellos, que pueden servir, ó que pueden dañar? ¿Qué respetos por aquellos, á quienes se quiere empeñar en los mismos intereses? ¿Qué no se sufre de aquellos de quienes se depende? ¿Y por grande que uno sea, quan pequeño llega á ser delante de una grandeza superior? El Espiritu Santo nos hace una admirable pintura de este estado, quando por la boca de uno de sus Prophetas manda á los ministros de su palabra dirigirse á una especie de gentes fieras, y formidables, que con todo eso aguardan siempre, y se dejan pisar: *Ite Angeli veloces, ad populum terribilem, ad gentem spectantem, & conculcatam.* (a) Id, y ved á esos ambiciosos, terribles para aquellos á quienes mandan, abatidos, y arrastrados delante de aquellos de quienes esperan; Señores imperiosos de los unos, y viles esclavos de los otros, adulados, y aduladores á un mismo tiempo, recibiendo el incienso de una mano, para darlo con la otra á sus Idolos; ved los, digo, abatirse á los ministerios mas despreciables, sacrificar todo el honor, que tienen por adquirir uno que no tienen, despues de haver pasado sus caprichos, ir ellos mismos á experimentar los de los otros, semejantes á aquellas olas, que despues de haver turbado la mar, y causado tristes naufragios, vienen á amansarse, y estrellarse al pie de los peñascos.

¿Pero pluguiese á Dios que no huviese en la ambicion sino bajeza! Esta sería una pena que fuese efecto del pecado, y los que no quieren ser humildes, merecen muy bien ser hu-

(a) Isai. 18. v. 2.

millados. Pero ay de mí! La ambicion es el origen de todos los delitos, que se cometen; porque el hombre que está poseído de ella, se halla en una preparacion de corazon á cometerlos todos, si los juzga utiles al cumplimiento de sus designios. Todos los pecados son de temer, porque todos ofenden la Magestad Soberana de Dios, y precipitan á su ruina unas almas, que Jesu-Christo ha rescatado con su sangre; pero hay unos que se detienen en el corazon de los que los han cometido, y que teniendo solo su propria malicia, se acaban sin consecuencia alguna en el momento, que se han consumado, y mueren, digamoslo así, en la llaga mortal, que acaban de hacer; otros por el contrario arrastran consigo una larga cadena de vicios, y son casi más formidables por lo que mueven á hacer, que por lo que hacen: Tal es la ambicion, cuyos funestos efectos causan tantos desordenes: un Profeta la representa como una Reyna seguida de un tropel de delitos, que la acompañan, y que se hace Señora de todas las potencias del alma, *va corona superbia* (a) y el Sabio nos advierte, que así como el temor de Dios, y la humildad son el principio de todas las virtudes, *el orgullo, y la ambicion son el principio de todos los vicios.* (b)

Dios mismo es quien confirma esta verdad en sus Escrituras: *Si videris calumnias egenorum, & violenta iudicia, & subverti iustitiam in provincia, ne mirens super hoc negotio.* (c) Si vieres la opresion de los pobres, la violencia que reyna en los juicios, y el trastorno de la justicia en una Provincia, no te admires, y da luego la razon: *Quia excelso excelsior est alius; & super hos quoque eminentiores sunt alii.* (d) Porque el uno es más elevado que el otro, y porque otros están más elevados que este: como si dixese, porque se abanzan á las dignidades, y porque la ruina del uno sirve de elevacion á los otros; porque quiere uno distinguirse á qualquiera costa que sea en

(a) Isai. 28. v. 1.

(b) Eclí. 10. v. 15.

(c) Eclí. 5. v. 7.

(d) Ibid.

en una palabra, la razon es, porque hay ambicion. De aqui es de donde nacen las murmuraciones atroces, las crueles envidias, las infidelidades secretas, los odios mortales, las guerras sangrientas, de aqui es de donde proviene la envidia contra los poderosos, la desconfianza de sus iguales, el abandono de los pobres, y muchas veces la opresion de los debiles: ¿y qué diré yo de esa agitacion perpetua de deseos, de esas alegrías inmoderadas en las prosperidades, de esas grandes inquietudes en las esperanzas, de esas pesadumbres, y de esas murmuraciones frecuentes contra la Providencia en los malos sucesos?

Pero no solamente nacen de aqui los vicios, sino que tambien abusa de todas las virtudes: ya se sirve de una paciencia interesada, que lo sufre todo de aquellos de quien espera; de una humildad contrahecha, que se abate por elevarse más seguramente; de una hombría de bien forzada, que quiere agradar á todos por tener menos oposicion á su fortuna; de una modestia disimulada para excitar menos envidia, y hacer menos sombra á sus concurrentes; y de una caridad afectada para ganar á los unos por anhelados servicios, y á los otros por complacencias estudiadas. La misma Religion, quiero decir, esta Religion cuyas maximas todas se dirigen á la humildad, á la sumision, y á la obediencia, muchas veces por una sacrilega profanacion se vé empleada para dar credito á la impostura, y para servir á la ambicion, que ella misma condena. ¿Quien no sabe que hay un arte de acercarse á las dignidades, aparentando el apartarse de ellas, de ocultar el espiritu del mundo bajo unas apariencias engañosas de piedad, y bajo de un ayre exterior de reforma para llegar más facilmente al fin que se ha propuesto, y de sorprehender la aprobacion de los hombres, haciendoles creer que ya se tiene la de Dios: que es el colmo de la impiedad. Después de esto, Señores, mirareis á este pecado como remisible, y como conveniente? ¿Como le acomodareis vosotros con las reglas del Evangelio? ¿Qué color dareis á todos los excesos en que hace dar á los que se abandonan á él?

Yo no tengo grandes ambiciones, direis vosotros; bastame subir algunos grados, aun no estoy en el estado à que puedo anhelar con razon, y quiero arribar à él, sin cometer todos esos grandes delitos; sacadme de esta enfadosa medianía en que me hallo, y os dejo todos los Imperios del Mundo; luego no conoceis por ambiciosos sino à los que proyectan grandes designios, que solo imaginan cosas vastas, que quisieran forzar la naturaleza, y los elementos, y que cargados de coronas usurpadas, é impelidos del ardor de vencer hasta las extremidades de la tierra, preguntan si no hay otros Mundos que conquistar; perdonais vosotros la ambicion si no enciende guerras civiles, ó estrangeras, si no hace correr arroyos de sangre, ó si no lleva el hierro, y el fuego por donde quiera que pasa; pero os engañais, no hay orgullo que sea pequeño, éi es igual en todas partes, aunque los objetos sean diferentes, y aunque la fortuna de los orgullosos no sea igual; decis que no quereis subir mas que un grado, pero luego quisierais subir otro, y creciendo la codicia conforme creyeseis haverla satisfecho, querreis pasar tambien al grado mayor que se pueda llegar; creedme, preocupado cada uno del amor, y de la estimacion que se tiene à sí mismo, siempre se cree digno de otro puesto mas alto, conforme se vá acercando à él; y dadme á el mas pequeño orgulloso del Mundo, que no tenga cuidado de moderarse, que bien presto se hará Soberano, si puede. Pero aun quando pusieseis justos limites à vuestros deseos, ¿los medios de que os valdreis, serán siempre legitimos? Bien puede ser que no hicierais una muerte, ¿pero no aventurariais una murmuracion por desacreditar à uno de vuestros concurrentes? Tampoco excitariais una disension, ¿pero no romperiais con vuestro mejor amigo, si se hallaba contrario à vuestros intereses? No llevariais vuestra mira hasta las ultimas violencias para impedir que no se os pudiese deslucir; ¿pero no disimulariais una verdad? ¿No hariais algunos malos officios? ¿No corromperiais un Juez, si convenia para vuestra fortuna, y vuestros negocios? Pero quiero que tengais buena intencion, y que sea poca cosa lo que pretendais; si teneis

tan-

tanto ardor, tanta ansia, é inquietud como otro tiene por grandes cosas, sois tanto mas culpables quanto os perdeis mas ligeramente. De donde concluyo que la ambicion es absolutamente contraria à las reglas del Evangelio. Restame mostraros, que es tambien contraria à todos los ordenes de la Providencia de Dios.

PUNTO SEGUNDO.

UNO de los principales desordenes que produce la ambicion en el corazon del hombre es ponerle en una perpetua inquietud, hacerle despreciar lo que tiene, por buscar lo que no tiene, y disgustarle casi siempre del estado en que se halla, para hacerle desear otro mas comodo, ó mas honorifico; en lo qual desagrada à Dios, y peca contra su Providencia, segun aquella expresion del Propheta: *Dilexit movere pedes suos, & non quievit, & Domina non placuit*; (a) él se agitó, él ha querido dejar la condicion en que estaba, y ha desagradado al Señor. Porque, Señores, cada uno de nosotros se debe considerar, ó como un hombre, á quien Dios conduce para sus fines particulares, ó como una parte de la sociedad, que hallandose mezclada en el comercio del Mundo, puede servir para la execucion de los designios de la Providencia. Y asi es necesario considerar todo lo que nos sucede, ó como necesario para nosotros, ó como util para el orden del Universo, y no salir de la linea que la mano de Dios nos ha trazado, puesto que termina, ó en nuestra salvacion, ó en su gloria. Y asi es cierto, que quando deseamos salir del estado, en que nos ha puesto, por sola nuestra vanidad, intentamos confundir este orden, como si nosotros tuviesemos mas bondad, y mas sabiduría que él; como si debiese interrumpir el curso de sus designios para arreglarlos por nuestros caprichos; como

(a) Jerem. 14. v. 10.

mo si debiese reformar sus decretos eternos por acomodarlos à nuestros intereses, y criar un nuevo Mundo para darnos en él el lugar, y la situacion que apeteciesemos para nuestra fortuna.

No, no, Dios mio, no es justo, que vos acomodeis vuestros designios à nuestras pasiones, à nosotros nos toca someter nuestras pasiones à vuestros designios. Bien lejos de pervertir vuestra voluntad que es santa, enderezad la vuestra que es depravada: contenednos por vuestra gracia, en donde vuestra Providencia nos desea, y cumplid en nosotros vuestra voluntad, aun à pesar de la nuestra. Esta voluntad, que debe ser un origen de paz para las almas humildes, es un yugo insoportable para los sobervios, por que fuerza sus inclinaciones, y estrecha sus deseos; de aqui proviene, que sin atender à lo que Dios quiere, ó no quiere, se piensa siempre en contentarse uno à sí mismo, y no en seguir sus ordenes; cada uno se persuade que no le ha puesto en su lugar correspondiente; y se quiere uno dar el puesto à que se imagina acreedor; escandalizase de los juicios de Dios; su conducta se llega à hacer gravosa, y se procura huir de su Providencia: y así es necesario dar à sus deseos los limites, que les son prescritos, y contenernos en nuestro estado para perfeccionarnos en él, sin desear otro mas elevado.

Yo bien sé, que no en vano distribuye Dios sus dones, que puede haver una loable emulacion de emplearse para bien del proximo; y que el que desease una dignidad proporcionada à su ingenio, y à su nacimiento, y que fuese capaz de ejercerla, por el bien del estado, y de la Iglesia, que solo se sirviese de medios honestos, y justos para obtenerla, que no tuviese otro fin que ocuparse por la caridad, y no el de dominar con imperio, y que desease sin ansia, y sin inquietud, y no omitiese alguna de sus obligaciones por satisfacer su pretension; este, digo, no sería, ni injusto, ni ambicioso; y aun quando llegase al puesto à que huviese deseado subir, se podria creer verosimilmente que Dios le havia destinado à él. Pero fuera de que es difícil hallar estas dis-

disposiciones, es de temer que no éntre en ello insensiblemente algun poco de presuncion, de distincion, y de preferencia, y que no se exceda algo de los limites que la caridad, la justicia, y la Ley de Dios han señalado; y así el hombre sabio no se eleva en sus pensamientos, y conociendo que sus pasiones le pueden hacer infeliz en qualquier estado que sea; y que su codicia se desmandaria mas, teniendo mas medios de satisfacerse, hallandose en esta incertidumbre de si este estado sería bueno, ó malo para él, por ultimo resuelve mantenerse en el puesto que se halla.

Para reducir esta materia à su debido orden, notad, Señores, que segun la doctrina de Santo Thomás, (a) para estar legitimamente en los puestos, y en los empleos, son necesarias tres condiciones; la vocacion de Dios; la proporcion, y medida del honor con el merito de la persona que le adquiere; y la utilidad publica que resulta; esto es, que es necesario que Dios sea el principio, y el fin; que el que los posee sea capaz, y que el proximo se aproveche de ellos. Los que entran en ellos sin ser llamados, los que se mantienen en ellos sin ser dignos, y los que gozan de ellos para sí solos, sin hacer bien à los otros, no cumplen los designios de la Providencia, y pecan por ambicion.

Digo, pues, que sin una particular vocacion, nadie debe dejar su estado por tomar otro mas importante, y se engañan, quando dicen, que es necesario que un noble valor abance adonde tantos otros han arribado, que la carrera del honor, y de la fortuna está abierta para todos aquellos que tienen espíritu, y talento; que Dios no se mezcla en estos ligeros intereses mundanos, y que los abandona à quien tiene mas merito, mas fortuna, y mas industria. De aqui nace aquel error comun que es libre, adquirir los bienes, y los honores del Mundo, por la importunidad, por el favor, y por la industria, y que no hay necesidad de ser llamado de Dios, sino para las Dignidades, y los honores Eclesias-

Tom. 5. N

(a) D. Thom. 2. 2. q. 131. art. 10.

ticos; como si no tuviese el mismo poder sobre todos los hombres, y como si su Providencia no bastase para arreglar todos los diferentes estados del Mundo. Verdad es, que nunca se podria examinar lo bastante su vocacion, quando se introduce uno en las Dignidades Ecclesiasticas. ¡Quién no sabe que San Pablo encarga que nadie entre por sí mismo en este honor, y en esta carga, sino solamente aquel que es llamado de Dios, como Aaron; (a) que por mucha virtud que se tenga, es necesario un orden, y un mandato del mismo Dios; y que Jesu-Christo por Santo, inocente, y Dios como era, no se elevó por sí mismo á la gloria para llegar á ser Pontifice; sino que su Padre lo elevó á este honor diciendole: *Tu eres mi eterno Sacerdote.* (b) Pero no es menos verdad el decir, que cada uno por su propio movimiento debe quedar en la condicion en que se halla en el siglo, sea esclavo, ó sea libre: *Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat; servus vocatus est... si potes fieri liber, magis utere,* (c) y tambien advierte, que nadie debe abanzarse, sino segun el impulso que Dios le dá, y segun las gracias que le hace: *Unicuique sicut divisit Deus, unumquemque sicut vocavit Deus, ita ambulet.* (d)

Esta verdad se funda lo primero en que siendo Dios el fin, y el principio de todas las cosas, todo debe proceder de él por el poder de su gracia, y todo debe volver á él por un omenaje debido á su Magestad Soberana. Lo segundo, en que conociendo él solo, y pesando los corazones de los hombres, segun los terminos de la Escritura, él solo tiene el derecho de asignarle los lugares proporcionados á su fuerza, y á los designios que tiene sobre ellos. No obstante, sin aguardar á que Dios elija, cada uno quiere hacer su eleccion aparte sin considerar lo que puede, ó no puede, lo que debe, ó no debe: aquel solo havia nacido para obedecer,

(a) Epist. ad Hebr. c. 5. v. 4. (b) Psalm. 109. v. 4.
(c) 1. Cor. c. 7. v. 20. 21. (d) Ibid. v. 17.

cer, y quiere mandar; este quiere enseñar, que solo es propio para aprender. No se consulta sino el espíritu del Mundo. Desechase los que convendria admitir, porque no adulan bastante la codicia. Aficionase por aquellos que no convienen, porque son mas conformes al orgullo. Dios, cuyos ordenes se han despreciado á los principios, reusa sus gracias en adelante. Como ha entrado mal, cumple mal con todas sus obligaciones. Ve aqui el origen de los desordenes particulares, de los males de la Iglesia, de las revoluciones de los estados, y de los desarreglos de todo el Mundo.

Si la usurpacion de los puestos, y de los empleos es tan contraria á la Providencia, no lo es menos la ineptitud de los que los poseen. Es una maxima constante en la Religion, que Dios, segun su sabiduría infinita, reparte sus gracias de varios modos, y que cada uno debe obrar segun la medida que ha recibido. Esto es lo que Jesu-Christo nos enseña bajo la parabola de un amo, que llamando sus criados, y entregandoles sus bienes dá á uno cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, para negociar con ellos, y distribuyendo á cada uno un empleo proporcionado á sus fuerzas, y á su comprehension: *Unicuique secundum propriam virtutem:* (a) Solo exige una fidelidad proporcionada á aquel empleo que le ha dado. Esto es lo que San Pablo establece en su Epistola á los Corinthios, (b) quando enseña, que hay diversas distribuciones de gracias, aunque sea un mismo espíritu el que las distribuye; que hay diversidad de officios, aunque no haya mas que un Señor que los dé, y que hay muchas suertes de ministerios, y de funciones, aunque sea Dios quien lo hace todo en todos: y en su Epistola á los Ephesios, tratando de la diversidad de gracias, y dones de Jesu-Christo, despues de haver mostrado que cada uno ha recibido la porcion que le conviene, segun el destino que de ella

(a) Math. 25. v. 15. (b) 1. Cor. 12. v. 4. *Et deinceps.*

ella se ha hecho, concluye que cada uno está tambien obligado en la operacion; esto es, en la conducta de su vida, á atenerse á la parte que ha recibido: *Secundum operationem in mensuram uniuscujusque.* (a) De aqui concluyo yo, que hay estados proporcionados al talento de unos, que no lo son al de otros; que cada uno debe aplicarse á conocerse, y á estudiarse á sí mismo para descubrir hasta adonde llegan sus fuerzas, y sus luces, por no aspirar temerariamente á algun empleo, en que abandonandose á mas de las disposiciones que Dios ha puesto en él, cometa mil defectos.

Juzgaos vosotros por esta regla, Señores, vosotros pretendais las Magistraturas; ¿pero os sentis con un corazón capaz de resistir á la sorpresa de la preocupacion, á la sollicitacion de los amigos, á la corrupcion de los regalos, y á todos los esfuerzos de la injusticia? Pues si no, no pretendais ser Juez: *Noli fieri Judex, nisi valeas irrumperere iniquitatem.* (b) Aspiráis á la conducta, y al gobierno de los pueblos; ¿pero teneis una seguridad razonable, que usareis con ellos una ternura de padre, y no una dureza de perseguidor; que quitareis los escandalos, y no los cometeréis, que castigareis los opresores, y á nadie oprimireis? Pues si no; seguid el consejo del Sabio, que dice: No hagais vuestros pecados mas publicos, y menos excusables; *Ne pecces in multitudine civitatis, nec te immittas in populum.* (c) Quereis elevaros á los primeros puestos de la Iglesia. Pero, sin adularos; ¿teneis las qualidades que pide San Pablo? ¿Conducireis vosotros las almas con caridad, y no con imperio? Expondereis en los pobres el patrimonio de Jesu-Christo? ¿No lo conservareis para vosotros mismos? ¿Sereis el modelo del rebaño por una vida Apostolica, ó el escandalo por una conducta irregular? Si no sentis en vosotros estas disposiciones: *Noli querere ducatum*

(a) Ad Ephes. 4. v. 16. (b) Eccli. 7. v. 6. (c) Ibid. v. 7.

tum à Domino, dice la Escritura, *neque à Rege Cathedram honoris.* (a) No pidais ni á Dios, ni al Rey, una dignidad que no os conviene. Pero aunque sea pecar contra la Providencia de Dios, el elevarse sin merito, y formar proyectos de vida, sin haver hecho cuenta ante todas cosas de los gastos, segun la Escritura, esto es, sin haver examinado la fuerza, y buen animo que Dios nos ha dado. No se determina ya por el conocimiento de sus virtudes, ó de sus defectos, ni por la medida de los dones de Dios, ni por los consejos sábios, y desinteresados de personas habiles, antes bien por ciertas leyes de opinion, que la vanidad de los hombres ha establecido: porque es de tal, ó tal nacimiento, porque se tiene cantidad de bienes de fortuna, y porque es perfecto, ó imperfecto de cuerpo. Aquel anhela por los empleos Militares, solo porque su padre se abanzó á ellos. Este compra una plaza de Togado, solo porque tiene dinero para ello. Esta Doncella entra en Religion, porque no halla partido segun su condicion, ó su capricho, y muchas veces, ¡ay de mí! porque no es del gusto de sus padres, ó porque no es bastante hermosa para el mundo, ó porque tiene la desgracia de no ser la primogenita de su familia; tan presto se la obliga por la dulzura, tan presto por el temor á retirarse á un Claustro sin piedad, y sin vocacion, á llevar toda su vida la pérdida involuntaria de su libertad, y á llevar á él la pena de la edad, ó de la hermosura de una hermana, de la ambicion, ó de la avaricia de una madre.

Pero no es bastante ser llamados, ser capaces, es necesario ser utiles al proximo, quando se coloca superior á él. Jesu-Christo nos ha enseñado esta verdad, quando respondiendo á dos de sus Apostoles, que le pedian los primeros puestos de su Reyno, les dixo: *Podeis beber el Caliz que yo he de beber?* (b) Como si dixese, segun observa San Agustín, quereis ser grandes, pero no considerais las condiciones anexas á la grandeza. Vosotros mirais adonde te-

(a) Ibid. v. 4. (b) Math. 20. v. 22.

neis animo de subir, pero no adonde es necesario que camineis; es necesario para elevarse sobre todos, que llegueis à ser como yo, los siervos de todo, y que por un trabajo de gran fatiga llegueis à un mas dulce reposo. Lo que hace ver claramente que las Dignidades son unas funciones, y unos ministerios laboriosos, y no simples señales de honor, ó pretextos para vivir en la molicie. San Pablo establece como un principio de la Moral Christiana, que la diversidad de puestos està dispuesta por Dios, no para honor de los que los poseen, sino para *utilidad* de los que dependen de ellos, y que si se hallan diversos empleos en los designios de su providencia es para socorrernos mutuamente por la variedad de nuestros servicios, y no para preferirnos los unos à los otros por la desigualdad de nuestros talentos. El Espiritu de Dios, dice él, se manifiesta diversamente, y nos hace con todo eso obrar siempre por el bien del proximo: *Unicuique datur manifestatio spiritus ad utilitatem.* (a) La razon que dan los Padres es, que el superior à otros, que por esto debe aspirar à mayor perfeccion, està obligado à trabajar en la de los otros por sus discursos, por sus cuidados, y por sus exemplos. Tambien porque hay mas obligaciones, donde hay mas elevacion. Aun mas, porque el que gobierna à otros, se despoja en parte de sí mismo; y así como adquiere sobre sus inferiores derechos de respeto, de amor, y de obediencia, se impone tambien reciprocamente obligaciones de caridad, de proteccion, y de socorro. Si amon-tona bienes, no debe ser para gozar de ellos, sino para comunicarlos à los pobres. Si es habil, no es para gloriarse de ello, sino para gobernar à los que no lo son. Si es poderoso, no es para su interés sino para el de los debiles, à quienes asiste; y si es virtuoso casi no tiene mas virtudes para él, que las que sirven à los otros. Si no està imbuído en estos sentimientos, deje las Dignidades, estas no se han hecho para él. ¿Qué dirán aqui aquellos, que despues

(a) 1. Cor. c. 12. v. 7.

de haverse agitado por arribar à los primeros puestos, se mantienen en ellos en reposo, y sin accion, y no hacen, sino recibir el incienso que se les dá como à Idolos? ¿Qué dirán los que se fatigan sin cansarse, pero por adquirir reputacion, por tener el gusto de mandar, por aumentar sus rentas, y dejan lo demás al azar?

Esto basta, Señores, para convenceros de la oposicion, que hay entre la ambicion, y las maximas del Evangelio, y las ordenes de la Providencia. Pero como no basta haveros descubierto el mal, sino os doy tambien los medios de evitarle, vuelvo à ponerlos delante de los ojos la vanidad de las cosas humanas, la brevedad de la vida, y la severidad de los juicios de Dios. ¿Qué alma hubo jamás tan ambiciosa, que yo no os haya representado, y que no se haya desengañado con estas reflexiones, si las ha hecho seriamente? En qualidad de imagenes de Dios hemos sido hechos para ser felices por una posesion, y una fruicion permanente, inmutable, y eterna; de suerte, que es absolutamente necesario à nuestra dicha, como observa San Agustin, que nuestro objeto sea incapaz de perecer, y que estemos nosotros tan asegurados de su eternidad, como de su perfeccion. Y así es cosa manifesta, que la mas ridicula, y la mas baja pretension de que los hombres son capaces, es el buscar su placer, y su alegria en el goce de las cosas del mundo, de que estamos ciertos no podemos conservar, cuya duracion solo es de algunos momentos, y cuyo amor, é inclinacion impiden à nuestro corazon la posesion, y el amor del verdadero bien, y nos sirve de un obstaculo invencible para poseerle, y pretenderle. Yo siento aqui una especie de indignacion, y creo poder hacer oy dia à las gentes del mundo la misma reprehension, que en otro tiempo les hacia un Propheta: ¡Oh, qui letamini in nihilo! (a) O vosotros que os regocijais, y apacentais de nada! Un poco de tren, y algunos criados al rededor de vosotros, algunos títulos que servirán para vuestros epitaphios. Hacer un poco

(a) Amós c. 6. v. 14.

de ruido en el Mundo, ser un poco mas mirado de los hombres vanos como vosotros, tener un poco de mas facilidad en obrar. Vé aqui en lo que viene á parar to la vuestra ambicion. ¿Qué solidez hallais en ella, y qué os quedará para la eternidad?

Pero yo disimulo esto, si quereis, á vuestra imaginacion, y quiero que todo esto sea estimable; ¿pero sobre qué está fundado? Sobre una vida de algunos dias. Quando se vé á esos ambiciosos amontonar empresas sobre empresas, formar designios, á los quales no bastarian muchas vidas juntas, turbar por sus caprichos el reposo propio, y ageno, sin pensar en la muerte que los amenaza á cada momento; ¿quien hay que no se sienta impelido á traerles á la memoria su mortal condicion, y á decirles que son hombres? No obstante ellos envejecen, y su ambicion jamás envejece, mueren, y su orgullo dura hasta algunos momentos antes que ellos. Oíd, y tomad los sentimientos de un hombre sabio, de quien habla la Escritura. Refierese en el segundo Libro de los Reyes, que un Señor de Galaad, llamado Bercellai considerable por sus grandes bienes, venerable por su edad, famoso por su fidelidad, y por su sabiduría, despues de haver asistido á David con todas sus fuerzas en el curso de las guerras civiles, vino despues á la batalla del Bosque de Estrain para ver al Rey, y regocijarse con él del feliz suceso de sus armas. El acogimiento correspondió, así á la generosidad del Principe, como al merito del vasallo. Creía el uno no haverle servido bastante, y el otro no tener proporcionada recompensa que darle. El uno ofrece con grandeza, el otro reusa con modestia. En fin, quiere el Rey traerlo á su Corte, alojarle en su Palacio, y colmarle de honores, y de gloria. Entonces este sabio anciano, tocado de una viva recompensa, y mucho mas del disgusto de las grandezas humanas: ¡La Corte, Señor, y los honores, le dice, de qué me sirven á mí! ¿No sé ya el poco tiempo que me resta de vida? Un hombre que sólo debe pensar en la muerte, no tiene necesidad de esos embarazos; y la unica ambicion que me resta es morir en mi casa, y ser sepultado en el sepul-

pulcro de mis padres: *Quot sunt dies annorum vite meae, ut ascendam cum Rege in Jerusalem? Octogenerius sunt hodie... Non indigeo hac vicisitudine; sed obsecro te, revertatur servus tuus, & moriar in civitate mea.* (a) Donde están oy dia los Bercellais, aunque fuesen de cien años, que siendo combidados, ó detenidos en la Corte, dicen como este otro: Yo ya soy viejo; y aun quando fuese joven, ¿qué diferencia hay delante de Dios en tener algunos años mas, ó menos? ¿Qué tengo yo que ver con los honores, y los bienes, que presto me verá obligado á dejarlos? Qué me importa morir rico, bastame el morir christiano. Dejarme emplear el tiempo que me resta en llorar mis pecados pasados. No se trata de agradar á los hombres en un tiempo en que voy á responder á Dios de mi vida. El temor de sus juicios es quien me ocupa tanto mas, quanto mas cercano está el momento en que debo sufrirlos; supuesto que una desgraciada experiencia de lo pasado me hace ver que en lugar de convertirme, soy siempre mas culpable; yo no deseo el vivir, ¡ó Dios mío! antes bien deseo el morir para expiar una vida desordenada por una muerte penitente; y si he sido bastante miserable por vivir una vida de pecadores, haced que muera con la muerte de los justos, y que el ultimo momento de mi vida santificada por el dolor de haverla empleado tan mal, sea para mí el principio de una eternidad bienaventurada, que es lo que yo os deseo, &c.

(a) 2. Reg. 18. v. 34. 35. 36. y 37.

SERMON II.

PARA EL TERCERO DOMINGO
DE ADVIENTO:

¿Tu qui es....quid dicis de te ipso?

¿Pues, quien eres tu? ¿Qué dices tu de tí mismo? San Juan cap. 1. vers. 22.



Y día, Señores, vengo como embiado de Jesu-Christo en virtud del ministerio de su palabra à hacer à cada uno de mis oyentes la misma pregunta que hicieron à San Juan: ¿Quién eres tu? ¿Qué dices de tí mismo? No para inspiraros orgullo, y daros motivo de hacer vuestro propio elogio; porque ¿quién hay que no escoja sus mas bellas prendas, quando se trata de darse à conocer? ¿Quién hay que siendo preguntado, ó preguntandose à sí mismo, no se responda á su favor? ¿Quién hay que no hallandose qual él quisiera, despues de haverse examinado á sí mismo, no busque, ó el adularse, ó el retratarse por otro? ¿Quién hay, en fin, que no tenga una pintura de sí hecha por un original muchas veces imaginario, en donde halle el medio de ocultar sus defectos, y realzar sus virtudes? Mi animo es atraeros à vosotros mismos por el conocimiento de lo que sois, y gravar en vuestras almas, profundos sentimientos de una humildad

ra-

racional, y christiana, sacando de vosotros una confesion interior de vuestros defectos, de vuestras flaquezas, y de vuestra nada. Espiritu Santo que nos enseñáis en vuestras Escrituras, que el corazon del hombre es impenetrable, llevad á los mas ocultos senos de los nuestros, vuestra luz, y vuestra gracia; levantad ese velo que nuestro amor proprio echa sobre nuestras conciencias, y descubridnos esos mysterios de iniquidad, que pasan en ellas. Vos que haveis venido á enseñar toda verdad, enseñadnos oy día las que nos son proprias; disipad esas mentiras de nosotros mismos en nosotros mismos, y esta ignorancia afectada de nuestros defectos, que es el origen de nuestros desordenes. Nosotros imploramos vuestro socorro por la intercesion de aquella que confesó que era la esclava del Señor, quando el Angel la anunció que havia de ser Madre:

AVE MARIA.

LAS fragilidades que se experimentan, las obligaciones à que se falta, los defectos que se cometen, son motivos de humillacion, que cada uno puede hallar en sí, y que cada uno se oculta, y se disimula. Nada hay que se haga sentir mas vivamente que las miserias, y las enfermedades del cuerpo, y del espiritu en el orden de la naturaleza; pero la flaqueza del hombre tiene esta propiedad, dice San Gregorio, que le hace apartar los ojos de todo lo que puede desagradarle; no pudiendo hallar con qué satisfacerla dentro de sí, busca con qué divertirse por defuera; y en lugar de pensar en su cura por el conocimiento de sus males, y de los remedios que debe aplicar, solo piensa en consolarse, esforzandose á ignorarlos. Nada hay tan conveniente al Christiano en su Religion, como instruirse en sus obligaciones, conocerse, y juzgarse sobre las de su estado: no obstante, regularmente no se quiere saber sino aquello que se determina hacer; perdonanse ciertos defectos, y en quanto á lo demás se duerme sobre la fé de una pretendida inocencia, y se cree un hombre de bien por que procura no hacer reflexion del mal que se hace. No

O 2

hay

hay cosa tan necesaria al pecador, como tener un amigo fiel, que le ponga delante de los ojos lo que hay de defectuoso, y de desordenado en su conducta: ¿pero quien hay que ame la verdad, quando es contraria à sus pasiones? ¿Y quienes son los que no están comprendidos en estas palabras del Propheta: *Odio habuerunt corripientem, & loquentem perfectè abominati sunt?* (a) Aborrecieron al que reprehendia, y abominaron de quien hablaba en verdad, y rectitud.

Pero para ayudaros, Señores, á conoceros, y para hacer inexcusable la ignorancia en nosotros mismos, nos ha dado Dios tres principios de conocimiento respecto de nosotros: *La Razon, la Ley, y la Conciencia.* La Razon representa al hombre como es en sí; la Ley al Christiano como debe ser; y la Conciencia, qual ha llegado à ser por su pecado. La razon le dice: *Esto es lo que eres.* La ley: *Esto es lo que debes hacer.* La conciencia: *Vé aqui lo que has hecho.* Son tres espejos en donde se puede uno mirar cada instante; y quando os huvieréis reconocido podré decir sin temor á cada uno de vosotros: *¿Tu quis es? ¿Quid dicitis de te ipso? ¿Quién eres tu, y qué dices de tí mismo?*

PUNTO PRIMERO.

EL precepto mas recomendado en la Philosophía, así Pagana, como Christiana, es el que manda conocerse à sí mismo. Los Sabios del Mundo han reducido á este solo punto toda su moral; ellos creyeron que el primer uso que debiamos hacer de la razon, era discurrir sobre lo que somos; que el estudio mas noble, y mas propio del hombre, era el hombre mismo; que qualquiera otra ciencia era una vana curiosidad; pero que la del corazón era una ocupacion virtuosa; que la ignorancia mas vergonzosa era la

(a) Amós c. 5. v. 10.

la de sí mismo; y que por poca disposicion que huviese para la sabiduría, era necesario comenzar por sí à ser sabio. Todos han convenido en la importancia de esta maxima: *Cognosce te ipsum;* gravaronla unánimemente en los porticos de los Templos, y la enseñaron en sus Escuelas; y por divididos que estuviesen en sus opiniones, todos se conformaron en este punto.

Los Padres de la Iglesia no han recomendado menos esta obligacion á todos los Christianos; ellos han hablado de ella como de una disposicion á la perfeccion, y como de un compendio de la vida espiritual; y las razones que alegan son dignas de vuestra atencion. Como la humildad es el fundamento de todas las virtudes christianas, la reflexion sobre sí mismo es el fundamento de la humildad. Porque ¿cómo se ha de ser humilde, si uno no se conoce? La humildad christiana no es una bajeza de alma, ni una virtud ciega; antes bien debe ser ilustrada, y luminosa, dice San Gregorio, esto es, fundada sobre el conocimiento que se tiene de sí mismo, del qual depende, y del que recibe toda su estimacion, y todo su merito. Lo segundo, porque esta revista de nosotros mismos nos lleva insensiblemente á la de Dios, que no podriamos verle, sin alabarle, y sin amarle. Los Bienaventurados le conocen con un conocimiento directo, y sin pararse en sí mismos: pero en esta vida mortal, dice San Agustín, es necesario elevarse de la nada de la criatura á la grandeza del Criador; es necesario buscar á Dios en sí mismo, y buscarse á sí mismo en Dios; referirse á él tan presto como un sér vil, y dependiente á un sér infinito, y soberano, tan presto como la obra á su Hacedor, ó la copia á su original, y de este modo llegar á su conocimiento por la desproporcion, ó por la desemejanza que tenemos con él. Lo tercero, porque este estudio de sí mismo sirve como de motivo universal para todos los ejercicios de la piedad christiana; la vista de nuestras miserias nos hace acudir á la misericordia; la de nuestras necesidades, produce los buenos deseos, y la oracion; la de nuestros peligros nos tiene en una atencion, y en un temor saludable;

DIO SERMON II. PARA EL III. DOMINGO

ble; la de nuestros pecados nos inspira la penitencia; la de nuestras flaquezas nos inclina á la vigilancia, y á la precaucion; la de nuestras virtudes produce el reconocimiento, y la accion de gracias. Y asi el cuidado de conocerse á sí mismo es un principio, y un medio de satisfacer á todas las obligaciones de la Religion. ¿Pues hay cosa tan justa, y tan razonable como el aplicarse á él?

Para entender esta verdad, notad que hay cosas que es necesario ignorar; otras que solamente es permitido estudiar, y saber; y otras que es necesario saber, y conocer.

Hay cosas que Dios se ha reservado á sí mismo, que no es permitido saber, y en que sola la Fé puede servir de guia; tales son los designios de Dios en el orden de la providencia, la profundidad de sus juicios, la conducta de su gracia, la unidad de la naturaleza Divina, la Trinidad de las Personas, y todos aquellos Mysterios que San Pablo llama incomprehensibles. Ellos son como el sello de la sabiduria, y de la ciencia de Dios, la razon no los puede penetrar; no se ha podido ver sin indignacion en estos ultimos tiempos, la licencia con que cada uno se atreve á discurrir, y á disputar sobre la Religion; de qualquier profesion, y de qualquier sexo, que se sea, se quiere discurrir á titulo de bello ingenio, recibese una especie de honor de ser de la opinion de este, ó de aquel, sin saber muchas veces lo que piensa ni el uno, ni el otro. Hablase indiscretamente, y sin circunspeccion de aquellas materias de que los Papas, y los Concilios, aunque asistidos del Espiritu Santo, jamas han hablado, sino temblando; pierdese la simplicidad de su fé, y se cae muchas veces en los absurdos, que son inevitables á un entendimiento que no está sostenido, ni por la piedad, ni por la ciencia, y que junta la ignorancia á la vanidad.

Hay conocimientos naturales, y una curiosidad permitida, pero difícil, y aun algunas veces peligrosa. Está el hombre rodeado de tantos objetos, que se presentan á su espíritu, y que excitan en él aquella pasion de saber, gravada en su alma, que se dedica quanto puede por el estudio, y por el

tra-

DE ADVIENTO. III

trabajo, á penetrar los principios, las causas, y los secretos de la naturaleza. No es necesario que se ponga un velo sobre los ojos, y que tome el partido de la ignorancia, ó de la duda, con tal que refiera lo que sabe á el que se llama en sus Escrituras el Señor, y el Maestro de las ciencias, y que haga de sus conocimientos el buen uso que se debe hacer: pero como es de temer, no sea temerario, queriendo saber lo que no debe sino creer, ó muy disipado, no aplicandose sino á lo que le es indiferente; la Providencia de Dios le propone á sí mismo como á un objeto de sus mas nobles conocimientos, porque se debe preferir á todas las cosas inferiores; mas utiles, porque esto es lo que personalmente le toca; y mas faciles, porque no hay sino considerarse á sí mismo.

No obstante, Señores, sea negligencia, ó sea orgullo, nadie tiene el valor de observarse. Seria preciso perder un poco de la buena opinion que se tiene de sí, si se llegase uno á conocer. Y por esto mas quiere uno apreciarse sobre la buena fé de su amor propio, que dejar á su razon el trabajo de examinarse. Mas caso se hace de representarse uno como quiere ser, que indagar cuidadosamente como es en la realidad. Las reflexiones sobre sí mismo le cuestan demasiado á un espiritu preocupado de su merito, en todo caso juzgase uno ventajosamente ácia sí, y no gusta de saber los embrazos de desengañarse; lo mas extraño que hay, es que estas gentes, que hallan tanta dificultad en recapacitar sobre su propio corazon, pasan su vida en querer penetrar el de los demás; descuidanse de lo que les toca, y se molestan acerca de lo que no tienen ni interes de saber, ni derecho de comprehender, ni potestad de corregir; retiranse á un lado, digamoslo asi, y se mantienen con quietud en su ceguedad voluntaria, y se sirven de todas las luces del espíritu, y de todo el arte de las conjeturas para descubrir, y aun para adivinar los defectos de otro, á fin de ejercer al arbitrio de sus pasiones una desapiadada censura. Hay un cierto Pueblo, dice el Señor por la boca de uno de sus Prophetas, que no vé, y que con todo eso tiene ojos, apartalo de mí:

Educ

Educ foras populum cæcum, & oculos habentem, (a) Estos hombres que ven todo lo que pasa en la conciencia de otro, y que nada ven en la suya propia, indiferentes para consigo, curiosos, y vigilantes para los demás, faciles aprobadores de sus acciones, severos censores de las de sus hermanos, espías perpetuas de la casa agena, ciegos habitantes de la suya, dedicados à la conducta del proximo, y fugitivos de su proprio corazon.

Como os escusareis vosotros, dice San Chrysoftomo, y qué tendreis que responder à Dios, quando bajará à juicio con vosotros? Direis que no haveis conocido la virtud? ¿Pero no teniais en el espiritu una idea de perfeccion á que querais reducir todo el mundo, y de la que solos vosotros creiais tener derecho de dispensaros? ¿Careiais de inteligencia, y de discernimiento por vuestras acciones? ¿No percibiais la menor imperfeccion en los otros, no buscabais aun en sus intenciones el ver sus defectos? ¿Os ha parecido pequeños? ¿Y no sabiais vosotros tan bellamente el arte de aumentarlos, y de amplificar los del proximo? ¿Por qué no dabais á lo menos à los vuestros la deformidad que tenian? Veiais una paja en el ojo de vuestros hermanos, ¿pues por qué no veiais á lo menos la viga en los vuestros? ¿No teniais acaso algun amigo fiel, que os advirtiese de vuestros defectos? ¿Teniais necesidad de consejo, y buscabais acaso otros juicios que aquellos que haviais tomado de vosotros mismos para juzgar los defectos de otro? Pues qué era preciso. que vuestra malicia fuese mas ilustrada que vuestra razon, y que tuvieseis nimia curiosidad para los otros, y muy poco cuidado, y reflexion para con vosotros?

La razon se nos ha dado para tres usos. Primeramente para conocer, y buscar la verdad, este es aquel ojo del alma, dice un Padre de la Iglesia, y aquella vista del espiritu, que ve por sí misma lo que es verdadero, y real.

(a) Isai. 43. v. 8.

y que se sirve del discurso para discernirlo de lo que es falso; y aparente, siendo necesaria la razon para contemplar la verdad, y el discurso para buscarla. Lo segundo digo, que esta razon se debe emplear en conocer las verdades de las costumbres, porque estando destinada esta luz interior, para conducir el hombre à su fin, y à su felicidad, debe hacerle ver los principios de la disciplina, y los caminos de la conducta, que debe tener para arribar á ella. Lo tercero, que la principal funcion del espiritu debe ser el descubrir á cada uno las verdades, que le son proprias; porque asi como el Sol alumbra á las partes mas vecinas antes de esparcir su luz sobre las mas retiradas, asi nosotros debemos congregarnos en nuestra razon todo el conocimiento que tenemos para considerarnos á nosotros mismos. Esto es lo que la Escritura nos ha querido dar à entender quando dixo, que *los ojos del Sabio están en su cabeza, y que los ojos del ignorante se extravían en las estremidades de la tierra, (a)* porque disipa en imaginaciones vagas, y en curiosidades inutiles aquella luz que deberia recoger, y reservar enteramente para sí mismo.

Pues, Señores, ¿se consulta acaso esta razon? Hablo de una razon ilustrada de la fè, y fundada sobre la conciencia; la mayor parte de los hombres se juzgan no por lo que son, sino por lo que aman, por lo que estiman, y por lo que poseen. ¿Tu quis es?

Conocese por sus riquezas, por su poder, por sus títulos, no por su naturaleza, ò por sus inclinaciones, por sus hábitos, y por su reputacion. Mirase como Gran Señor, no como hombre mortal, ni como pecador. ¿Por qué os engréis tanto siendo ceniza, y polvo? ¿De qué podeis gloriaros? Sino de una nobleza que vuestros padres han adquirido por su ambicion, y por su orgullo, y que vuestros hijos acaso perderán por sus bajezas; de una fama que se ad-

Tom. 5. P. que-

(a) *In facie prudentis lucet sapientia, oculi stultorum in finibus terra.* Prov. 17. v. 24.

114 SERMON II. PARA EL III. DOMINGO

quiere muchas veces sin merito, y que se pierde tambien sin su falta: De unas alabanzas que la mentira da à la vanidad, y que la vanidad paga à la mentira: de un espíritu que se gasta por el reposo, y que se agrava por el trabajo: de una belleza que la Escritura llama vana, y engañosa; de una fortuna, que se establece con trabajo, y que se trastorna, y cae muchas veces de su proprio peso: de una proteccion, que se os dà por azar, y que se os quitará por capricho: de unas riquezas, que perdereis, y que acaso os perderán à vosotros: de unos amigos, à quienes llegareis à ser indiferentes, luego que seais menos felices. Ve aqui sobre que fundais la opinion que teneis de vosotros mismos. Pero aun quando tuvieseis todos estos bienes juntos, y que todos estos bienes fuesen sólidos, ¿es razon ir à buscar fuera de vosotros la idea, y el conocimiento de vosotros mismos? No tengo yo derecho de reducirlos à mi principio, y preguntaros: *Tu quis es?*

Otros se juzgan no por los sentimientos de su conciencia; sino por las complacencias que se tienen para con ellos; concense por lo que les dicen mas que por las verdades que pudieran decirse à sí mismos: nadie nos ayuda à hacernos conocer lo que somos, ni hay zelo, ni caridad por la salvacion de su proximo. En las conversaciones se divierten de cosas vanas: *Vana loquuti sunt unusquisque ad proximum suum* (a) y cada uno conspira à ocultar nuestros defectos por contribuir à mantener, ò à ostentar la vanidad. No hay hombre, por miserable que pueda ser, que no halle su adulador, si puede ser util à alguno. El mundo està lleno de nubes, que la adulacion ha formado, y con que cubre lo que podria humillarnos. Tienense siempre velos prevenidos para echarlos sobre la verdad, por poco auftera que sea, y por poco que pueda ofender à quienes se dice: alterasela por la mentira, disimulase por el silencio, templeanla, ó se debilita por las expresiones. La sociedad propria-

(a) Psam. II. v. 3.

priamente no es sino un comercio de mentira, y de falsas alabanzas, en que se adulan los hombres, y en que se embriagan mutuamente con el incienso que se dan los unos à los otros; muchas veces se tratan de virtudes los vicios de otro, por libertar los suyos, y formarse un arte de engañar, y de ser engañado: esta es la hombría de bien, esta es la política del mundo.

Ni por eso, Señores, creais que en el fondo es uno mas dulce, y mas indulgente; la malignidad nada pierde, y despues del bien que se ha dicho se suelen burlar muchas veces de la simplicidad de los que lo han creído. Despues de haver hecho à su presencia la pintura lisongera se suele mostrar en secreto à los demás una pintura ridicula. Desquitanse de las alabanzas, que han dicho, por las satyras mismas, que han hecho; y contra todos los derechos de la caridad christiana, se burlan de los que han venerado, y se derriba secretamente el idolo que se acaba de incensar en publico.

¿Y sobre estos juicios tan falaces fundais el conocimiento de vosotros mismos? Buscadle, buscadle dentro de vosotros: *Humiliatio tua in medio tui*; (a) dice un Propheta: Retiraos à lo interior de vuestro corazon, desde alli poned los ojos sobre lo que sois, y no hallareis, sino ilusion en los sentidos, distraccion en la imaginacion, corrupcion en vuestros gustos, inconstancia en vuestros deseos, incertidumbre en vuestras resoluciones, impotencia en vuestras acciones. Vuestra razon, ayudada de vuestra fé, os dará estos conocimientos; y la Ley de Dios, que es la verdadera justicia, la perficionará; esta es mi segunda proposicion.

PUNTO SEGUNDO. ®

Quando yo hablo, Señores, de la Ley de Dios, hablo de lo que la misericordia Divina nos ha dejado

P 2

mas

(a) Mich. 6. v. 14.

mas sensiblemente para la instruccion de nuestros espíritus, y para la reforma de nuestras costumbres; de aquellas Santas Escrituras, que son los instrumentos de nuestra fé, el consuelo de nuestras esperanzas, las reglas, y los motivos de nuestra caridad, en las cuales nada hay que no nos instruya, si nosotros carecemos de luz; nada que no nos reprehenda, si carecemos de fidelidad, y de rectitud; nada que no nos anime, si entramos en los caminos de Dios; que no nos asuste, si tenemos necesidad de temor; que no nos entenezca, si somos sensibles al amor de Dios; que no nos muestre la virtud con sus recompensas, si tenemos animo de seguirla, ó el pecado con sus castigos, si hemos resuelto dejarle. En fin, es la palabra de Dios, de quien hablo, y esta palabra de Dios es su Ley.

Pues, Señores, esta Ley es la que nos hace conocernos à nosotros mismos, y por la qual debemos juzgarnos. Porque, primeramente, nos da el conocimiento del pecado por las prohibiciones, y las reprehensiones que hace. Como huviera yo notado, dice San Pablo, los malos deseos de la concupiscencia, si la Ley no me dixese: No tendrás malos deseos? Sin esta luz del espíritu no podria distinguir el mal del bien, y el corazón seguiria ciegamente estas inclinaciones; y así Dios nos la ha dado como un principio de conocimiento, y de discrecion entre el vicio, y la virtud. Lo segundo, nos muestra nuestras obligaciones porque nos expone la voluntad de Dios, y las obligaciones que tenemos de cumplirla, no solamente aquellas obligaciones comunes, y aquellas voluntades generales que mantienen el orden, y la justicia del mundo, sino tambien aquellas reglas particulares de nuestro estado, y de la justicia que nos es propia, à fin de que cada uno pase su vida en seguir la voluntad de Dios: *Ut jam non desiderijs hominum, sed voluntate Dei quod reliquum est in carne vivat temporis*, (a) dice el Apostol San Pedro. Lo tercero,

(a) 1. Petri 4. v. 2.

nos hace ver las penas, ó las recompensas para contenernos por las unas, y excitarnos por las otras, y mostrarnos lo que somos por lo que merecemos.

En fin, toda la intencion de la Ley se dirige à darnos un conocimiento perfecto de nosotros mismos; y así, tan presto es llamada justicias, porque contiene las reglas de la rectitud, y de la equidad, que debemos observar en nosotros; tan presto juicios, porque sobre ella debemos fundar la opinion que tenemos de nosotros mismos; tan presto justificaciones, porque de ella debemos tomar los principios de nuestros conocimientos; tan presto testimonios, pues por ella podemos responder à Dios de la sumision que tenemos à sus voluntades; tan presto mandatos, y disposiciones, porque nos prescribe lo que debemos hacer; y algunas veces luz, porque se camina con claridad quando se la sigue, y se observa. Por esto nos manda Dios meditar dia, y noche esta Ley, tenerla siempre delante de nuestros ojos, conservarla, y aligarla à nuestro corazón: *Liga ea in corde tuo jugiter*, (a) consultarla desde el amanecer: *Evigilans loquere cum eis*; (b) ponernos bajo de su guarda, y su proteccion, mientras dormimos: *Cum dormieris, custodiam te*; (c) para enseñarnos que esta debe ser toda nuestra aplicacion, y continuo estudio.

Con todo eso, Señores, ¿hay alguno que haga reflexion? ¿Se saben, ó se quieren saber por sí mismo las verdades que la palabra de Dios encierra en sus Escrituras? ¿Se quisiera haver dado à una lectura tan santa, y tan necesaria algunos momentos de este tiempo que se pasa tan inutilmente en una mole, y enfadosa ociosidad? ¿No gusta mas leer esas curiosidades inutiles, que un hombre, que ha venido de países estrangeros acaso havrá vendido por burlarse de la simplicidad del suyo, y para recompensarse de los trabajos de sus viajes, por el placer que tiene en hacer creer que ha visto lo que solo ha imaginado? ¿No se tienen con mas compla-

(a) PROV. 6. v. 21. (b) Ibid. v. 22. (c) Ibid.

cancia entre las manos esas fabulas amorosas, que las pasiones han producido, y que producen á las pasiones, cuya composicion, y lectura son muchas veces la corrupcion del espíritu, y del corazon, y siempre ocupacion de las personas ociosas? Nosotros somos los hijos, y los discipulos de Jesu-Christo, pues nos ha reengendrado por su sangre, y nos ha venido á enseñar la doctrina celestial, que havia aprendido de su Padre. Si nosotros constituimos en estas dos grandes qualidades nuestra dignidad, y nuestra gloria; ¿por qué no tenemos siempre á nuestra vista el compendio de los preceptos de nuestro Maestro, y el Testamento que nos asegura la herencia de nuestro Padre? Un Religioso, que jamas huviese leído las Constituciones de su Orden, ni las reglas de su Fundador; un Sabio, que jamas huviese visto ciertos originales, en donde están los fundamentos de la doctrina que profesa, ¿os parecerian muy racionales? Pues como nos descuidamos de leer la Ley de Jesu-Christo, cuyas palabras son espíritu, y vida, puesto que habiendo entrado por el Bautismo en la Religion, cuyo Fundador es Jesu-Christo, debemos mirar al Evangelio, como á nuestra regla, que nos hace conocer su voluntad, que nos propone sus exemplos, que nos asegura de sus promesas, que es nuestra luz en este Mundo, y que, según la expresion misma de Jesu-Christo, nos debe algun dia juzgar en la otra: *Sermo quem loquutus sum, ipse vos judicabit in novissimo die.* (a)

Del descuido en leer estas santas instrucciones nace la ignorancia de nosotros mismos, y de nuestras obligaciones. No se sabe, ni lo que se debe amar, ni lo que se debe aborrecer, ni lo que se debe practicar, ni lo que se debe omitir en la Religion; un termino de la Escritura es una especie de lenguaje desconocido; no se sabe ni lo que es, ni lo que no es; no se hace aplicacion alguna sobre sí de las obligaciones de la piedad; oyense los Sermones, pero no por eso hay mas humildad ni mas ilustracion.

La

(a) Joann. 12. v. 48.

La palabra de Dios casi no produce efecto alguno. Se predica, se habla, se discurre, todos los Pulpitos resuenan inectivas contra los vicios; y con todo eso vemos menos luxo en los vestidos, menos injusticias en los juicios, menos licencia en las conversaciones, menos infidelidad en el comercio de la vida? ¿De donde viene que haya tan poca enmienda en las costumbres, y tan pocas conversiones entre los Fieles?

A la verdad, falta es de los Predicadores, si por una vana, é indiscreta pasion de darse á conocer, se introducen en las funciones Evangelicas, y se ponen á hablar de Dios antes de haverle oído en el retiro, y en la oracion; si abusando de sus talentos por ganar la estimacion del Mundo, se predicán á sí mismos en lugar de predicar á Jesu-Christo; si se proponen la predicacion como un medio de distinguirse, ó como un camino para arribar á las Dignidades de la Iglesia; si solicitan los votos de los oyentes para apoyar una dudosa reputacion por la industria, y artificio; si desmienten por sus malas costumbres la santidad de sus palabras, son culpables del poco fruto, que produce su ministerio, y Dios les hace esta reprehension en sus Escrituras: ¿Por qué te ocupas en repartir mis verdades, y distribuir mi santa palabra? *Quare tu enarras justitias meas?* (a)

¿Pero no contribuyen tambien los oyentes á hacer inútiles tantos buenos discursos? ¿Con qué disposiciones vienen á ellos? Unos por ocasion, otros por curiosidad, y muchos por costumbre; ¿pero es acaso por instruirse, por arreglarse? Consideran al Sermon como una simple declamacion, cuyos jueces se hacen ellos á sí mismos, no como una exortacion que deben oír con respeto. Su animo no es corregir sus defectos, sino observar los de otros; quieren ver si es persuasivo, si es moral, porque ya oyen casi no gustan de oír hablar mas de los Mysterios; la doctrina

(a) Psalm. 49. v. 16.

120 SERMON II. PARA EL III. DOMINGO

les parece muy arida; es necesario, dicen ellos, moralidades, que mueven el corazon, y que muchas veces no hacen sino alegrar el espíritu; ignorase sin dificultad la conducta de Dios sobre nosotros, que es el fondo de la Religion, con tal que se conozca la conducta de los hombres entre sí; gustase de ver un pecado bien representado con el fin de juzgar tan presto á este, y tan presto á aquella; solicitanse pinturas de las costumbres, y de los vicios del tiempo, en que cada uno busca las pasiones de otro en lugar de descubrir las suyas propias; gustase mucho de apartar de sí su pecado por malignas aplicaciones que se hacen sobre el de los demás, y de convertir las reprehensiones del que predica en murmuraciones secretas, y en satyras contra el proximo; los Predicadores se ven obligados á acomodarse de este modo el pan de la palabra de Dios á el gusto de aquellos á quienes la distribuyen, y sacarian grandes ventajas de estas moralidades christianas, si los oyentes hiciesen una aplicacion seria sobre sí mismos, pero no quieren reconocerse en ellas.

No obstante, es proprio de la Ley mostrarnos nuestros defectos, y prescribirnos los medios de corregirnos. Havia mandado Moyses en la Ley Antigua, que se pusiese á la entrada del Tabernaculo un gran baño de agua compuesto de muchos espejos unidos, á fin de que los Sacerdotes, que entraban en la funcion de su Sacerdocio, hallasen á un mismo tiempo con que descubrir sus manchas, y con que lavarlas, y borrarlas: Imagen, dice San Gregorio, en que los Christianos, que son el Pueblo Santo, y el Real Sacerdocio, deben atentamente considerarse con el fin de lavarse de sus pecados, y hacerse dignos de la pureza de Dios. Y asi es necesario meditar esta Ley, es necesario aplicarse á ella, y es necesario practicarla.

¿Pero quantas ilusiones se forman para ponerse á cubierto de la Ley de Dios, y para evitar sus luces? *Ella se altera, se la divide, y se abusa de ella.*

Es verdad, que ninguno se atreveria á romper abiertamente contra la palabra de Dios, pero se la interpreta, se pre-

DE ADVIENTO.

predica, se la acomoda á su provecho, discurrese segun sus deseos, se vale de todas las circunstancias que pueden disminuir el pecado, consultase á personas debiles, ó preocupadas, ó interesadas, y se le hace decir todo al Evangelio por los rodeos, y los falsos colores que se le dá. Manda Dios en sus Escrituras el perdonar las injurias: *Nisi remiseritis unusquisque.* (a) No obitante, cada uno se tiene por el ofendido. Formanse un zelo de justicia de su resentimiento, y de su passion: creese que basta reprimir su odio, y salvar las apariencias: protestase que no se quiere mal á su hermano, pero se piensa en él, se le procura, y aun se le hace, si se puede, diciendo siempre, que christianamente se le perdona. Dice Dios en sus Escrituras, que *si nuestro ojo, nuestro pie, ó nuestra mano nos escandaliza, debemos arrancarlos, y cortarlos;* (b) esto es, que si aun las cosas que mas estimamos nos son ocasion de caída, y de pecado, es necesario separarnos de ellas á costa de qualquier trabajo que tengamos que sufrir para lograrlo. No obstante, lisongease uno que no tendrá tanta flaqueza, fundase sobre una resolucion, que tantas veces ha sido inutil, sobre una confesion que acaso se habrá hecho sin alguna disposicion, sobre algunos dias de treguas que los remordimientos de la conciencia, algun respeto humano, ó el despecho havrán concedido: De este modo se disfrazan las usuras, y las simonías; cada uno tiene sus sutilezas, y solo se reconocen ya por culpables, los que son tan simples, y tan groseros, que no saben dar el color que es necesario á sus pecados.

Otros dividen la Ley. Miran como aquel Fariseo del Evangelio los lugares que observan en ella, y no ven á los que faltan, tomando ocasion, no de humillarse de que nada son, sino de justificarse, de lo que se imaginan hacer. Quantos ricos se ven, que á la sombra de algunas limosnas que dan, creen que todos sus pecados están ya borrados por otra parte. Consideran, no á los pobres que han

Tom. 5.

Q

he-

(a) Matth. 18. v. 35. (b) Ibid. v. 8. y 9.

hecho, sino á algunos pobres que asisten. Cubren sus injusticias bajo una piel de caridad, no se acusan del bien que retienen, pero se glorifican del que dan, y se forman una devocion de lo que cercenan á su injusticia.

Quantas personas se ven perdonarse su luxo, su orgullo, y su envidia á favor de un poco de pudor que conservan; con tal que sean castas, creen poder ser malevolas, imaginandose, que el no tener un vicio, es tener todas las virtudes, que á favor de una buena reputacion que tienen, han adquirido el derecho de obrar á su voluntad en todo lo demás, y que pueden murmurar de todo el Mundo impunemente con tal que estén á cubierto de una especie de murmuracion.

Estas son, Señores, las ilusiones que se hacen sobre la Ley de Dios. Se ha hecho para darnos el conocimiento de nosotros mismos; ¿pues por qué no nos servimos de ella como de un espejo para mirarnos, no con una vista de paso, sino fija, y constante? Esta Ley es Santa, dice David; (a) ¿pues por qué no nos arreglamos por ella para en adelante? Esta Ley convierte las almas; ¿pues por qué no comenzamos á favor de sus luces, á mudar de vida? Esta Ley es un testimonio fiel; ¿pues por qué buscamos el alterarla, y corromperla? Esta Ley dá la sabiduría á los humildes; ¿pues por qué no nos vemos en ella siempre pequeños, siempre imperfectos, y quales somos? Pidamos que Dios la derrame en nuestros espíritus como una luz para que nos ilumine; que la imprima en nuestros corazones, como caridad para que nos santifique, y que sea la fuente de las gracias, que produzcan la gloria que yo os deseo.

(a) *Lex Domini immaculata, convertens animas: Testimonium Domini fidele, sapientiam prestans parvulis.*
Psalm. 18. v. 8.

SERMON
PARA EL CUARTO DOMINGO
DE ADVIENTO:
PREDICADO DELANTE DEL REY
en su Capilla de Versalles.

Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ.... jam enim securis ad radicem arboris posita est.

Haced, pues, frutos dignos de penitencia, porque la hacha está ya al pie del arbol.
En el Evangelio segun San Lucas, cap. 3. v. 8. y 9.

SEÑOR.



Reería faltar oy día á mi ministerio, si no juntase mi debil voz á la del Precursor de Jesu-Christo, primer Interprete del Evangelio, y primer modelo de los Predicadores Evangelicos. Los Pueblos saliendo en tropas de sus Ciudades iban á buscarle á su desierto para instruirse de sus obligaciones; quando ahora es preciso ir á ver á los Ricos, y á los Grandes del Mundo para instruirlos, y para advertirlos de las suyas. Aquellos resueltos á mudar de vida, y movidos del

hecho, sino á algunos pobres que asisten. Cubren sus injusticias bajo una piel de caridad, no se acusan del bien que retienen, pero se glorifican del que dan, y se forman una devocion de lo que cercenan á su injusticia.

Quantas personas se ven perdonarse su luxo, su orgullo, y su envidia á favor de un poco de pudor que conservan; con tal que sean castas, creen poder ser malevolas, imaginandose, que el no tener un vicio, es tener todas las virtudes, que á favor de una buena reputacion que tienen, han adquirido el derecho de obrar á su voluntad en todo lo demás, y que pueden murmurar de todo el Mundo impunemente con tal que estén á cubierto de una especie de murmuracion.

Estas son, Señores, las ilusiones que se hacen sobre la Ley de Dios. Se ha hecho para darnos el conocimiento de nosotros mismos; ¿pues por qué no nos servimos de ella como de un espejo para mirarnos, no con una vista de paso, sino fija, y constante? Esta Ley es Santa, dice David; (a) ¿pues por qué no nos arreglamos por ella para en adelante? Esta Ley convierte las almas; ¿pues por qué no comenzamos á favor de sus luces, á mudar de vida? Esta Ley es un testimonio fiel; ¿pues por qué buscamos el alterarla, y corromperla? Esta Ley dá la sabiduría á los humildes; ¿pues por qué no nos vemos en ella siempre pequeños, siempre imperfectos, y quales somos? Pidamos que Dios la derrame en nuestros espíritus como una luz para que nos ilumine; que la imprima en nuestros corazones, como caridad para que nos santifique, y que sea la fuente de las gracias, que produzcan la gloria que yo os deseo.

(a) *Lex Domini immaculata, convertens animas: Testimonium Domini fidele, sapientiam prestans parvulis.*
Psalm. 18. v. 8.

SERMON
PARA EL CUARTO DOMINGO
DE ADVIENTO:
PREDICADO DELANTE DEL REY
en su Capilla de Versalles.

Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ.... jam enim securis ad radicem arboris posita est.

Haced, pues, frutos dignos de penitencia, porque la hacha está ya al pie del arbol.
En el Evangelio segun San Lucas, cap. 3.
v. 8. y 9.

SEÑOR.



Reería faltar oy día á mi ministerio, si no juntase mi debil voz á la del Precursor de Jesu-Christo, primer Interprete del Evangelio, y primer modelo de los Predicadores Evangelicos. Los Pueblos saliendo en tropas de sus Ciudades iban á buscarle á su desierto para instruirse de sus obligaciones; quando ahora es preciso ir á ver á los Ricos, y á los Grandes del Mundo para instruirlos, y para advertirlos de las suyas. Aquellos resueltos á mudar de vida, y movidos del

del deseo de cumplir la Ley, oían con sumision, y con temor las exortaciones, y las amenazas que les hacia, y decian temblando: ¿Pues qué es preciso que hagamos? *Quid ergo faciemus?* (a) Estos encantados de los placeres, y de las vanidades del siglo, oyen muchas veces sin fruto, y sin reflexion las verdades mas importantes, quando ofenden su delicadeza, y quando se oponen à sus pasiones, y dirian de buena gana lo que aquellos hijos de mentira, y de desobediencia, de quienes habla un Propheta: Predicadnos cosas que agraden, ved nuestros errores, y dejadnos con ellos: *Dicite nobis placentia, & videte nobis errores.* (b)

Yo bien sé, Señores, bien sé digo, que la santidad del Predicador contribuía à la docilidad, y à la conversion de los oyentes; que la austeridad de su vida confirmaba la de su doctrina, y que nada se podia resistir à un célebre penitente, que havia practicado la penitencia antes de enseñarla; y que admirable siempre, asi por sus costumbres, como por sus discursos, sostenia la grandeza de sus instrucciones por la fuerza de sus exemplos. Pero el Evangelio no depende de las obras de los que le predicán, con tal que Jesu-Christo sea anunciado, de nada importa que sea quien quiera el Ministro que le anuncie. La verdad por qualquier canal que corra, conserva siempre su pureza, y sea santo, ó pecador el que la enseña, como siempre es igualmente pura en sí misma, debe ser siempre ciegamente venerable à los que la escuchan. No os admireis, pues, si por indigno que yo sea, tomando la voz de un Propheta, y mas que Propheta, os digo como él, mudad de costumbres, corregios, y haced frutos dignos de penitencia.

Pero en vano hablaria yo de la penitencia como San Juan, si yo no estuviese animado de aquel mismo espiritu que le hizo hablar: *Factum est verbum Domini super Joannem, ut exiret de deserto.* (c) Haced, Señor, que yo sienta en

(a) Ibid. v. 10. (b) Isai. 30. v. 10.

(c) Luca 3. v. 2.

en mí esta impresion viva, y eficaz de vuestra palabra, que me haga como salir fuera de mí mismo para ir à imprimir en el espiritu de mis oyentes el temor de vuestros juicios, y que yo les descubra las consecuencias de lo presente, y de lo futuro, de que abusan, que les muestre abiertas las puertas de la muerte, y cerradas las puertas del Cielo para ellos, si no mitigan la justicia de Dios que los amenaza, y que en fin, les inspire, no deseos lentos, y vanos de una conversion debil, y mal asegurada, sino frutos sólidos de una verdadera penitencia; esta es la gracia que espero obtener por la intercesion de la Madre de Jesu-Christo, y para esto la digo las palabras del Angel:

AVE MARIA.

SEÑOR.

Seria ignorar todos los principios de la Religion, y todas las reglas de la equidad, y de la justicia, dudar de la indispensable necesidad de la penitencia. Porque ¿quién no sabe, que todo hombre es pecador, y que todo pecador debe ser castigado, ó por las penas que él mismo se imponga durante su vida, ó por las que le están preparadas despues de su muerte. La justicia de Dios bien puede ser apaciguada, pero no puede ser defraudada, el orden debe ser restablecido, ó por la reparacion voluntaria, ó por la pena forzada del que la ha violado. Jesu-Christo ha predicado estas verdades, el Evangelio está compuesto de estas maximas: Haced penitencia, porque el Reyno de los Cielos se acerca: Si no haceis penitencia, todos perecereis. Pero aunque todo el mundo conviene en la necesidad de la penitencia, todo el mundo huye de ponerla en practica. Bien se cree no poderse librar de ella, pero tambien se cree poderla diferir; y persuadido cada uno del fondo de su conversion, se retira del tiempo de ejecutarla. Dice uno, yo soy joven, nada me insta: Otro dice, peço, es verdad, pero al fin me convertiré. *Estos dos pretextos serán en los que me detenen-*

ga; mi animo es combatir esta falsa razon de la edad, de la salud; esta falsa esperanza de convertirse en una estrema enfermedad; y mostraros tambien la vanidad de estas penitencias dilatadas; que si no quedaseis convertidos, à lo menos quedareis convencidos.

PUNTO PRIMERO.

NO hay cosa mas injusta, ni mas fuera de razon que este pensamiento. Soy joven, y no estoy precisado à ser hombre de bien. Los Philosophos Paganos, no lo han podido sufrir, y uno de ellos exclamó sobre este asunto: ¡O que insensatos que sois, pues quereis dar à vuestras pasiones la flor de vuestros años, y reservar solo para la sabiduría, un resto de vida, que para nada será buena! ¿Es tiempo de comenzar à vivir bien quando ya es tiempo de morir? ¿No podeis concebir buenos proyectos, sino para una edad en que os faltarán fuerzas para cumplirlos? Qué error, no querer ser racional, sino en una edad à que pocas gentes han arribado, y adonde vosotros quizá no llegareis jamás... ¿Pues qué hubiera dicho, si hubiera conocido por la fe que cada porción de nuestra vida pertenece à Dios para quien vivimos; que Jesu-Christo no puede sufrir siervos, no solamente malos, pero ni aun inútiles, y que todos los momentos que pasamos en este mundo son semillas de la eternidad? ¿Qué hubiera dicho, si hubiese sabido el precio de la sabiduría divina que profesamos, de la gloria infinita, à que aspiramos, y de la Sangre de Jesu-Christo de la que debemos hacer un uso fiel? ¿Qué hubiera dicho, si hubiese sabido por el Evangelio, que haviendonos Dios elegido para ser suyos, se apresuró, digamoslo así, à amarnos desde la eternidad; que haviendonos adoptado despues para ser sus hijos, y sus herederos, no ha interrumpido el curso de sus beneficios, y de sus gracias; y que con todo eso nos cansamos, ó dilatamos amarle, y le cercenamos la mayor, y la mejor parte de una vida, que toda entera no basta-

tarfa à el reconocimiento, y à los servicios, que le debemos.

Pero busquemos en las fuentes puras de la Escritura pruebas convincentes de esta verdad. El Sabio no dá consejo mas compendioso, y mas importante, que el de una pronta conversion: *Ne tardes converti ad Dominum, & ne differas de die in diem.* (a) Tres razones diferentes dà de esto. La primera, sacada de la grandeza de las recompensas divinas; como si dixese, haced bien en todo tiempo, porque las recompensas de Dios duran eternamente. Se os prepara una eternidad de gloria, pero es necesario emplear todos los momentos que se os dà para adquirirla: Estais destinados para ser felices, en quanto Dios reynare en el Cielo, pero estais obligados à servir à Dios todo el tiempo que viviereis sobre la tierra: Ve aqui en la desigualdad de servicios, y de recompensas la unica proporcion que se puede hallar. La segunda, está sacada de la enfermedad, y flaqueza de la vejez: *Memento Creatoris tui antequam veniant dies afflictionis.* (b) Acuerdate de tu Criador, quando eres joven, antes que lleguen aquellos dias de dolor, y de trabajo, y aquellos tristes años, que hacen la vida molesta, é insoportable: y de aqui concluyamos, que no conviene diferir la penitencia para aquella edad en que llegando à faltar las fuerzas, ya no se puede llevar sobre sí la pena de su pecado, y en que muchas veces no se interrumpe este sino por la impotencia en continuarle. La tercera razon que dà, es, la utilidad que saca el hombre de una pronta conversion. Alabareis, dice, al Señor, vuestro Dios, siendo todavía joven, y con salud, y sereis colmados de sus favores, y sus misericordias, para enseñarnos, que el medio de atraer las gracias de Dios en todo el curso de la vida, es corresponder à estos primeros movimientos, y que para sanar de nuestros males con mas seguridad, es necesario ser de los primeros à entrar en la saludable piscina

(a) Ecli. 5. v. 8. (b) Ecli. 12. v. 1.

cina de la penitencia, luego que las aguas se hayan movido.

El principio de todas estas razones se funda en la obligación que tenemos de hacer buen uso del tiempo. En esto coloca San Pablo toda la prudencia, y toda la justicia Christiana: *Videte, Fratres, quomodo cautè ambuletis, non quasi insipientes, sed ut sapientes, redimentes tempus.* (a) Tened cuidado de no portaros como insensatos, sino como gentes sabias, que redimen el tiempo, esto es, que conocen su precio, que aprovechan los instantes, que reparan por su fervor lo que han perdido por su negligencia, reteniendole como cautivo, y haciendole servir á las vanidades, y á las diversiones del mundo, en lugar de referirle á su fin natural, que es la eternidad. Porque como observa Santo Thomás, habiendo criado Dios á los Angeles, y á los hombres para hacerlos felices, con todo eso no ha querido darles la bienaventuranza sin dejarlos algun tiempo para trabajar en hacerse dignos de ella. A los Angeles no les ha dado sino un momento, porque siendo puramente espirituales, y no teniendo necesidad, ni de sucesion, ni de duracion para obrar, un solo acto de caridad les bastaba para obtener la felicidad. Pero á los hombres, que son mas lentos en sus operaciones les era necesario un espacio de tiempo mas largo, y este es aquel circulo de dias, y de años, que componen el curso de nuestra vida, el qual se nos ha dado para perfeccionarnos, y que San Geronymo llama un tiempo, que conduce á la eternidad: *Tempus aternitatis viaticum.* (b)

Si, Señores, se nos ha dado este tiempo por una bondad infinita de Dios, para llorar nuestros pecados, para merecer una perfecta reconciliacion, para adquirir las virtudes christianas, para multiplicar nuestras buenas obras, para obtener la gracia de Jesu-Christo, para evitar los supli-

(a) Ad Epues. 5. v. 15. y 16. (b) S. Geron.

plios del infierno, para adquirir una gloria que es eterna. ¿Pues con qué razon quereis dividir este tiempo? ¿Por qué dais una parte al mundo, otra á Dios, una al placer, otra á la penitencia, una á la codicia de adquirir injustamente, otra al trabajo de reparar vuestras injusticias, una á mantener vuestro luxo, y vuestras vanidades, otra á hacer limosna, y pagar vuestras deudas? ¿Qué idea, y qué monstruosa oposicion de vida os haceis vosotros de unos años de pasiones, y de unos años de prudencia? Una juventud pagana, una vejez christiana, un desorden por inclinacion, una conversion por necesidad; y en fin, una vida mezclada de mal, y de bien, mitad religion, y mitad mundo; y aun la division no es igual, y no damos á quien todo le pertenece, sino las miserables reliquias de un espiritu, y de un corazon gastados; semejantes en esto á aquellos Sacerdotes idolatras, de quienes habla Tertuliano, que se reservaban las partes buenas, y sanas de la victima, y no ofrecian á sus Dioses, sino lo que havia de inutil, y de corrompido. No es justo, no, que dispongais del tiempo como de un bien que os es propio; y si Jesu-Christo os advierte en el Evangelio, que no os toca á vosotros conocer los tiempos, y los momentos que su Padre ha puesto en su poder, ¿como creis vosotros ser los dueños, y poder usar de él segun vuestros deseos?

Pero aun quando tuvieseis animo de hacer una justa reparticion, ¿sabeis vosotros quales serán los limites de vuestra vida? ¿Qué fiador teneis de lo venidero, que sea tan seguro, y tan infalible? ¿Hay alguna cierta medida de vida para vosotros? Oíd, hombres engañadores, y engañados, decia el Propheta Isaiás: *Audite viri illusores.* (a) Vosotros que decis, nosotros hemos hecho un pacto con la muerte: *Percussimus foedus cum morte.* (b) ¿Nos hemos hecho una confianza engañosa, ó no? La mentira no ha dejado de protegernos: *Posuimus mendacium spem nostram, & mendacio*

Tom. 5. *ibid.* (a) R. *ibid.* (b) *ibid.* pro-

(a) Isai. 28. v. 14. (b) *Ibid.* v. 15.

profecti sumus. (a) Dios romperá esa alianza que haveis hecho: *Delebit fœdus vestrum.* (b) El granizo destruirá la esperanza de la mentira: *Subvertet grandis spem mendacij;* (c) y un diluvio de aguas frustrará la proteccion que se esperaba: *Et protectionem aqua inundabunt.* (d) ¿No reconocéis en estas palabras la imagen del Mundo? ¿No descubris en ellas lo que todos los dias registra vuestra vista, y aun acaso pasa en vuestro corazon? ¿No haceis un tratado de mentira con la muerte, una esperanza de mentira, y una proteccion de mentira? Explicome: por poco sentimiento de Religion que se tenga, algun animo hay de convertirse, pero siempre se pone alguna ocupacion entre este animo, y la conversion. Bien se comprehende que esta es una cosa necesaria, pero se hacen otras que se confiesan ser menos utiles, pero que se quieren hacer pasar, y executar antes como mas urgentes. Yo renunciara, dicen, mi ambicion, si pudiera llegar á aquel grado de fortuna que aguardo, y que me conviene; no obstante, ponese entretanto todo su espíritu, y todo su corazon en lo que se solicita; se inquietan, se turban, emplean la adulacion, la mentira, y la injusticia; aficionase á uno, suplantase á otro; pierden su reposo en la esperanza de bolverle á hallar, y aumentan su ambicion lisongeandose que se acabará; pero un golpe mortal, é imprevisto en el medio de la pretension trastornará á vosotros, y á vuestros proyectos; ya no tendreis tiempo, ni de conseguir vuestros negocios, ni de executar vuestra conversion. Nada se me daria del mundo, decís vosotros, si yo pudiese establecer mi familia, y elevar mis hijos al estado, y á la grandeza que les deseo. Atento á esto se llega á ser insensible á la miseria de los pobres, indiferente para el proximo, y aváro para consigo mismo. Solo se piensa en la alianza que se quiere hacer, trastornase su familia por establecerla, y para elevar uno de sus hijos

(a) Ibid. (b) Ibid. v. 18. (c) Ibid. v. 17.

(d) Ibid.

hijos, se constituye el tirano de los otros, destinando estos á la Iglesia sin discernimiento, y sin vocacion, á fin de mezclar con unas riquezas de iniquidad el patrimonio de Jesu-Christo, y de sus pobres, forzando á aquellas por continuos disgustos, y violentas persuasiones, á entrarse en Religion, no para consagrarse á Dios por una oblacion voluntaria, sino para sacrificarse por desesperacion á la passion de sus parientes, á la elevacion de un hermano mas querido, á la ambicion de un padre injusto, ó de una madre desnaturalizada; y despues de todos estos cuidados, acaso en la vispera de ese matrimonio que completa vuestros deseos, á vista de esos hijos, que haveis enriquecido por vuestra avaricia, que haveis hecho ambiciosos por vuestros exemplos, llegareis á faltar de repente á vosotros, y á ellos; y de todos esos proyectos de fortuna, no os quedará sino el dolor de los bienes que huviereis perdido por vosotros, y los castigos de los pecados que huviereis cometido por ellos.

Pero aun quando igualase á los deseos la vida, aun quando todos los proyectos saliesen á vuestro gusto, ¿creeis vosotros que se seguiria vivamente la resolucion que se havia hecho, y que no se trabajaría, ni se pensaría mas que en la penitencia, que es indispensable hacer? Pero ¡ay de mí! Ese reposo, esos retiros, esas pretendidas conversiones, ordinariamente no son sino esperanzas de mentira: *Posuimus mendacium spem nostram.* (a) ¿Donde se ve que despues de una larga cadena de deseos mundanos se llegue tan facilmente á la paz del corazon, y á la tranquilidad christiana? La ambicion se comprimirá, pero no se perderá. No se tendrán los mismos proyectos, pero se tendrán las mismas inquietudes, y las mismas ansias. No habrá ya mas grandes esperanzas, es verdad, pero se atrincherará sobre las pequeñas. Se será tan vivo, y tan sensible sobre los pequeños intereses de la familia, como se habrá sido sobre los grandes.

(a) Ubi sup.

Toda la diferencia que habrá será que ya no se creerà tener mas pasiones, porque no seràn sino medianas las que se tengan; y porque en lugar de que en las grandes agitaciones del mundo se imaginaba á lo menos, que algun dia se haria penitencia, entonces se persuadirá que ya se ha llegado á ser bastante hombre de bien, y que ya no hay necesidad de hacerla. ¿Dónde se vé oy dia, que los retiros del mundo sean bien sinceros? La tristeza, la vanidad, y el bien parecer forman una gran parte de las conversiones, que se ven el dia de oy: porque ya se ha hecho un arte de retirarse á tiempo, quando el credito comienza á disminuirse, y que ya se deja de ser de la moda; quando por las desgracias de la fortuna, ó por su mala conducta se ha puesto uno en estado de no poder softener mas su calidad; quando ya se ha molestado de una vida muchas veces enfadosa por estos accidentes, y aun las mas veces laboriosa en sus placeres. Entonces se comienza á pensar que no todo conviene á todo tiempo, ni á todo estado; que el luxo, y las pasiones tienen sus terminos, que hay una edad que dedicar á la vanidad, y otra que consagrar á la modestia; que es necesario afectar ser cuerdo, por no pasar por ridiculo. Comienzase uno á retirar del mundo, porque el mundo mismo comienza á retirarse. Se busca el vengarse del desprecio que los demás hacen de sí, por el desprecio que se afecta tener por los demás. Deshacese uno de ciertos defectos por tener derecho de criticar á los que los tienen. Entrase uno en partidos de devocion por consolarse en algun modo de no servir ya mas para los enredos del Mundo. Formase una especie de merito de esta especie de necesidad, como si fuese un deseo de reforma, y no una regla de urbanidad; y mudando de modos, sin mudar de corazón, ni de inclinaciones, despues de haver tenido la vanidad de seguir el mundo, aun se quiere tener la de dejarle. Vé aqui los exemplos que se proponen, vé aqui las esperanzas, vé aqui los imaginarios propositos de devocion que se hacen. *Posuimus mendaciam spem nostram.*

Pero lo mas deplorable que hay, es que se hace, dice el

el Propheta, como una especie de proteccion de esta conversion imaginaria: *Mendacio protecti sumus.* El pecado naturalmente imprime el temor de la justicia de Dios; pero confia uno en un proyecto de penitencia, que siempre se queda en el espiritu, y nunca descende hasta el corazón. Se ocultan sus vicios presentes bajo el pretexto de una resolucion que se ha hecho para en adelante. Se juzga no sobre lo que es en sí, sino sobre lo que se espera ser; y de este modo muchas veces se cree uno virtuoso, porque se ha formado una imagen de la virtud, y facilmente se perdona su mala vida porque se tiene un deseo superficial de vivir con mas arreglo, y con mas orden. Vé aqui, Señores, los peligros en que os poneis, difiriendo vuestra conversion, de no convertir os jamás.

Muchos dicen interiormente, es necesario dejar pasar este primer fuego de la juventud, porque se dá uno mas pacificamente á Dios quando se ha cansado de sus pasiones, y de sí mismo; otro pretexto dan tambien á su cobardia, bien lo sabeis vos, Dios mio; Vos que sondeais las conciencias, y que leéis los corazones de los hombres; pero no tanto es una resolucion que hacen de corregirse, como un animo de escusarse de sus faltas. Creen que sus malos habitos son muy dificiles de reprimir; y quando estén en edad mas abanzada, les parecerán mas arraigados; y asi, ó siempre muy jovenes, ó siempre muy viejos para ir á vos, faltos tan presto de valor, tan presto de fuerza, no os dejarán sino el intervalo de algunos suspiros, que el extremo de la enfermedad, ó el temor de vuestros juicios proximos les arrancará casi contra su voluntad, y que no tanto serán señales de un corazón arrependido, como remordimientos de un corazón corrompido, y endurecido en sus pecados. Porque, Señores, os engañais, si creéis que las pasiones del hombre se han de acabar con la juventud: Oíd las palabras de la Escritura: *Ossa ejus complebuntur vitijs adolescentia ejus, & cum eo in pulvere dormient.* (a) Sus huesos se

(a) Job 20. v. 11.

llenarán de los vicios de la juventud, y serán sepultados sus vicios con él. ¿Quantos viejos se ven sujetos á los desórdenes de sus primeros años? ¿Quantos ambiciosos, que no teniendo ya en el mundo sino algunas debiles reliquias de vida, no dejan de correr apresuradamente tras los honores, que solo les servirán para aumentar los gastos de su sepultura, y gravar un titulo mas en su epitafio? ¿Qué violencia en quien la frialdad de la sangre, y la debilidad de la naturaleza nada han disminuido de sus pasadas coleras? ¿Quantos impuros, cuya alma está tan corrompida por la impudicia del cuerpo, como el cuerpo por la caducidad de la edad, alimentan aun un fuego secreto en sus huesos, que solo se apagará con la vida? Ellos son esclavos de los mismos tyranos; y si no están tan apegados, es porque no están en estado de rebelarse, y porque ya no tienen fuerza para romper sus cadenas, y salir de su esclavitud. Ve aqui el tiempo á que esperáis servir á Dios tan tranquilamente y á que diferís vuestra penitencia.

Ay de mí! dice San Bernardo, este es el error capital de las gentes del mundo, piensan de diverso modo en su vida; y hallandola, tan presto muy breve, y tan presto demasiado larga, dicen como aquellos impios de quienes se habla en el Libro de la Sabiduría: *Nuestra vida desaparecerá como una nube que pasa, como una niebla que se disipa, como una sombra que se desvanece:* (a) De esta sentencia verdadera, sacan esta consecuencia, que es falsa: luego es preciso que gozemos de los bienes presentes. No se cansan de ser pecadores, sino de no poderlo ser siempre. Apeganse tanto mas al mundo, quanto mas temen no se les escape; siendo su vida necesariamente corta, quieren que sea á lo menos agradable, y deliciosa, y para recompensarse del poco tiempo que tienen de vida por la saciedad de los placeres que buscan, se fatigan por ser malos, porque no ignoran es preciso dejar bien presto de ser-

(a) Sap. 2. v. 3. y 4.

serlo. Pero aquellos mismos que tanto temen no les falte la vida para pecar, quando llegan á hacer reflexion sobre los juicios de Dios; porque salen ciertos remordimientos importunos de lo interior de la conciencia para avisarlos aun en medio mismo de sus placeres; quando á estos, digo, les viene al animo algun pensamiento de convertirse, prolongan su vida en su imaginacion, y siempre creen tener mas tiempo de lo que necesitan para hacer penitencia; jamás les insta nada. Duermense en una falsa paz, y se persuaden que importa poco vivir mal, porque siempre tendrán bastante tiempo para acabar bien, quando quisieren. Yo voy á combatir este ultimo error, y á mostraros, que si estais mal fundados en confiar en vuestra juventud, no lo estais menos en confiar en la esperanza, y en la voluntad de convertirós en vuestros ultimos días.

PUNTO SEGUNDO.

BAstaria, Señores míos, hablando como hablo, á unos espiritus racionales, representarlos la extravagancia de este pensamiento: Yo ofendo á Dios, pero tengo animo de arrepentirme. Examinar el fondo de sus acciones, prever el fin, y las consecuencias, no aconsejar, ni hacer cosa alguna en las ocasiones importantes, que no se deba aprobar, y que no se pueda softener, esta es la conducta de un hombre prudente; pero practicar acciones que desacrediten, y desapruébe uno mismo, haciendoles vivir una vida que solo tiene por fin el arrepentimiento, y el pesar que se debe tener de ellas, aun quando Dios, y la salvacion de nada sirviesen, ¿hay cosa mas irracional, y desaprobada? O creéis vosotros, dice San Bernardo, que Dios os debe perdonar algun día, ó no. Si creéis, que no os perdonará ¿qué locura ofenderle sin esperanza de perdon! Si creéis que por ofendido que esté, aun es misericordioso, y benigno para perdonaros, ¿qué malicia tomar ocasion de ofenderle de lo que debiera obligaros á amarle! Y si este pesar sigue-

se, à lo menos inmediatamente al pecado, pudiera creerse que conoceriais la importancia del uno, y del otro, y que Dios estaria tan pronto à concederos su gracia, como lo estariais vosotros à pedirselas; pero que se puede esperar de una penitencia, que vosotros prolongais, y que diferis para los ultimos dias de vuestra vida.

La Iglesia siempre ha hecho tan poco aprecio de estas conversiones diferidas para la hora de la muerte, que en los primeros siglos eran despreciadas, ó como falsas, ó como enteramente sospechosas. San Cypriano declara indignos de la paz, y de la comunión de los Fieles à los que solo la piden en el estremo de una enfermedad. ¿Han dado acaso, dice él, señales visibles de su penitencia? ¿Han expiado sus pecados por un resentimiento verdadero? ¿Quien sabe, si es la muerte quien los aterra, ó si es la gracia quien los atrae? ¿Si es una compasión natural, que tienen de si mismos, ó una compunción solida, y un dolor sincero de sus faltas? Como quiera que sea se puede juzgar, que es el temor del peligro quien los espanta, y no la caridad de Jesu-Christo quien los estimula; y no merecen las consolaciones que se dan à los moribundos, puesto que han vivido como si jamás debiesen morir: *Nec dignus est in morte accipere solatium, qui se non cogitavit esse moriturum* (a) La Iglesia ha usado despues de una conducta mas indulgente, pero no ha perdido esta inquietud que tenia en los primeros tiempos, ella no reusa la reconciliación à los pecadores moribundos; pero teme no sea vana: no les quita la esperanza del perdón, pero no se atreveria à darles seguridad alguna de salvación, hace lo que puede, pero deja à la misericordia de Dios disponer de ella como le agrada, estos son los terminos de San Agustín.

¿Pero à qué viene, direis vosotros, tanta desconfianza? ¿Se ha estrechado por ventura el brazo del Señor? Que yo viva, que muera, su gracia es mas, ó menos fuerte segun los tiempos.

(a) Cyprianus.

tiempos, y por qué derecho me excludis de la promesa general que ha hecho à los hombres de recibirlos siempre que se bolvieren à él? No permita Dios, que yo ponga limites à la misericordia de Dios, ò que me constituya censor, y juez de las conversiones de mis hermanos. La verdad obliga à adorar la bondad infinita del uno, y la caridad me obliga à tener buena opinion de la salvación de los otros. Pero ofenderia yo à esta bondad, si la sujetase al tiempo, y à la voluntad del pecador, y engañaria al pecador si le prometiese esta bondad, sin que se dispusiese para merecerla. Digo, pues, fundado en los principios de la Religion, y de la Escritura, que nada hay tan difícil, nada tan incierto, como estas penitencias diferidas para los ultimos dias.

Tres cosas son necesarias para una verdadera penitencia: las obras, el motivo, y la resolución; las obras, que la componen, el motivo que la santifica, la resolución que la afirma; en una palabra, que sea efectiva, que sea sincera, y que sea constante, condiciones, que de ordinario, no convienen à estas penitencias diferidas. Primeramente debe ser efectiva, porque la voz sola del penitente no basta para borrar los delitos; y la satisfacción que debe por sus pecados, no consiste en palabras, sino en obras. El Evangelio no dice, recibid la penitencia, sino haced penitencia, para denotar, que es necesario el corazón, y la acción: Y el mismo Jesu-Christo nos enseña, que para entrar en el Reyno de los Cielos no basta decir: Señor, Señor; sino que es necesario hacer la voluntad de su Padre, para enseñarnos, que no se contenta con una voluntad vana, é infructuosa; sino que son indispensables servicios efectivos, y satisfacciones reales, y verdaderas. ¿Pero qué frutos de penitencia hace un hombre que ha vivido sin reflexión, al gusto de sus pasiones, y de sus deseos? ¿Qué frutos de penitencia puede hacer, quando brumado de sus males, mas que tocado del de sus pecados, no tiene ya mas fuerza ni de espíritu, ni de cuerpo, sino la que es necesaria para reconocer la justicia de Dios, y no para satisfacerle? Quando se ven algu-

nos pecadores publicos dar á la hora de la muerte algunas señales exteriores de arrepentimiento, pedir ellos mismos el Sacerdote, besar la Cruz de Jesu-Christo, decir algunas palabras tiernas, y recibir los Sacramentos, cada uno admira, ó hace la historia de estas bellas muertes, y dice; él havia vivido como un impio, pero gracias á Dios, ha muerto como un Santo, él ha llorado, él ha suspirado, todos los asistentes estaban enternecidos, el mismo Confesor que le exhortaba ha deseado morir de este modo. Estos espectaculos chocan al mundo, se tiene compasion de un hombre que muere, juzgase favorablemente de su penitencia, no por aquella caridad, que segun San Pablo lo cree todo, y lo espera todo; sino por una compasion interesada, que hace prometerse para otro una indulgencia, de que se tiene necesidad para sí mismo. No digo que sea necesario desesperar, ó juzgar mal de qualquiera que sea. Yo bien sé, quanta es la eficacia de la Sangre de Jesu-Christo quando Dios exerce, quando Dios quiere usar de sus grandes misericordias con el pecador, que hay gracias vivas, y penetrantes que consumen en poco tiempo toda la impureza que el comercio del mundo ha derramado en los corazones, y que hay momentos de caridad, que valen por años de penitencia; pero digo, que segun todas las reglas de la Fè, esas conversiones, quando no han sido, ni sostenidas, ni precedidas por las obras, son ó falsas, ó milagrosas, y que es arriesgado arreglarse sobre exemplos, que engañan, ó esperar milagros que Dios hace con pocas personas.

Es una maxima constante en la moral, que no se llega á ser ni bueno, ni malo de repente, que hay grado para arribar á cada uno de estos estados. El corazon no muda tan repentinamente ni de objeto, ni de fin; y en la revolucion de las pasiones humanas, es necesario que la una se debilite, y que la otra se introduzca, y tome su lugar. Dios en las operaciones de su gracia, ordinariamente sigue el mismo orden, asusta al corazon por el temor de sus juicios antes de tocarle de su amor; forma en él buenos deseos, y principios de caridad, que le hacen obrar con fer-

vor, y con cuidado, desata insensiblemente todos los lazos, que enredaban á las criaturas á fin de hacerse dueño de ellas por un amor dominante, que las buelve ácia sí, como á su ultimo fin. Ve aqui como se forma el hombre justificado por la via ordinaria; con este fin havia establecido en otro tiempo la Iglesia estos grados, y estos estados diferentes de la penitencia, obligando á los pecadores á gemir, á oír, y á quedar postrados por muchos años, para darles tiempo de desarraigar sus pecados por la practica de las virtudes contrarias, y afirmarse en el camino real. Pero un pecador moribundo no podria pasar por estos grados, ni por estas sucesivas disposiciones. Los frutos de su penitencia no pueden por un auxilio ordinario llegar á punto de madurez; quiero decir, que es de temer, que en aquel estado sus sentimientos, y sus deseos no sean sino principios ó de temor, ó de amor, que no basten para una perfecta conversion. Seria les preciso una gracia extraordinaria, que partiese su corazon de un solo golpe, y que juntando todos sus efectos sucesivos en uno solo, los convirtiese sin intervalo, los purificase sin disposicion, y los coronase sin trabajo. Pero ¿por qué titulo se atreven á pretender tantos favores? ¿Es acaso porque tantas veces han contravenido á la Ley de Dios, por lo que creen que estará por ellos? ¿Es porque tanto tiempo han abusado de su misericordia por lo que se la reservará toda entera para la primera peticion que le hicieren? Yo os he llamado, dice en la Escritura, y no me haveis querido oír. Yo he estendido mi mano, y no se ha hallado quien me haya mirado. Vosotros haveis despreciado mis consejos, y haveis hecho poco caso de mis reprehensiones; pero yo me reiré de vosotros en vuestra muerte: *Et ego in interitu vestro ridebo* (a)

Para una conversion verdadera, es necesario que el motivo sea puro, y la intencion sincera; esto es, el odio á su pecado, y amor á Dios, á quien el pecado ha ofendido.

S 2

(a) Prov. 1. v. 26.

dice San Agustin; el temor solo no produce estos dos efectos, sino imperfectamente. Abstienen de hacer el mal, pero es por el mal que debe suceder. No se quiere desagradar á Dios, pero es por el temor de ser castigado; la codicia se contiene por defuera, pero aun se conserva en el interior. Semejantes conversiones de temor, y de amor propio son respetos que aficionan al pecador, pero que no le salvan, porque Dios quiere ser adorado en espiritu, y en verdad, y no se contenta con un culto exterior, ni un motivo natural en los actos de Religion, que le dirigimos. Juzguemos, pues, segun esta verdad, del estado de los hombres moribundos, cerca de aquel fatal punto, en que se juntan lo pasado, y lo venidero para no hacer mas que una eternidad, en donde se ve afligido de la vida que acaba, y en donde teme la que comienza, en donde la muerte aniquila los placeres, y va á redoblar las miserias, viendose pronto á entrar en el sepulcro, y tocando ya á las puertas del infierno, adonde su desareglada vida los conduce; ellos oran, se confiesan, se afligen, pero acaso es porque temen. Es muy probable, que el peligro en que se hallan los despiertos del letargo en que estaban; tienen un poco de fe en el espiritu, pero quizá no tienen caridad en el corazon. Lo pasado les desagrada, pero les es mas terrible lo por venir; tiemblan como esclavos fugitivos, á quienes su dueño ha encontrado, y á quienes ha asaltado, quando se creian mas lejos; no como hijos respetuosos, que estan sentidos de haber desagradado á su Padre.

¿Por qué juzgais de este modo? direis vosotros; y porque he de juzgar yo de otro modo? ¿No se ven todos los dias en urgentes enfermedades los funestos efectos de este temor? Turbanse al acordarse de la muerte, quando se está cerca de ella, asustanse á vista de un Confesor, como si no viniese, sino para pronunciarles la ultima sentencia; diferense los ultimos Sacramentos, como si estos fuesen unos mysterios de mal agüero; desprecianse los votos, y las oraciones que la Iglesia ha instituido para los moribundos, como si estos fuesen unos votos matadores, y unas oraciones homicidas. La

Cruz

Cruz de Jesu-Christo, que debiera ser para ellos un objeto de confianza, llega á serles un objeto de terror; y la unica disposicion para la muerte, solo es el temor, y la pena del morir. ¿Qué condescendencias, y qué contemplaciones no se tiene para con ellos? Lejos de hacerles ver su perdida infalible, apenas se les advierte su peligro, y mueren, ó ya han muerto antes que se haya concertado sobre el medio, que es necesario tomar para advertirles que deben morir. Asustada toda una familia, no sabe ya á qué atenerse, cada uno oculta su tristeza por no contristarlos, pesáanse todas las palabras, que se les dice, y aun se modera el silencio que se guarda; y asi por un terrible juicio de Dios, se les guarda un secreto, que les hace insensibles á su salvacion, no se les mueve á reconocerse, y por una cruel compasión se les pierde muchas veces por no asustarlos; pero aun quando estos hombres cumpliesen con las ultimas obligaciones de la Religion, aun quando restituyesen su hacienda mal adquirida, aun quando se reconcillasen con sus enemigos, aun quando renunciasen todos los afectos que havian tenido al pecado: ¡ay de mí! Su salvacion todavia es bien peligrosa. No tuvo jamás este pecador aquellos buenos sentimientos durante su salud, sacadle del peligro en que se halla, que él bolverá á entrar en sus cadenas con la misma aficion, él avivará sus pasiones, renovará sus artificios, y vivirá como antes, sin temor, sin respeto, y sin Religion; aun quando no deje el pecado hasta que no pueda cometerle mas, quando se ha cometido quanto se ha podido, hay motivo de pensar que permanece la voluntad, aun quando falte el poder, y que las protestas exteriores solo son efectos de una impresion pasagera, que el terror de la muerte havia causado. ¡Pero ay! Ved aqui, no obstante, sobre lo que fundais las esperanzas de vuestra salvacion; juzgad si esta conducta es racional.

En fin, además de las obras, y el motivo, es necesaria la resolucion, y la fuerza en la practica de la penitencia, especialmente quando se trata de vencer el habito del pecado, lo que, segun San Geronimo, es la mas dificil de

to-

todas las victorias. Esta dificultad proviene, lo primero, del poder que el demonio, aquel fuerte armado de quien se habla en el Evangelio, que guarda con el mayor cuidado lo que tiene bajo de su imperio, se ha establecido en una alma. Lo segundo, de un retiro de Dios, que causa una larga serie de pecados, origen de una infinidad de miserias. Lo tercero, de la alteracion, y de la corrupcion de poderes que el pecado causa, no en su sustancia, sino en sus efectos, y en sus operaciones, obscureciendo el espiritu, debilitando la voluntad, desordenando los sentidos, disminuyendo la libertad, y haciendo la conversion mas dificil. Pues siendo las dificultades tan grandes, ¿creeis vosotros que sea posible vencer en tan pocos dias unos habitos contrahidos por todo el curso de la vida, deshacer tantos nudos, tantos pliegues, y dobleces como os estrechan? ¿Os imaginais vosotros, que con algunos propositos de vivir bien, que haceis á los ultimos de una enfermedad, que por algunas oraciones interrumpidas, por algunas Misas mandadas decir, por algunos Legados piadosos insertados por honor en un Testamento, sereis capaces de justificaros delante de Dios de tantos pecados, como havréis cometido por tanto tiempo?

¿Luego qué es necesario hacer? Arrepentirse de sus pecados, entrar en los caminos de la penitencia desde oy, desde este momento: *Ego dixi, nunc cepti*. Aun teneis bastante tiempo, lo que importa es aprovecharse de él. Comenzad, pues, á combatir vuestras pasiones, para que algun dia os sean mas faciles de vencer: acostumbraos á pedir la gracia, para que la pidais eficazmente la ultima vez; tomaos tiempo para disponeros á esta ultima penitencia, para que consume vuestra salvacion, y os procure la gloria. Amen.

SERMON PARA EL DIA

DE NAVIDAD:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en su Capilla de San Germán.

*Ecce evangelizo vobis gaudium magnum, quia
natus est vobis hodie Salvator, qui est Chris-
tus Dominus.*

Vengo á anunciaros una grande alegria, y es
que os ha nacido un Salvador, que es N. S.
Jesu-Christo. *Luc. 2. v. 10. y 11.*

SEÑOR.



SI como despues de una larga serie de oscuros dias, y tristes noches, acercandose el Sol á nosotros, disipa esta multitud de nubes, que ocultaban el Cielo á nuestros ojos, y despierta á toda la naturaleza antes languida, y como sepultada en sí misma: de este modo, despues de tantos siglos de infidelidad, y de ignorancia, se abanza desde lo mas alto del Cielo, dice el Propheta, Jesu-Christo Hijo de Dios, y Dios él mismo, y viene á ilustrar con las luces de su fé los espiritus ciegos de los hombres, y á encender sus corazones

todas las victorias. Esta dificultad proviene, lo primero, del poder que el demonio, aquel fuerte armado de quien se habla en el Evangelio, que guarda con el mayor cuidado lo que tiene bajo de su imperio, se ha establecido en una alma. Lo segundo, de un retiro de Dios, que causa una larga serie de pecados, origen de una infinidad de miserias. Lo tercero, de la alteracion, y de la corrupcion de poderes que el pecado causa, no en su sustancia, sino en sus efectos, y en sus operaciones, obscureciendo el espiritu, debilitando la voluntad, desordenando los sentidos, disminuyendo la libertad, y haciendo la conversion mas dificil. Pues siendo las dificultades tan grandes, ¿creeis vosotros que sea posible vencer en tan pocos dias unos habitos contrahidos por todo el curso de la vida, deshacer tantos nudos, tantos pliegues, y dobleces como os estrechan? ¿Os imaginais vosotros, que con algunos propositos de vivir bien, que haceis á los ultimos de una enfermedad, que por algunas oraciones interrumpidas, por algunas Misas mandadas decir, por algunos Legados piadosos insertados por honor en un Testamento, sereis capaces de justificaros delante de Dios de tantos pecados, como havréis cometido por tanto tiempo?

¿Luego qué es necesario hacer? Arrepentirse de sus pecados, entrar en los caminos de la penitencia desde oy, desde este momento: *Ego dixi, nunc cepti*. Aun teneis bastante tiempo, lo que importa es aprovecharse de él. Comenzad, pues, á combatir vuestras pasiones, para que algun dia os sean mas faciles de vencer: acostumbraos á pedir la gracia, para que la pidais eficazmente la ultima vez; tomaos tiempo para disponeros á esta ultima penitencia, para que consume vuestra salvacion, y os procure la gloria. Amen.

SERMON PARA EL DIA

DE NAVIDAD:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en su Capilla de San Germán.

*Ecce evangelizo vobis gaudium magnum, quia
natus est vobis hodie Salvator, qui est Chris-
tus Dominus.*

Vengo à anunciaros una grande alegria, y es
que os ha nacido un Salvador, que es N. S.
Jesu-Christo. *Luc. 2. v. 10. y 11.*

SEÑOR.



SI como despues de una larga serie de oscuros dias, y tristes noches, acercandose el Sol á nosotros, disipa esta multitud de nubes, que ocultaban el Cielo á nuestros ojos, y despierta á toda la naturaleza antes languida, y como sepultada en sí misma: de este modo, despues de tantos siglos de infidelidad, y de ignorancia, se abanza desde lo mas alto del Cielo, dice el Propheta, Jesu-Christo Hijo de Dios, y Dios él mismo, y viene á ilustrar con las luces de su fé los espiritus ciegos de los hombres, y á encender sus corazones

insensibles, con el divino fuego de su caridad: *A summo Coelo egressio ejus, nec est qui se abscondat á calore ejus.* (a) Desciende hasta nosotros, no solo por la compasion de nuestras miserias, sino tambien por la participacion de nuestra naturaleza, ocultando su grandeza eterna bajo los velos de un cuerpo mortal, pudiendo habitar en su gloria, y abandonarnos á nuestros pecados, y á su justicia; su bondad le hace emprender lo que nuestra necesidad nos debia hacer desear; toma de nuestros propios males los remedios de nuestros males mismos; y por un medio digno de su sabiduria, y de su amor, templa tambien en sí asi sus riquezas, como nuestras necesidades, sus fuerzas, y nuestras flaquezas, y cargandose de nuestras miserias por aquella union inefable de nuestra naturaleza con la divina, nos hace capaces de gozar de sus gracias, y de su gloria.

Pero no intentemos penetrar este Mysterio, que San Pablo llama impenetrable; y asi como los Geographos despues de haver trazado los mares, y las tierras que les son conocidas por las navegaciones, y los viages, advierten en la estremidad de sus cartas, estos de aqui son paises perdidos, tierras incognitas, vastos desiertos, é inhabitables, mares sin fondo, y sin orilla, y de este modo salvan su juicio, confesando su ignorancia; asi tambien, despues de haver sacado del Mysterio de la Encarnacion, y del Nacimiento de Jesu-Christo lo que puede contribuir á nuestra instruccion, y á nuestro exemplo, confesamos que nuestro espiritu ha llegado á los ultimos limites de sus conocimientos. Y asi yo me contengo en las palabras de mi Texto, y sin mas rodeo, pretendo haceros ver en la primera parte, que naciendo Jesu-Christo para ser el Salvador de los hombres, ha cumplido, y llenado todas las funciones, y todas las obligaciones de su ministerio, con perfeccion, con igualdad, y sin interrupcion, y en mi segunda parte, que destinados los hombres para ser salvados por Jesu-Christo, sea ignorancia,

(a) Psalm. 18. v. 7.

cia, sea flaqueza, sea dureza, ó acaso todo junto, no tienen por la mayor parte cuidado alguno de aprovecharse de esta salvacion. Pidamos al Espiritu de Dios las luces, que nos son necesarias, y pidamosle que nos descubra lo que conviene saber del Nacimiento de Jesu-Christo por la intercession de la que le ha concebido por su gracia, quando el Angel la dixo:

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

NO hubo jamás empresa mas gloriosa, ni mas digna de la grandeza, y del poder del Hijo de Dios, si atendéis al fin, y al principio, que la de salvar á los hombres culpados. Su fin era reducir todos los pueblos dispersos bajo la unidad de su Ley, abatir todos los Idolos del siglo á los pies de la verdadera divinidad, domar todas las fuerzas del Infierno, reconciliar la tierra con el Cielo, y ser el mediador entre Dios, y los hombres; ¿pues qué cosa mas grande? Su principio era su infinita caridad. Havia podido el hombre herirse; pero no se podia curar; haviase él mismo formado sus cadenas, pero no tenia fuerzas para romperlas; haviase arrojado á las tinieblas de donde era incapaz de salir sin el socorro de una luz sobrenatural; viene Jesu-Christo para curar este enfermo, para rescatar este esclavo, para alumbrar á este ciego, y para reparar todos los males que el pecado havia hecho, y que debian durar eternamente, si una bondad, y un poder divino no los huviese hecho cesar. ¿Qué cosa mas noble? Pero si consideráis los medios de que se valió, y las obligaciones que se impuso, ninguna cosa parece menos proporcionada á la dignidad de su persona. Quien dice Salvador, dice un Dios, revestido de nuestras flaquezas, dice un hombre de dolores consagrado por las aflicciones para ser la víctima publica del genero humano; un hombre que viene á combatir la Rebelion por la obediencia, el orgullo por la humildad, y el placer por el su-

frimiento, y que emplea todos los momentos de su vida en satisfacer á la justicia de Dios, y se sacrifica desde su nacimiento hasta su muerte. Ve aquí el empleo de Jesu-Christo, anonadase tomando la forma de un hombre, y la semejanza de un pecador; está pronto á sufrirlo todo por los pecadores, no piensa, ni trabaja sino en la salvacion de los pecadores.

Para probaros la profundidad del abatimiento de Jesu-Christo, no tengo mas que traerlos á la memoria, que es un Dios quien se hace hombre, es decir, una de las tres Personas de la Trinidad Divina, infinita, é inmensa, que se reduce á tomar un Cuerpo fragil, que se estrecha bajo de una pequeña figura visible, que se pone sujeta al orden de los tiempos, de los lugares, de los sucesos, y de la voluntad de los hombres; que descende á un estado inferior á todas las sustancias espirituales, y se precipita, digamoslo así, de lo alto de su grandeza, por espacios infinitos, hasta la condicion de una criatura mortal. Algunas veces leemos en las Escrituras, que Dios se eleva, y se abate, que descende, ó que sube; pero esto no es por movimientos groseros, ni por mudanzas imperfectas, como lo son las de los cuerpos, y de la materia; elevase quando quiere dar alguna idea magnífica de su grandeza, y de su Magestad, ó quando quiere hacer comprehender quan superior es á la capacidad de nuestro entendimiento, y á la fragilidad de nuestra naturaleza; abate quando se quiere acomodar á nuestra enfermedad, y compadecerse de nuestra flaqueza; en otro tiempo era necesario explicar así segun el espíritu, las palabras de la Escritura; pero oy día es necesario reducir las á la letra, y decir en el sentido proprio, y sin figura, anonadóse á sí mismo, tomando la forma de hombre: *Exinanivit semetipsum.* (a)

Pero quando considero á un Dios niño, que llora, y que tiembla en un pesebre, expuesto á todos los rigores del tiempo, y á todas las enfermedades de la edad; confieso que

(a) Ad Philip. 2. v. 7.

es una humillacion bien profunda; porque en fin, ¿hay cosa mas debil que un niño? En el estado de la naturaleza, no sabe sino sufrir, y quejarse, y todavia lleva consigo todas las impresiones de la nada de donde acaba de salir. En el estado de lo moral, todos los principios de la razon, que nos elevan sobre el resto de las demás criaturas, están como ligados, y sin accion, nada hay en él de racional, sino la esperanza de que lo llegará á ser. Aun en el mismo orden de la gracia entra en este mundo, como un miserable, que viene á pagar la pena del primer pecado, y que es deudor á la justicia de Dios, y aun quando es reengendrado por la gracia, esta gracia, que es un principio operativo de su naturaleza, viene á ser en él un principio ocioso, y estéril, porque halla un sujeto incapaz de reflexion, y por consiguiente de merito. No obstante este es el estado en que Jesu Christo se muestra al nacer, y esta es la primera condicion del Salvador, esto es, del Verbo hecho Carne. La Divinidad sola no podia expiar los pecados de los hombres, á causa de su dignidad incompatible con esta expiacion; la humanidad sola no lo podia tampoco, á causa de su impotencia, y de su bajeza. Era preciso, pues, que la Divinidad, y la Humanidad fuesen unidas juntamente en esta unidad de persona, por la qual, estando intimamente conjuntas, se comunican la una á la otra sus propiedades, y sus qualidades, á fin de que el Hijo de Dios, igual á su Padre por su naturaleza Divina, y semejante á los hombres por su Humanidad, llegase á ser Mediador, Intercesor, y Salvador por su naturaleza humana, comunicandola una grandeza, y una perfeccion Divina, y un merito infinito; y por su naturaleza Divina haciendola entrar en la condicion de pecadores por su Encarnacion.

Esto es lo que executa oy día visiblemente en su pesebre, suprimiendo no solamente toda su grandeza, y su gloria, en quanto á las funciones, y al exercicio, sino tambien los tesoros de ciencia, y de sabiduría que se hallaban ocultos en él, á fin de aparecer un niño ordinario, y comun. Tertuliano sobre este asunto advierte que hay esta diferencia entre

tre el Nacimiento de Jesu-Christo, y el nuestro, que el nuestro es un estado de adquisicion, y de acrecentamiento, y el de Jesu-Christo es un estado de anonadamiento, y de disminucion: *Homo nascens augetur, Christus exinavit semetipsum.* (a) Explico este pensamiento: Entramos nosotros en naciendo en una condicion mas perfecta, y mas elevada, y Jesu-Christo entra en una condicion mas humilde; el nacer para nosotros, es salir de la nada; para Christo el nacer, es entrar en la nada; y en lugar de que nosotros aumentamos en libertad, en razon, en abundancia, conforme vamos creciendo, por una adquisicion, y una serie natural de vida, Jesu-Christo se disminuye à los ojos de los hombres por una renuncia voluntaria de todo lo que puede servir à su gloria. Nosotros nacemos para vivir, él nace para morir; nosotros recibimos una voluntad para conducirnos, Jesu-Christo la recibe para ponerla en las manos de su Padre; nosotros recibimos un corazon, que en nosotros es un principio de vida, Jesu-Christo recibe uno como un principio de muerte, porque estando destinado para reconciliar à los pecadores por el mysterio de la Cruz, se sacrifica ya por ellos con anticipacion luego que entra en el mundo. Luego ¿qué es Jesu-Christo hombre? ¿Jesu-Christo qué nace? Es un Dios, que descende de su verdadera grandeza por obligar al hombre à descender de su grandeza imaginaria. Casi no se puede decir sino de Jesu-Christo, que se humilla, y se abate, porque no siendo el abatimiento sino de un termino mas eminente, y mas elevado à un termino mas bajo, y menos perfecto, quantos mas grados hay de elevacion, mas son los grados que hay para llegar al abatimiento. Pero el hombre apenas se podria poner mas bajo de la condicion de su ser, y de su miseria. ¿Se cree pecador? Siempre es más de lo que él piensa; ¿descenderà hasta la tierra? Esa es la materia de que está compuesto; ¿bajarà hasta los Infernos? Ese es el lugar destinado

(a) Tertul.

à sus penas; ¿bajarà hasta la nada? Es subir hasta su origen.

Pues si es verdad, Señores, que la humillacion de Jesu-Christo es un medio para nuestra salvacion, nuestro orgullo es un obstaculo. Jesu-Christo no procuró mas que ocultarse, y hacerse inferior à los demás hombres, y nosotros no buscamos, sino el engrandecimiento, las distinciones, y las preferencias. Uno porque se ha elevado del polvo por sus enredos, por sus artificios, y acaso por sus delitos, mira con compasion, y con desprecio todo aquello que no es tan grande como él, y se estima mas por sus dignidades, que estima à los otros por sus virtudes. Otro no se tiene por dichoso, sino en medio de una tropa de gentes cobardes, é interesadas, que alaban hasta sus defectos, y no piensa que el mundo està lleno de aduladores que dicen el bien à proporcion del que se les hace, ó que se les puede hacer, y que jamás carecen de alabanzas, quando hay con qué pagarlas. Quantos hay que no pudiendo enteramente disimular que son pecadores, se imaginan que lo son poco, porque hay otros que lo son mas que ellos. El amor proprio que hace que se perdone uno siempre, y que se escuse à expensas de otro, los adula de una especie de inocencia imaginaria, que no està fundada sino sobre la malicia de los otros. Una grosera murmuracion los parece un extraño delito; esto ya es arrojarse con violencia sobre la reputacion del proximo; ya es despedazarle sin compasion, es asesinar à su hermano inhumanamente: pero él, porque comienza un discurso sangriento por un prefacio lisongero, y que sabe envenenar astutamente todos los dardos de su murmuracion, se cree mucho menos culpable, porque hiere mas delicadamente, y porque mata con mayor gracia; de aqui proviene, que no trabajan en su cura; porque no se creen estar enfermos. Quien se juzgare como es en sí, no tendrá motivo de estar tan satisfecho de sí mismo: ¡Ayl! y qué poca cosa es una virtud que no se salva sino por la comparacion del vicio, y qué poco hombre de bien es quien solo lo es porque otros lo son menos. Pero no es este el espíritu de Jesu-Christo.

Christo, él oculta su grandeza bajo los velos de nuestras enfermedades, él oculta su santidad misma bajo la semejanza de la carne, y del pecado, y no se distingue al nacer, ni en todo el curso de su vida de los hombres, ni de los pecadores.

Imponese tambien una penosa obligacion de sufrirlo todo por la salvacion de los pecadores. Enseñame la Theología, que no era de una necesidad absoluta que Jesu-Christo padeciese por los hombres. Bien podia Dios dejar perecer en los pecados à los que havian abusado de sus gracias. La naturaleza no era sino una masa corrompida, que podia abandonar à su corrupcion: *Quis tibi imputabit, si perierint omnes nationes terra?* (a) dice el Sabio. Aun quando huviese abandonado à todas las naciones de la tierra, sus juicios huvieran sido muy severos, pero no huvieran sido menos justos. Pecando el hombre havia merecido perder las ventajas de la naturaleza, y las esperanzas de la gloria. Si Dios queria salvar los hombres, no era necesario que costase la muerte de un inocente, ó de los culpados; bien podia por un puro movimiento de su misericordia extraordinaria librar à tantos delinquentes, ó contentarse con una palabra, ó un deseo, ó una gota de Sangre de su Hijo. El dispone como le place de la muerte de sus criaturas, y es dueño de sus gracias. Y así absolutamente hablando le era libre à Dios el elegir otros medios que los que ha elegido; erale libre à Jesu-Christo el morir, ó no morir; no havia necesidad ninguna de precision. Pero haviendo determinado Dios el fin de la Encarnacion, era necesario seguir los medios mas convenientes à este fin; y la Escritura nos enseña tan presto, que es necesario que el hijo del hombre sea elevado sobre una Cruz, para que no perezcan los que creen en él: tan presto, que así como en la Ley no se hace remision sin efusion de sangre, era necesario que un Dios-Hombre derramase la suya; y en muchos lugares dice, que su gloria de-

(a) Sap. 12. v. 12.

debía ser una recompensa de sus humillaciones, y de sus trabajos, que debía cumplir todos los oráculos de los Prophetas, y todas las figuras de la Ley, fundar una Religion del todo pura, dejar à los hombres exemplos de virtudes christianas, hacerles conocer la importancia de su salvacion por lo que cuesta, merecernos, sufriendo, la justificacion, y la gloria, y llenar desde su nacimiento hasta su muerte todas las obligaciones de su ministerio.

Esto es lo que emprende oy dia en qualidad de Salvador, haciendose la unica víctima por satisfacer à la justicia de su Padre, y por reconciliar con él à todos los pecadores: por eso, dice San Chrysoftomo, (a) los sacrificios de la Ley que Dios havia instituido, no como verdaderas santificaciones, sino como sombras, y figuras de la oblation de Jesu-Christo, fueron abolidos en su nacimiento, y San Pablo en su cap. 10. de la Carta à los Hebreos, nos representa à Jesu-Christo entrando en el Mundo con una disposicion absoluta de obedecer à todo, y de sufrirlo todo: *Ingressus in mundum dixit, oblationem, & hostiam noluisse, corpus autem aptasse mihi... Tunc dixi, ecce venio.* (b) Vos, Señor, no haveis querido ni hostia, ni sacrificio, pero me haveis formado un cuerpo para ponerlo en su lugar. Siendo Dios espiritu, esto es, amor, caridad, santidad, y justicia, le era preciso una víctima llena de obediencia, de amor, de santidad, y de caridad. Era preciso que fuese sacada de la naturaleza que havia pecado, y que no obstante fuese de un precio infinito, para que su sufrimiento fuese proporcionado al padecer eterno, que havian merecido todos los hombres; y teniendo Jesu-Christo solo estas condiciones, entra en el Mundo como en el Santuario de Dios, para ofrecer su sangre, y su muerte, y para dar à su Padre un culto, y un amenage infinito en cumplimiento de nuestra reconciliacion: *Tunc dixi ecce venio.* Entonces declara, y dice: Yo iré, como si dixese: Yo me destino à ser el objeto de la

(a) Chrysoftomo. (b) Ad Hebr. c. 10. v. 5. y 7.

la infidelidad de los pueblos, de la contradiccion de los Sabios del Mundo, de la persecucion, y de la crueldad de los Tyranos, de la injusticia de mis enemigos, de la traycion de mis discipulos, y de la colera de Dios mismo; estendido ya sobre mi pesebre, como algun dia lo debo estar sobre mi Cruz, llevo ya en mi voluntad todo el peso de los pecados de los hombres; impaciente por crecer para consumir la obra que emprendo, no adquiero fuerzas sino para ser mas proporcionado á sufrir grandes suplicios; apenas se pasarán ocho dias, quando derramaré las primeras gotas de mi sangre para hacer como un ensayo de mi sacrificio; hostia muy debil, y muy tierna, pero ya voluntariamente consagrada; yo adelantaré mis deseos, ya que aun no pueda cumplir mis designios; ningun intervalo de reposo, ó de placer interrumpirá el curso de mi vida laboriosa, y paciente; por inocente que sea, me pongo en lugar de los pecadores, y por mi estado de Salvador, no aguardo mas que vivir, y morir por ellos.

Si la profesion que Jesu-Christo hace de salvar al Mundo, le impone leyes tan rigurosas, ¿creemos nosotros poderlos aprovechar de esta salvacion viviendo una vida mole, y mundana? Este es un error: la Religion del Christiano es una Religion de austeridad, y de penitencia, porque debe sin cesar castigar en sí al pecado, y porque está unido á Jesu-Christo por los vinculos de su Redencion, y de sus sufrimientos. No obstante, cada uno se cree bastante inocente para poderse lavar sin trabajo; cada uno se lisongea, y se justifica á sí mismo, y remite la penitencia á los grandes pecadores, ó á los grandes Santos; quando vemos á los hombres feroces contra todos los derechos de la humanidad emplear el veneno, y el hierro por saciar una brutal venganza, ó una sordida avaricia, los condenamos á expiar sus delitos por su propia sangre, ó por lo menos por lagrimas continuas; á los que por malos oficios preparados á la sordina, y por mano agena traftornan inocentes fortunas, ó que por calumnias concertadas, ó por sentencias sorprendidas, ó compradas, arruinan toda la familia, y acaso toda

la posteridad de un hombre de bien; los condenamos á que reparen los males que han hecho, y que los lloren toda su vida; á los que se han enriquecido con los despojos de los pobres, y que segun los terminos de la Escritura devoran al pueblo de Dios por sus vejaciones, y por sus violencias, que procuren desenojar al Cielo endurecido, que buelvan siete veces otro tanto como han tomado, á imitacion del Publicano del Evangelio, y que se despojen voluntariamente de su propia hacienda, despues de haver restituido la agena; y en fin, á los que han abusado de los Sagrados Mysterios, y que han llevado la profanacion al Templo, ocultando su ambicion, sus intereses, ó sus odios con el velo de la Religion, que se juzguen con severidad, y que giman hasta su muerte al pie de estos mismos Altares, que han menospreciado; cada uno los condena á todos los rigores de la Ley, y cree, como es verdad, que la penitencia se ha hecho para ellos; sujetase á estas mismas reglas á aquellos que han abrazado una profesion austera; si un Religioso que se ha salvado en el fondo de una Religion, por no gustar ni aun siquiera ver los placeres del Mundo, y que ha retirado su corazon, y sus ojos de la corrupcion, y de la vanidad, llega á aparecer por necesidad, ó por caridad en el Mundo; que se retire (decimos) al punto á las tinieblas de su Celda, que se vaya segun su vocacion á llorar sus pecados, y los del Mundo, él ha elegido su Cruz, es necesario que la lleve. Si vemos á un Eclesiastico mortificado, hallamos que este es su estado, que consagra todos los dias el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo, y que asi debe aprender ofreciendo este tremendo sacrificio, á sacrificarse él mismo.

Ve aqui el falso razonamiento que hacemos nosotros: Unos á causa de los desordenes de su vida, están obligados á la penitencia; otros lo están tambien por la santidad de su profesion, y para nosotros formamos un tercero estado de molicie, y de libertad; y ni somos bastante malos para ser de los primeros, ni bastante buenos para ser de los

segundos: no tenemos ni las razones de seguir los unos, ni el valor de imitar á los otros; y así, dando á los unos un titulo de penitencia por justicia, á los otros otro de penitencia por eleccion, y por estado; y suponiendo, respecto de los unos que nosotros somos justos, y respecto de los otros que no lo somos bastante; damos una desgraciada impunidad á nuestras pasiones, porque no llegan hasta los ultimos excesos; vivimos como buenos Paganos en el Christianismo, y condenando á todo el Mundo á la penitencia, nos libramos nosotros mismos de ella, como si el primer titulo que nos obliga no fuese el estado, y la profesion del Christiano, y el cuidado que cada uno debe tener de su salvacion.

La tercera obligacion que el Salvador se ha impuesto, es el pensar toda su vida en la salvacion de los pecadores. Aunque la Theología no se atreva à atribuir á Jesu-Christo verdaderas pasiones, y que haya querido tambien suavizar este termino, porque las pasiones son en nosotros unos movimientos desordenados que se oponen á la razon, que turban el juicio, y que inclinan las potencias del alma á objetos casi siempre ilicitos. San Agustín no ha dejado de decir, que siendo Jesu-Christo verdadero hombre, tenia verdaderas pasiones, pero no obstante sabias, y arregladas, que se sublevaban, y se calmaban por sus ordenes, que seguian siempre las leyes de la razon, y que ennoblecian todos sus objetos. Puedense tambien notar de dos suertes, unas eran unos movimientos pasajeros, que excitaba él mismo en ciertas ocasiones para darnos algunos grandes exemplos, ó para advertirnos algunos grandes mysterios, como quando tembló, y se entristeció; pero se puede decir, que ha havido una pasion perpetua, y permanente en Jesu-Christo, quiero decir, el deseo de la salvacion de los hombres. Este deseo es, quien le causó aquellas ansias, y aquellas inquietudes caritativas de arribar al fin de la Redencion. Este es aquel deseo que le hizo decir con tanta ternura, que sentia una emosion violenta que le oprimia el corazon, hasta que huviese

acabado su ministerio: *¿Quomodo coarctor donec perficiam?* (a) Este es aquel deseo que le hizo vencer todos los obstáculos que se oponian al cumplimiento de su designio, y que segun la expresion del Propheta, le hizo correr como un gigante, á quien nada le puede detener en el camino que su Padre le havia señalado.

¿Puedo yo, Señores, deciros mas de una verdad, de que estais bastante persuadidos? Los cuidados de Jesu-Christo por vuestra salvacion os son bastante conocidos; ¿pero haveis advertido hasta ahora vuestros descuidos? ¿Sentís vosotros un poco de este ardor que le inflama? ¿Donde están las señales de vuestros deseos? ¿Qué esfuerzos haceis vosotros sobre vosotros mismos? ¿Qué dificultades haveis vencido? ¡O, y quanto me temo no seais del numero de aquellos, que Jesu-Christo ha venido á buscar, y que no buscan ellos mismos á Jesu-Christo! Esta es mi segunda parte.

PUNTO SEGUNDO.

Tres suertes hay de personas que no se aprovechan de la Redencion de Jesu-Christo: unos no le conocen, otros no le creen, otros no le siguen. El Mundo, segun el Evangelio, no le ha conocido: *Et mundus eum non cognovit*, (b) porque hay una oposicion formal entre sus leyes, y sus maximas. Porque, Señores, ¿qué es el Mundo enemigo de Jesu-Christo, y de la salvacion, de quien la Escritura habla tan frequentemente? Es aquella sociedad, y aquel comercio de gentes, que están animadas por este espíritu corrompido, y desordenado, que es natural á todos los hombres mientras que viven segun la primera generacion que han recibido de Adán, y no segun la segunda, que han recibido de Jesu-Christo; es una Secta casi universal de

V 2

es-

(a) Luc. 12. v. 50.

(b) Joann. 1. v. 10.

spiritus engañadores, ó engañados; que siguiendo los movimientos de su propio corazon, y no acomodandose á las reglas del Evangelio, no reconocen por bienes sino á los placeres, á los honores, á las riquezas, á la curiosidad, y á la independencía, y no temen otros males, que la pobreza, la obediencia, el dolor, y la sumision; y que transportados tan presto de una falsa alegría, tan presto oprimidos con una tristeza imaginaria, pasan su vida casualmente en regocijarse, ó en afligirse, como si nada mas tuviesen que creer, y como si la Religion que solo simulan profesar, no fuese mas que una fábula.

Aunque el orgullo, el interés, y la malicia sean las principales partes que componen esta masa de corrupcion, el Sabio nos advierte en muchos lugares, que el espíritu del mundo no es sino un espíritu de necedad, que nos figura las cosas vanas como importantes, y las importantes como vanas. Es un tropel de spiritus amotinados, que mutuamente combaten los unos contra los otros; sirviendo los simples de juguete á los mas astutos; estos con todo su espíritu se dejan arrastrar de las modas, y de las costumbres; los doctos son los que dan mas peso á sus locuras, y los que las venden mas gravemente. El pueblo se abandona, y no juzga de nada por sí mismo. Los mas cultos son aquellos que se forman una ocupacion de una diversion que desprecian sus verdaderas obligaciones por vanas ceremonias; que saben disfrazar sus pasiones, y adular las de los demás; y que perdiendo un sólido reposo por respetos imaginarios, se ocupan de nada, se mezclan en todo, trabajan sin fruto, viven sin regla, y mueren sin preparacion.

Esta suerte de vida os admira, Señores, temed no sea esta la vuestra. Digo, pues, que estos hombres no conocen á Jesu-Christo. Lo primero, porque los habitos que ha adquirido el vicio han esperado las tinieblas de su espíritu, y aumentado su ceguedad, segun aquella expresion del Evangelio: *Dilexerunt magis tenebras, quam lucem, erant enim*

enim eorum mala opera. (a) Lo segundo, porque no escuchan la palabra de vida, ó si la escuchan, no pueden entenderla, porque el hombre animal, y carnal no es capaz de entender las verdades que enseña el Espíritu de Dios. Lo tercero, porque el Dios de este siglo, que preside á las pasiones, á los intereses, y á las codicias, ciega su entendimiento: *In quibus Deus hujus seculi excecavit mentes infidelium*, (b) dice el Apostol, haciendoles despreciar una doctrina, que combatia su orgullo, su injusticia, y su deleyte, y cuya profesion les obligaba al odio del mundo, y turbaba su falsa tranquilidad.

De donde se puede concluir la infelicidad de este estado. Todo lo criado ha conocido á Jesu-Christo, dice San Gregorio, el Cielo hizo aparecer Estrellas para que fuesen testimonio visible, é ilustre de su nacimiento. El Mar bajó sus olas á sus pies, y para softenerle hizo á sus aguas sólidas, y firmes. La tierra, esta masa pesada, é inobediente á su voz, ó sensible á sus tormentos abrió el seno de los sepulcros á una sola palabra suya, y se conmovió hasta los fundamentos á vista de sus sufrimientos. Las mismas piedras ablandaron su dureza natural, y por una secreta impresion del poder de Jesu-Christo se quebrantaron por sí mismas, mientras que los impios, incredulos á su doctrina, ingratos á su bondad, infieles á su gracia, rebeldes á su verdad, insensibles á sus dolores, ni le conocen, ni quieren conocerle.

Los segundos conocen á Jesu-Christo, pero no creen en Jesu-Christo, á lo menos con una fé viva, y con obras. Porque, Señores, dos suertes hay de creencia; una es una creencia de consentimiento; otra es una creencia de persuasion interior; la una sujeta nuestra razon á los Mysterios de la Religion; la otra somete nuestra voluntad á la obediencia del Evangelio. La primera es una luz, que nos hace

(a) Joan. 3. v. 19. (b) 2. ad Cor. 4. v. 4.

conocer la verdad; la segunda es una caridad derramada en el corazon, que nos hace cumplir nuestras obligaciones. Pero la mayor parte de los Christianos no tienen sino esta primera fé. Creen el Nacimiento de Jesu-Christo, admiran los secretos de la Providencia de Dios en toda la disposicion de este Mysterio; adoran, si quereis, en su espiritu, todas las virtudes que ha practicado Jesu-Christo, pero las hacen objetos de su opinion, y no de su imitacion. Están mejor instruidos, pero no llegan á ser mejores; estas mismas virtudes que veneran en Jesu-Christo les parecen asperas, é insoportables, luego que las miran en particular; la verdad les exaspera, la humildad les asulta, la paciencia los cansa, la sumision los parece dura; honran á Jesu-Christo con los labios; pero su corazon está muy distante de él. Jesu-Christo no habita en ellos, aunque parece que ellos habitan en Jesu-Christo, semejantes á aquellos desgraciados ingertos, que no han buuelto á prender, que están unidos al tronco del arbol que los sostiene, pero no están vivificados.

San Pablo en su primera Carta á los Corinthios, nos enseña, que Jesu-Christo se nos ha dado para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion, y nuestra redencion: *Qui factus est nobis sapientia à Deo, & iustitia, & sanctificatio, & redemptio.* (a) Como sabiduría nos instruye, y él es el objeto de nuestro conocimiento. Como justicia nos hace sentir nuestros pecados, y es la causa de nuestra justificacion. Como santificacion nos purifica, y es la regla de nuestra conducta. Como redencion, nos libra de nuestras miserias, y nos buelve á poner en la esperanza de los bienes eternos. Pues, Señores, para ser verdadero discipulo de Jesu-Christo, como observa San Chrysostomo, es necesario creer en él, y recibirle segun estos quatro diferentes estados; como sabiduría, conociendo su verdad; como justicia acudiendo á su gracia; como redencion

(b) 1. ad Cor. 1. v. 30.

cion aguardando de él la felicidad; y como santificacion viviendo de su espiritu, y segun sus Leyes. Pero nosotros dividimos á Jesu-Christo, queremos muy bien que sea nuestro Redentor, pero no nuestro Maestro; que nos dé su Sangre, que borre nuestros pecados, pero no su espiritu, que destruya nuestras pasiones; quisieramos que nos quitase las penas de nuestros pecados, y que nos dejase los pecados mismos; que nos diese el precio de su Sangre, y que nos quitase el yugo de su Ley; que hiciese todo lo que quisiese por nuestra salvacion, y que nos dejase hacer todo lo que quisieramos por nuestros placeres; y que en fin, nos hiciese felices, pero que nos dispensase de ser justos. Esto no es creer en Jesu-Christo, es despreciarle.

Y así, muchos desean ser Santos, y aun están persuadidos á que es necesario trabajar en ello; pero quisieran poderse ir al Cielo mas comodamente. Los medios les parecen muy dificiles: ¡quisieran que se les diese derecho de impunidad para alguna de sus pasiones! ¡Que se les salvase un placer ilegítimo, una venganza prohibida! Entonces puede ser que se sujetasen por otra parte á la Ley; pero miran al Cielo por una parte, y á la tierra por otra, segun los terminos del Propheta: *suspiciet sursum, & ad terram intuebitur.* (a) En lo qual se asemejan á aquellos pueblos que el Rey de los Asyrios havia embiado para poblar la Samaria, que con una mano daban incienso al verdadero Dios, y con otra á sus Idolos, y que iban á degollar víctimas delante del Altar de sus falsas divinidades, despues de haver inmolado sobre los Altares del Todo Poderoso: *Qui cum Dominum colerent, Diis quoque suis serviebant.* (b)

Los terceros, en fin, son aquellos que conociendo á Jesu-Christo, y creyendo en él en la apariencia, no procuran seguirle, é imitarle. El Salvador por su Encarnacion adquiere

(a) Isai. 8. v. 21. y 22. (b) 4. Reg. 17. v. 33.

re tres suertes de poder sobre los hombres. El primero es un poder de redencion; naciendo toma posesion de todos los hombres, los mira como esclavos, cuyas cadenas vá á quebrantar; y por su misma humildad adquiere una soberania de misericordia, y sujeta á toda la naturaleza por un nuevo derecho de proteccion, y socorro. El segundo es un derecho de Religion, porque siendo Hijo de Dios hace á su Padre un omenage infinito, llenando el vacío que se halla en el corazon, y en el culto de los hombres, y dándole un culto perfecto, y una Religion proporcionada á su Magestad Divina, por una capacidad infinita que tiene de amarle, y de adorarle infinitamente. El tercero es un derecho, y un poder de instruccion, por el qual no solamente exerce sobre los hombres el ministerio soberano de la verdad, sino tambien viene á ser su cabeza, y su modelo, imponiendoles una feliz necesidad de conformarse con su imagen, y de arreglarse á sus exemplos.

Es un principio cierto de San Agustín, y que la Escritura nos lo enseña en muchas partes, que el designio de la Encarnacion, es darnos los medios de arribar á Dios, que es nuestro unico, y soberano bien: *Ut ad Deum esset iter homini per hominem Deum.* (a) ¿De qué nos serviría saber el termino adonde aspiramos? ¿En donde terminarian estas esperanzas, estos movimientos interiores, estas inclinaciones naturales que sentimos, si no tuviésemos el medio de llegar á ellas? Toda nuestra fé se reune en la persona de Jesu-Christo al mirar la Divina Providencia en Jesu-Christo hombre, Jesu-Christo Dios; él es Dios, vé aqui nuestro fin; es hombre, ve aqui nuestros medios; es Dios, y es á quien debemos ir; es hombre, y por él es por quien es necesario ir: *Deus est quo itur, homo est qua itur.* (b) Formad vosotros todas las ideas del Christianismo que quisieréis, estableced vuestra salvacion sobre los fundamentos que vuestra

(a) S. Augustinus. (b) Idem.

tra razon puede inspiraros: Buscad en vuestro espiritu todos los medios de llegar á ser Santos, es un articulo de fé, que no puede haver ni Christianismo, ni santidad, ni esperanza de salvacion, sino por la imitacion de Jesu-Christo; en vano se huviera hecho visible, en vano huviera fundado una Religion, en vano huviera vivido una vida tan santa delante de los hombres, si no huviera querido servirnos de exemplo.

No obstante, ¿donde se hallan Christianos que lleven el caracter de Jesu-Christo? ¿Donde se halla conformidad con su vida? Jesu-Christo desde su pesebre hasta su Cruz ha sentido, y llevado la pena de nuestros pecados, y estos no nos pesan á nosotros. La murmuracion nos parece una diversion del espiritu, un regocijo de conversacion, una burla agradable, que daña á aquel de quien se habla; pero que en recompensa divierte á los que conversan. La mentira ha llegado á ser un comercio oficioso de palabras, que el uso del mundo autoriza, sin el qual la verdad sería muy austera, y la sinceridad muy enfadosa. La adulacion, y la facilidad en dejarse corromper, pasan por medios honestos de union, y de inteligencia con el proximo, por complacencias necesarias, y por politicas indispensables. El Hijo de Dios ha trabajado toda su vida en ganar almas á Dios por sus discursos, por sus exemplos, y por su gracia; y no se trabaja todos los dias en perderlas, ó por los escandalos que las ofenden, ó por las condescendencias que las afeminan, ó por durezas que las exasperan? Jesu-Christo apenas tuvo con qué cubrirse pobremente en su pesebre, y se buscan curiosamente todas las modas, que la vanidad ingeniosa, y el luxo pródigo han inventado. Ya no se contentan con las mas preciosas telas, si el espiritu, y la mano de los oficiales no se han cansado en adornarlas; el oro, y la seda no parecen bastante ricas, si el arte no escarece sobre la naturaleza, y si la moda no realza el precio de la materia.... En fin, Jesu-Christo comienza una vida, cuyos momentos todos son admirables por una perfecta renuncia de los bienes, de los placentes, y de las co-

modidades del mundo ; y se hallará en los que siguen su fé , un solo momento de vida que se le asemeje? Apenas han nacido quando se les acostumbra al orgullo , y á la molicie , y se les cria sin principio alguno de Religion. Apenas han llegado al uso de la razon , y yá no se les habla del Espiritu de Dios , y solo se les desea el espiritu del mundo ; crecen , y todo lo demás de la vida se reparte entre pasiones muchas veces diferentes , pero todas igualmente criminales , porque son contrarias al Espiritu de Jesu-Christo.

Ved aqui , Señores , lo que tenia que representaros sobre el asunto del Myfterio que celebramos. Quiera el Cielo que saqueis de tantos principios de Religion las consecuencias necesarias para vuestra conducta ; y que la preciosa semilla de la palabra de Dios , regada con las aguas de su gracia , produzca en vuestros corazones frutos abundantes en la eternidad.

Y vos , Señor , que teneis en vuestras manos el corazon de los Reyes , y les dais , segun los terminos de la Escritura , vuestra salud : *Qui dat salutem Regibus* ; (a) colmad oy dia de vuestras gracias á el que acabo de anunciar vuestras verdades ; mas quiere que yo os dirija aqui sus votos , que si yo le dirigiese algunas alabanzas , y os refiere toda su gloria ; que no viniendo sino de Vos solo , á solo Vos debe pertenecer. Si está ilustrado en sus consejos , vuestra sabiduría es quien lo ilustra : Si es feliz en sus empresas , vuestra Providencia es quien le guia : Si es victorioso en sus guerras , vuestro Brazo es quien le protege , vuestra Mano es quien le corona en medio de tantas prosperidades con que haveis honrado su Reynado : Ya solo nos resta pedirlo para él lo que él mismo os pide todos los dias , que es su salvacion. Vos haveis asegurado su trono contra tantos enemigos coligados , que le atacan ; asegurad su alma contra tantos objetos de pasiones como la rodean. Aun hay victorias que

ga-

(a) Psalm. 143. v. 10.

ganar mas gloriosas que las que ha ganado , y Vos teneis coronas que darle , mas preciosas que las que lleva. De poco serviria esta inmortalidad que todos los siglos parecen prometerle , si no tuviese la que Vos solo podeis darle mas allá de todos los siglos. Consagrad tantas virtudes reales , por otras tantas virtudes Christianas ; estended ese fondo de religion que haveis gravado en su alma ; y hacedle tan santo como le haveis hecho grande , para que despues de haver reynado largo tiempo felizmente por Vos , reyne en fin eternamente con Vos.

EN EL SEMINARIO DE LAS

MISIONES ESTRANGERAS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA CIUDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN DE LOS RIOS

X 2

SER-

SERMON

PREDICADO

EL DIA DE REYES,

EN EL SEMINARIO DE LAS
Misiones Estrangeras.

Ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: Ubi est qui natus est Rex Judæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, & venimus adorare eum.

Luego vinieron los Magos á Jerusalèn, diciendo: ¿Donde está el que ha nacido Rey de los Judios? Porque vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle. *En S. Matth.*

cap. 2. v. 1. y 2.



Y dia, Hermanos míos, es, quando la gracia de Nuestro Señor Jesu-Christo comienza à mostrarse á los hombres, y quando la misericordia de Dios se descubre en fin, en toda su estension. Antes del Mysterio de este dia se huviera dicho que era este un Dios parcial, que se negaba á los unos por darse enteramente à los otros, y que dejando

ca-

asi á todo el mundo en la ceguedad, limitaba sus bondades todas á una pequeña porcion de la tierra, y no queria comunicarse, sino á una nacion muchas veces rebelde, y con todo eso, siempre favorecida.

Pero el dia de oy hace ver, que no hay para con él ni diferencia, ni excepcion de personas, reune todo el universo en un solo pueblo; llama á los Estrangeros como á sus hijos; derrama indiferentemente sus bendiciones tanto sobre los unos, como sobre los otros; y nosotros podemos decirnos á nosotros mismos con el Apostol: *An Judæorum Deus tantum?, nonne & gentium? imo & gentium.* (a) Yo veo el origen de nuestra fé, el Oriente se descubre, la estrella aparece, los Magos se parten, los Angeles los miran, Jesu-Christo mismo los aguarda, y á nosotros nos toca el imitarlos, y el seguirlos.

Con este fin pretendo haceros ver oy dia en la conducta de estos Principes:

- Division. } I. Una Fé viva, y pronta,
II. Una Fé atrevida, y generosa,
III. Una Fé entera, y perfecta.

Nosotros necesitamos tambien como ellos, de una guia celestial que nos ilumine. El Espiritu de Dios, á quien invocaremos, nos conducirá á Jesu-Christo por la intercesion de Maria, á quien diremos:

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

NO sin razon previendo el Propheta Isaias los grandes movimientos que debia causar en el mundo el Nacimiento del Hijo de Dios, havia predicho, que comenzaria á vencer, desde que empezase à vivir, y que por una pronta ruina de sus enemigos, se apresuraria á hacer ver, que era el

(a) Ad Rom. 3. v. 29.

el Salvador de los hombres, que tomara también aquella rapidez de conquista por su nombre, y por su qualidad esencial: *Vocabitur accelera, aufer spolia, festina praedari.* (a) En efecto, dice San Bernardo desde su nacimiento atrae los buenos por su misericordia, turba á los malos por su justicia, somete á los grandes por su poder, y eleva á los pequeños por su gracia. La qualidad de Salvador le obliga á poner en libertad las almas cautivas, la qualidad de Libertador le da una santa impaciencia de quebrantar el yugo, que los oprime con una mano, que parece todavia enferma, pero que no obstante es del todo poderosa; despoja á los Reyes de su orgullo, á los pastores de su groseria natural, á los Judios de su preocupacion, y á los Gentiles de su ignorancia: Estas son otras tantas señales de sus victorias, y como otros tantos trofeos improvisamente arrancados al Demonio, y que adornan el pesebre de un Rey Niño, y Salvador: *Manent haec insignia apud Regem infantem, & Salvatorem.* (b)

Pero si le estimula el deseo de salvar á los hombres, también se hallan hombres instados del deseo de buscar, y de adorar á su Salvador, ¡y qué hombres! Si considerais su estado, son Reyes, que el nacimiento, la fortuna, el honor del mundo, la dulzura de la vida, y el placer de mandar aligan á su condicion, y parecen deber encerrar en sí mismos, y apartarse de todo otro cuidado, que el de su grandeza, y el de su gloria. Si mirais su profesion, son unos Sabios del mundo, que gozan, y hacen gozar á sus vasallos de una tranquilidad civil, y politica, ocupados en ciencias vanas, é inútiles; y ya sabeis lo que la Escritura nos enseña: Que la Sabiduría del mundo es enemiga de Dios, y que la presuncion es natural á aquellos espíritus curiosos, que deteniéndose en las cosas visibles de Dios, sin pasar hasta las invisibles, se alimentan en su orgullo, y se desvanecen en sus propios pensamientos. Si considerais su Religion, han nacido en el error, y en la supersticion de sus padres, y dedicados al culto

(a) Isai. 8. v. 3.

(b) S. Bern.

to de los Dioses de su país por las leyes, y por la costumbre. Qué difícil es desprenderse de sus antiguas preocupaciones, y volverse á la luz quando se ha estado de asiento en las tinieblas, y las sombras de la muerte, como habla el Profeta. (a)

Con todo eso, á pesar de tantos obstáculos, al primer movimiento del espíritu de Dios, al primer aspecto de una luz celestial, renuncian su grandeza, sus ciencias, y sus idolos. Luego que saben que el Rey de los Reyes acaba de nacer en la Judea, juntan el efecto al conocimiento, bajan del trono, y abandonan sus Palacios. En vano les representa la razon humana, que un viage emprendido sobre un presagio incierto, seria una ventura poco conveniente á su estado, y á su sabiduría; que era un triste espectáculo ver á unos Reyes errantes, mezclarse con pueblos desconocidos, y atravesar caminos que podian serles sospechosos; que los Soberanos havian nacido para recibir en reposo el tributo de sus vasallos, no para llevarselos ellos mismos á otros; que no tenian mas que gozar con justicia de los derechos de la corona, sin afanarse por un Rey Niño, que su propia Nacion reusaba el reconocerle; que seria abandonar sus Estados á domesticas disensiones, y exponer su dignidad á los zelos de los Estrangeros: *Quomodo ita insipientes facti sunt viri sapientes?* (b) dice San Bernardo. ¿Como se han olvidado de sí unos hombres tan sabios? La Fé les ha inspirado, que la verdadera sabiduría, respecto de Dios, era abandonarse á su Providencia; que puesto que les inspiraba el designio de ir, él mismo seria su protector, y su guía; que la primera obligacion de los Reyes, era adorar á aquel de quien dependen todas las Coronas; que serian dichosos, y muy dichosos los Estrangeros, á quienes huviese elegido en lugar de sus vasallos para reconocerle, y que no havia sino una razon, una felicidad, y una gloria, que es la de los que sirven á Dios de todo su corazon, porque le conocen; ó de los que

(a) Psalm. 87. v. 7.

(b) S. Bern.

que le buscan de todo su corazon porque todavia no le conocen.

Sobre estos principios dejan sus Estados, sus posesiones, y sus familias, y siguen sin deliberar aquella estrella que los guia. ¿Pero à qué asunto emprenden este viage? ¿La gracia de Dios depende acaso de los tiempos, y de los lugares, ó no puede comunicarse sino en la entrada de la cuna de Jesu-Christo? ¿Pues si hace nacer nuevos astros en el Cielo, no puede criar nuevos corazones en todas las partes de la tierra? ¿No puede recibir omenage sino de la mano de los que se le tributan? ¿Su poder está limitado al recinto de una Aldea de la Judea? Sí Señores míos, es necesario que salgan de sus Estados.

Tres razones diferentes dan de esto los Padres, pero todas igualmente solidas. La primera es para denotar el desapego en que deben estar todos aquellos à quienes llama Dios; debian dejar, dice San Leon, à todos los Christianos, que son su posteridad, este exemplo de una pronta, y fiel obediencia, y asi como Abraham, que debia ser la raíz, y el modelo de la perfeccion de la Ley en quanto al culto del verdadero Dios, recibió orden de salir de su país, y de su parentela: *Egredire de terra tua: (a)* asi tambien estos Principes de Oriente, à quienes Dios havia elegido para ser los introductores de los Gentiles en la Fé de Jesu-Christo, y los primeros modelos de la perfeccion Eyangelica, debian hacer ver que no tenian afecto alguno terreno, quando se trataba de cumplir la Ley de Dios, y de seguir sus voluntades, quando les eran manifiestas. Otra razon da San Bernardo: Conuenia, dice, que huviere alguna proporcion, y semejanza entre los adoradores, y el Dios que iban à adorar, y puesto que Jesu-Christo havia hecho à los hombres como un sacrificio de toda su gloria, era justo que los hombres le sacrificasen la suya. ¿Y qué semejanza havia en quedarse en sus Palacios mientras que Jesu-Christo estaba en su pesebre?

No

(a) Genes. 12. v. 1.

No era justo, que no tuviesen mas riquezas, sino para consagrarselas por un santo uso, y que renunciassen las grandezas humanas para conformarse con aquel que debia decir que *su Reyno no es de este mundo (a)*

Para enseñarnos en fin, dice San Chrysoftomo por la pronta partida de estos Magos, que la accion mas importante, que debe hacer un Christiano, que Jesu Christo ha llamado á sí, es separarse del mundo; quiero decir, de los objetos, y de los embarazos del mundo, de las ocasiones, y de los peligros del mundo, de las diversiones, y de las inutilidades del mundo, de las vanidades, y de las pasiones que inspira el mundo. No hablo aqui de esos retiros de melancolia, de disgusto, de necesidad, ó de respetos humanos, tan ordinarios en las conversiones de estos tiempos. Pero nuestros Reyes no tuvieron ninguno de estos motivos; no estaban disgustados de su condicion, pues eran Principes; nada les podia inquietar, pues eran Señores; no estaban molestados del rigor, ò de la esterilidad de su país, pues reynaban en aquellos dulces elimas del Oriente, en donde seria dicha el vivir, aun quando no se tuviese el placer de mandar. La vejez, ó la enfermedad no les obligaba à bolverse ácia Dios, puesto que estaban en estado de emprender, y de sufrir las fatigas de un largo viage. En su retiro no entra, ni la tristeza, ni los respetos, ni el temor. Salen, pues, y van los primeros, à ofrecer á Jesu-Christo un Sacrificio de grandeza, y de poder. Son los primeros, que han arrojado las Coronas al pie del Cordero, que han abatido á su presencia la pompa, y la magestad del siglo, y que han mostrado, no solamente lo que se podia hacer, sino tambien lo que se podia dejar por Dios.

Para esto no les fue preciso mas, que la aparicion de una estrella, y aunque les pudiese parecer una señal dudosa, la fe, y la revelacion interior que los determina, al punto los hace obrar. Era necesario que Jesu-Christo les señalase en el Cielo su Nacimiento. Porque si les huviere embiado Prophe-

Tom. 5.

Y

tas,

(a) Joann. 18. v. 36.

tas, quien les huviera asegurado de su mision? ¿Quien les huviera sido garante de la seguridad de sus palabras? ¿Si les huviese anunciado su venida por un Angel, como á los Pastores, no era de temer que acostumbrados à la idolatria, huviesen tenido al Embajador por su Amo, á la criatura por el Criador? ¿Si huviera hecho resonar voces celestiales no corria peligro dice San Chrysoftomo, que juzgasen ilusion el sonido de estos organos estrangeros? Tocaba pues, á la Providencia Divina llamarlos por las señales, que les eran mas familiares, y mas conocidas, haciendoles ver un nuevo astro, cuyo resplandor, grandeza, y movimiento atraxese la atencion, y las reflexiones de estos hombres, dados à las especulaciones de las cosas celestiales, hasta que fuesen capaces de entrar por medios mas nobles en conocimientos mas sublimes.

Aqui es, dice San Chrysoftomo, donde es necesario admirar, no tanto la pronta obediencia de los Magos, como la bondad soberana de Dios. Dignase acomodarse, y condescender con su flaqueza, y los lleva insensiblemente, y como por grados á la perfeccion. Notad, dice este Padre, que al principio se les manifiesta bajo la qualidad de Rey de Judea: *Ubi est qui natus est Rex Judaeorum?* A fin de atraerles por esta conformidad de condicion, y de formar con ellos como una especie de alianza. Descubrese en fin, como Hijo de Dios, para recibir sus votos, y sus adoraciones, y sujetarlos à su poder soberano. Hacedes ver una estrella, que los alumbraba, que los precede, que los conduce, y que los aguarda; disponelos por este medio á oír, y creer el testimonio de las Prophecias, para recibir despues las advertencias, y las revelaciones por el ministerio de un Angel. Conducelos de este modo por grados imperceptibles de la curiosidad á la admiracion, de la admiracion á la fé, de la fé á la obediencia, de la obediencia al fervor, y del fervor á la adoracion. Para enseñar á los que han sido llamados à la conducta de las almas, que hay ciertas condescendencias de caridad, que se deben tener con las conciencias todavia debiles, que deben como encogerse proporcionandose á los que quieren animar del

del espiritu de Dios, como lo hacia el Propheta, que es necesario observar un orden, y una sucesion en el descubrimiento de las verdades, y en la practica de las virtudes Christianas; que es necesario alimentar con leche, y no con manjares solidos à los que aun estàn en los principios, y digamoslo asi, en la infancia de la piedad, y que vale mas desprenderlos poco à poco del mundo, antes de abanzarlos á meditaciones, y á oraciones sublimes, y humillarlos por el conocimiento sincero de sus flaquezas, y de sus defectos, que llevarlos por un ardor indiscreto, y por impotentes deseos à una precipitada perfeccion.

Con esta prudencia es, con la que Dios conduce á los Reyes á su pesebre; y asi siguen la estrella, que los conduce sin bolverse, y sin mirar atras, marchando por los caminos que les trazaba con una fidelidad inviolable. Yo bien sé, Señores, que este objeto mudo, que no parece habla sino à sus ojos, no dejaba de hacerse entender en su espiritu. Aquel que los advertia exteriormente, los instruia, y los movia interiormente. Obraba una virtud secreta mas poderosamente sobre ellos, que aquella luz visible, y un rayo de la verdad, que los persuadia interiormente les era una guia mas viva, que el astro que los alumbraba. ¿Pero no tenemos nosotros los mismos socorros, y sentimos los mismos efectos? Quantas luces inutiles hay entre nosotros, y quantas estrellas que lucen en vano? Hagamos reflexion sobre nosotros mismos: una alma debil, é irresoluta, quantas veces ha dicho, conociendo su defecto: el ayre del mundo me es contagioso, las pasiones se dispiertan á vista de los objetos, los malos discursos corrompen las buenas costumbres. El exemplo, la ocasion, la costumbre todo hace impresion sobre mi. Aun quando me pudiera ver libre de estas flaquezas, siempre seria mas susceptible, y aun quando no salga mas culpable de estas comunicaciones mundanas, salgo á lo menos mas triste, y mas inquieta. Esta es una estrella que Dios os embia para guiaros á la soledad: no obstante, vosotros bolveis à comenzar al dia siguiente, y os bolveis á entrar en las compañías. Quando un hombre rico se pone á pensar, y decir, ¿para qué

me afano yo en amontonar, y adquirir? ¿No fuera mejor, hacerme un tesoro para el Cielo por mis buenas obras, y por mis limosnas? ¿No sé yo que propriamente no hay sino la bendicion de Dios, que enriquezca, y que lo poco del Justo, vale mas que la abundancia del pecador? Pues esta es una estrella que Dios os embia para conducirnos al desprendimiento de los bienes del mundo. No obstante, vosotros cerrais vuestras entrañas á las necesidades del pobre, y la codicia de las riquezas os arrastra. Reflexiona un Ecclesiastico en su oracion sobre sí mismo, y dice: ¿Qué hago yo de los talentos que Dios me ha dado? La mies es abundante, y son pocos los obreros; todo siervo ocioso será tratado como culpable; yo he de responder de los frutos que podia hacer; los Phariseos corrian la tierra, y los mares por ir á hacer un Proselyto; ¿y la caridad no puede hacer en mí lo que la vanidad hacia en ellos? Pues esta es una estrella que los guía á la viña del Señor para trabajar en ella; no obstante, se quedan ociosos, y no parece han entrado en la Iglesia, sino para el honor que se recibe de ella, ó percibir los bienes que se sacan. Temblemos, Señores, que Dios no cumpla en nosotros esta terrible amenaza que hacia en otro tiempo por un Propheta: *Nigrescere faciam stellas.* (a) Borrare todas esas luces, echaré un velo de oscuridad sobre vuestros conocimientos puesto que despreciáis mis consejos, y mis inspiraciones, mirad no sea que os castigue con ceguedad, y sea vuestra ignorancia el castigo de vuestra pereza.

Ya ha condenado Dios por esta fé pronta, y activa de estos tres Principes la infidelidad, y la ingratitud de los Judios. Jesu-Christo dice San Chrysostomo, acababa de dar fin al antiguo Testamento, y llamar á todo el mundo á su conocimiento, abrió la puerta á los Gentiles, para instruir á sus propios vasallos convidando á los estrangeros. No havian considerado bastante los Judios las predicciones de los Prophetas que les havian anunciado su venida, hace venir de

(a) Ezech. 32. v. 7.

países remotos á unos Gentiles para convencerlos, á fin de que los que estuviesen bien dispuestos, tuviesen ocasion de creerle, y de conocerle, y los que se resistiesen á una verdad tan constante, no pudiesen hallar excusa alguna en su incredulidad. ¿Qué color podian dar á su infidelidad, si despues de tantos testimonios reusaban recibirle, quando unos incognitos al ver una estrella iban á buscarle? La pronta obediencia confirma la eleccion de los unos, la pereza, y la negligencia atrae la reprobacion de los otros.

¿Quereis ver la diferencia? *Vidimus, & venimus*, dicen los unos, entre ver, y venir ningun intervalo ponen; no gastan el tiempo en deliberaciones inutiles; no consultan á sus aduladores, ni hacen asunto de estado un asunto de Religion, conocer, y creer, creer, y obedecer, todo fue una misma cosa: *Vidimus, & venimus*. Su espiritu se inclina, y su voluntad se conduce casi al mismo tiempo, á un objeto, que parecia no pertenecerles, ó á lo menos debía serles indiferente. ¡Quan al contrario es la disposicion de los Judios! A la primer noticia del nacimiento del Mesias, ¿quien no huviera dicho que las riberas del Jordán, no iban á resonar de gritos de alegria, que el pueblo no correria en tropas ácia Belén, que los Sacerdotes no entonarian los Canticos de Sion, y que el mismo Herodes iria á disputar á estos Principes estrangeros la gloria del primer omenage? No obstante, quedanse indiferentes, é insensibles. Dase Herodes á pesquisas, y á consultas, que de nada valen. Los Escribas, y los Phariseos se contentan con producir las Escrituras, y mostrar la verdad sin seguirla. Toda la Ciudad se conmueve del temor del tyrano, no del amor del Principe legitimo, y ninguno de sus habitadores tiene el valor de ir á adorarle, ni aun la curiosidad de informarse de la verdad de esta noticia, y se remiten á unos desconocidos: *Ite & renunciare diligenter*, sobre un asunto, que havia sido por tanto tiempo la esperanza, y el deseo de sus padres, y sobre el punto mas importante, y mas esencial de su Religion: ¿hay cosa mas admirable?

Ya Jesu-Christo dixo despues en su Evangelio, que vendrian hombres de Oriente, y de Occidente, que se sentarian con Abraham, Isaac, y Jacob en el Reyno de los Cielos, y que los hijos del Reyno serian arrojados á las tinieblas exteriores. Quando yo considero la insensibilidad, y la tibieza de los Christianos, quanto temo no se cumpla aun este oraculo en nosotros. ¿Estuvo la fé jamás mejor establecida? ¿Se vieron jamás menos buenas obras? ¿Huvo jamás tantos Christianos, y hubo jamás tan pocos Fieles? Los socorros son grandes, pero el descuido es estremo; nunca se habló tanto de reforma, pero jamás hubo mas desorden; jamás se anunció mejor la palabra de Dios, pero jamás hizo menos efectos; no parece sino que abandonada entre nosotros, se refugia á esas nuevas Iglesias, en donde fructifica abundantemente la semilla del Evangelio, en donde se renueva felizmente en estos ultimos tiempos, la inocencia, y el fervor de los primeros siglos.

Fiel Ministro de Jesu-Christo (a) á quien ha escogido para llevar su nombre á esas Naciones infieles, y que veis con placer los aumentos que Dios dá á esas plantas que regais, vos lo sabeis bien; y asi como sois el testigo de su verdad, lo podeis ser tambien de los efectos maravillosos de su gracia. Bien lo sabeis, hablaseles de un Dios desconocido, y escuchan; se les predica su bondad, y la aman, su verdad, y la creen, su poder, y le temen, sus promesas, y esperan en ellas, su Ley, y la practican; las obras están de acuerdo con la fé, la perseverancia se halla junta con el fervor, y la tranquilidad del espiritu con el rigor de las persecuciones, y de los martyrios. Quan de temer es, que el Reyno de Dios no se haya pasado allá, que la fé no vuelva á su origen, y que por una funesta revolucion, asi como ha pasado de los Judíos á los Gentiles, no vuelva á pasar de los Christianos á los Gentiles, y que asi como nos fue traída del Oriente por tres Reyes, no vuelva de aqui al Oriente por tres

(a) Estaba presente el Señor Obispo de Helopolis.

tres Obispos que la anuncian. ¿De donde provendria esta desgracia? Sino de que nosotros no tenemos una fé pronta como los Magos, ni una fé animosa como ellos.

PUNTO SEGUNDO.

DOS falsas ideas se forman ordinariamente de la Religion Christiana, y de sus obligaciones en el Mundo. Unos las miran como faciles, otros las miran como imposibles. Los primeros reducen su piedad á ciertas practicas de devocion exterior, á una Misa, á que asisten por bien parecer, á un Sermon que oyen, las mas veces con disgusto, á unas oraciones que rezan por costumbre, y sin reflexion, á una limosna que se dá por azar, y acaso por vanidad, á una comunion que hacen descuidadamente con el motivo de alguna fiesta grande, á un poco de reforma en los vestidos, que no llega hasta el corazon, á algunas ternuras de devocion, que mas provienen de un temperamento afectuoso, que del fondo de una solida piedad; sin incomodarse por otra parte, y sin hacerse violencia en sus pasiones, creen que han cumplido con toda la ley, y aguardan aquella Corona de justicia que Dios no ha prometido sino á los que le aman. No obstante, la Escritura Santa nos enseña, que es necesario adorar á Dios en espiritu, y en verdad; que para ser discipulo de Jesu-Christo es necesario llevar su Cruz, renunciarse á sí mismo, y conquistar el Reyno de los Cielos con violencia.

Los otros al contrario, en todo hallan dificultades, ó á lo menos las imaginan, toda la Religion se les hace gravosa. Sujerar ciegameute su espiritu á creencias obscuras, y llenas de velos, reconciliarse con su hermano quando se cree haverle ofendido, restituir una porcion de hacienda mal adquirida, quando há mucho tiempo que se posee, son leyes, que miran como impracticables, todo les enfada, la Tierra Santa les parece una tierra, que devora sus habitantes; todas las sendas de la virtud les parecen cerradas con una cerca de

de espinas, no se atreven á salir de sus pasiones por los peligros que se imaginan; y dicen como aquellos hombres cobardes, de quienes habla el Sabio: *Leo est foris, in medio platearum occidendus sum*; (a) y sin considerar los socorros del Cielo, y los auxilios de la gracia, de quienes no tienen ninguna experiencia, se asustan de lo que debia atraerlos, semejantes á aquellos Astronomos, que se han imaginado horribles monstruos, y furiosos animales en aquellas partes del Cielo, en que no hay sino constelaciones luminosas, y que se han figurado monstruosas formas, donde no hay sino estrellas.

No digo que sea tan facil ser buen discipulo de Jesu-Christo; no permita Dios que yo ensanche el camino estrecho, que nos ha trazado en su Evangelio, y que debilitando su verdad sea prevaricador de mi ministerio. Ni tampoco digo que sea imposible; infeliz de mí si yo hiciese pesado el suave yugo del Señor, y si pusiese á mi antojo limites á su misericordia, y su poder. Pero digo que es difícil, que atendiendo á la depravacion de nuestra naturaleza, no hay virtud que no encierre en sí alguna dificultad en su practica, y que un Christiano debe obrar por principios mas fuertes, y mas elevados, que los del Mundo; porque la nobleza de su profesion es muy acreedora á que haya resolucion, y valor.

Tales fueron estos Principes de quienes el Evangelio nos habla el dia de oy, y que los Padres de la Iglesia nos representan como exemplos de una vocacion constante, de una fé animosa, y de una caridad magnanima. Examinemos la generosidad de su conducta; elevanse primeramente sobre todas las consideraciones del interés, y de la gloria humana, sin las cuales los Grandes del Mundo jamás emprenden cosa alguna extraordinaria. Si pretenden aliarse los unos con los otros, es para honrarse con su amistad, ó para apoyarse con sus fuerzas, ó para engrandecer sus estados, ó para invadir los de los otros. Arreglan todos sus designios sobre las ven-

(a) Prov. 22. v. 13.

tajas que les resultan, y fundan siempre sus correspondencias sobre ciertos intereses particulares, que de ordinario cubren con el especioso pretexto del bien comun, y de una utilidad publica. Pero estos Principes, dice San Chrysostomo, vienen á Jesu-Christo no por politica, sino por grandeza de alma; porque ¿qué tenia que ver el Persa con el Judío? ¿Qué podian pretender de un Rey niño, y de una Madre pobre? ¿Tenian acaso alguna señal de poder superior á la de los demás? ¿Tenian acaso necesidad de ganar la benevolencia de un padre reynante, ó de una casa señalada por su reputacion, ó por sus alianzas? ¿Creían ellos, que aquel niño en su cuna les agradecería sus dones, y se acordaría en adelante de su anticipada adoracion? No, no; buscan á Jesu-Christo por Jesu-Christo mismo; lejos de ir á suplicarle, y á pedirle prosperidades temporales, van á hacerle ofrendas de aquellos mismos bienes que piden los demás; miran las obligaciones, y no las recompensas, y no desean otro fruto de su empresa, que haverle buscado, y haverle tributado una sumision sincera, y desinteresada; bien diferentes de aquellos Christianos asalariados, que no alaban á Dios, sino por las consolaciones sensibles, y por los bienes temporales que reciben, que no saben decir, sino con el Apostol: *Bendito sea Dios, que nos ha consolado en nuestras tribulaciones*, (a) ó con un Propheta: *Bendito sea Dios, que ya hemos llegado á ser ricos: Benedictus Dominus, quia divites facti sumus.* (b)

Pero aun superan valerosamente las sospechas, y los juicios del Mundo. Porque es de creer, que estos primeros Christianos tuvieron la misma suerte de todos los demás, que han querido vivir despues religiosamente en Jesu-Christo, que fueron expuestos á los razonamientos de los politicos, y á la censura de los pueblos. ¿Quantas veces los juzgarian por almas bajas, que no pudiendo sufrir el peso de la Corona, iban á confundirse con el vulgo? ¿Quantas veces los mirarian como á impostores disfrazados, que hon-

Tom. 5.

Z

ran-

(a) 2. ad Cor. 1. v. 3. y 4. (b) Zachar. 11. v. 5.

rándose de un vano, y especioso titulo, pretenden engañar á los Vasallos de otros, no teniendo ellos mismos á quien gobernar? ¿Quantas veces, despues de haver sabido el secreto de su viage, se les acusó de una curiosidad indiscreta, ó de una ridicula credulidad? ¿Quantas veces tomaron por un capricho, y una vision de Astrologo, el descubrimiento, y la aparicion de aquella estrella que les servia de guia? Tal es la malignidad, y la contradiccion de los pueblos, especialmente respecto de los grandes, quieren interpretar sus acciones, erigense un tribunal caprichoso, en donde gustan de decidir temerariamente de sus intenciones, y vengarse de la obediencia, que se ven precisados á darles, por la libertad que se toman de hablar, y juzgar mal de ellos.

Tal es la injusticia del Mundo. Haviála experimentado el Rey Propheta en el curso de su penitencia, y se quejaba de ella al mismo Dios: *Qui inquirebant mala mihi, locuti sunt vanitates, & dolos tota die meditabantur*: (a) Los que examinaban mi vida pasada, daban malas interpretaciones á mis humillaciones presentes, decian de mí mil cosas vanas, y todos los días me armaban lazos: *Et qui retribuunt mala pro bonis, detrahebant mihi, quoniam sequebar bonitatem*. (b) Aquellos mismos á quienes yo havia hecho bien, me despedazaban con los agudos dardos de sus lenguas envenenadas, porque comenzaba á servir con fidelidad. En efecto, ¿no es esta la contradiccion ordinaria de las gentes del Mundo? Si un hombre despues de haver entrado en el fondo de su conciencia, baja á juicio consigo mismo, y llega á retirarse del fuego, de las compañías, y aun de los mismos empleos, que por una experiencia fatal havrá conocido ser contrarios á su salvacion; si distribuye sus bienes á los pobres, y si asiste con mas frecuencia, y con mas atencion á los Sagrados Mysterios; si una dama aun en la flor de su edad renuncia el luxo, y la vanidad, y se reduce á las reglas de la modestia Christiana, si visita los Hospitales,

(a) Psalm. 37. v. 13. (b) Ibid. v. 21.

les, y las Iglesias, al punto se examinan los motivos de esta mudanza, y siempre se toman los menos caritativos. Se les dá en quanto se puede, una ridicula interpretacion á estas conversiones; tan presto son apariencias engañosas, tan presto son precisiones interesadas, tan presto excesos vituperables, tan presto arrogantes singularidades. No se escandalizaban de sus pecados, y se escandalizan de su penitencia.

Con todo eso, no hay cosa mas deplorable que la fragilidad de los Christianos, que ceden á esta tentacion; llamados por la gracia de Jesu Christo, contenidos por la verguenza del mundo, estimulados por los remordimientos de su conciencia, asustados por el ruido que hacen los pecadores, queriendo siempre ser buenos, y no atreviéndose jamás á desagradar á los malos; deliberan como si el partido fuese igual, y muchas veces se determinan á continuar en sus desordenes, por no atraerse algunas reprehensiones, recusando de este modo á su Juez invisible, que puede salvarlos, ó perderlos por la eternidad, por unos Jueces visibles de quienes no pueden aguardar sino vanas alabanzas, ó satyras mas picantes, y mas vanas. Sepan, pues, que San Pablo por nada tenia el ser juzgado de los hombres: *Mihi autem pro minimo est, ut á vobis judicer*, (a) y que aun los miraba como enteramente opuestos á los de Dios: creyendo incompatible el ser siervo de Jesu Christo, y agradar á los hombres: *Si hominibus placerem, Christi servus non essem*. (b) Acuerdense que nada hay tan debil, ni tan vergonzoso, como avergonzarse de la fé, y de la Religion, y que Jesu Christo renunciará delante de su Padre, que está en el Cielo, á qualquiera que le renunciare delante de los hombres.

Quando en tiempo de los Dioclecianos, y de los Neronés, arrastrado un Christiano delante de sus tribunales, iba á responder de su fé; y quando viendo al rededor de sí un

Z 2

fu-

(a) 1. ad Cor. 4. v. 3.

(b) Ad Gal. 1. v. 10.

furioso tyrano, y por otra unos inhumanos verdugos, el uno pronto à pronunciar la sentencia, y los otros diligentes para executarla; y en fin por otra hierros ardiendo, relucientes espadas, arroyos de sangre, que todavia estaban corriendo, y un monton de cuerpos despedazados por la misma causa; si consultaba su corazon, y su fé, si el terrible aparato del suplicio, y la horrorosa imagen de la muerte havian hecho titubear su valor, si su tremula mano havia dejado caer contra su voluntad algun grano de incienso al pie de un Idolo; el corazon huviera desaprobado el delito al mismo tiempo que la mano le cometia, aunque huviese guardado en su conciencia la fidelidad, que la fragilidad de la naturaleza, y el temor de los tormentos le havia hecho perder exteriormente; la Iglesia le miraba con horror, y quando llegaba à pedir perdon le remitia al Tyrano, para que diese pruebas de su arrepentimiento, y para expiar con su sangre la cobardia que havia cometido. ¿Pues qué merecerán aquellos que no teniendo que temer sino una palabra, ó un desprecio, ahogan los buenos propositos, que han tenido, y no se atreven à hacer publica profesion de la humildad, ó de la paciencia de Jesu-Christo? ¿O qué cobardia! Se sirve al mundo descaradamente sin darsele nada de los juicios de Dios; y luego si se quiere servir à Dios, se temen hasta los menores discursos del mundo; por satisfacer sus pasiones se arriesga su reputacion, y hasta su misma eterna salud; si se trata de satisfacer à Dios, à quien se ha ofendido, se contiene uno por un falso pudor, ó por una cobarde timidéz. Los Magos no caen en esta flaqueza, no solamente desprecian los juicios, y las murmuraciones de los hombres; elevanse tambien por un santo zelo sobre los temores, y aun sobre los peligros del mundo. Entran en el Reyno, en la Capital, y en la Corte del mismo Herodes; anuncian con confianza al pueblo, à los Sacerdotes, y poco falta para que se dirijan al Rey mismo, y le pregunten: *¿Ubi est qui natus est?* No dudan de la verdad de este nacimiento, solo están inciertos del lugar; desprecian la turbacion, y el terror en Jerusalem, y ha-

hacen temblar al Tyrano aun sobre su Trono. No conocen la adulacion de los cortesanos. ¿No saben que no hay cosa tan delicada, ni tan celosa como el honor de la Corona, que un usurpador siempre es infaliblemente cruel, y sospechoso; que sostendrá su ambicion por su crueldad, y se mantendrá sobre el Trono por los mismos delitos que ha subido à él? No se acobardan estos Santos Reyes, buscan à Jesu-Christo con un valor firme, é intrepido. Quan cierto es lo que dice San Agustin, que la codicia es cobarde, y timida, porque teme, ò que no se la dé lo que desea, ó que no se la hurte lo que posee, y que al contrario, la fé es atrevida, porque no teniendo nada que ganar, ni nada que perder sino à Dios; no se aficiona sino à él, y nada teme de parte de los hombres. Ve aqui la diferencia de estos Principes.

Herodes al arribo de estos estrangeros, se inquieta, y se turba. *Turbatus est.* Por mas que haga por disimular su tristeza, la mueltra, y la comunica à toda la Ciudad: *Et omnis Hierosolyma cum illo.* Llama à los Magos en secreto, y à escondidas: *Clam vocatis Magis;* para descubrir con astucia lo que pretenden, hablales, no del nacimiento de Jesu-Christo, no sea que se confirmen en su opinion, sino de la aparicion de la estrella, como de una chimerica vision: *Didicit ab eis tempus stelle.* Consulta à los Doctores, pero no es ni sobre el poder, ni sobre la Magestad, ni sobre la Dignidad Real del Mesias, sino solamente sobre el lugar de su nacimiento: *Sciscitabatur, ubi Christus nasceretur.* Aunque la prophécia que le exponen parece clara, y evidente, no sabe à qué atenerse; no la cree, y la teme; la cree, y se imagina que podrá detener su cumplimiento; pregunta la verdad, y quisiera que le adulasen. Finge querer adorar al que tiene animo de perder. Su politica le divierte, y su conciencia le atormenta: ¿O qué embarazos! ¿Qué de rodeos! ¿Qué de desconfianzas! Al contrario, los Magos, con una fé viva, y una heroica simplicidad, anuncian la venida del Salvador en la Judea, ocupados de su grandeza, poseídos de su gracia,

cia, y estimulados por su espíritu; no atienden á los hombres sino para saber de ellos la verdad, ó para enseñársela: *Ubi est, qui natus est?* Reyes, ó vasallos, amigos, ó enemigos, para ellos todo es igual. Diriais vosotros que se multiplicaban; no son mas que tres, y se hallan en todas partes, en el Palacio, en las Plazas, en toda la Ciudad: *Et omnis Hierosolyma cum illo.* Aun no conocen á Jesu-Christo, y ya le confiesan; informanse de él, y ya le predicán sin embarazo, sin política, y sin rodeo. Herodes los teme, y ellos no temen á Herodes; hablan como si estuviesen en sus Estados, y tiembla Herodes como si fuese extranjero en su propio Reyno. De este modo cumplen con todas las obligaciones de su vocacion, y dejan á todos los Sacerdotes de Jesu-Christo el exemplo de una Mision Evangelica.

En fin, habiendo llegado al pesebre de Jesu Christo se elevan por la fé sobre los sentimientos de la razon, y de las apariencias humanas, reconociendo un Dios bajo el velo de nuestras enfermedades, y de nuestras flaquezas, y puede ser no necesitasen menos valor para no ser escandalizados de Jesu-Christo, que para no ser acobardados del poder de Herodes; todo parecia oponerse á su conocimiento; *invenierunt puerum.* ¡Qué cosa mas enferma que un niño! En el estado de la naturaleza solo sabe sufrir, y quejarse, y aun lleva sobre sí las impresiones de la nada, de donde acaba de salir. En el estado de lo Moral, todos los principios de la razon que nos elevan sobre el resto de las demás criaturas, están como ligados, y sin accion, y nada hay en él de racional, sino la esperanza de que lo llegará á ser: Aun en el mismo orden de la gracia, entra en este Mundo como un miserable, que viene á pagar la pena del primer pecado, y que es deudor á la justicia; y aun quando es reengendrado por la gracia, esta gracia que es un principio operativo, queda en él un principio ocioso, y estéril, porque halla un sujeto incapaz de reflexion, y por consiguiente de merito. Esta es la primera condicion del Salvador, este es el estado en que le hallan los Reyes. No

obstante, penetran ellos todas las obscuridades que le ocultan, descubren su sabiduría por medio de esta infancia muda; bajo la forma de siervo, perciben la grandeza, y el poder de Señor: ven bajo de aquellos pobres pañales con que se embuelve las insignias de un Rey Celestial; unos Philosophos adoran á un Niño, unos Reyes adoran á un Pobre, y su fé no solamente es animosa, sino perfecta, y entera, que es la tercera parte.

PUNTO TERCERO.

UNO de los efectos ordinarios de la grandeza, y de la sabiduría de Dios, es elevar á un grado sublime de perfeccion, y de virtud á los que ha elegido para ser los primeros sugetos, y como las primeras cabezas despues de él en su Religion. Como es su Providencia quien los destina, su gracia es quien los forma, y quien los conduce á sus designios; y asi como se sirve de ellos para dár á conocer sus verdades, y para anunciar su gloria entre los hombres, quiere que sirvan á los hombres para su instruccion, y para su exemplo: porque asi como en las Artes hay ciertos originales que son las obras consumadas de los siglos pasados, y los modelos de los que les siguen, asi tambien hay en el Christianismo hombres Evangelicos, á quienes parece haver suscitado Dios en su primitiva Iglesia para animarlos mas abundantemente de su espíritu, y para hacerlos modelos de una fé entera, y perfecta.

No ha havido otros, dice San Leon, que hayan sido mas favorecidos, y que hayan mostrado mas fé que estos Magos, que debemos mirar como nuestros padres, que nos han engendrado en Jesu Christo, y que nos han dejado como en una preciosa sucesion los exemplos de una conducta enteramente Christiana.

Fueron ellos ilustrados de los primeros rayos de la verdad, han sido los primeros que han sentido los primeros movimientos de la gracia de Jesu-Christo; recogieron

cerca de su cuna las primicias del Espiritu Evangelico; y asi han sido los primeros Predicadores del Evangelio, los primeros Prophetas de la Ley de Gracia, los primeros Evangelistas de Jesu-Christo, los primeros testigos de su nacimiento, y los primeros confesores de su nombre. Y asi nos han enseñado como es necesario portarse en las prosperidades, y en las tribulaciones, en los principios, y en los progresos de la penitencia, en la vida privada, y en los ministerios publicos de la Iglesia. Su fé se halla ilustrada en los Mysterios; reconocen la Divinidad de Jesu-Christo por el incienso que le ofrecen; reconocen su redencion por el precio del oro que le dán; muestran su incorruptibilidad, y su resurreccion por la mirra que le presentan. Su fé es fervorosa; consagranle en el oro la pureza de sus buenas obras, en el incienso el buen odor de sus oraciones, en la mirra la amargura de su penitencia. Su fé es liberal; no vienen solamente á doblar las rodillas delante de su pesebre; sino á colmarle, si es licito decirlo asi, de sus dones reales, y á un mismo tiempo mysteriosos. Su fé es humilde; entran como penitentes, y no como Reyes; postranse para pedir gracias; adoran á Jesu-Christo, y al mismo tiempo le imitan en su abatimiento, y en su humildad. No hablan sino por sus acciones; aqui está este oro, que servia á nuestras vanidades. Aqui está este incienso, y esta mirra, que havian servido á nuestras supersticiones. Y en fin, es perseverante su fé; bolvieronse por el camino estrecho, no quieren comercio alguno con Herodes. Van á reparar los malos exemplos que han dado; á hacer adorar á Jesu-Christo en donde havian adorado á los Idolos; á practicar la pobreza en donde han abusado de las riquezas, y á ahogar las maximas del siglo, bajo las Leyes, y maximas de Jesu-Christo.

Pero nosotros, Señores, nosotros dividimos muchas veces nuestra fé; tenemos una fé superficial de los Mysterios de Jesu-Christo; pero no una fé viva, y obradora en él, y por él. Hay una creencia de consentimiento, y una creencia de persuasion interior; la una sujeta nuestra razon á los Mysterios de la Religion; y la otra nuestra voluntad á la obe-

obediencia del Evangelio. La primera es una luz, que nos hace conocer la verdad. La segunda es una caridad derramada en el corazon, que nos hace cumplir nuestras obligaciones. Pero la mayor parte de los Christianos no tienen sino esta fé sin accion. Creen el nacimiento de Jesu-Christo, admiran los secretos de su Providencia en la disposicion de este Mysterio: adoran, si quereis, en su espiritu todas las virtudes, que el Hijo de Dios ha practicado; pero se forman de ellas objetos de su opinion, y no exemplos para su imitacion. Las menores dificultades los disgustan, los menores intereses los detienen. De buena gana iria Herodes con los Magos, pero esto seria reconocer á un Señor, esto seria exponer aquella autoridad que havia usurpado, costaríale su reposo, y acaso su Corona. Los Escribas, y los Phariseos quizá softendrian la verdad, pero temen desagradar al Tyrano que los consulta. Bien irian los Pueblos á Belen, pero quisieran ver al Mesías con un aparato mas magestuoso, y mas magnifico. Sigamos el exemplo de estos Reyes. Sacrifiquemos á Dios todo lo que le desagrada de nosotros. No miremos sino á Jesu-Christo, sigamos sus huellas. Vamos á humillarnos con él en su pesebre, para reynar con él en el Cielo, &c.

SERMON

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA

DE LOS NUEVOS CATHOLICOS

EN PARIS,

EL VIERNES PRIMERO

de Quaresma.

Diligite inimicos vestros, benefacite his, qui oderunt vos, & orate pro persequentibus, & calumniantibus vos.

Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen, y os calumnian. *En S. Matheo c. 6. v. 44.*



Si os exortasemos, Señores, de nuestra propia, y privada autoridad, ó sobre un simple fundamento de alguna tradicion humana, á sufrir sin murmurar, y sin quejaros, á vencer la malicia de otro por vuestra propia paciencia, á amar indiferentemente á los que os aborrecen, ó os aman, á pagar aun con vuestros beneficios la injuria, que os huvieren hecho, y á

tra-

tratar á vuestros enemigos por caridad, como tratariais á vuestros amigos por reconocimiento: sin duda nos diriais, y acaso no sin razon, que esto mas era autorizar la injusticia, que sufrirla; que es necesario contener la licencia por moderadas venganzas; que es natural reprimir las pasiones de otro por las suyas propias; que mas es pervertir la amistad, que conservarla, el contemplar á los que la desprecian; que un corazon debe ser la recompensa de otro corazon, y que la caridad no puede emplearse bien sino con los que la practican para con los otros. ¿Y como nos atreveriamos por nosotros mismos á anunciaros estas verdades en un tiempo en que la iniquidad se ha acrecentado, y la caridad se ha disminuído; en que por vanos razonamientos, y distinciones imaginarias, se ha procurado justificar la mayor parte de los enojos, y de las venganzas; y en que lejos de tener alguna atencion por sus enemigos, ni aun á sus amigos se perdona?

Pero hablamos con confianza, puesto que os hablamos con las palabras de Jesu-Christo. Y asi no deis oído á lo que la carne, y la sangre os revelan, á lo que el mundo os enseña, á lo que la naturaleza corrompida os aconseja, á lo que vuestra debil razon os inspira, á lo que una injusta costumbre os persuade, á lo que una ley imperfecta parece permitir: Jesu-Christo es quien habla: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos.* El nos enseña, no solamente la caridad, sino tambien la perfeccion de la caridad, amando aun á nuestros enemigos. Este es su gran precepto, no hay cosa mas noble que el Evangelio, y en el Evangelio no hay cosa mas noble que esta ley de dileccion; de lo que nosotros hacemos por ellos, hace él la medida de lo que debe hacer por nosotros; es su grande exemplo, puesto que nos ha amado, y reconciliado con su Padre por la efusion de su sangre, siendo pecadores, y enemigos; y en fin, es su grande obra, la qual obra en nuestro corazon, quando habita en él por la fè, como habla el Apostol; porque lo que nos manda por su palabra, lo executa en nosotros por su gracia; el mismo

Aa 2

es-

espíritu que nos manda, es el mismo que nos mueve, y nos persuade, puesto que el mismo amor, es el amor de Dios que le dá, y el amor del hombre que le recibe.

Espíritu Santo, Dios de paz, y de caridad, á Vos os toca gravar en nuestros corazones de carne esta ley de amor, y de gracia que habeis traído al mundo. A Vos, que debéis enseñarnos toda verdad, os toca el persuadirnos eficazmente una de las principales que Jesu-Christo nos ha enseñado. Vos solo podeis destruir dentro de nosotros el amor desordenado de nosotros mismos, para poner en su lugar vuestra caridad para con nuestros hermanos: ilustrad nuestros entendimientos, inflamad nuestras voluntades, que así os lo pedimos por la intercesion de María:

AVE MARIA.

NO hay cosa tan contraria á la ley, y á la justicia Evangelica, como los odios, las divisiones, y la discordia. El ministerio de Jesu-Christo es un ministerio de reconciliacion, y de paz para los Gentiles, y para los Judios, para los que se acercan á él, ó que se alejan: *Evangelizavit pacem vobis, qui prope, & iis qui longe*, dice el Apostol, (a) él mismo ha venido á ser nuestra paz, haciendo de muchos pueblos una Iglesia, y de muchos fieles un pueblo, y de todos los Fieles como un solo hombre nuevo: *Ipse enim est pax nostra... ut condat in unum novum hominem.* (b) Reuniendo de este modo todas las cosas bajo de un principio de caridad, y ahogando en sí mismo sobre la Cruz las enemistades entre Dios, y el pecador, entre el pecador, y el pecador mismo: *Interficiens inimicitias in semetipso.* (c) El nos ha mostrado, que un Cristiano debe ser un hombre dulce, y pacífico, que no sea enemigo de nadie, que ame aun á la persona misma de sus enemigos, y que haga morir en su corazon todas las se-

(a) Ad Ephes. 2. v. 17. (b) Ibid. v. 14. y 15.

(c) Ibid. v. 16.

millas de division, y de odio. Pero yo hallo que hay en la sociedad tres fuentes de discordia, y de odio; el humor, que cada uno sigue casi sin reflexion; porque todo se dá á su natural, y á su proprio sentido; todo el mundo se quiere uno acomodar á sí, en lugar de acomodarse uno mismo á los otros; de aqui provienen aquellas aversiones, que se toman por delicadeza, ó por capricho. La segunda es la pasion, que excitandose por la menor injuria que se recibe, ó que se cree haver recibido, incita á aborrecer, y á vengarse: de aqui provienen las quejas, y todas aquellas funestas consecuencias, que produce un resentimiento quando no se tiene aliento para reprimirle en su nacimiento. La tercera es el interés, que apegandonos á los bienes de este mundo, arma nuestra codicia para adquirirlos, ó defenderlos; de aqui provienen las disputas, los pleytos, las injusticias que se cometen, ó que no se pueden sufrir. Oy dia vengo á enseñaros, *que es necesario que la caridad destruya en vuestros corazones estos odios de humor, estos odios de pasion, y estos odios de interés; y ved aqui toda la division de este discurso.*

PUNTO PRIMERO.

Aunque no haya precepto mas recomendado en la Escritura, que la caridad, y el amor del proximo; aunque no le haya mas necesario, porque vá en él la salvacion de los particulares, y la quietud de la Iglesia misma; aunque no haya tampoco otro de mayor uso, porque las ocasiones de ejercerle son casi continuas; aunque no le haya mas razonable, porque es natural el amarse mutuamente, y sufrirse los unos á los otros; ni mas estenso, porque abraza generalmente á todos los hombres; con todo eso, es el precepto menos observado, y la caridad la mas perfecta de las virtudes, es la mas expuesta, y la mas fragil de todas, dice S. Bernardo. Ella depende de nuestros humores, y de nuestros caprichos; un ayre de espíritu un poco dife-

rente del nuestro, un grado de calor, ó de frialdad mas, ó menos en nuestro temperamento; unos modales un poco menos atentos, que no convienen á no se qué de política, de que uno se precia, son capaces de alterar nuestra imaginación, y resfriar nuestra caridad.

El mundo está compuesto de ciertas pequeñas contrariedades, que hacen que se desagraden los unos á los otros; la diferencia de costumbres, la desigualdad de inclinaciones, y de hábitos, el encuentro de intereses ocultos, ó conocidos, la diversidad de pensamientos, y de pareceres, y la mezcla de tantos espíritus poco acomodados, ó incompatibles, que son gravosos los unos á los otros, y que no concuerdan, ó por sus vicios, ó por sus virtudes, conservan muchas veces, si no se tiene cuidado, á lo menos la indiferencia, y la frialdad, y aun algunas veces secretas aversiones en el corazón. Se llega á juzgar mal de sus hermanos, porque se tiene buena opinión de sí mismo; no se les ama, porque se ven en ellos prendas que no se estiman; examínense sus defectos, y se oculta los suyos propios. De este modo se pasa la vida en sufrir, y en quejarse por nada los unos de los otros. Esta es la flaqueza de nuestra naturaleza. Dios en una esencia simplicísima, y una sola forma de divinidad, embuelve todas las esencias, todas las formas, y todas las perfecciones de las criaturas. Y así nada aborrece de lo que hace, nada desprecia, nada juzga indigno de su Providencia; y como lo es todo, lo ama todo: *Diligis enim omnia, quæ sunt, & nihil odisti eorum, quæ fecisti*, dice el Sabio; (a) pero nosotros, que estamos limitados á ciertas condiciones, y qualidades particulares, es imposible que no nos encontremos con otros objetos, que tienen naturalezas, ó qualidades contrarias á las nuestras, y de aquí proviene, que se ofendan, que se resistan, y que aun lleguen á perder la caridad los unos para con los otros.

Pues

(a) Sap. 11. v. 25.

Pues por qué, direis vosotros, ¿no somos igualmente inclinados á la equidad, y á la justicia? ¿De donde nace esta contrariedad de humores, que causa tantas impaciencias? ¿No era mejor haver formado sobre un mismo modelo los sentimientos, y las inclinaciones de los hombres? No, Señores, Dios lo ha permitido así, y los Santos Padres dan de esto tres razones diferentes. La primera es, para dar exercicio á muchas virtudes christianas; si nada huviese que estimar en nuestros hermanos, ¿en qué estaria nuestra humildad? Si nada huviese que excusar en ellos, ¿en qué estaria nuestra condescendencia? Si nada sufriesen, ¿en qué estaria nuestra compasion? Si nada tuviesemos que sufrir de ellos, ¿dónde estaria nuestra paciencia? Si todos los hombres fuesen perfectos, no contribuirían los unos á la salvación de los otros; si todos los hombres fuesen malos, no havria entre ellos, ni union, ni inteligencia: luego es para nuestra comun santificación el que Dios permita estas diferencias, á fin de que socorramos á los unos en sus flaquezas, imitemos á los otros en sus virtudes, y que si no somos bastante perfectos para sufrir nosotros mismos alguna cosa por Jesu-Christo, tengamos á lo menos el consuelo de sufrir alguna cosa de él en la persona de nuestros hermanos.

La segunda razon es, á fin de tener á los hombres en una especie de igualdad, que los impide el preferirse unos á otros, que les haga ver, que teniendo ellos mismos sus defectos, tienen necesidad de la misma gracia que se les pide, y que sufriendose mutuamente se haga como una justa compensacion de caridad, y de paciencia.

La tercera razon es, á fin de que nos sirvamos como de espejos los unos á los otros, y que en los defectos ajenos nos representemos los nuestros; de otro modo dice San Chrysoftomo, seriamos inexcusables, incorregibles, é injustos; inexcusables, si estando tan atentos, y tan ilustrados como lo estamos para descubrir lo que hay de defectuoso en la persona, y en las acciones de nuestros hermanos, carecemos de cuidado, y de luz para conocer, y ver en

sotros lo que aborrecemos, ò lo que despreciamos en ellos; incorregibles, si con el deseo natural que tenemos todos de ser alabados, y de ser queridos, no trabajamos en reformar en nosotros lo que conocemos muy bien, no ser ni loable, ni apreciable en los demás; injustos en fin, si censurando á nuestro proximo, pretendemos eximirnos de la censura, y si hallando razones para reusarle nuestra amistad, no creemos que hallará en nosotros motivo alguno para privarnos tambien de la suya.

Luego no es razon para eximirse de amar á su proximo el decir: Me enfada, no me gusta. No quiera Dios, dice Tertuliano, que la paciencia de un Christiano, que debe estar á prueba de las persecuciones, y de los martyrios, se rinda á estas pequeñas, y frivolas tentaciones, y que la caridad, que debe ser fuerte como la muerte, segun los terminos de la Escritura, ceda, y se apage por unos pequeños disgustos, y por unas pequeñas aficciones de la vida. Digo, pues, que hay una dulzura Christiana que debemos exercer sobre todos, sean, ó no sean de nuestro agrado. Digo Christiana, esto es, que venga de un corazon puro, y de una fé no fingida, como habla el Apostol: porque hay una moderacion mundana, y una circunspeccion politica, que se le asemeja. Hay sus razones para vivir bien con todo el mundo; manifiestase uno exteriormente por demonstraciones de una benevolencia exterior; gananse los animos por afectados officios, y por complacencias estudiadas mas, ó menos, segun lo mas, ó lo menos que se interesa uno en ello. Hay un arte de hacerse amigos á poca costa, de atraerse la atencion por la que se muestra tener por los otros, y de establecer tambien su reposo, no turbando el de los demás. Juzgase, que los bienes, que se hacen, no son perdidos, que estas amistades officiosas producen otras. Siembrase para coger. No es esta la caridad, que Dios manda, es la politica que el mundo aconseja á los que le siguen: esto es saber manejar al proximo, pero no es amar al proximo.

Amar, expresa el afecto del corazon. No basta hacer el bien, es necesario hacerle por un motivo interior, y una sin-

ce-

cera benevolencia. Aun quando yo huviese distribuido todos mis bienes á los pobres, si no tengo caridad, nada soy, dice el Apostol. Es necesario que sea el amor de Dios, quien disponga, é inflame el que tenemos por nuestros hermanos, y que sea el mismo amor quien nos una. A el que le parezca tener el uno sin el otro, es mentiroso, *hic mendax est.* (a) Los hombres naturalmente son inclinados á hacer estas distinciones de Dios, y del proximo. Unos ponen toda su devocion en hacer de quando en quando algunas limosnas, un poco de compuncion de corazon constituye todo el reposo de su conciencia, ya les parece estar llenos de Dios, quando un objeto de compasion les mueve: no conocen otro merito, que ser sensibles á las miserias, que la casualidad les hace conocer. No obstante, no honran á Dios, no tienen, ni respeto á sus Altares, ni veneracion á sus mysterios, ni sumision á su Fé, ni obediencia á sus preceptos. Toda su Religion está en su mano; y con tal que hayan hecho una accion aparente de caridad, se imaginan tener derecho á violar toda la justicia. Separan á Dios del proximo y no aman, ni al uno ni al otro.

Otros al contrario, separan al proximo de Dios; y este es el error, y la mentira ordinaria de la mayor parte de los Christianos. Nosotros pretendemos amar á Dios por orgullosos: que seamos; es necesario humillarse bien contra su voluntad, y á pesar suyo, delante de esta grandeza, y de esta Magestad Suprema. Por insensibles que seamos, somos tocados, mal que nos pese, de esta Soberana Bondad, cuyos efectos sentimos, y nuestra conciencia nos reprehenderia una tan abominable ingratitude. Nosotros gustamos de sacudir el yugo de su Ley: y librarnos de su servidumbre; pero él se sirve de nosotros mismos á pesar nuestro; y sujetandonos á las indispensables obligaciones que impone á sus criaturas, nos hace sentir bien nuestra sujecion, y dependencia. ¿Quién hay que no se crea obligado á servirle, y adórarle, y que no

Tom. 5. Bb se

(a) 1. Joan. 2. v. 4.

se imagine, que le ama, que le sirve, y que le adora? Pero por lo que toca al proximo, á quien no creemos estar nosotros obligados, le miramos, ò como inferior á nosotros por nuestro orgullo, ó como superior á nosotros por nuestra envidia, ò como fuera de nosotros por nuestra indiferencia, ò contra nosotros por nuestro odio. Nosotros hacemos de él el objeto de nuestros desprecios, la materia de nuestras murmuraciones, y la víctima de nuestro amor propio. Desengañémonos, Señores, aun quando exhalásemos nuestra alma en suspiros, en lagrimas, en votos, y en oraciones, aun quando nuestro corazón estuviese enternecido, movido, è inflamado, en vano nos lisongearíamos de amar á Dios, si no dejamos de aborrecer á nuestros hermanos.

Pero yo no le aborrezco, direis vosotros, aunque tampoco pueda amar sino á los que me aman. Y yo os podria responder con San Chrysostomo, que no tenéis sino una virtud de Pagano, que era necesario redoblar vuestra amistad para ganar al que os ha reusado la suya; que será mucho mayor honor haber obligado á amaros á un hombre, que no estaba dispuesto á hacerlo, que practicando de este modo el Evangelio atraeriais al que se retiraba; que si persiste en su frialdad, tendreis el merito de vuestra caridad, y de vuestra paciencia; y que en fin, que aquel que siendo amado os ama, os paga su amistad con la suya; pero que el que siendo amado, no os ama, deja á Dios el cuidado, y digamoslo así, la obligacion de recompensaros en lugar suyo. Tambien os podria decir con Jesu-Christo, que si no amais sino á vuestros amigos, vuestra amistad no es sino natural; que siendo sin esfuerzo alguno, será sin algun merito, y que siendo sin merito será sin recompensa. Pero paso mas adelante, y digo que si no amais á vuestros hermanos, los aborreceis; que no hay medio entre el amor, y el odio entre los Christianos, porque estando unidos en Jesu-Christo como miembros de un mismo cuerpo, están obligados á unos officios mutuos, y á una reciproca correspondencia. Pero es así que la indiferencia está opuesta á este afecto, y á estos socorros que son necesarios entre los Fieles; luego es una resistencia de las obli-

ga-

gaciones, y como una extincion de la caridad Christiana; y por consiguiente no es menos criminal que el odio, siendo como una porcion de la muerte espiritual, segun el Apostol: *Qui non diligit, manet in morte.* (a)

De aqui concluyo que la caridad debe ser sensible, y efectiva, que debe tener sus pasiones, y sus acciones, dice San Agustín, para ser sincera, y verdadera. En la desgracia, y en los sufrimientos de otro, tiene sus turbaciones, y sus inquietudes; en el peligro en que están los hombres de perecer perdiendo á Jesu-Christo, tiene sus temores, en la miseria en que caen los hombres separandose de Jesu-Christo, tiene sus melancolias, y sus tristezas; en la esperanza de adquirir almas á Jesu-Christo tiene sus deseos, y sus impaciencias; en la dicha de haverlas adquirido tiene sus alegrías, y sus complacencias; tambien tiene ella sus acciones: porque no solo consiste en palabras, sino en obras, en efectos, y en verdad; no corre sobre las pretensiones de otro, y no se apresura por las suyas propias; sufre de todos quanto es necesario, y jamás hace sufrir á nadie; regocijase en las prosperidades de otro, y se consuela en sus trabajos, ella lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo, prevée las necesidades, previene los deseos; y en fin, cumple con todas las obligaciones. Y es así, Señores, como amais á vuestro proximo? ¡Oh! ¿De qué especie de caridad me hablais vosotros? ¿Os hace sufrir alguna cosa de aquellos á quienes decís que amais? ¿Os hace pensar en ellos? ¿Os hace aficionar á lo que les conviene? ¿Qué amor es ese, que nada escusa, y que todo lo echa á mala parte, que condena en lugar de defender, que está tranquilo, quando se está en turbacion, y que aun sabiendo las necesidades, las deja sin socorro, y sin asistencia? ¿Qué amor es ese, que tiene todos los efectos de la indiferencia, y del odio? ¿A qué se reducen todas las conversaciones de oy dia? Sino á despedazar á este, á desacreditar á aquella. Ene-

Bb 2

mi-

migos, indiferentes, amigos, todo es igual; de suerte, que no se les podría distinguir en las pinturas que se hacen de ellos. La murmuración es un pecado que cada uno teme, y que cada uno ama; es el recreo de los que hablan, y el placer de los que escuchan: sin esta, la compañía se deshace, las conversaciones se acaban, el mundo ya no tiene gusto; con esta cada uno se alegra, cada uno se insinúa, cada uno se explica felizmente. Y así divertirse á costa de otro, recrearse con la reputación los unos de los otros, ya no es enemistad, ya no es venganza, sino ser de un espíritu alegre, de un buen humor; este es el comercio de todos los hombres. ¿A qué se reduce el estudio, y la aplicación que uno se toma en la sociedad del mundo, sino á dominar por su humor, á sobreponerse, y á ganar algún grado de superioridad los unos sobre los otros? Para esto gusta uno de hacerse amar, ó de hacerse temer por política; á todo el mundo se le dá consejos, y de nadie se quieren recibir: gustase del incienso á manos llenas, y aun no se echa algún grano sobre los que lo merecen, y quando apenas á nadie se respeta, se quisiera ser la amistad, y digamoslo así, el idolo de todo el mundo. De aquí provienen esas disputas, en donde se quiere, no instruirse, sino acreditarse, y en que se combate por la victoria, no por la verdad, ó por la justicia; de aquí aquella libertad que uno se toma de hacer de censor, y reformador, y tener siempre erigido un Tribunal para formar causa á las acciones, y aun las intenciones de los hombres: de aquí, aquella maligna alegría que se siente en descubrir los defectos ajenos, y en establecer su reputación, minorando la de los otros; como si uno ganase sobre ellos toda la estimación que se les hace perder: Vicios contrarios á la paz, y á la caridad Christiana, pero con todo eso comunes entre los Christianos.

Para remediar estos desordenes, y para mantener la paz, y la unión con los hombres con quienes vivimos, el Apóstol San Pedro nos dá una regla, que ella sola puede asegurar nuestro reposo, y el de los demás; merece que ha-

gais reflexión á ella: *In fraternitatis amore simplici, ex corde diligite attentius.* (a) Amaos con circunspección como hermanos, con una amistad sencilla; esto es, sed simples respecto de los defectos, y de los genios de los otros, y circunspectos tocante á los vuestros. El corazón sencillo, y franco no se resfria jamás, no se ofende ligeramente, no forma falsas sospechas, ni vanas ideas, no se introduce á sondear sin motivo el fondo de las acciones, ó de la conducta, no hace ni de delicado, ni de quisquilloso, quando no viene al caso; no atiende á ciertas pequeñas irregularidades, ni se pica de formalidades inútiles, y no exige ni obligaciones onerosas, ni complacencias forzadas; por esta indulgencia goza de su propia paz, y deja gozar á los demás de la suya; al contrario, es necesario ser circunspectos, y atentos á nuestra conducta; esta circunspección hace que vele cada uno en todas sus obligaciones, que se acomode á las obligaciones de los otros, que los prevenga en honor, y en afecto, que sea sensible á sus necesidades, que se les obligue con ardid, que se le haga valer á su mérito todo quanto vale, y que se tema siempre el ser menos dulce, menos contenido, y menos atento de lo que se debe ser; pero el amor propio invierte este orden, guardamos nosotros nuestra prudencia para examinar al próximo con rigor, y la simplicidad para permitirnoslo todo á nosotros mismos; nosotros queremos que nuestros hermanos sean nuestros amigos, y queremos ser los tyranos de nuestros hermanos; cada uno quiere amar á su próximo comodamente, y él quiere ser amado de todos modos; cercenase uno sus obligaciones, y estingue las de los demás; exigense respetos, y deferencias que no se tienen intención de hacer; todo se quiere reducir á su humor, facilmente se perdona uno todos sus defectos de sociedad, y se sienten todos los que tienen los otros; de aquí provienen los despechos, y venganzas, los zelos, las asperezas, y los odios entre los hombres, por la diferencia de humores; veamos

(a) 1. Petri. v. 22. (b) 1. Cor. xiii. 4. (c)

mos como la caridad debe arreglar los que provienen del resentimiento de las injurias, para el perdon de los enemigos.

PUNTO SEGUNDO.

EL precepto de amar à los enemigos, y perdonar las injurias, es propriamente una disposicion de la Ley nueva, y el precepto de Jesu-Christo: *Hoc est preceptum meum.* (a) La prudencia de la carne se ofende de ello, oponese toda la fuerza de la naturaleza, todos los movimientos de un corazon humano se hallan combatidos, y para establecer una ley semejante, no era necesario menos que un Legislador como el que la dió, que la hizo justa por su autoridad, posible por su gracia, santa, y necesaria por su exemplo. Los Philosophos ya havian conservado su reposo, y su tranquilidad en las injurias; pero despreciaban mas à los que les havian ofendido, que à las ofensas que les havia hecho; eran moderados por fiereza, dice San Agustín, buscaban su propia gloria en los sufrimientos, y la paciencia sin humildad es una virtud falsa, é inutil.

Moysés havia reprimido la venganza, condenando à cada uno à sufrir la misma pena que havia hecho sufrir à los otros: *Oculum pro oculo, dentem pro dente.* (b) Pero esta justicia podia llamarse la justicia de los injustos, segun San Agustín; esto era moderar la colera, pero no era apagarla; era quitar el exceso de la venganza, pero era dejar el deseo de ella; y así, aunque fuese justo castigar al ofensor, añade este Padre, aunque el ofendido solicitase él mismo este castigo, aunque le desease, aunque se alegrase de ello, estaba reservado à Jesu-Christo el traer al Mundo este ultimo grado de caridad para perfeccionar esta ley, que convenia à un pueblo imperfecto, y grosero, qual era el Pueblo Judaico, por un Evangelio de paz que convino à un pue-

(a) Joann. 13. v. 34. (b) Exod. 21. v. 24.

pueblo santo, y escogido qual debía ser el Pueblo Christiano.

Este es el motivo porque le llama él mismo un Mandamiento nuevo: *Mandatum novum do vobis.* (a) Nuevo en quanto al exemplo, que dió él mismo; ya se han visto esclavos morir por sus amos, pero no amos por sus esclavos. Nuevo en quanto al principio, porque el Evangelio ha comunicado en abundancia el espíritu de dileccion, y de caridad, que la ley no proveía, y que la promesa de gracia no daba en el Antiguo Testamento, sino con corta medida. Nuevo en quanto al motivo, porque la Ley obligaba al amor de Dios, y del proximo por los terrores de la indignacion, y de las maldiciones de Dios, ó por las promesas de las bendiciones temporales; quando el Evangelio nos mueve à ello por el amor que Jesu-Christo nos ha tenido, por la adopcion, que nos ha adquirido, y por la felicidad eterna, que nos ha destinado. Nuevo en fin, porque es un precepto que es necesario renovar todos los dias en nuestros corazones, para que las codicias, y deseos que se apegan à él, no se hagan los Señores, y se deje envejecer por un peligroso descuido un cierto habito de odio casi insensible, y un retiro secreto, que se renueve todas las veces que se vea, ó que oyga hablar de aquellos de quienes se cree no tener motivo de estár satisfecho.

Pues si esta es la ley del Evangelio, se puede decir que esta ha sido una de las principales pruebas del Evangelio; y que si Jesu-Christo ha establecido esta perfecta caridad, esta caridad bien observada, no ha servido de poco para establecer la Fé, y la Religion de Jesu-Christo, habiendo sido la paciencia de los Martyres, dice San Agustín, como el fundamento de la grandeza, y de la gloria de la Iglesia. Su dulzura se acomodaba con su valor, no resistian, ni se rendian, tenian un corazon capaz de sufrir, y de perdonar; humildes, y generosos à un mismo tiempo, no perdian ni la caridad por sus Tyranos, ni la paciencia en sus suplicios; los

(a) Joan. 13. v. 34.

los Paganos estaban admirados de esto; veían à estos hombres que no tenían ninguna de las costumbres, ni de las inclinaciones de los demás hombres, que miraban à la pobreza, como à las riquezas, que sufrían, y que se regocijaban en sus sufrimientos, que eran aborrecidos, y que amaban, que sus palabras no les havian movido, havian dudado de la verdad de sus milagros, pero su paciencia los desarmaba; entonces fue quando reconocieron que aquella caridad que no cedía à los odios obstinados, no podia ser obra de la naturaleza, que para semejantes acciones era necesario que huviese en el hombre otro espíritu muy diferente que el del hombre, que semejantes virtudes no podían salir de la doctrina de sus Sabios, creyeron en el poder invisible de Jesu-Christo que los sostenía: no pudieron continuar en aborrecer à los que no podían cansarse en amarlos, los admiraron, los amaron, y los imitaron; si huviesen sufrido sin amar, sus sufrimientos huvieran sido inútiles, si huviesen amado sin sufrir, su caridad huviera sido sospechosa, ó à lo menos comun; ¿pero quién hay que pueda resistir por tanto tiempo à la paciencia, y à la caridad unidas à un mismo tiempo? Hay cosas en el Evangelio, que agradan aun à los mismos enemigos del Evangelio, que mueven aun à las almas mas apasionadas; porque ¿quién hay que no ame à unas gentes que le aman, y que se le rinden?

De donde concluyo, Señores, que en la necesidad en que nos hallamos de contribuir à la salvacion los unos de los otros, debemos santificarnos à nosotros mismos por el amor de nuestros enemigos, y ganar à nuestros enemigos por nuestra dulzura, y por nuestra paciencia. ¿Pero no es esto invertir el orden de las Leyes, y de la justicia? ¿No es esto dar lugar à las opresiones, y à los insultos de los malos? ¿No es mantener el vicio por la impunidad, y de este modo introducir la confusion en la sociedad, y en el comercio de los hombres? No, dice San Agustin, no hay cosa mas util para el publico, y para los particulares, como estár dispuesto à sufrir quanto conviene à la salvacion de los particulares, que nos hacen sufrir. ¿No es este el medio de vencer la

ma-

malicia por la bondad, de persuadir el desprecio de la gloria, y de los sufrimientos del Mundo, por hacerse digno de las recompensas de la otra vida? ¿No es desarmar la crueldad por la paciencia, y vencer al Mundo con Jesu-Christo? ¿El que ofende no es bastante castigado por el mal que hace? Porque si es necesario, que sea castigado, la caridad es, y no la venganza, la que debe encargarse de castigarlo. Un castigo exemplar, decia en otro tiempo San Gregorio Nacianceno, puede ser util, pero una caridad exemplar lo será siempre mas, el castigo contendrá à los malos, pero la paciencia los hará buenos; perdonando à los otros alcanzaremos el perdón para nosotros mismos; Phinees, y Moysés han sido alabados por haver castigado à los malos; pero mucho mas lo han sido por haver hecho el oficio de mediadores en favor de los delinquentes; el mismo Dios ha perdonado à sus enemigos, y Jesu-Christo nos obliga en el Evangelio à perdonar hasta siete veces.

Pero entrémos à declarar por menor este precepto. Jamás se ha explicado mas claramente Jesu-Christo: Diríase que havia tenido por objeto prevenir todas las astucias del corazón humano, todos los rodeos del amor proprio, todas las interpretaciones que una verdad corrompida podia dar à su palabra. Preparalos à escucharle por aquella autoridad del todo Divina de Legislador, y de Maestro, de la qual se vale quando quiere pronunciar, ó sus leyes, ó sus juicios, y sujetar la razon, y las mismas pasiones de los hombres à su voluntad, y à su servicio: *Ego autem dico vobis*. Yo soy quien os lo mando; él sabe el yugo que nos impone, y sin restricción, sin lenitivo, sin excepcion, nos manda vencer nuestros resentimientos, y amar à nuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros*. Aunque el amor lo comprehenda todo, Dios sabe que se disfraza, que se adula, y que se dá el nombre de amistad à crueles indiferencias, que se alimentan de la sombra, y de la imagen de una caridad superficial, é infructuosa, y asi añade: Haced bien, *benefacite*. Parece que es bastante haver dicho, haced bien, y que hacer bien comprehende todos los bienes juntos; pero

Tom. 5.

Cc

quie-

quiere explicar sus intenciones; pretende que emprendamos nosotros ganar à nuestros enemigos, pidiendo por nosotros, y por ellos, y que nuestras oraciones sean tan fervorosas como deben ser sinceros los efectos de nuestro amor, y los sentimientos de nuestro corazón: *Orate pro persequentibus*. Pero como los hombres de ordinario son interesados, y como en ocasiones difíciles es necesario softenerlos por grandes esperanzas, les promete, que llegarán à ser los hijos de su adopción, y los herederos de su Reyno; *Ut sitis filii Patris vestri*. Hace de la misericordia del hombre una condición por la suya, y una medida misma por la suya: *Dimitte, & dimittetur*: Despues de esto, buscad salidas, pretextos de justicia, de honor, de razón, y de defensa; aumentad el daño, que se os hace, justificad el que haveis hecho, formaos una conciencia, que se compadezca en vuestras pasiones, buscad directores que se acomoden à ella, vosotros hallareis en vosotros mismos con que engañaros, pero no hallareis con que escusaros en el Evangelio.

Es necesario, pues, que ameis à vuestros enemigos, este mandamiento se dirige à todos, aunque la mayor parte de los hombres se crean esentos de él, à menos de no hacerse una guerra declarada, y escandalizar al publico por ruidosas enemistades; porque facilmente se persuade uno à que nadie es enemigo, con tal que se puedan salvar las apariencias exteriores, libremente se satisface à las interiores, por nada se tienen esos odios que pueden ocultarse en los senos de su conciencia; asegúrase uno contra la malicia de los resentimientos interiores, que no puede disimularse aun à sí mismo por obligaciones exteriores que se muestran friamente à los que se aborrecen, y à los que se desprecian; mas se gusta de imaginarse, que no se tienen enemigos, que confesar ser enemigo de alguno, y para no tener el trabajo de perdonar à otro, se juzga es mas breve el perdonarse à sí mismo; no hay persona, que no se halle culpable delante de Dios, de haver rompido la caridad, ó de haverla hecho romper à sus hermanos; ya se acabó aquel dichoso tiempo en que los Christianos no tenían entre sí sino un corazón, y una

una alma; no hay vida que no tenga sus turbaciones, y sus trastornos, corazón que no haya sido herido por algun dardo, pocos beneficios, y amistades, que no hayan producido ingratos, é infieles, y casi no hay hombres, que no tengan que hacer à Dios un sacrificio de alguna secreta venganza, y que no deban esforzarse para amar à algun enemigo; digo, amarle con un amor efectivo, que tema por ellos los peligros, à que se exponen, que esperemos por ellos la gracia, que Dios les puede hacer como à nosotros, porque su brazo no se ha encogido, ni nosotros hemos agotado sus divinas misericordias; es necesario entristecerse de la ceguedad en que se hallan, alegrarse de todos los bienes, que les suceden, y de todo aquello que tiene la menor conexión con su salvación; de otro modo no los amais en efecto.

Pero aun no basta esto, es necesario hacerles bien en sus necesidades, y sus urgencias: *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum*, dice el Apostol. (a) Primeramente, porque siendo la imagen de Dios, que es nuestro bienhechor, debeis reconocer sus gracias en la persona de vuestro enemigo mismo, y porque no podriais mostrar el respeto, y el reconocimiento que teneis por esta bondad soberana con mayor pureza que sobre unos sugetos que en nada han contribuido para merecerla. Lo segundo, para imitar à esta Bondad Soberana de Dios, que hace que salga su Sol sobre buenos, y sobre malos, y que hace llover sobre justos, y sobre injustos: lo que nos obliga à estender nuestras obligaciones igualmente sobre aquellos, de quienes tenemos motivo para alabarnos, y sobre los que tenemos motivo de quejarnos. Lo tercero, para ganarlos por esta caridad abundante, suavizandolos por nuestros cuidados, y nuestros beneficios, inspirandoles por nosotros la misma bondad, que tenemos para con ellos, y obligandolos por los bienes, que les hacemos, à arrepentirse del mal, que nos hacen, ó que tienen animo de hacernos.

Cc 2

Pe-

(a) Rom. 12. v. 20.

¿Pero estoy yo acaso instruido de sus necesidades, decís vosotros, qué tenemos que ver nosotros con ellos? ¿Qué comercio tenemos juntos? Pero ay de mí! ¿No es eso ya una desgracia bastante grande para vosotros, el tener esa frialdad, y esa indiferencia, y no querer tener nada de comun con unos hombres reengendrados por la misma gracia que vosotros, rescatados al mismo precio que vosotros, destinados á la misma gloria que vosotros, y haciendo por esto un mismo cuerpo, y un mismo espíritu en Jesu-Christo con vosotros? ¿Pero esta ignorancia afectada de sus necesidades, no os justificará algun día delante del Tribunal del Soberano Juez. Porque si estais tan instruidos de todo lo restante de sus negocios, ¿por qué no sabéis lo que les falta, y lo que podeis hacer por ellos? Si la malicia os abre los ojos para discernir todos sus defectos, ¿por qué no debiera la caridad abriroslos para haceros observar sus virtudes? ¿Vosotros sabéis todo el mal que hacen? ¿De donde nace que no sepais el mal que sufren? Vosotros sois los primeros que estais advertidos de sus desgracias para triunfar de ellos, y sois los ultimos que estais informados de sus necesidades para remediarlas. Por qué ha de ser preciso que no haya una de sus imperfecciones que se os escape, y que todas sus necesidades os sean desconocidas? Vosotros las conoceis demasiado, ó las conoceis muy poco, y lo uno, y lo otro proviene del defecto de vuestra caridad.

Pero aun es necesario orar por ellos, *Orate por persecuentibus*, porque siendo el amor de los enemigos una de las mas difíciles practicas de la Religion de Jesu-Christo no podemos ser capaces de ella sino por su espíritu. Pero como estemos obligados á amarlos sin cesar, estamos tambien obligados á orar sin cesar, y decir como Samuel por un pueblo que acababa de quitarle el gobierno, que el mismo Dios le havia dado: *Absit à me hoc peccatum, ut cessem pro vobis orare ad Dominum* (a) Lo que se debe entender, no de aquellas oraciones rezadas sin afecto, y sin ternura, sino de

(a) 1. Reg. 12. v. 23.

de una efusion de corazon que se hace delante de Dios, y que ha sido precedida por las obligaciones, y por los beneficios del amor que ha producido esta oracion.

Ve aqui, Señores, á que os obliga este precepto de Jesu-Christo, ¿y qué excusa hallareis vosotros para salvar vuestros resentimientos, y vuestras venganzas? ¿Direis acaso, que no erais vosotros los primeros que le havian ofendido? ¿Y por qué haviais de aumentar vosotros un mal que otro havia hecho ya? Segun el mundo, este es un alivio de vuestro dolor, dice Tertuliano; pero según Dios, es una doble malicia. ¿Qué diferencia hay entre vuestros pecados, sino que ha havido algun intervalo de tiempo entre el uno, y el otro, y que ha hecho antes que vosotros el mal que vosotros haveis hecho despues? ¿Direis acaso que no haveis excedido en vuestra venganza, y no sabéis que en las reglas del Evangelio toda venganza es excesiva? ¿Qué sacrificio hareis á Dios, si no le sacrificais vuestros resentimientos? ¿No es justo para conocer el merito de la paciencia que le ofrecéis, y no es bastante poderoso para satisfaceros? Puede ser que digais que vosotros no haveis hecho nada que no sea por un zelo de justicia; ¿pero qué derecho teneis vosotros de subir sobre el tribunal, y de decidir sobre lo que os toca? ¿Estais tan desprendidos de todo interés, y de todo amor proprio, que guardéis la moderacion que conviene en vuestra propria causa? ¿Seriais tan zelosos por la justicia sobre asuntos en que no tuvieseis parte alguna? ¿Direis en fin, que este Mandamiento es difícil? Yo lo confieso, pero tambien la recompensa que promete es grande: *Dura jussit, sed magna promisit*, dice San Agustin, ser hijos del Padre celestial, ser herederos de su Reyno, y coherederos del mismo Jesu-Christo. Ve aqui aquella caridad que apaga los resentimientos. Veamos en pocas palabras quales son los odios de interés que debe vencer.

PUNTO TERCERO.

UNA de las principales condiciones que el Apostol dá á la caridad, es, que no busque sus intereses: *Non quarit, que sua sunt*, (a) y uno de los principales desordenes que produce el interés, es hacer perder la caridad. No hay cosa mas fuerte en el corazon del hombre que la codicia de los bienes del mundo; el rico halla con que proveer sus pasiones, el pobre con que aliviar sus necesidades. El uno los mira como utiles á sus placeres, el otro como necesarios á su conservacion; y así teniendo en un estado diferente casi los mismos deseos, el uno de mantenerse en su vanidad, el otro de salir de su indigencia, nada se les hace mas sensible que perder lo que poseen, nada mas dulce que adquirir lo que no poseen. De aqui proviene que nada hay tan dificil como reparar la ofensa que hacemos á los otros, haciendoles perder sus bienes, y nada hay tan dificil, como perdonar á los otros la que nos hacen reteniendonos los nuestros: esta es la raíz principal de las enemistades, y de las venganzas, y los mayores peligros á que todos los dias se halla expuesta la caridad.

Pero yo digo que en estas ocasiones debe un Christiano acordarse, que le importa mas salvar su alma, que conservar sus bienes, que hay intereses que manejar mas considerables que los temporales, que debe adquirir el Reyno de los Cielos por la pérdida misma de su vida, y que la caridad es aquella perla Evangelica, que es necesario venderlo todo para adquirirla, y perderlo todo para conservarla.

¿Pues será preciso, direis vosotros, que la inocencia sirva de presa á la malicia de los pecadores? Jesu-Christo lo ha predicho así en su Evangelio. Es necesario dejarle la tunica al que nos quite la capa. Estos son sus propios terminos: ¿Luego

(a) 1. Ad Cor. 13. v. 5.

no es necesario resistir al hombre injusto? El lo prohibe expresamente, ved hasta donde llega la dulzura Christiana, y quan distante estais de la perfeccion de vuestro estado.

No obstante, el dia de oy, por un derecho incierto, por una pretension dudosa, se turba, se asusta, se cita delante de los tribunales, se cansa la paciencia de los Jueces por obstinados procedimientos, se cubre la verdad con astucias artificiosas, se pasa del examen de la causa á la ruina de las personas; se quejan, se aborrecen, se vengán, se acusan, enciendense todas sus pasiones, las mas veces por un pequeño interés, y se ofende mil veces la justicia, haciendo semblante de pedirla. ¿Por qué no sufris antes que se os haga daño, dice el Apostol? ¿Por qué no sufris antes que se os quite lo que os pertenece? Yo bien sé que la necesidad obliga algunas veces á recurrir á los Jueces que Dios ha establecido para mantener la paz entre los hombres, y para dar á cada uno lo que es suyo. Yo bien sé que la Justicia es como un dique que Dios ha opuesto á la insolencia de los Grandes, y de los Ricos del siglo, que oprimen á los pobres, y á los debiles, que es permitido defender por via justa los bienes, que se nos hurtan injustamente, y que hay tambien algunas veces una especie de caridad en reprimir las codicias, y de no permitirselo todo á la injusticia. Pero tambien sé que de aqui nacen mil pasiones, las falsas sospechas, las palabras injuriosas, las feas calumnias, las injurias atroces, y las enemistades irreconciliables: Sounded vosotros mismos vuestras conciencias, si podeis evitar estos escollos, implorad la justicia si es necesario contra vuestros hermanos, pero mantener la paz con ellos, pedir vuestra hacienda, si quereis, pero perderla antes que perder la caridad.

De este mismo principio de interés es de donde nace la injusticia de la mayor parte de los ricos del siglo en exigir lo que se les debe con rigor, y en no pagar lo que deben, sino quando se les antoja. ¿Con qué exactitud no oprimen á sus deudores ellos, que se alimentan de la sustancia de la tierra, y que recogen el fruto de los trabajos, y de las penas de los demás hombres? Con qué dureza no hacen aguardar el

208 SERMON PARA EL PRIMER VIERNES

salario á esos miserables artesanos , á quienes la Providencia de Dios no ha dado sino su industria por unico patrimonio , que viven del trabajo de sus manos , y que cumplen á la letra la pena del primer pecado , ganando su pan con el sudor de su rostro. La caridad desinteresada , no causa turbacion á nadie , y no tiene esas ansias por los bienes perecederos de este mundo.

Pero antes de acabar este discurso quiero dejaros dos exemplos de este desinterès en la persona de dos hombres de la mas caritativa , de la mas pacifica , y de la mas santa familia , que la Escritura Santa nos ha representado; de Tobias el padre , y de su Hijo. Este buen viejo estando ya para dar los ultimos suspiros , cargado del merito de sus buenas obras , levantando ya su mano tremula para echar la bendicion á su hijo , le daba sus ultimos consejos , en que le dejaba como un testamento de piedad , y como su mas preciosa herencia. Yo muero feliz , hijo mio , si te dejo el temor de Dios ; honra á tu Madre como la naturaleza , y la Religion te lo mandan ; ten siempre á Dios en tu pensamiento , y delante de tus ojos ; haz limosna de tus bienes á medida , y á proporcion de lo que tuvieres , y no deseches jamàs á ningun pobre. Paga pronta , y largamente el salario de los que trabajasen para ti. Bendice á Dios en todo tiempo , y pidele que sea tu consejo , y tu guia. Despues de todos estos avisos , le dice ; exija diez talentos de plata que havia prestado mucho tiempo havia á uno de sus parientes. Exemplo raro , dice San Ambrosio , los demàs hombres aguardan á la muerte á pagar sus deudas , y ordinariamente hacen estas reflexiones : Bastante tiempo havrà siempre de pensar en mis obligaciones , nada perderán mis acreedores , yo dejaré á mis herederos con qué satisfacerles de las reliquias de mis tierras , y de los bienes de que yo huviere gozado durante mi vida ; al contrario , no piensan sino en recobrar todo lo que se les debe durante su vida , y este aguarda á los ultimos á pedir lo que le deben mas para su heredero , que para sí mismo.

No es menos admirable el exemplo del Hijo , pues responde con sumision á todos los consejos de su Padre

Om-

SERMON DE QUARESMA. 209

Omnia quecumque præcepisti mihi , faciam , Pater ; (a) pero quando le manda cobrar sus deudas , no lo asegura: *Quomodo pecuniam hanc requiram , ignoro.* (b) Este es el unico consejo que le embaraza ; Otro huviera hallado excusas para todo lo demás ; sed obediente , y él huviera respondido , ya estoy en edad de conducirme , y de gobernarme á mí mismo. Sé liberal para con los pobres ; apenas basta mi hacienda para mi gasto. Sé humilde ; ¿pues qué no es necesario seguir las leyes del mundo ? Sé paciente , y otro huviera dicho , es necesario tratar á nuestros enemigos como merecen : Cobra tus deudas , lo haré de muy buena gana. Pero á este es necesario asegurarle , que los debe un hombre de bien , y de conciencia : es necesario mostrarle la Escritura firmada de la mano del deudor ; y aun con todo eso teme turbar el reposo de este hombre. Trabajemos , hermanos míos , en formarnos sobre estos grandes modelos , que el Espiritu Santo nos presenta en los Santos Libros , para ser la regla de nuestra vida ; quitemos de nuestros corazones el apego á los bienes temporales , y al mismo tiempo cortaremos la causa de una infinidad de devisiones , y de querellas. ¿De donde provenia aquel espíritu de concordia que no hacia de los primeros Christianos sino un corazon , y una alma , sino es de aquel espíritu de desprendimiento que solo hacia de todos sus bienes una sola herencia ? Vivian sin ansia , porque vivian sin codicia. ¡ Ah ! Si la caridad de Jesu-Christo reynase en nosotros , ella derramaria en nuestras almas una uncion , una dulzura , y una paz , que desterraria todas esas asperezas de temperamento , todas esas tristezas de capricho , todos esos odios de humor , de pasion , y de interès , que nos turban. Estas antipatias , y estas aversiones secretas serian vencidas por el amor divino , y sobrenatural del proximo , que nos haria mirar en nuestros hermanos los miembros de Jesu-Christo , los hijos de Dios , y las sagradas facciones de su imagen , á la qual

Tom. 5.

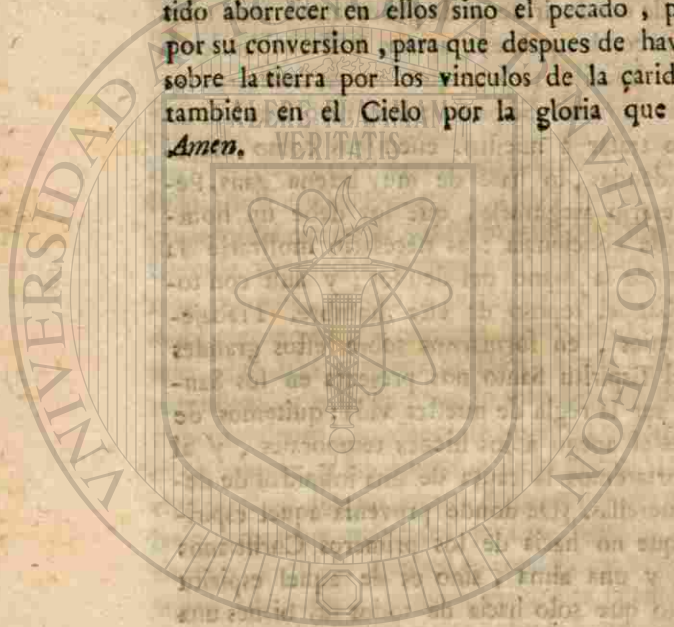
Dd

han

(a) Tob. 5. v. 1.

(b) Ibid. v. 2.

han sido formados como nosotros. No hay otros, dice San Agustín, que los demonios, que siendo los enemigos irreconciliables de Dios, sin esperanza de volver à su amistad, deban ser los nuestros; pero como los mayores pecadores pueden llegar à ser penitentes, y Santos, no nos es permitido aborrecer en ellos sino el pecado, pidiendo à Dios por su conversion, para que despues de haver sido unidos, sobre la tierra por los vinculos de la caridad, lo estemos tambien en el Cielo por la gloria que yo os deseo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON DE LA CORRECCION FRATERNA.

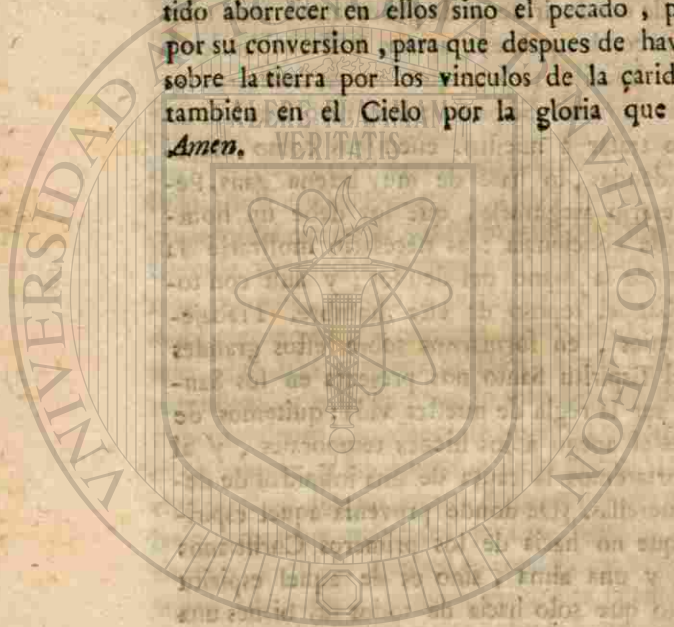
Si autem peccaverit in te frater tuus, vade, & corripe eum inter te, & ipsum solum.

Si pecare contra tí tu hermano, vé y reprehendele entre tí, y él solo. *San Matheo cap. 18. v. 15.*



COMO toda la Ley está comprendida en los dos preceptos del amor de Dios, y del Proximo, las obligaciones que miran à la observancia del uno, no son menos indispensables que aquellas de que depende el cumplimiento del otro. Se puede decir que estos dos preceptos tienen una union necesaria, que los hace indispensables, ó por mejor decir, que de los dos solo se hace uno: porque ¿cómo haveis de amar verdaderamente à Dios, que no veis, dice el Apostol, si no amais à vuestro hermano que veis? Y quando ofendeis à la imagen de Dios en vuestro proximo; ¿cómo podeis agradar à Dios que ha gravado esta imagen en vuestro hermano? Por eso San Juan, el Discipulo querido, à quien se le puede llamar el Apostol, y el Doctor por excelencia, repetia sin cesar esta leccion compendiosa del Christianismo: *Filios*

han sido formados como nosotros. No hay otros, dice San Agustín, que los demonios, que siendo los enemigos irreconciliables de Dios, sin esperanza de volver à su amistad, deban ser los nuestros; pero como los mayores pecadores pueden llegar à ser penitentes, y Santos, no nos es permitido aborrecer en ellos sino el pecado, pidiendo à Dios por su conversion, para que despues de haver sido unidos, sobre la tierra por los vinculos de la caridad, lo estemos tambien en el Cielo por la gloria que yo os deseo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON DE LA CORRECCION FRATERNA.

Si autem peccaverit in te frater tuus, vade, & corripe eum inter te, & ipsum solum.

Si pecare contra tí tu hermano, vé y reprehendele entre tí, y él solo. *San Mattheo cap. 18. v. 15.*



COMO toda la Ley está comprendida en los dos preceptos del amor de Dios, y del Proximo, las obligaciones que miran à la observancia del uno, no son menos indispensables que aquellas de que depende el cumplimiento del otro. Se puede decir que estos dos preceptos tienen una union necesaria, que los hace indispensables, ó por mejor decir, que de los dos solo se hace uno: porque ¿cómo haveis de amar verdaderamente à Dios, que no veis, dice el Apostol, si no amais à vuestro hermano que veis? Y quando ofendeis à la imagen de Dios en vuestro proximo; ¿cómo podeis agradar à Dios que ha gravado esta imagen en vuestro hermano? Por eso San Juan, el Discipulo querido, à quien se le puede llamar el Apostol, y el Doctor por excelencia, repetia sin cesar esta leccion compendiosa del Christianismo: *Filios*

li, diligite invicem. Hermanos míos, queridos, amaos los unos á los otros, no recomendandoles sino este punto de la Ley, porque todo se ha hecho quando se observa; en esto debemos reconocer la bondad infinita de nuestro Dios, que por asegurar, en quanto está de su parte, la salvacion, de todos los hombres, manda á cada particular velar en la salvacion de su hermano, que no es menos zeloso de los derechos de su Divinidad para obligarnos á darle lo que le debemos, que atento para hacernos dar lo que debemos á nuestro proximo, y que en la obediencia rigurosa que exige de nosotros sobre este artículo de la Ley, no es severo sino por un motivo de misericordia. Pero entre las numerosas obligaciones contenidas en este precepto general del amor del proximo, y que salen, dice San Agustín, como otros tantos renuevos de su raíz, la correccion fraterna es sin duda una de las mas importantes.

No obstante, se puede decir, que es poco mas desconocida, y mas despreciada. Estamos rodeados de transgresores de la Ley, y los mas sabios se contentan con gemir, sin pensar en corregirlos; bien distantes de aquel Profeta á quien su zelo hacia consumirse, y desfallecer á vista de los pecadores, y quien para servirme de sus palabras, los exterminaba todas las mañanas en los movimientos de una santa indignacion: Nuestra indolencia parece aflojar el freno á la licencia de los impios; nosotros vivimos en medio de los escandalos de la luxuria, del fraude, de la perfidia, de la doblez, de la maledicencia, y de la ambicion; mil caen á nuestros lados, y diez mil á nuestra derecha, y no pensamos en levantarlos de su caída; nosotros somos insensibles en medio de tantos desordenes; Y si cada uno alargase una mano caritativa á su hermano mediante una sabia correccion, el mundo se reformaria: nosotros dejamos un libre curso á este torrente de iniquidad, que cubre la faz de la tierra, y nos dejamos arrastrar de él nosotros mismos, en lugar de oponernos á su violencia.

Porque si se hallan algunos Christianos mas ilustrados, y mas atentos, que otros sobre esta obligacion, satisfacen de

un

un modo que los hace mas culpables, que si enteramente descuidasen de ella; tocan las llagas del proximo con tan poca precaucion, que las irritan en lugar de sanarlas, y aun algunas veces las hacen incurables, queriendo aplicar el remedio; mezclan la indiscrecion, el humor, la melancolia, la amargura, la altivez, y la reprehension, en donde es necesario el gemido, la dulzura, la humildad, y la prudencia; es el hombre, y no el Christiano, quien corrige, y quien reprehende; de suerte que la caridad, á quien acompañan todas las virtudes, se halla desterrada de una obligacion, de quien debe ser el alma, y el motivo.

Mi fin, pues, en este discurso, es instruir á los Christianos que descuidan de cumplir con la ley de la correccion fraterna, y á los que la cumplen imperfectamente, ó por mejor decir, que la quebrantan creyendo cumplirla; disipar la ignorancia de los unos, y arreglar la mala conducta de los otros; en una palabra, haceros ver que la correccion fraterna es un oficio de una obligacion indispensable; y haceros notar despues las condiciones de que debe estar acompañada, despues de haver implorado la asistancia del Es piritu Santo, por la intercesion de Maria:

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

NO hay precepto mas expresamente señalado, ni mas recomendado en la Escritura, que el de corregirse los unos á los otros. No lo hay mas necesario, porque va en él la salvacion de las almas. No lo hay de mayor uso, porque las ocasiones son casi continuas; no lo hay mas justo, porque es natural ayudarse mutuamente unos á otros; no lo hay mas dilatado, porque la materia de reprehender es tan basta como la licencia de pecar. No obstante, este es el precepto menos practicado: Unos, dice San Agustín, no quieren tomarse el trabajo; otros temen hacerse enemigos; estos no tienen la seguridad de resistir cara á cara á los

los

los pecadores; aquellos no se atreven á ofenderlos, temiendo no los dañen en algunos bienes temporales, que su codicia quiere todavia adquirir, ó que su cobardia tiene miedo de perder. Y asi casi nadie se atreve, casi nadie quiere encargarse de este cuidado: y aun aquellos mismos que son tan circunspectos, y tan escrupulosos, quando se trata de corregir á sus hermanos en particular, están muy prontos, y animosos á burlarse de ellos en las compañías; temen exasperarlos por una advertencia caritativa, y no temen ofenderlos por satyras, y por murmuraciones picantes: Y asi igualmente culpables, igualmente perfidos, ora guarden silencio, ora le rompan; en lo uno abandonan á su proximo, en lo otro le deshonoran; en lo uno desprecian su salvacion, en lo otro vulneran su reputacion, y en uno, y otro pecan contra Dios, contra el proximo, y contra ellos mismos.

Digo, pues, que asi como hay un precepto que nos obliga á tener compasion de nuestros hermanos, y á socorrerlos en sus necesidades corporales, hay tambien un precepto que nos obliga á compadecernos de sus enfermedades morales, y á socorrerlos en sus necesidades espirituales. Porque como el estado del pecado es el estado mas lastimoso en que pueden hallarse, porque los priva de la gracia, y los excluye del Reyno que Dios ha preparado á sus escogidos, no hay cosa mas justa, mas caritativa, ni mas urgente, que sacarlos de él, y hacerlos entrar en los caminos de Dios, y en la esperanza de su salud eterna, por sinceras advertencias, por consejos utiles, y por correcciones sabias, y saludables. El Sabio nos enseña, que esta es la mas noble, la mas loable, y la mas santa función de la amistad: *Que la correccion manifesta vale mas que un amor secreto, y que las heridas del que ama, son mas apreciadas que los osculos albagueños, y falsos del que aborrece;* (a) para enseñarnos que la caridad debe manifestarse por las obras, y que no puede hacerlo mas utilmente que sirviendo de guía á los que se

(a) Prov. 27. v. 5. y 6.

extravían, y mostrando la verdad á los que no quieren conocerla. San Pablo recomienda esta práctica como ministerio propio de las gentes de bien, y de los hombres espirituales. *Si alguno, dice, por ignorancia, ó por flaqueza cayò en algun pecado, instruidlo, corregidle con un espíritu de dulzura, vosotros que sois espirituales.* (a) Para mostrar que es el carácter de una santa amistad el reprehender, y corregir, como es la señal de la amistad de la carne, y del mundo el adular, y engañar.

Pero Jesu-Christo ha hecho de él uno de los puntos principales de su disciplina, y una de las leyes mas expresas de su Evangelio: *Si peccaverit in te frater tuus, corripe eum.* Si sucede que vuestro hermano haya pecado, estas palabras nos enseñan *qual debe ser la materia de la correccion, que personas estan encargadas de hacer la correccion, qual debe ser el fin de la correccion.* La materia de la correccion es el pecado: *Si peccaverit.* No es lo que es contrario á nuestro humor, y á nuestra inclinacion; sino lo que es contrario á la Ley de Dios; porque hay reprehensiones de capricho, asi como las hay de caridad, y mas de ordinario se suelen apoderar de nosotros los zelos de interes, y de amor propio, que los zelos de justicia, y de Religion: De nada nos ofendemos, una expresion un poco diferente, un humor que no acomoda, un grado de calor, ó de frialdad mas, ó menos en un temperamento, un ayre, y unas modales un poco mas groseras, que no nos gustan; esto es ordinariamente lo que quisieramos reformar en nuestro proximo; importanos poco el conducirlo á Dios, no pensamos sino en acomodarle á nosotros; le quitamos de sus obligaciones esenciales, con tal que no falte á ciertas formalidades, y que quiera desprenderse de ciertos pequeños defectos, que nos incomodan; y luego que nada desprecia de lo que nos debe, dejamos á Dios el cuidado de mudar en él lo que le agrada, y lo que le ofenda.

Es-

(a) Ad Galat. 6. v. 1.

Esto es no saber hablar, ni saber guardar silencio, quando es menester, es abusar de una de las mas importantes funciones de la caridad christiana; es querer acomodar el Evangelio á sí, y no acomodarse al Evangelio.

Pero por quanto se escusan ordinariamente sobre que no tienen, ni credito, ni autoridad, y se echan todos los cuidados onerosos de la salvacion de las almas sobre los que estan encargados de ella por administracion, y por oficio, añade Jesu-Christo, si tu hermano ha pecado: *Frater tuus*. No es necesario que sea vuestro inferior, basta que sea vuestro igual. Estamos todos destinados á contribuir en quanto podamos á la destruccion del cuerpo del pecado. Mas el pecado puede considerarse, ó como un mal particular, respecto del que le concibe, y del que le comete, y respecto de una justicia propria á cada uno segun su estado, ó como un mal comun, respecto de aquellos á quien ofende, y á quienes escandaliza, y respecto de un cierto orden establecido por Dios, y de una cierta rectitud de justicia, que nos debemos los unos á los otros. De qui nace que asi como hay un derecho de poder, y de autoridad, que dà Dios á los que están constituidos en dignidad, á fin de que contengan los pecadores por los castigos justos, y convenientes, quando se muestran indociles, ó para que los corten del cuerpo de la Iglesia quando han llegado á ser incorregibles; asi tambien hay un derecho de misericordia, y de caridad, por el qual todos los fieles pueden, y deben tambien ayudarse unos á otros, advirtiendose mutuamente sus defectos, y santificandose los unos por una humilde sumision, y los otros por una sabia exhortacion.

Pero por quanto es peligroso que no se pierda la caridad queriendo practicarla de esta suerte, Jesu-Christo nos enseña, que la intencion del que reprehende debe ser de ganar á su hermano: *Lucratus es fratrem*, y que el fin de la reprehension debe ser la enmienda del que se ha reprehendido. Borrada aqui, pues, de vuestros espiritus la idea de esos hombres criticos, que segun el lenguaje de la Escritura, su principal fin es, no el corregir, sino el repre-

hea-

hender; que son como las espías de la vida de otro, y que elevandose por su presuncion hasta los ayres, como aves de rapiña, para arrojarse sobre el proximo á la menor sospecha de una falta, parecen haver nacido para turbar el reposo, y para arruinar la casa del justo; no hablo yo de esos celosos indiscretos, que sin considerar las disposiciones del pecador, sin aguardar el momento favorable, sin tomar los rodeos que es necesario para enderezarle, le irritan muchas veces por una correccion precipitada, quando era necesario sufrirle por una paciencia razonable, y ordinariamente hacen mas mal por su correccion, que se ha hecho por la falta que quieren reprehender.

Esto supuesto, digo, que todo Christiano, segun estas reglas, está obligado á esta correccion Evangelica. Esta verdad está fundada sobre la mutua correspondencia, que debe haver entre los Christianos, porque siendo un mismo cuerpo, y viviendo bajo una misma cabeza, deben contribuir á que cada uno sea perfecto en su orden, y en su funcion; todas las partes de un cuerpo, dice San Pablo, se interesan la una por la otra, el dolor de la una se comunica á todo el cuerpo, cada miembro se siente aliviado de la cura de los otros, dice tambien en su Carta á los Corinthios. Y San Agustín, prosiguiendo este pensamiento: Si sucede, dice, que el pie pise sobre una espina, apenas se ha picado quando se hace un movimiento universal, los ojos se apresuran á buscarla, el cuerpo se encorba para descubrirla, la lengua pregunta donde está, la mano se fatiga por sacarla. Asi es como debemos nosotros portarnos con nuestros hermanos, quando alguno de ellos llega á pecar, todos debieran resentir el mal, que se ha hecho, cada uno debiera apresurarse por su cura; el uno á ponerle el primer aparato sobre la llaga, otro á mostrarle el peligro en que se ha puesto, otro á orar, y llorar por él, y todos juntos conspirar á salvar su alma, porque estamos todos unidos en Jesu-Christo, y somos todos de una misma familia, que es su Iglesia. Y asi no se digan esas frivolas, é inhumanas palabras, que muy de ordinario se oyen en el mundo: ¿Qué

Tom. 5.

Ec

ten-

tengo yo que ver con él? ¿Que viva como quiera, me han puesto á mí por su guarda? ¿Qué tengo yo que ver con él, ni él conmigo? ¿Qué tienes que ver tu, dice San Chrysostomo? ¿Pues no habeis nacido espiritualmente en el seno de una misma Madre? ¿No han corrido las mismas aguas sobre vosotros en el Bautismo? ¿No habeis sido alimentados con la misma leche de la palabra de Dios en vuestra infancia espiritual? ¿No participais todos los dias del Cuerpo, y de la Sangre de Jesu-Christo en una misma mesa? ¿No ofrecis vosotros vuestros inciensos, y vuestras oraciones en un mismo espíritu? ¿No esperais la misma herencia del mismo Padre Celestial? Despues de esto, decid, que no teneis que ver con él; ó renunciad todos los derechos de esta santa alianza, ó procurad conservarlos sacando á vuestro hermano de su pecado por consejos caritativos, y si es necesario por una correccion rigurosa.

La razon de esta verdad es, porque teniendo la Religion Christiana por objeto general á todo lo que conviene al interés, y al servicio del proximo, debe igualmente velar sobre todo lo que le puede ser, ó util, ó perjudicial. Por eso San Pablo la atribuye estas dos qualidades; *de regocijarse con los que abrazan la verdad, y de compadecerse de los que cometen la injusticia: Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati.* (a) De suerte que asi como deben trabajar mutuamente en la edificacion los unos de los otros; y como es obligacion de los Christianos el procurar al proximo todo el bien que pueden, tambien es de su obligacion el retirarle de todo el mal que puedan. ¿Pero qué mas pueden hacer por él, que procurarle su salvacion haciendole entrar en la practica de las virtudes Christianas, y quitandole los impedimentos que sus pasiones pueden ponerle? Este es el fruto de la correccion fraterna. Ella dá la atencion á los que no velan sobre sí mismos; muestra los caminos de Dios á los que se apartan de ellos; descubre la ver-

(a) 1. ad Cor. 13. v. 6.

verdad á los que la ignoran; quita al pecado la impunidad que le aumenta, y el placer que lo hace cometer.

No obstante nadie hace reflexion sobre ello. ¿Quién de vosotros tendria entrañas tan crueles que dejase perecer á un pobre á sus ojos por no asistirle? ¿Y quién de vosotros no tiene la dureza de dejar todos los dias á los pecadores proximos á su precipicio, y á su condenacion por falta de un consejo, de un dictamen, ó de una reprehension? ¿Os mueve asi la salvacion de vuestro hermano? ¿Se ofenderá, decís vosotros, luego quereis mas perderle, que incomodarle? ¿Gustais mas de adularle, que de contradecirle? ¿Por qué le haceis la ofensa de creerle indocil? La caridad no es tan injusta, ni tan tímida; no supone tan facilmente que aquellos á quienes reprehende se ofendan de la verdad; creeria ella hacerles injuria en atribuirles una delicadeza tan injusta como esta, sabe tambien advertir, y reprehender de un modo tan sencillo, y tan humilde, que casi es imposible ofenderse de él; acaso huvierais despertado su dormida conciencia, puede ser que aunque temiese la verdad, la huviese respetado, y al fin la huviese seguido; acaso huvierais experimentado lo que el Espiritu Santo ha dicho en su Escritura: *Que el que reprehende á un hombre, hallará entera gracia para con él, mas que el que le engaña con palabras lisongeras.* (a) Pero aun quando el suceso huviera sido dudoso, no estaba en vuestro poder el convertirle, pero estaba sí el convencerle; solo Dios que conoce á los que ha elegido podia saber el suceso, y vosotros que debeis desear que todos los hombres sean de él, debeis cumplir con esta obligacion; vosotros respondereis de su pecado, y Dios os pedirá quenta de él en el dia terrible de su Juicio, porque havreis llegado á ser como complices por vuestro funesto, y cobarde silencio.

Porque, Señores, dos modos hay de participar en los pecados ajenos, segun San Agustin, ó aprobandolos, ó no

Ee 2

re-

(a) Prov. 28. v. 23.

reprehendiendolos: *Duobus modis te maculat malus, si consentias, si non redarguas.* (a) El uno es un consentimiento formal, y una union expresa de voluntad, por la qual se entra en comercio, y en sociedad con el pecador por algun delito. ¿Quién no sabe, que es hacerse culpable por sí mismo el asistirle, ó el adularle en su pecado? Pero hay un silencio que es una especie de aprobacion muda, por la qual, disimulando el mal que se vé, ó que se oye, se dá lugar à creer que se consiente en él, ó que à lo menos se le permite, ó se le aprueba, pues no se le opone. San Pablo nos enseña esta verdad quando dice: *Nolite communicare operibus infructuosis tenebrarum, magis autem redarguite.* (b) Guardaos de participar en las obras vanas de los pecadores, que viven en las tinieblas, antes bien corregirlos; para enseñarnos que quien falta à esta obligacion de la correccion fraterna, llega à ser culpable de la falta que no ha reprehendido: Oid como habla Dios por el Propheta Ezequiel: „ *Si en un tiempo* de guerra, y de precaucion, el „ hombre à quien se huviere puesto de centinela, à los pri- „ meros ataques del enemigo deja de tocar la trompeta, y „ el enemigo se echa sobre el campo, antes que se hayan to- „ mado las armas, todos los que la espada se llevare tras „ sí, serán imputados à su iniquidad, y à su culpa, porque „ deben estar sobre sus guardias, y alerta; pero el que de- „ bia avisarlos será culpable de su sangre, y espero que me „ ha de dar quenta de ella; y tú, hijo del hombre, que de- „ bes velar en la Casa de Israel, si no reprehendes al im- „ pio, y si no le dices de mi parte: Impio, tu morirás: *Ipse „ impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus „ de manu tua requiram:* (c) El morirá en su impiedad, „ pero tu me responderías de su sangre. Dios es quien habla, y ya sabeis vosotros, que Dios, y la verdad son una misma cosa, y que lo que ha dicho una vez, lo dice siempre.

(a) S. Aug. (b) Ad Ephes. 5. v. 11.

(c) Ezech. 3. v. 18.

Vosotros à quienes ha elegido para ser los Pastores de su pueblo, si abandonais vuestro rebaño, si dejais errantes vuestras ovejas, si descuidais de atraerlas al redil por vuestras instrucciones, vuestras exortaciones, y vuestras censuras, aun quando por otra parte fueseis Santos, responderéis de la perdida de las almas, que se os han encargado. Vosotros que sois Ministros de su palabra, si debilitais sus verdades, si buscáis el agradar à vuestros oyentes en lugar de instruirlos, y de moverlos, si os aficionais à especulaciones vanas, que dejan à las almas en la escasez, y en la hambre de la palabra de Dios, en lugar de aplicaros à la correccion de las costumbres, responderéis del poco fruto, que se saca de vuestros Sermones. Vosotros, à quienes ha confiado el honor de su Templo, y la santidad de sus Mysterios: vosotros, Sacerdotes, que veis todos los dias tantas irreverencias, tantas profanaciones, y sacrilegios en las Iglesias à los pies de los Altares, al mismo tiempo que se está ofreciendo la sangre todavia humeando de la víctima; si el zelo no os enardece, si no decís à esos profanadores que la Casa de Dios es una Casa de oracion, y no una Casa de tráfico, y de conversacion, que es necesario entrar en ella con el corazon humillado, y no con la cabeza erguida, y que es necesario venir à ella à pedir perdon de sus pecados, y no à cometer otros nuevos; vosotros seréis responsables de la injuria que hacen à la Religion; vosotros en fin, à quienes él ha establecido Jueces en ese Tribunal de la Penitencia, si no teneis la fuerza de romper el curso de la iniquidad, si no haveis hecho conocer à un penitente la grandeza, y las consecuencias de su pecado, si no haveis cortado las raíces de esa venganza, ordenandole las satisfacciones necesarias, si haveis perdonado su avaricia, y no haveis insistido sobre esa restitution, que era el nudo mas esencial de su conciencia; haveis tenido la complacencia de haverle absuelto, pero él no será por eso justificado, y vosotros seréis responsables de su perdida.

Lo mismo digo de cada particular, segun la medida del poder, y de la caridad que Dios le ha dado. Porque, Se-

ñores, no digais nunca: *To no soy ni sacerdote, ni Religioso, ni tengo algun caracter.* El caracter de Christiano, dice San Chrysostomo, no os obliga á servir á vuestro proximo? Y podeis servirle mejor que instruyendolo, y corrigiendolo? Dichosos, y muy dichosos si ganais una alma á Jesu-Christo! Si os hallarais un tesoro, añade el mismo Padre, diriais acaso, ¿por qué no se lo ha encontrado este, ó aquel antes que yo? No le levantarais al punto antes que otro se lo encontrase? Porque al contrario, si descuidais de reprehender á vuestro hermano, quando peca, llegais á ser culpable como él, y aun mucho mas culpable que él, segun el dictamen de los Santos Padres: *Pejor factus es eo, qui peccavit.* Lo primero, porque el que peca no hace daño sino á sí mismo, faltando contra la justicia, pero el que le sufre, y le tolera se hace daño á sí mismo, no haciendo su deber, y se lo hace al proximo, faltando á la caridad, que le debe. Lo segundo, porque el que peca, muchas veces es, ó engañado, ó preocupado por su pasión; pero el que le vé, está á sangre fria, y conoce mejor la verdad. Y así S. Agustín, despues de haver examinado las causas de los castigos temporales, y de las calamidades publicas, que confunden muchas veces á los buenos con los malos, asegura que es un efecto de la justicia de Dios, que castiga á los unos por haver estado prontos á obrar el mal, y á los otros, por haver sido muy lentos, y muy tímidos en corregirle. No han estimado lo bastante el bien espiritual, que podian procurar á sus hermanos; justo es que tengan su parte en los males temporales, con que son afligidos; no han querido turbar la dulzura de su vida, es necesario que entren en la amargura, sufriendo, y gimiendo con ellos.

En efecto, Señores, ¿no vemos todos los dias este descuido castigado por sí mismo en los particulares? Pues temed no os suceda lo mismo. Vosotros dejais á cada uno la libertad de hablar mal, y de murmurar delante de vosotros, en lugar de mostraros con un ayre severo, y contener esos discursos sangrientos por una sabia advertencia, ó á lo menos por un triste, y grave silencio; la satyra os agrada,

y.

y gustais que se os divierta á costa de otro; pues levantaránse contra vosotros satyricos, y maldicientes, y acaso los mismos que estais sufriendo, y á quienes sin pensar, poneis en la mano esas puntas fatales, que os traspasarán hasta el fondo del corazon; vosotros les entregais el honor de otro, bien presto se apoderarán del vuestro; el placer que haveis tenido en oírlos, quando hablaban del proximo, será bien presto castigado por los disgustos, que os darán hablando de vosotros; os vereis asaltados por esas lenguas de serpiente, que vuestra complacencia como que ha añilado contra los otros, y por un justo juicio de Dios la verguenza, y el deshonor serán los frutos amargos que recogeréis de vuestras cobardes condescendencias; vosotros abandonais vuestros hijos á sus gustos, y á sus caprichos, una falsa ternura os impide el corregirlos, y aun discernir sus defectos, pero presto sentireis la pena de esta cruel indulgencia; pasará la inocencia de la edad, y llegando á crecer sus pasiones de que haveis descuidado, acaso las bolverán contra vosotros; vosotros no os atreviais á turbar su reposo, y acaso ellos turbarán el vuestro, serán vuestro azote, en lugar de que debian ser vuestro consuelo, y os vereis obligados á sufrirlos como son por vuestra desgracia, porque los haveis hecho así por vuestra cobardía.

¿Pero por qué me detengo yo aqui á mostraros las penas que están destinadas á los que descuidan de la salvacion de sus hermanos? Acaso os moverán mas las recompensas, que prepara Dios á los que cumplen con esta funcion de caridad. El Sabio nos enseña, que los que reprehenden al impío serán alabados, y que caerán sobre ellos las bendiciones. Lo primero, porque tendrán la gloria de aprobar lo que Dios aprueba, de condenar lo que Dios condena, que es la verdadera Sabiduría. Lo segundo, porque tendrán la gloria de haver salvado una alma, que vale mas, que la conquista de todo un Mundo. Si alguno de vosotros, dice Santiago, se ha retirado de la verdad, y alguno lo buelve á ella, y lo convierte, tendrá el honor, y la satisfaccion de haver librado de la muerte á uno de sus hermanos: *Salvabit animam*

mam

man ejus à morte. (a) Los Romanos daban en otro tiempo una Corona á cada Soldado de su país que salvaba á otro en el combate. No conocian cosa mas grande que su patria, cada uno se miraba como una porcion de la Republica, mucho mas se estimaba un Ciudadano que se havia salvado, que todos los enemigos que se havian vencido, cada uno se imaginaba encargado de la conservacion de los otros, como de la suya propia, y entre ellos era una especie de victoria el salvar á un Romano, y arrancar á la muerte uno de aquellos hombres, que se creían haver nacido para la inmortalidad, y para la conquista del Mundo. ¿Pues es posible, que la caridad no nos ha de hacer executar lo que ellos hacian por una honrada vanidad? ¿La gloria de la Iglesia ha de ser de menos consideracion para nosotros, que lo era para ellos la de Roma? ¿Es posible que hemos de correr menos tras una corona inmortal, y que siempre ha de durar, que corrian ellos tras de algunas hojas entretegidas, que se secan al dia siguiente? Y si estimaban tanto la vida de un hombre, que les servia de conquistar una pequeña porcion de tierra, ¿qué caso no debemos hacer nosotros de la salud eterna de un Christiano, que por su fé se eleva sobre todas las cosas sensibles, que corre á la conquista del Reyno de los Cielos; y que segun los oraculos de la Escritura, despues de haver vencido al Mundo, debe él mismo juzgar al Mundo con Jesu-Christo?

Pues si es verdad que esta funcion Evangelica es tan justa, tan necesaria, y tan noble, ¿por qué es tan poco practicada? ¿De donde nace que cada uno se dispense de ella, y que cada uno se escuse, y se acobarde de ella? Tres razones hallo yo de esta disimulacion, y de este descuido; primeramente, *nuestra timidez*; lo segundo, *nuestra indiferencia*; y lo tercero, *nuestro amor proprio*. San Agustin no teme decir, que la timidez es una de las raíces de todos los pecados, así como la codicia, y que se puede decir del

(a) Jacobi 5. v. 20.

temor lo mismo, que de la concupiscencia, que es la raíz de todos los males: *Radix omnium malorum cupiditas, radix omnium malorum timiditas.* (a) La razon de esta verdad es, que el corazon del hombre se halla como dividido entre un amor desordenado de lo que juzga como un bien, y un temor desordenado de lo que considera como un mal; y así como nosotros tenemos secretas pasiones que nos hacen desear lo que queremos adquirir, hay tambien pasiones secretas en nosotros, que nos apegan á las cosas que tememos perder. Amais las riquezas, pues vosotros cometeréis una violencia, y una injusticia por adquirirlas; pero tambien abandonareis la verdad, y la justicia, por el temor de exponer, ó de disminuir lo que huviereis adquirido; amais vuestra reputacion, pues vosotros engañareis á los que no os conocieren por una devocion hypocrita; pero tambien desacreditareis á los que os conocieren, no sea que os desacrediten.

Y así, ¿de donde nace que nosotros somos tan reservados, y tan contenidos, que no nos atrevemos á reprehender á quien quiera que sea, ni á oponernos á los menores desordenes? El motivo es, porque aficionandonos nuestra codicia á nuestro reposo, nuestra timidez nos hace temer el turbarlo; estamos asidos á un poco de honor que tenemos en el mundo, no queremos cometerle á otro, cuidamos mucho de no meternos en nada que nos inquiete, y tememos pasar por devotos indiscretos, que se erigen, y constituyen censores del genero humano, y los reformadores del mundo; de este modo produce el temor tantos pecados como la codicia. Pero con esta diferencia, que consistiendo de ordinario los pecados que produce la codicia en acciones, y en efectos sensibles, se hacen sentir, y se hacen evitar; oprimir á un pobre por sacarle un poco de hacienda que le resta, quitar el honor á unas gentes buenas por calumnias, y murmuraciones, son defectos bien gro-

Tom. 5.

Ff

se-

(a) S. Aug.

seros, y palpables; pero consiendiendo de ordinario los pecados que produce el temor en puras omisiones, casi no dejan rastro alguno de su malicia, ni algun dolor de haverlos cometido; por exemplo, no se asiste à los pobres, pero por eso no se reprehende à los que se vé que faltan à ello; no se quiere advertir à nadie, no se quiere arreglar à nadie, à nadie se quiere descontentar; y con todo eso no se vé que quiera alguno perderse, y desagradar à Dios por esta cobarde complacencia.

La segunda razon de este disimular los pecados de otro, es la indiferencia; como no tenemos sino una ternura, y una superficie de Religion, la injuria que se hace à Dios no nos mueve, sino debilmente; el corazon no la siente, ya casi no hay zelo, el mismo nombre ha llegado à hacerse ridiculo, burlanse como de un uso de tiempos antiguos, que no viene al caso, ni se acomoda ya à la politica de este siglo; escandalizanse de los menores defectos de los buenos, porque quieren hallar que decir de la virtud, y todo se lo disimulan à los malos, porque no se interesan, ni en su conversion, ni en el honor de Dios à quien ofenden. ¿Quantas satyras profanas se hacen todos los dias delante de nosotros? Y nosotros no las hallamos por malas, antes bien poco falta para que las tengamos por agradables. ¿Quantas malignas interpretaciones se dan à las cosas santas, y à la Escritura? Y si las condenamos es, porque no son bastante agudas, pero no porque son contrarias à la piedad. ¿Quantas blasfemias oimos, y nos quedamos frios, é insensibles, como sino huvieramos tomado algun partido en la Religion?

Y en fin, Señores, ¿de donde nace que no nos atrevamos à reprehender? De que somos nosotros mismos reprehensibles, dice San Chrysostomo; la corrupcion ha llegado à ser tan general, que ya casi ninguno tiene fuerza bastante para sufrir la correccion, ni bastante autoridad para hacerla. Havria verdades que decirnos, que serian quando menos tan fuertes como las que nosotros dixeremos à los otros. Y asi se condesciende, se observa, se temen ciertos retor-

nos de correccion, y de censura; y digamoslo asi, cierto derecho de represalia, que está demasadamente establecido en los consejos poco caritativos que se dán; cada uno condesciende facilmente con otro, y le concede una indulgencia, de la qual conoce él muy bien que necesita para sí mismo; y el amor proprio le hace callar respecto de aquellos que podria reprehender, no sea que la verdad haga hablar contra él à los que havria de reprehender. Ve aqui qual es la tyranía de este demonio mudo, que posee à la mayor parte de los hombres, si Jesu-Christo no desata su lengua, inflamando en su corazon el zelo de su verdad, y de su gloria. Pero por quanto esta libertad de hablar tiene sus limites, y sus reglas, que el Espiritu Santo ha prescrito, restame haceros ver quales son la condiciones de la correccion Evangelica.

PUNTO SEGUNDO.

Lo que hace à la practica de la correccion fraterna dificil, é infructuosa, es que no se sabe recibir, ni hacer, segun las reglas del Evangelio. Los que reprehenden son indiscretos; los reprendidos son delicados; unos carecen de paciencia, otros de caridad. De aqui proviene, que no teniendo los unos fuerza para sufrir la reprehension, no teniendo los otros valor para hacerla, no se cumple la justicia Christiana; y de este modo no contradiciendose al vicio, ni respetandose ya la virtud, se ha establecido entre los hombres una desgraciada libertad de pecar.

¿Quánta verdad es lo que los Padres nos enseñan que la doctrina de Jesu-Christo comprehende todas suertes de Religiones, y toda sabiduría; y que el Evangelio, como la mas perfecta, y la mas santa de todas las Leyes, contiene no solamente la soberana verdad para la fé, sino tambien la soberana prudencia para la conducta! Ve aqui lo que manda: *si peccaverit frater tuus*; de hermano à hermano; de Christiano à Christiano; porque este precepto no se estien-

de á los Paganos, ni á los Infieles. La correccion supone la jurisdiccion; estos son estrangeros, y están fuera del Reyno de Jesu-Christo; y haciendo un cuerpo á parte, que se gobierna por otras reglas, no creen, y ya son juzgados de Dios, segun su palabra: ¿Cómo escucharían á los particulares como á sus hermanos si no quieren oír á la Iglesia como á su madre? No solamente sus acciones, sino todo su estado es reprehensible; se pueden exercer sobre ellos los oficios de caridad para instruirlos, pero no los derechos de autoridad para corregirlos. A los Christianos, pues, es á quienes se dirige el precepto, que están unidos por los vinculos de la sangre, y de la gracia del Salvador, y que componen la familia de Jesu-Christo, y de su Iglesia; de suerte, que siendo miembros vivos de un mismo cuerpo, deben por una correspondencia necesaria, no solamente vivir en el orden, y en las proporciones en que cada uno debe estar, sino tener tambien cuidado de que los espiritus lo estén, y dirigirlos quando se salen de él. Fuera de que siendo por un estado particular hijos de Dios, formados de su mano, sostenidos por su espiritu, destinados á su herencia; ¿qué zelo no deben tener por su honor, y por su gloria?

Si peccaverit. Es necesario quando peca vuestro hermano que Dios, ó el proximo sea notablemente ofendido por sus acciones, ó por sus palabras; esas blasfemias en que se deshonorra el nombre de Dios, que es tan santo, y tan terrible, y en que se hace servir á una fuente de bendiciones de instrumento á su pasion, y á su colera; esas satyras que se oyen todos los dias sobre los Mysterios, y sobre las mas santas ceremonias de la Religion; esas injusticias criminales que arruinan al proximo; esas palabras libres, que manchan la imaginacion, que ofenden el pudor, y la decencia, y encienden los deseos impuros hasta en el corazon de una joven inocente que los escucha; esas conversaciones texidas de murmuraciones groseras, ó delicadas, en donde no hay flor que no se aje, se-

cretos tristes que no se revelen, inocencia que no se obscurezca, &c.

Porque hablar de todas las faltas pequeñas, no pasar nada á todos aquellos á quienes se manda, formar causa de todas las ligerezas mas menudas, ponerse á criticar, y encargarse de todas estas pequeñas reformas, es hacerse insufrible á la sociedad, y hacerse llamar con razon: *Virum rixæ, virum discordia in universa terra*; (a) es tener el espiritu delicado, y fanfarron, valerse de vagatelas, y exasperar por una vana, y escrupulosa critica el credito que se tendria de corregir faltas notables. Acoftumbrase á reprehender, y no se corrige. Disgustanse de las gentes que se quieren corregir; y esto es acaso por lo que el Sabio llama á estas correcciones mentirosas: *Correctio mendax*. (b)

Ni conviene tampoco que los que están en obligacion de reprehender, reprehendan siempre; lo que sucederia sería, ó que se molestaria á los inferiores, y harian la reprehension insoportable, siendo tantas veces reiterada, ó se les acostumbraria á ella, y se haria la correccion inutil, é infructuosa, dice San Bernardo: *Censura nunquam emissa, intermissa tamen plerumque plus proficit*. (c) Porque hay espiritus fogosos, que nada sufren, que todo lo indagan, que murmuran de lo presente, que hacen acordar lo pasado, que juzgan siempre mal de lo futuro; semejantes á ciertos climas desastrados, en donde truena, y graniza casi á cada instante. Es necesario perdonar alguna cosa á los peccadores, sin aflojar con todo eso la brida. La demasiada libertad los corrompe, la demasiada severidad los irrita, y exaspera. Si son faltas de engaño, ó de ignorancia, es necesario usar de mas indulgencia para con el proximo.

Inter te. No basta que vuestro hermano haya pecado, es necesario que este pecado sea conocido para tener derecho de reprehenderle. No conviene sobre sospechas inciertas,

(a) Jerem. 15. v. 10. (b) Eccli. 19. v. 28.

(c) Ep. 24. ad Hug.

ó infieles relaciones, arriesgar una correccion de piedad, ni hacer injuria á la inocencia, bajo el pretexto de caridad. Asi como no conviene la ligereza en los juicios que se hacen del proximo, tampoco conviene la temeridad en las reprehensiones que se le dán; la reprehension siempre debe caer sobre el pecado, y no sobre la persona; es necesario que la ofensa sea publica, y la correccion secreta; al contrario de lo que hacen muchos, que van á desenterrar antiguos pecados ya olvidados, ó á descubrir faltas ocultas para tener lugar de exercer una tyranica jurisdiccion. Es necesario precaverse de creer con demasiada ligereza las noticias que se esparcen de este, ó de aquel. ¿Quién no sabe que el mundo está anegado en la malignidad? ¿Que el placer de murmurar es ingenioso, é inventivo? Por otra parte, la inocencia merece que se la tenga este respeto, y estas atenciones, de suerte que se la tema ofender injustamente, y se la deje antes pasar á favor suyo alguna falta sin castigo. *Ne insidieris, & queras impietatem in domo justí, neque vastes requiem ejus.* (a)

Vade. Ve á buscar á tu hermano, para denotar que no debe haver, ni colera, ni precipitacion de zelo; sino que es necesario dejar algun intervalo entre la falta, y la correccion, esperar que un poco de reflexion á lo menos, y un principio de arrepentimiento en la conciencia del pecador, preparen los caminos á las exhortaciones de un hombre de bien; es necesario que la moderacion del que reprehende inspire la moderacion al que es reprehendido, y buscar prudentemente aquellos movimientos de docilidad en que resfriada la passion se halla el alma mas susceptible de las impresiones de la verdad, y de la justicia.

Corripi eum. Por via de representacion, y de exhortacion, no por via de reprehension, y de insulto. Pastores, corred tras de esa alma errante; pero juntad la dulzura á la severidad, conducidla, atraedla, y cargad vuestros cari-

(a) Prov. 24. v. 15.

tativos ombros con el peso de esa oveja descarriada. Confesores, inspirad á ese penitente el horror del pecado que ha confesado, y traspasad su corazon del temor del Señor, por vuestros consejos, y saludables correcciones. Predicadores, tronad, aturdid en los Pulpitos, y por vuestras sábias, y sólidas invectivas contra las costumbres de todos, excitad en el espiritu de cada uno de vuestros oyentes santas resoluciones de mudar de vida. Padres, retirad á vuestros hijos del precipicio á que la inclinacion, la corrupcion de la naturaleza, y las malas compañías los arrastran, por castigos dulces, y caritativos. Toda jurisdiccion obliga á correccion. Por justicia todo Superior debe dirigir á sus inferiores quando yerran. Los mismos inferiores en casos extraordinarios tienen derecho de reprehender. Judith reprehendió á los Sacerdotes de Bethulia. San Pablo reprehendió á San Pedro. Pero cada uno está encargado de hacer la correccion á su hermano por caridad.

Las razones en que me fundo son la primera, que cada uno en el orden de la caridad debe pensar en la salvacion del proximo; cada uno es deudor á los otros. Es esta una deuda *in solidum* á que todo el Christianismo, y cada uno de por sí está obligado por su estado.

La segunda: Todo Christiano debe concurrir por su parte á la destruccion del cuerpo del pecado: *Ut destruat corpus peccati*; (a) ya sea en sí mortificando su carne, y sus concupiscencias, ya sea en los otros, corrigiendo, ó moderando sus pasiones por advertencias saludables. La tercera; es necesario (dice Santo Thomás) que todos los Sacerdotes como los demás fieles, tengan un gran cuidado de esta correccion particular de los buenos, ó de los malos: *Quatenus ii qui pereunt, aut eorum redargutione corrigantur à peccatis, aut si incorrigibiles appareant, ab Ecclesia separentur.* (b)

No

(a) Ad Rom. 6. v. 6.

(b) D. Thom. 2. 2. q. 33. art. 3. *in Sed cont.*

No obstante, observa San Agustín quan raro es hallar bastante caridad para esta función Evangelica, de la qual nos apartan, ó el temor, ó el espíritu del siglo: *Dissimulatur, vel cum laboris piget, vel cum eorum os coram venecundamur offendere, vel cum inimicitias devitamus, ne impediunt in istis temporalibus rebus, quas appetit nostra cupiditas, sive quas amittere formidat infirmitas.* (a)

No digo que sea necesario sin reserva, y sin circunspección entrarse á reprehender á todo el mundo á diestro, y siniestro; la prudencia ha puesto límites al zelo, y aun á la misma caridad. Dos suertes hay de personas que se pueden dejar de reprehender, las que reconocen sus faltas, y las que no están en estado de reconocerlas. Por lo que toca á las primeras, ¿qué apariéncia hay de encargarse de un pecador que se arrepiente, y añadir á la humillación de su corazón la de una reprehensión que caería sobre el penitente, y no sobre el pecador? ¿Qué necesidad hay de hacer la corrección á un hombre, que se corrige, y de reprehender á aquel á quien Dios, que ve el fondo de los corazones, quizá haya perdonado? ¿No sería esto renovar una llaga que está cerrada, y salir de los límites de la caridad, creyendo ejercerla?

Los segundos son aquellas personas que se presumen incorregibles, de quienes no se presume esperanza alguna de enmienda, cuyas disposiciones todas denotan indocilidad: *Noli arguere derisorem, ne oderit te.* (b) Es necesario temer no al odio que pueden tener contra nosotros, sino al desprecio que pueden hacer de vuestra caridad. ¿Es necesario temer, no el desagradarlos, sino el endurecerlos; no el mal que os pueden hacer, sino el que se hacen á sí mismos? ¿Quantas gentes se ven, á quien la menor palabra exaspera? Si un Sacerdote por un zelo discreto, y según la ciencia, vien-

(a) S. Aug. lib. 1. *De Civitate Dei* c. 9.

(b) Prov. 9. v. 8.

do á dos personas de distinción, y aun de diferente sexo al tiempo mismo que se ofrece el Santo Sacrificio, Mysterio Divino, y tremendo, conversar, tratar indecente, y escandalosamente de sus negocios, y acaso tambien de sus conexiones, y del fuego de su pasión, les advierte secretamente de la atención, del silencio, y del respeto que deben á Dios en su Templo, miran ellos como afrenta el buen oficio que se les hace, y se dan por ofendidos de que se les pida no ofendan al Señor hasta en su Santuario. Si á una Dama que vive una vida escandalosa, sin atender, ni á su reputación, ni á su conciencia, en cuya casa se vé entrar con frecuencia el Galán, que toda la Ciudad murmura, llega su Cura, y la dice, que no la es permitido, *non licet*, ó si la reusa la Comunión despues de haverla amonestado muchas veces; se levanta con arrogancia, y lleva su ayre descomedido hasta el Tribunal de la Penitencia: Se dirá que el Confesor es el delincuente, y que ella tiene todos los derechos de una inocencia reconocida. ¿Pues qué se ha de hacer de los pecadores tan endurecidos? Abandonarlos á la misericordia de Dios, puesto que la corrección los irrita en lugar de enmendarlos: *Considera opera Dei, quod nemo potest corrigere quem Deus despicit.* (a)

No porque convenga tan facilmente desesperar de la conversión de los pecadores. Tambien hay para los mas obstinados momentos de resipiscencia, golpes de misericordia, y de gracia, que trastorna la naturaleza mas fiera; es necesario arriesgar alguna semilla, que acaso fructificará con el tiempo. Por esteril que sea una tierra, ella llevará fruto á fuerza de darla el cultivo correspondiente; puede ser que á lo menos quiteis á vuestro hermano la facilidad de pecar; puede ser que á fuerza de advertirle lo llegueis á ganar; puede ser que Dios se quiera servir de ese medio para insinuar su gracia en su corazón. *Corripere, ut prosit Dei est,* (b) dice

Tom. 5.

Gg

San

(a) Eccle. 7. v. 14.

(b) S. Crisost. *Homil. 3. in Matth.*

San Chrysostomo, ¿qué no pueden sobre un espíritu por prevenido que esté unas correcciones inspiradas por la caridad, y reiteradas por el zelo, y por la prudencia? Dios es quien dá la eficacia á nuestras palabras, dice Santo Thomas: *Omnibus debemus fraterna correctionis officium impendere sub spe divini auxilij*; (a) El os dará alguna mala respuesta. La llaga todavía fresca, y reciente apenas puede sufrir la primer venda, pero ella se consolidará, y recibirá alivio. El espíritu exasperado por la reprehension se amansará; despues de algunas injurias os atraeréis algunas acciones de gracias: como quiera que sea estas maldiciones se bolverán en bendiciones; y suceda lo que quiera, vosotros havreis cumplido con vuestra obligacion, y Dios se encargará de la recompensa.

Inter te, & ipsum solum. La prudencia quiere que la correccion sea secreta, entre tí, y él solo. Es necesario precaverse mucho de publicar una falta que se quiere corregir; ¿para qué queréis tomar otros testigos, que tu hermano, y tu conciencia? ¿A qué asunto aumentar su confusion? *Studentes correctioni*, dice San Agustín, *parcens pudori*; (b) es necesario quitarle su malicia, y dejarle su reputacion. Justo es valerse del lugar, y del tiempo para suavizar unas proposiciones siempre difíciles de oír. La sabia, y prudente Abigail no reprehendió á su marido Nabal en el Festin por no turbar la alegría de la Asamblea; aguardó que el tiempo, y el lugar fuesen oportunos. No conviene mezclar, dice San Hylario, (c) la reprehension con la exortacion, la confusion con la correccion, el ultrage con la advertencia.

La correccion tiene dos cosas que son asperas; arroja la amargura en el corazón del que se corrige, representandole su pecado. Lleva consigo el carácter de una odiosa autoridad, exerciendo sobre él una especie de superioridad, no solamente de derecho, sino también de virtud: ¡doble hu-

(a) D. Thom. 2.2. q. 32. art. 2. ad primum.

(b) S. Aug. (c) S. Hilar. in Ps. 14.

millacion! Siempre hay alguna verguena de confesar que se ha pecado: ¿de qué amenazas no ha sido necesario servirse, de qué preceptos no ha sido preciso valerse para atraer al pecador á la confesion de la penitencia, y descubrir voluntariamente á los oídos de un Sacerdote las llagas de su conciencia? ¿Qué seguridad en el secreto, qué precaucion? Y no se quiere dar á su hermano la misma confianza, que cuesta trabajo tener para con su Confesor. La superioridad es un yugo siempre muy pesado de llevarse. Algunas veces se cree reprehender tan á tiempo, que se causa placer á los que se reprehenden. Engañanse, dice San Gregorio Niceno, (a) el reprehensor siempre es importuno, y molesto á aquel á quien reprehende. Este es el motivo porque es necesario que una caridad industriosa alivie el peso de la autoridad; para que el que es reprehendido no pierda, ni el respeto, ni la amistad, y que se persuada, que se le habla no por humor, ni por venganza sino por razon, y por afecto. *Ut videatur delicta, non tan velle punire, quam tollere.* (b) Es necesario, dice San Gregorio, un corazón de madre para la ternura, un corazón de padre para la resolucion, una dulzura que no debilite, y relaje la disciplina, un zelo que no ofenda la caridad: *Et matrem pietas, & patrem exhibeat disciplina.* (c) San Pablo encarga á los que corrigen lo hagan con un espíritu de dulzura, y de caridad. Deja la correccion para los espirituales, para los que tienen el espíritu de Dios: *Vos qui spirituales estis.* (d) Quiere que sea en forma de instruccion, antes que de reprehension: *Instructio.* Quiere además de esto, que haya en nuestras palabras una sazón de gracia, y de sal, señales de bondad, con una punta de correccion, que se templen el uno al otro. Porque hay una colera de

Gg 2

pa

(a) Nisenus. *De castigatione.*

(b) Casiodorus. (c) S. Gregorius.

(d) Ad Galat. 6. v. 1.

pasion, que es la colera del hombre contra las personas que no obran la justicia. Y hay una colera de caridad que es el zelo de Dios contra los vicios que obra la enmienda.

La razon que de esto dá San Agustín es, que la correccion no es un juicio de justicia por la caridad del pecador, sino una correccion medicinal para su enmienda. Y asi es necesario observar no lo que puede castigar por lo pasado, sino corregir por lo futuro.

Corripiet me justus in misericordia. (a) Este aviso de caridad, y de compasion es el que remedia el mal; esta es aquella sal que se deshace, que se derrite, que penetra insensiblemente todas las partes, que debe curar de la corrupcion.

Hallad, pues, este sabio temperamento de dulzura, y de zelo en la Ley de Dios; no sigais, ni la tibieza, ni la mollicie de un natural que os entibia, ó que os arrastra. Ateños al orden, y á la medida del Evangelio: Manda San Pablo á Tito que hable, y responda con autoridad, y con imperio: *Loquere cum omni imperio*; (b) al contrario, exhorta á Timotheo á reprehender con toda paciencia, *cum omni patientia*. (c) *Quid est*, dice San Gregorio, *quod uni imperium, alij patientiam precepit?* (d) Es, dice, porque el uno era de un natural mas dulce; el otro tenia el espíritu mas ardiente: *Unum lenioris, alium ferventioris spiritus esse conspexit*. Era necesario reducirlos á la justa medida del espíritu de Dios, y suplir por la gracia los defectos de su natural; manda al que era demasiado dulce softenerse por la autoridad del mando, y por la severidad de la palabra, porque no debilitase su ministerio por una demasiado grande indulgencia; ordena al otro templese el ardor de su zelo por la dulzura, y la paciencia, temiendo

(a) Ps. 140. v. 5. (b) Ad Tit. 2. v. 15.

(c) 2. ad Timoth. 4. v. 2.

(d) S. Greg. Homilia 11. in Epist. D. Pauli.

do que una demasiada severidad, no exasperase los animos, y no llegase á herir á los que pretendia curar.

Pero aun es necesario examinar, que necesidad tiene el pecador de recibir la correccion, si ha pecado por fragilidad, y dá esperanza de una proxima enmienda, ya no es necesaria la correccion; si por ignorancia, es necesario instruírle, ó por instrucciones generales, ó por algun exemplo citado á proposito, ó por alguna lectura util, y propia al asunto; ó por demostraciones convincentes de caridad, ó por la interposicion de alguna persona de caridad, y de credito sobre su espíritu. Con la precaucion de no enseñar el mal, que se quiere reprehender, y no hacer la correccion acaso mas peligrosa, que la falta que se quiere corregir.

Como la correccion es una especie de dominacion, y superioridad sobre el proximo, para hacerla util, es necesario quitarla toda apariencia de orgullo. Los superiores mismos deben evitar estos ayres de confianza, y de presuncion, quando corrigen. Dios no los pone sobre las almas para dominarlas con imperio, pues lo prohíbe Jesu-Christo en su Evangelio; sino al contrario quiere que su caridad los ponga en algun modo inferiores á ellas para sufrirlo, á fin de que gobiernen, no con una autoridad de arrogancia, sino con una prudencia misericordiosa: *Non participandi superbia, sed consulendi misericordia*, (a) dice San Agustín: De suerte que parezca que se aconseja, y no que se manda, que se reprehende por afecto, y por compasion, no por un espíritu de orgullo, y de preferencia.

Si os sentis culpados de los mismos defectos, la correccion debe pararse sobre vosotros; vosotros estais desposeídos del derecho que huvierais tenido sobre los otros; se os diria con razon: *Quare assumis testamentum meum?* (b) ¿A qué viene desmentir las palabras por los exemplos? Es necesario gemir, y orar por el pecador con humildad: *Non*

re-

(a) S. Augustinus. (b) Psal. 49. v. 16.

reprehendamus, dice San Agustín, neque objurgemus, sed congemiscamus, & non illum ad obtemperandum nobis, sed pariter ad cavendum nobiscum invitemus: (a) Nosotros no estamos en estado de corregirle, pero estamos en estado de pedir por nosotros, y orar por él. No debemos exigir de él que siga nuestras instrucciones, sino que tome también como nosotros las precauciones de que tenemos necesidad. San Gregorio nos exhorta à considerar si estamos nosotros en el mismo estado, ó si eramos en otro tiempo como ellos son al presente, *quales nonnullos corrigimus,* (b) para que nos reconozcamos à nosotros mismos en ellos, y reconociendolos en nosotros, seamos moderados por la consideracion de nuestra flaqueza, empleemos nuestra caridad para corregirlos, y nuestra humildad para confundirnos; porque si no somos, ó no hemos sido tales como ellos son, es necesario evitar que nuestro corazón no llegue à ser peor por la presuncion; y que poniendonos nuestra inocencia superiores à ellos, no nos haga mas culpables que ellos; mirando el mal que hacen, y que tu no haces, considera al mismo tiempo el bien que hacen, y que tu no haces en otras cosas. Ese hombre, à quien tu reprehendes de no ser liberal para con los pobres, es circunspecto para con la reputacion del proximo; esa Dama es un poco mundana, pero es oficiosa, y caritativa; mantiene una secreta faccion, pero no es orgullosa, critica, ni murmuradora como tu, que bajo el pretexto de una prudencia, que mas proviene de tu natural, ó del desprecio que se hace de vosotros, que de tu virtud, te crees con derecho de ocultar tu mal, y de insultar à su fragilidad. Porque si nosotros no vemos bien alguno en ellos, ¿podemos acaso gloriarnos de los bienes que hemos recibido? ¿Los hemos, por ventura, merecido nosotros, quando el Padre de las luces, de quien bajan sus dones, los ha derramado sobre nosotros?

En-

(a) S. Augustinus. (b) S. Gregorius.

Entremos, pues, en sentimientos de humildad, y de caridad; de humildad, para bolver contra nosotros este espíritu de correccion, que exercemos contra nuestros hermanos; de caridad, para juntar à las correcciones necesarias todos los temperamentos de dulzura, que la Religion nos manda para hacernos à nosotros mismos incorregibles, é irreprehensibles delante de Dios, que juzgará à los que hubieremos juzgado, y dará à cada uno, segun sus obras en la eternidad, que yo os deseo bienaventurada. En el nombre del Padre, &c.

SER-

SERMON

DE LA

SAMARITANA.

*Si scires donum Dei.**Si tu conocieses el don de Dios. En el cap. 4.
del Evangelio de San Juan. v. 10.*

Os parece, Señores, que esta muger de Samaria, que el Evangelio nos representa el día de oy, bien lejos de carecer de razon, y de inteligencia, ¿se eleva sobre las luces, y los conocimientos de su sexo? Ponese à conversar con Jesu-Christo, ella le pregunta, ella le responde, ella discurre sobre la diferencia de Religiones entre los Samaritanos, y los Judios, sobre la grandeza de Jacob, y de sus Padres, sobre la forma, y sobre el lugar de la adoracion, y sobre la venida del Mesias; y no se pudiera decir, que si el Hijo de Dios se aplica à instruirle en estos Mysterios, es porque halla en ella un espiritu acostumbrado à meditarlos, y capaz de comprehenderlos? Con todo eso, antes que fuese tocada de Dios, no es sino ceguedad, no es sino tinieblas. Halla à Jesu-Christo sin buscarle, hablale sin conocerle, escuchale sin entenderle, pidele sin saber lo que le pide; ignora la esencia de la Religion, el poder de la Gracia, el mal estado de su conciencia; y lo que

que hay mas deplorable, es que no conoce el don de Dios. *Si scires donum Dei.* Apegada à los placeres de los sentidos, no sabe la dulzura que hay en ser de Dios, en servirle, y en amarle; molestanda de las fatigas del mundo, y tristemente ocupada en sacar de la profundidad del pozo de Jacob, una agua muerta que puede aliviar, pero que no puede apagar la sed; no sabe lo que es sacar con alegria de las fuentes puras del Salvador aquella agua viva, y vivificante, que apaga el fuego de las pasiones, y que llega hasta la vida eterna.

Permitid, Señores, que elevandome yo aqui sobre mí mismo, en virtud de mi ministerio, y tomando la palabra por Jesu-Christo diga à los que ponen su felicidad en el cumplimiento de sus profanos deseos, y que segun el lenguaje del Propheta, buscan su consolacion en los Dioses que se hacen ellos mismos, à los que engañados por las apariencias, corren tras de unos falsos placeres, con unos trabajos, y unas penas, que les serian insoportables, si el espiritu del mundo, de que están encantados, no les hiciese hallar no se que dulzura en sus amarguras, à los que para justificar su negligencia, creen que todos los caminos de la virtud están rodeados de una cerca de espinas, y que ven las Cruces, y no los olores de la piedad, à los que sirven à Dios con tristeza, y con violencia, y que temiendo sin amarle, parecen arrojarle como con pesar, el incienso que le dan, y llevarle las ofrendas que le presentan; permitid que yo les diga: Si supieseis el don de Dios, la dicha de una alma fiel, la alegria interior que la acompaña, las gracias continuas que la sostienen, las coronas eternas que la aguardan, *Si scires donum Dei.* Lo que me obliga à haceros ver en la serie de este discurso, esta importante verdad, que en vano buscan las gentes del mundo su reposo en los objetos de sus pasiones, que la paz es el fruto natural de la justicia, que Dios solo puede dar verdaderas consolaciones, y que no las dá sino à los que le aman, y que en fin, no hay gentes solidamente felices aun en esta vida sino los que son verdaderamente devotos, y están tocados de Dios. Quiera el Cielo, que para quitar

estos pretextos à vuestra pereza, os quite yo la falsa idea, que acaso tenéis de la virtud: que os anime à seguirla, representandoos sus dulzuras, y sus ventajas, y quiera el Espíritu de Dios, Espíritu consolador, hacer correr con anticipacion en vuestras almas algunas gotas de aquellos divinos rocios para disponerlas á aprovecharse de estas instrucciones. Esto es lo que le pedimos por la intercesion de Maria.

AVE MARIA.

Aunque Dios haya querido, que en el curso de esta vida mortal, los buenos, y los malos estuviesen confundidos, y que en él campo de la Iglesia la paja, y el trigo estuviese todo mezclado, la Escritura nos enseña, que Dios conoce á los que están en él, que los sustenta, que los protege, y que lo hace todo por la salvacion, y por la gloria de sus escogidos: *Omnia propter electos*. Aunque ordinariamente affige à los que ama, y aunque entrega á sus propios deseos à los que desprecia, exerce en el corazon de unos, y de otros sus misericordias, y sus justicias secretas, y como hace hallar á los justos sus consolaciones en sus trabajos, hace sentir á los pecadores en sus alegrías mundanas, sus castigos, y sus amarguras. Si entraseis en el fondo de su estado, veriais que viven sin reposo, que se atormentan sin fruto, que sufren sin alivio; en lugar de que los justos, que temen á Dios, que trabajan por Dios, que sufren por Dios tienen una conciencia pura, una esperanza solida, una proteccion poderosa; *pureza de conciencia, que hace su reposo, y su alegría; solidez de esperanza, que sostiene su valor; abundancia de socorros que coronan su paciencia*: Ve aquí todo el asunto de este discurso, si me honrais con vuestra atencion.

PUNTO PRIMERO.

DIOS, que lo hace todo con peso, y medida, y que formó al hombre por sí nada ha olvidado de lo que puede conducirlo á su perfeccion; y como esta perfeccion consiste en

pen su entendimiento, y su voluntad, que son las dos principales potencias del alma, y como el entendimiento se perfecciona por la ciencia, la voluntad por la virtud, ha criado en nuestro espíritu los principios universales de todas las ciencias, y en nuestro corazon las semillas de todas las virtudes, dándole una inclinacion natural á el bien, y una aversion à el mal, que puede ser debilitada, así como nuestra libertad por la costumbre, y por el habito del vicio; pero que no puede ser enteramente destruida: de aquí nace, que no sabriamos nosotros faltar á nuestras obligaciones de justicia, y de piedad, habiendo dentro de nosotros un consejo que nos las trayga á la memoria; aun quando nosotros huviesemos perdido toda la verguenza, un pudor secreto se apodera de nosotros, aun á pesar nuestro en medio de los aduladores que nos escusan; una voz de la verdad oculta en el fondo del corazon, levanta el grito mas fuerte, que la mentira, y la adulacion: nosotros, gustamos de disfrazar el mal que hemos hecho, y ocultarnosle á nosotros mismos, pero del seno de nuestra conciencia sale una imagen, y una representacion del pecado, que hemos cometido, despojado de los falsos colores que la haviamos dado; quando todo lo demás nos hiciera traycion, la conciencia nos advierte, y nos acusa. Y así como en todas las perdidas que tenia el Santo Job, hubo á lo menos un criado que salvandose de la derrota, le llevase la noticia de sus desgracias: *Et ego fugi solus, ut nuntiarem tibi*, (a) así tambien hay dentro de nosotros un sentimiento fiel; que á pesar del desorden del espíritu, y del endurecimiento del corazon, quando está todo confuso, ò aletargado, y que el pecado asola, y destruye todas las potencias; se escapa para representar al pecador las miserias del estado en que cae.

De esta especie de pena es, con la que Dios amenaza á los pecadores por la boca de uno de sus Prophetas. *Ponam Babylonem in possessionem Ericii*. (b) yo pondré á Babilonia en el poder del Erizo, para decir, que abandonará la alma

Hh 2

ma

(a) Job. 1. v. 16. (b) Isai. 14. v. 23.

ma de los malos á las punzadas, y á los remordimientos de su conciencia, suplicio natural, è inseparable del delito. La turbacion del alma, la incertidumbre de la vida, la imagen de la muerte, el temor de los juicios de Dios, son las puntas agudas que le traspasan. Esta es la pintura que el Espiritu de Dios nos hace en sus Escrituras: *sonitus terroris semper in auribus illius*, (a) unas voces de temor, y de terror resuenan incesantemente en sus oídos; la saludable reprehension de un buen amigo, que le reprehende sus excesos, la noticia de una muerte repentina, que por las desgracias de otro le hace reflexionar sobre sus peligros; las exortaciones de un predicador que entra á examinar los vicios para mover á los que los cometen, y aun mucho mas las acusaciones de su conciencia, que como un Predicador interior le dice secretamente, y á cada momento: *Tu es ille vir*, (b) tu eres, tu eres, haciendole formar á pesar suyo, las reflexiones, y las aplicaciones sobre sí mismo: *Cum pax sit semper, insidias suspicatur*: (c) en medio de la paz teme las emboscadas de sus enemigos, imagínase que da en todos los lazos, que le arman sus codicias, que sus propios placeres lo adormecen, y le hacen traycion, que una vida mala ordinariamente tiene un funesto fin, que es el juguete del demonio; y que acaso será bien presto la víctima. *Circumspectans undique gladium*, (d) vé delante de sus ojos tan presto la espada cortante de la palabra de Dios que amenaza cortar sus ligaduras, y de dividirle de sí mismo; tan presto la espada de la justicia de Dios, que vá á executar la sentencia: *Terrebit eum tribulatio*, (e) una enfermedad le aterrará, implorará la misericordia, llorará su desgracia, antes que su malicia; estas señales de penitencia serán mas esfuerzos de una conciencia desesperada, que efectos de una sincera conversion: y no se ven ordinariamente á estos determinados libertinos temblar al menor peligro de una muerte, antes de la qual hacian profesion

(a) Job. 15. v. 21.

(b) 2. Reg. 12. v. 7.

(c) Job. ubi sup.

(d) Id. v. 22.

(e) Id. v. 24.

sion de no creer cosa alguna, invocar mas Santos, llamar mas Sacerdotes, hacer mas votos, que los otros, recurrir á unas pequeñas devociones, de que antes se havian burlado mil veces, y venir á ser supersticiosos en la muerte, despues de haver vivido sin Religion durante su vida? En fin se verá rodeado de temores, y de desgracias, como un Rey se vé cercado de sus guardias en el dia de una batalla: *Angustia vallabit eum, sicut Regem qui preparatur ad praelium*. (a)

Ved aqui, hermanos míos, las expresiones de la Escritura; el Espiritu Santo, que vé los sentimientos de los corazones, los describe así; y si vosotros conociereis á pecadores que no están sujetos á estas inquietudes, y á estas penas, es porque han ahogado los remordimientos de su conciencia; llorad su desgraciada insensibilidad, y sabed que hay en la Religion, como en la navegacion, una calma mas peligrosa, que las mismas tempestades, y que el mal que no se deja sentir, es el mas incurable.

Pero al contrario, esta conciencia es una fuente de alegría, y de consolacion para los buenos. El Sabio la compara á un festin que no se acaba, *Mens secura jube convivium*, (b) á aquellos dulces ratos en que se juntan los amigos, en que se dá de mano á todos los cuidados, y á todos los trabajos, en que la libertad, la familiaridad, y la alegría reynan sin turbacion, de donde se excluye todo lo que altera, ó lo que incomoda: en donde no solamente se alimenta de viandas exquisitas, sino que tambien se satisface el espiritu con agradables conversaciones. A esto es á lo que se reduce toda la dulzura de la vida. Y tal es la conciencia del justo. Aquel conjunto de virtudes, en que todas contribuyen á hacerle feliz, aquella seguridad, que le da su corazon, aquella apacible libertad, que le dejan sus pasiones debilitadas, ó vencidas, aquella sabia, y modesta confianza, que tiene en la misericordia del Señor, la presencia del Espiritu Santo á quien acompañan siempre la paz,

(a) Id.

(b) Prov. 15. v. 15.

paz, y la alegría, todo esto compone la felicidad de una alma virtuosa.

La razon de esta verdad es, porque siempre hay en el orden de Dios una proporcion de merito, y de recompensa. Pues la virtud tiene dos especies de merito; uno exterior, que consiste en el exemplo, y en la edificacion, que dà á los que la ven, otro interior, que viene del corazon, y de la buena intencion del que la practica. Así tambien hay dos suertes de recompensas naturales á la virtud; la una exterior que es el honor, y la reverencia, que se la debe; siendo justo que sea glorificada, puesto que sirve de glorificar al Padre Celestial; la otra interior, que es el reposo, y la alegría del corazon; siendo justo que el fruto de la justicia se coja en el mismo lugar, en que se produjo. Además de que estando el hombre compuesto de espiritu, y de cuerpo, y pudiendo cada una de estas dos partes gozar de una felicidad proporcionada, el hombre sensual se satisface por el délcyte, y el hombre espiritual se contenta por la inocencia, y así, teniendo el cuerpo sus placeres terrenos, y bajos segun su naturaleza, el espiritu, mas noble por la condicion de su origen, por la capacidad de su bienaventuranza, por la excelencia de sus deseos, y por la grandeza de su objeto, ¿no debe tener sus placeres conformes á su nobleza? Y que por consiguiente, no pueden consistir sino en la posesion de la verdad, de la caridad, y de la justicia, que forman una buena conciencia.

Si vosotros, hermanos míos, habeis gustado estos placeres, ¿qué vanos, é insípidos os parecerán los que el mundo os ofrece! Pero bien se, que los habeis gustado, y no tengo mas que remitiros á vuestras experiencias pasadas. Quando despues de una exacta, y sincera confesion de vuestros pecados, que por tanto tiempo haviais guardado acaso en vuestra alma, sin reflexion, y sin arrepentimiento, habeis obtenido en fin la gracia en el tribunal de la penitencia, y que en virtud de la misericordia, y de la sangre de Jesu-Christo os levantabais absueltos, y justificados por la voz del Sacerdote ¿qué pensabais vosotros? ¿qué sentiais vosotros? ¿qual era la calma, y el reposo de vuestro corazon? ¿No os sentiais como descargados de una

pe-

pesada carga? ¿Una consolacion interior no se derramaba en toda la estension de vuestra alma? ¿No os parecía, que las cadenas de vuestros pecados se havian caído, y que haviais recobrado vuestra libertad? ¿Qual erã vuestro fervor, quando libres de vuestros malos habitos, y embebidos en vuestras buenas intenciones ibais á participar del Cuerpo, y de la Sangre de Jesu-Christo? Pero estos intervalos de piedad han durado poco, y esta divina semilla por falta de ser cultivada, fue bien presto sofocada: *Natum aruit, quia non habebat humorem.* (a) Pero me aseguro en que reconocis que aquellos fueron los mas dulces, y los mas dichosos momentos de vuestra vida, y que todos los placeres de los sentidos no equivalen á aquellas horas de consolaciones puras, y espirituales, que vuestra buena conciencia os ha dado.

Si en estas conversiones pasajeras hay tanta uncion, y tanta dulzura, ¿qué será en una entera mudanza de vida? ¿Quan dulce me era, exclamaba San Agustín, renunciar las falaces dulzuras, y los vanos placeres del Mundo; y qual era mi alegría en dejar lo que tanto trabajo me havia costado el perder! ¿Qué será en fin, en aquellas almas puras, que han seguido al Cordero sin mancha, y que han conservado la inocencia bautismal? El Espiritu Santo les dá un testimonio perpetuo, de que son hijos de Dios; una voz de regocijo, y de salud pronunciada en sus Tabernáculos, quiero decir, en su conciencia: *Vox exultationis, & salutis in tabernaculis justorum.* (b) Ellos no ven otras imagenes que las de los peligros, que han evitado, y las gracias, que Dios les ha hecho, y gozan ya por anticipacion, de aquella paz, y de aquel reposo, que les está preparado en la eternidad.

¿Pero qué reposo pueden tener, direis vosotros, en las penas que Dios les embia, en las que el Mundo les causa, y en las que se imponen ellos mismos? Son perseguidos, es verdad, son afligidos, pero están tranquilos; vosotros les veis

(a) Luc. 8. v. 6. (b) Psalm. 117. v. 15.

sufrir, pero vosotros no les oís murmurar; llevan en sus cuerpos la mortificacion de Jesu-Christo, pero llevan en sus corazones las consolaciones del Espiritu Santo; las víctimas se deguellan en los porticos, pero solo en el Arca es donde se conserva el Maná en el Santuario. Pero aun quando tuviesen algunas penas, ¿son comparables á los tormentos de una mala conciencia? ¿La vida de los Religiosos mas aultéros es mas molesta, que la de un ambicioso, que corre tras de una fortuna adonde acaso jamás arribará? ¿Siempre fluctando entre sus deseos, y sus despechos, entre sus esperanzas, y sus temores, entre sus deliros, y sus remordimientos? ¿Y hay devoto tan mortificado, tan esclavo de sus obligaciones, tan retirado del Mundo, que pase peores ratos que una muger mundana, que tiene confianças que tratar, artificios que conducir, que tiene dificultad en arreglarse, y temor de encargarse á otro, que no vá á visita, que no crea oír todas las voces de la maledicencia, que gritan contra ella, que no piense ver un marido, que la observa, un Confesor, que la exorta, y su conciencia misma que la reprehende sus desordenes? ¿Hay pobre mendigo por poco que esté tocado de Dios para sufrir su pobreza, que no sea mas feliz en las manos de la Providencia, que un rico, que goza de una hacienda mal adquirida, que teme los juicios de Dios, y las pesquisas de los hombres, á quien la conciencia estimula por un lado, y la codicia contiene por otro, que no puede ignorar la obligacion, que tiene de restituir, y que no puede resolverse á dejar su tren, y aquel ayre de grandeza, que no puede sostener sino por sus riquezas? ¿Qual de este estado eligiriais vosotros? Porque es necesario desengañar al mundo por el mundo mismo; y yo os quiero convencer oy dia por unas pruebas tan sensibles que no las podais negar.

Lo que produce este reposo, y esta alegría en los buenos, es el testimonio de su conciencia, que segun San Pablo, es nuestra verdadera, y solida gloria: *Gloria nostra testimonium conscientia nostra.* (a) Nada hay tan convin-

(a) 2. ad Cor. 1. v. 12.

cente, como una aprobacion, y una alabanza, que nos viene del fondo proprio de nuestras buenas obras. El testimonio que los hombres dán á nuestra virtud siempre es sospechoso; nuestras acciones no son loables, ni pueden jamás ser justificadas, sino por la intencion, y siendo esta desconocida á los hombres, muchas veces tenemos motivo de burlarnos aun de aquellos que nos alaban. Fuera de que cubriendose la mayor parte de los vicios de una falsa mascara de virtud, ¿cómo han de discernir la verdad de la mentira? Además de esto, los hombres naturalmente son aduladores, é interesados, escusan los defectos de otro para que se les perdonen los suyos, y la intencion ordinaria de los que presentan el incienso de las alabanzas, es que el olor del perfume llegue tambien á ellos, y así no hay lugar de gloriarse, ni de regocijarse de todo el bien que el mundo puede decir de nosotros; pero un testimonio interior que nos viene de las buenas obras que hemos hecho, y de la Ley de Dios que hemos practicado, quando es la verdad, y no el amor proprio quien nos lo dá, quando nosotros referimos á Dios toda la gloria; es una alegría solida, porque proviene de una Religion pura, y sincera; es una alegría cierta, porque la conciencia es incorruptible; es una alegría perpetua, porque nadie puede quitarnosla: *Gaudium vestrum nemo tollet á vobis;* (a) en fin, es una alegría plena, segun la palabra de Jesu-Christo: *Ut gaudium vestrum sit plenum,* (b) porque sola ella basta para hacer la felicidad de un justo en este mundo.

Porque ¿de donde proviene este recogimiento, este retiro, esta separacion de todo lo que se llama diversion en el siglo, de que las gentes verdaderamente devotas se privan aun con placer? Es porque tienen dentro de sí mismos una fuente de satisfaccion, que nunca se agota, y que al mismo tiempo consume todos los trabajos que por otra parte

Tom 5.

ii

po-

(a) Joann. 16. v. 22. (b) Id. v. 24.

podian tener; en lugar de que los malos, que tienen el corazón siempre inquieto, y siempre turbado, y que no pueden acallar su triste conciencia, salen como fuera de sí, dice San Agustín: *Foras exeunt à se ipsis*; semejantes, añade este Padre, á aquellos infelices maridos, que no pudiendo tolerar el molesto humor de una muger regañona, y desenfadada, y no hallando, ni dulzura, ni reposo en su casa, molestados de sus enfados domesticos, se detienen lo menos que pueden en sus casas, y van á buscar consuelos en las ajenas; tal es la vida de los pecadores, corren tras de todo aquello que los distrae, y que los aficiona.

¿Por qué se han inventado esos espectáculos, adonde se va á dispartar las pasiones, á alimentar el alma de profanos amores, y de musicas afeminadas, y á divertir como se pueda una molesta, y pesada ociosidad, y á llenar de ideas de mundo en este santo tiempo de Quaresma, en que la Iglesia prohíbe todos los placeres, en que el Christiano no debe tener otro espectáculo que el de la Pasion de Jesu-Christo, no aprender otras maximas que las de la penitencia que se le predica, y no oír otros canticos que los de la Iglesia, que inspiran el dolor, y la compuncion. ¿De donde viene esa pasion que se tiene por el juego, en que se exponen al aeaso, y á la fortuna los bienes, que se han recibido de la Divina Providencia, en que aun los mismos amigos se arruinan voluntariamente unos á otros, y en donde se hace estudio de perder su hacienda, su tiempo, y su conciencia? Y aunque este placer ordinariamente viene á ser furor, y suplicio por la iniquidad, la impaciencia, y el juramento; si no se halla con que divertirse, á lo menos se busca con que aficionarse, porque no hay con que reprimirse uno á sí mismo? ¿De donde provienen en fin, esos estudios en que carga la imaginacion de curiosidades, á lo menos inutiles; esas visitas que se pasan en el comercio de vanidades, y de noticias, esas conversaciones en que se divierte á costa del pudor, ó de la caridad christiana? San Agustín os responderá, que buscan su reposo: *Quietem in nugis, in spectaculis,*

in luxuriis querunt; y por qué le buscan así? *Quia non est illis intus bene unde gaudeant in conscientia sua*; (a) porque nada tienen en el fondo de su corazón, en que puedan hallar un contento solido, y verdadero. Haviendolo dispuesto Dios así para que un hombre malo no pueda ser feliz, ya sea esto un efecto de desorden del alma, que haviendose separado del orden natural de sumision, y de obediencia, que debe á Dios, se halla en una situacion forzada, y violenta, ya sea un efecto de la misericordia de Dios para desprendernos del pecado por las amarguras, que se encuentran en él, y atraernos á él por estas inquietudes, como al origen de los verdaderos, y solidos placeres, ya sea por un efecto de su justicia, que castiga á el pecador por el pecado mismo, haciendole sentir aquel yugo pesado que oprime á los hijos de Adán, segun los terminos de la Escritura.

Al contrario el justo, jamás se arroja á las diversiones exteriores para dar un falso reposo á las turbaciones interiores de su alma, no tiene mas que retirarse en sí mismo, y halla su reposo seguro. Quando David, que havia experimentado tanto los tormentos del pecado, como las dulzuras de la inocencia, quiere definir al hombre feliz, ¿en qué pensais vosotros que hace consistir su felicidad? ¿Es acaso en la grandeza mundana? No por cierto, esta ordinariamente no sirve sino de hacer grandes pecadores: ¿Es acaso en la abundancia de bienes, en la suntuosidad, y en la estension de posesiones? Tampoco, porque fuera de que siendo estas cosas inferiores á nosotros, no pueden hacernos mejores, nos corrompen, ó á lo menos se nos huyen. ¿Pues quién es ese hombre feliz? *Beatus vir cui non imputabit Dominus peccatum*. (b) El que vive en la justicia, quien anda delante de Dios con circunspeccion, pero con confianza, quien no se propone malos fines, quien no pervierte los buenos por vias injustas, quien no estima al Mundo por lo que es, y solo busca agradar á Dios, quien posee sus bienes sin

(a) S. Augustinus. (b) Psalm. 31. v. 2.

apego, y mira los agenos sin envidia, quien refiere sus afectos á la Ley, y quien inclinando toda su voluntad á la de Dios, hace siempre lo que él quiere, porque solo quiere lo que Dios manda que haga, ó que le suceda: *Qui facit hæc, non movebitur in æternum.* (a) Jamás será turbado, su conciencia establecerá su reposo, y su esperanza sostendrá su valor en sus trabajos.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

PUNTO SEGUNDO.

DIOS solo por su grandeza, y por su felicidad puede hacer la dicha del hombre, porque no dependiendo el hombre sino de Dios, y no pudiendo hallar fuera de él sino felicidades fragiles, y pasajeras, reconoce, que solo aquel que le ha criado puede hacerle feliz; y que no hay verdadero bien para él, sino aquel que es la fuente de todos los bienes. Y asi poseer á Dios por el conocimiento, y por la caridad, es la gloria de los bienaventurados en el Cielo; poseer á Dios por el deseo, y por la esperanza, es el reposo de los buenos sobre la tierra; de este modo discurre S. Agustín, y este es todo el fundamento de la Religion Christiana; por esta razon el Espiritu Santo en la Escritura junta ordinariamente la bendicion, y la beatitud con la esperanza: *Benedictus vir, qui confidit in Domino;* (b) bendito sea el hombre que pone su confianza en el Señor: *Beatus vir, beati omnes qui sperant in eo;* (c) bienaventurado el hombre, y bienaventurados todos aquellos, que esperan en él; quando á los que se apegan al mundo por sus afectos, y sus esperanzas, les aplica un caracter de maldicion, y de reprobacion: *Maledictus homo, qui confidit in homine;* (d) maldito sea el hombre que pone su confianza en el hombre: *Va filii desertores... sperantes auxilium in forti-*

(a) Psalm. 14. v. 5. (b) Jerem. 17. v. 2.
(c) Psalm. 33. v. 19. (d) Jerem. ubi sup. v. 5.

titudine Pharaonis! (a) ¡Infelices de vosotros hijos rebeldes, que esperais vuestro socorro de las fuerzas de Egipto, y de Pharaon! para enseñarnos, que la alegría, y el reposo de los buenos es unirse á Dios, que los sostiene, y los recompensa; y al contrario, que la miseria de los malos es el apegarse al mundo, que los abandona, y engaña.

Porque ¿qué pueden esperar del Mundo? ¿Qué bienes posee él que no sean falsos? ¿Qué males tiene que no sean verdaderos? Su paz es sin tranquilidad, su seguridad sin fundamento, sus temores sin causa, sus trabajos sin fruto, sus lagrimas sin motivo, sus designios sin suceso, sus alegrías sin modestia, sus tristezas sin compuncion, y sus esperanzas sin consuelo. Y lo que hay de mas cruel en él es, que la iniquidad le cerca, y que en medio de él, como en su centro, está el trabajo, y la injusticia: *Circumdabit eum iniquitas, & labor in medio ejus, & iniustitia,* (b) dice el Rey Propheta, sufriendo sin paciència, pecando, sin reflexion, igualmente infeliz en sus placeres, que en sus penas, igualmente criminal por lo que sufre, como por lo que ama, porque ama sin eleccion, y sufre sin esperanza.

No porque el mundo no esté lleno de gentes que pretenden, y que esperan; pero como no buscan su salvacion en sus pretensiones, por un justo castigo de Dios no hallan su reposo. Si hay una hacienda, ó una gloria que ganar, una plaza que ocupar, si llega á vacar un Beneficio, ¿qué empeños, qué enredos no se forman! ¿Quantos deseos no se dispiertan! Porque el dia de oy lo sagrado se trata como lo profano. El Mundo les muestra como durable, y como real un bien, que no es sino pasajero, é imaginario, y promete á muchos lo que no puede dar sino á uno solo; hace envejecer á los que le sirven en la prosecucion de sus menores favores, y muchisimas veces, despues de haver apurado su paciència, les paga con desprecios; semejante, dice un Padre de la Iglesia, á aquel Demonio que tentó á Jesu-

(a) Isai. 30. v. 1. y 2. (b) Psalm. 54. v. 11. y 12.

Christo en el desierto, que despues de un ayuno de quarenta dias, le presenta piedras por pan: *Dic, ut lapides isti panes fiant.* (a) Pero aua quando sus esperanzas no fuesen frustradas, ¿qual es su fin? Ser un poco mas atendido que otro, ser servido, y saludado por algunas mas gentes, suministrar algunos titulos mas á su vanidad, tener un poco mas de gualto, que hacer, y todo esto por pasar algunos dias de una miserable vida: *O qui letamini in nihilo!* (b) decia en otro tiempo un Propheta, ¿vosotros que os regocijais de nada! Si juzgais segun la verdad de Dios, nada; si considerais la dignidad del alma, nada; si mirais su fondo, y su duracion, nada; si los comparais al deseo, y á la ambicion de los que los poseen, nada.

Vé aqui, hermanos mios, á que se reducen todas las esperanzas mundanas. ¿Y nos admiraremos si no pueden satisfacer, y si lejos de consolar, atormentan? Con todo eso, parece que nada se pretende de Dios, y que todo se aguarda del Mundo; pero la esperanza Christiana es el objeto de nuestra alegria, puesto que nos hace ver la recompensa de nuestros trabajos, solida, cierta, y eterna: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes,* (c) dice el Apostol. Ella es, quien suaviza todas las penas de nuestra peregrinacion á vista de la herencia, que nos está preparada en la Patria Celestial; ella es, quien nos hace llevar nuestras cruces con fervor, mostrandonos las Coronas, que nos están destinadas, quando huvieremos arribado al termino de nuestra carrera; ella es, quien nos hace aprovechar todo el tiempo que Dios nos dá para merecer recoger con alegria una dichosa eternidad, que tendremos como sembrada por nuestras buenas obras; es aquel Tabernaculo, que Dios promete á sus escogidos por su Propheta, para defenderlos de los calores del estío, y de las inclemencias del invierno; esto es, de las adversidades de esta vida; es aquella ancora sagrada, de que habla el Apostol,

(a) Matth. 4. v. 3. (b) Amòs 6. v. 14.

(c) ad Rom. 12. v. 12.

tol, en que aferrando el Christiano su navio, permanece firme, y resiste á las tempestades de las tentaciones, que el enemigo de nuestra salvacion nos suscita.

Hablo de aquella esperanza viva, en la qual hemos sido reengendrados por la gran misericordia de Dios, que hace decir al Apostol San Pedro: *Benedictus Deus, & Pater Domini nostri Jesu-Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam... in hereditatem incorruptibilem, & incontaminatam, & immarcescibilem conservatam in Coelis, in vobis;* (a) en que observais, Señores, que asi como hay dos suertes de fé, una fé muerta, que quedandose en la superficie del espiritu, y no obrando por la caridad, no produce accion alguna de vida, ni fruto alguno de justicia, y de piedad; y una fé viva, que inflamando el corazon despues de haver ilustrado el espiritu, derrama en toda la conducta de los justos un espiritu de accion, y de vida, y le hace producir las buenas obras; asi tambien hay dos suertes de esperanzas; una esperanza muerta, que no dá vigor alguno al alma, que no la fortifica en sus funciones, que no la anima en sus combates, que no la consuela en sus penas, por la qual se quiere friamente ser recompensado sin trabajo, ser feliz sin merito, ser coronado sin victoria; de este modo es como esperan los malos Christianos; pero hay una esperanza viva, que dá consolaciones, y alegrías, valor, y fuerza á los buenos, que persuadiendolos en el corazon la grandeza de los bienes eternos, que aguardan, la fé les hace emprenderlo todo por obtenerlos, y sufrirlo todo por merecerlos; esta es aquella alegria interior, aquella esperanza de los justos de que habla San Pablo: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes.* (b)

Pero esta esperanza produce en nosotros tres sentimientos; una alegria de reconocimiento, que nos hace servir á Dios como á nuestro bienhechor; una alegria de fervor, con la que hallamos en las penas, que encontramos sirviendole,

las

(a) 1. Petri 1. v. 3. y 4. (b) Ad Rom. ubi sup.

las ventajas, que nos resultan. Recorramos estas verdades en pocas palabras.

Nada hay tan sensible, y gustoso para un corazon noble, y generoso, como mostrar su reconocimiento. Un beneficio, que se recibe, jamás se deja sentir mejor, que quando se puede pagar con algun servicio. El corazon no se contenta con sus sentimientos, quiere explicarse por las acciones, ò á lo menos por las alabanzas; y para estar en reposo, quiere tener el placer de bolver en quanto le sea posible, los buenos officios que ha recibido. Este es el omenage, que nosotros debemos á los que hacen, ò que quieren hacer nuestra fortuna, y esta atencion no es un interés, sino una decencia, y una justicia. Asi es como el justo se dedica á servir, y alabar á Dios, de quien recibe la gracia, y espera la gloria: no hay en él otra pasion, que agradar al que le hace feliz. Aunque no pueda gozar de esta felicidad sino despues de su muerte, demasiada felicidad es para él el desearla, y esperarla durante su vida; no puede considerar el bien que aguarda, sin alabar á el que le dá; y fortificandose mutuamente, la esperanza, y la caridad, pone su confianza en Dios, y ama á Dios en su confianza.

¿Y Quales son sus movimientos en la esperanza de esta felicidad por qué suspira? Tan presto admira las misericordias del Señor, que por tan pequeños servicios, como le hacemos, nos prepara tan grandes recompensas. Tan presto contempla su grandeza, dispensando á el hombre bienes que el hombre no puede comprehender. Tan presto se asegura de la fidelidad de sus promesas, y lee sus Escrituras, como cartas que nos instruyen de lo que hemos de poseer algun dia, y nos dan continuas seguridades para que tengamos á lo menos este consuelo en las penas, que nos afligen: *Ut per consolationem Scripturarum spem habeamus.* (a) Algunas veces considera lo que ha costado á Jesu-Christo adquirirle esta gloria, y se confunde, y se anonada en sí mismo: acostumbra por anticipacion á cantar

(a) Ad Rom. 15. v. 4.

tar los Canticos de Sion en esta tierra estrangera. Privase hasta de los placeres inocentes por no perder la posesion de los bienes infinitos; y en fin se aplica con alegría á buscar por sus deseos, á pedir en sus oraciones, y á obtener por sus trabajos lo que Dios le concederá por su gracia.

Pero la esperanza de los malos, es una esperanza triste, y despreciable, lleva consigo su ingratitude, y su confusion; rodeados de continuos bienes que Dios les hace, y de los eternos que les promete, si le sirven, olvidan á su bienhechor, y arrastran todos los dias á los pies mismos de sus Altares un corazon languido, y una conciencia ingrata. Cansados de las penas de este mundo, alguna vez levantan los ojos, pero nada ven, que los consuele. No pueden ignorar qual es su verdadera dicha, y no pueden dejar sus mundanos consuelos; el Cielo se abre, y al punto se cierra para ellos; un resplandor las mas veces importuno les hace ver en el Parayso lo que hubieran podido ganar, y lo que van á perder, si consideran de paso las misericordias de Dios, ó si reflexionan sobre sus propias miserias, no tienen, ni confianza, ni caridad, y su esperanza se enciende, y se apaga casi á un mismo tiempo. Y asi la Escritura nos enseña, que la esperanza de los impios es como aquellas pajitas que se lleva el viento, como una ligera espuma, que se desvanece en el agua, como la memoria de un huesped que pasa. ¿Pues hay cosa mas molesta, que vivir de este modo?

La segunda alegría de las almas fieles es, la de un Santo fervor, que les hace vencer las dificultades, y los obstaculos que hallan en los caminos de la Salvacion. Aqui es, hermanos míos, donde el mundo hace de caritativo, y tiene lastima de la devocion. ¡Que lastimal dicen, siempre estarse violentando, ir siempre contra su inclinacion, ¿se ha hecho uno para incomodarse á sí mismo, y para huir de todos los placeres? Juzgase de los sentimientos de otro por los suyos propios; formase una vana idea de la devocion, y sin pararse en la prudencia, en el reposo, en la libertad de un hombre de bien, solamente se le mira como un hombre melancólico, que se mortifica, y se violenta. Pero aun quando esta

imaginacion fuese verdadera, ¿tiene por ventura el mundo menos violencias, y tormentos? Para elevarse algunos grados, ¿á quantas puertas es necesario llamar? ¿A quantos amos es necesario responder? ¿Quantos genios sobervios es necesario sufrir? ¿Quantas veces es necesario renunciar sus placeres, sus gustos, y sus deberes? Si lo juzgaseis por la fè, mas compasion tendriais de su persona, que envidia por su fortuna. ¿Para adquirir las riquezas no es necesario llevar el peso del dia, y del calor, así como para la Salvacion? ¿Qué asistencia, qué sumision no se tiene por aquellas personas de quienes se hereda, aun quando por otra parte se les tenga desprecio, y aversion? ¿El deleyte mismo no tiene sus trabajos? ¿No se hallan debajo de sus flores, serpientes que pican, y que envenenan? ¿Y sus sectadores mas delicados no se quejan en la Escritura que se han cansado en los caminos penosos, y difíciles de la iniquidad? (a) El Sabio, que havia pesado todas las vanidades, y todas las inclinaciones del corazon del hombre, no se atreve á preguntarle, sino dice, que hace por la Sabiduria lo que hace por su interés: *Si quisieris sapientiam quasi pecuniam.* (b) Y tu, Ministro infatigable del Evangelio, Xavier, Apostol de estos ultimos tiempos, despues de los peligros, las molestias de una larga navegacion, no te podias consolar al ver que la codicia de las gentes del mundo huviese sido mas arriesgada, y mas animosa que la caridad de los hijos de Dios, que los Pilotos, y los Mercaderes huviesen estado antes en el Japon, que los Misioneros, y que se huviese tenido mas ardor en llevar á él las curiosidades de la Europa, que la doctrina del Evangelio. Tanta verdad es, que el mundo no dá menos trabajos que Jesu-Christo. Pero hay esta diferencia, que en el mundo los trabajos son verdaderos, y las esperanzas son falsas; en lugar de que en la Religion, las esperanzas son solidas, y los trabajos no son sino aparentes, ó á lo mas ligeros.

La esperanza es su fuerza que les sostiene: *In spe fortitu-*

(a) Sap. 5. v. 7.

(b) Prov. 2. v. 4.

tudo vestra; (a) ella los hace capaces de todo; y segun San Bernardo, ninguna cosa hace conocer mejor la virtud, y la omnipotencia de Dios, como el ver que no solamente lo puede todo, sino tambien, que los que esperan en él, son tambien en alguna manera omnipotentes, y que en el servicio de Dios ningun obstaculo los detiene. Se les vé elevarse sobre los sentimientos de la naturaleza, no mirar al camino por donde van, sino al termino donde aspiran, y por la impresion del fin bienaventurado que aguardan, hallan sus placeres, donde los demas hallarian sus suplicios. ¡Qué alegria para ellos ir á llevar á los pies del Señor las pasiones que han vencido, y hacer otros tantos sacrificios á su gloria! La dulzura que tienen en vencer, hace que no sientan el trabajo de haver combatido. ¡Qué alegria al ver crecer sus recompensas por sus trabajos, que sus tribulaciones por ligeras que sean, forman insensiblemente aquel peso eterno de gloria, de que habla el Apostol, y que cada paso que dan en los caminos de la virtud los abanza ácia la bienaventuranza! *Scientes, quod labor vester non est inanis in Domino.* (b)

Esta es aquella alegria de ganancia, y de provecho, que solo sienten los buenos; porque hay cruces para todo el mundo, los buenos, y los malos igualmente son afligidos. Llorase en Jerusalem, como en Babylonia; y no hay corazon tan feliz, que no haya sido mortificado, y herido por alguna desgracia, ya por un efecto particular de la Providencia, ya en el curso de la naturaleza, ya por las revoluciones de la fortuna, ó ya en fin por la imprudencia, ó la malicia de los hombres: ninguno hay que no haya tenido con que santificarse por su paciencia. La desgracia es que esta paciencia en la mayor parte es inutil, que sufren como condenados, y no como penitentes, que sus tormentos no producen fruto alguno para la vida eterna, que son las penas de sus pecados, y no los frutos de su penitencia, que sus espinas jamás florecen, y que mueren sobre las cruces de sus pasiones, y no sobre la

Kk 2

Cruz

(a) Isai. 30. v. 15.

(b) 1. ad Cor. 15. v. 58.

Cruz de Jesu-Christo: *Vacua spes eorum, & labores sine fructu.* (a) Lo que hay que admirar es, que se hacen un habito de estas penas quando tienen alguna conexion con sus codicias, y que aman hasta sus mismos suplicios: semejantes à aquellos hijos de Zabulon, de quienes habla la Escritura, que chupan el agua del mar como la leche, y cuyas amargas les parecen deliciosas; (b) y lo que hay de deplorable, es, que las penas que sufren por el mundo, son por su antojo mas soportables, que las que sufren por Dios. Haràn abstinencias rigurosas por su salud, y no podrán tolerar un ayuno de la Iglesia por su conciencia; levantarànse por la mañana para solicitar empeños por un pleyto; abandonarán el Sermon, si la hora no se acomoda á la flaqueza, ó por mejor decir, à la pereza de aquellos á quienes se convida; arriesgaràn su reputacion, y su fortuna por satisfacer á una ridicula pasion, y no se atreveràn á convertirse, ó interrumpiràn su conversion por una falsa verguenza, y por la mala burla de un libertino. ¿Y de qué proviene esto? De que sienten todo el peso del trabajo, y no están animados de una esperanza divina, que no tienen ni los auxilios, ni los recursos que los Justos en sus trabajos; esto es lo que me resta haceros ver, y lo que reduzco á algunas simples reflexiones por no cansar vuestra atencion.

PUNTO TERCERO.

Lo que retrae de ordinario à los malos Christianos de la practica de la virtud es, que sienten las dificultades, y que no han experimentado los auxilios, y los recursos que la acompañan. Ven á los Syrios armados contra el Propheta, y no ven á aquellos invisibles Soldados que Dios destina á su defensa; y así se consideran como incapaces de sostener una em-

(a) Sap. 3. v. 11.

(b) *Inundat onem maris quasi lac sugent.* Deuter. 31. v. 19.

empresa tan difícil, y miran como á infelices á los que se empeñan en ella. No obstante todo contribuye à aliviar á los buenos en las tribulaciones de la vida, Dios se declara su protector en todas las partes de sus Escrituras, tan presto promete que los asilirá en sus tribulaciones: *Adjutor in tribulationibus.* (a) Porque el justo le invocará, y sus oraciones serán oídas; tan presto que estará con ellos en su afliccion: *Cum ipso sum in tribulatione,* (b) lo que le hace decir á San Bernardo: Señor, dadme sin cesar aflicciones para que esteis siempre conmigo, tan presto, que dilatará su corazon: *In tribulatione dilatasti mihi,* (c) haciendo correr sus consolaciones, y su alegría en los mismos disgustos que los rodean; tan presto, que los ocultará en lo secreto de su rostro: *Abcondes eos in abscondito faciei tue,* (d) no solamente en el tabernaculo, sino á su vista misma, para tenerlos en mayor seguridad contra sus enemigos. Como es su Providencia quien los affige, su misericordia es quien los consuela: ¡felices aquellos á quienes se digna affigir para corregirlos de sus defectos, para probar su virtud, para tenerlos bajo la dependencia de su gracia, para avivar su fé, para exercitar su paciencia, para formarlos à la humildad, para desprenderlos del mundo, y que haga de este modo de sus mismos males una parte de sus bienes! ¡Felices aquellos, á quienes se digna consolar, para mostrarles que es su Salvador, y su Padre, para hacerles despreciar los alivios humanos por el gusto de sus bendiciones espirituales, y para redoblar su amor por el cuidado que tiene de su reposo, y de su Salvacion, y por la confianza, que les da en sus promesas, y en su gracia!

¿Que no pueda yo mostraros los socorros, que Jesu-Christo obra en ellos, como reyna por su gracia, como los conduce por el camino de sus verdades Evangelicas, como los santifica en el uso de sus Sacramentos, y como sufriendo en ellos, despues de haver sufrido por ellos, lleva el

(a) Psal. 45. v. 2.

(b) Psal. 90. v. 15.

(c) Psal. 4. v. 2.

(d) Psal. 30. v. 21.

el mismo para aliviarlos una parte de su Cruz, despues de haver llevado la suya? Que no pueda yo explicar de què manera el Espiritu Santo por la infusion de su caridad remueve estos corazones vacios de afectos humanos, como suaviza el yugo de que estan cargados, como derrama aquellas eficaces alegrías, que hacen no sentir las penas, ó por mejor decir, que se amen las penas que se sienten? Que no pueda yo en fin mostraros los recursos, que hallan los buenos en las gracias, que han recibido de Dios, y en el hábito de las virtudes, que han practicado? A la manera que quando el corazon se halla en alguna opresion violenta, toda la sangre acude á su socorro, no sea que cayga en algun desmayo; así tambien quando el alma del justo se halla en alguna urgente affliction, se recoge toda su fuerza, y todas sus virtudes se juntan. La Fè le hace conocer, quales son los verdaderos bienes, y los verdaderos males; la Esperanza suaviza sus penas á vista de las recompensas; la Caridad le hace adorar la mano de Dios al mismo tiempo que le hiere; la humildad le persuade, que no hay castigo que no merezca, la obediencia le comete, la paciencia le consuela, y Jesu-Christo le fortifica. Pero los malos están sin apoyo, y sin alivio en sus penas, son humildes, y no tienen humildad, sufren, y no están acostumbrados á la paciencia, y la voluntad de Dios les parece aspera, porque carecen de sumision.

Concluyamos, Señores, por dos importantes reflexiones. La primera es, que el mundo es una mezcla de apariencias: que es una figura, segun San Pablo, hasta que Dios haya revelado las tinieblas, y los secretos de las conciencias por la fé, son falsos los juicios que se hacen sobre la felicidad de esta vida; pero segun los principios de esta fé, es cierto, que la felicidad aun en esta vida está unida á la piedad. Y yo os digo con toda la autoridad, que dà la palabra de Dios, que no hay paz para los impios: *Non est pax impiis* (a) que den toda la estension, que quieran á sus pasiones, que se pongan si pueden sobre las leyes, que no tengan por toda justicia,

(a) Isai. 18. v. 22.

y por toda razon, sino su libertad, y su libertinage, que se hagan un estudio, y un arte del deleyte, Dios es quien lo dice, no yo: *Non est pax impiis, dicit Dominus.* (a) ¿La vanidad no estaba ya por entonces introducida? ¿El Propheta, que predicaba esta verdad, no veía los excesos de las gentes del mundo? ¿El ruido de los regocijos publicos, y particulares no resonaba ya hasta en sus oídos? Las hijas de Sion havian estado jamás mas engreidas ni mas adornadas? ¿Las diversiones, los placeres, y la bufonada no eran los asuntos ordinarios de sus murmuraciones? Y con todo eso exclama de parte de Dios, y dice, que no hay verdadera alegría para los pecadores! ¿Pues qué otra alegría veía èl? La que es superior á los sentidos, la que tiene conexion en su duracion con la eternidad, la que proviene de parte de Dios, y de la participacion de su posesion, de la vida de los justos, que aunque parece triste, está llena de consolaciones, *quasi tristes, semper autem gaudentes,* dice el Apostol (b)

La segunda reflexion, es, que la tentacion mas universal, y la mas peligrosa no es la de los placeres, aunque sea el escollo en que el mundo ordinariamente naufraga, sino la del temor: porque dice San Agustin, que este temor nos impide entrar en los caminos de la virtud, en donde hallaríamos dulzuras, que nos harian despreciar las del mundo. De aqui nace, que se mire á la devocion como à un origen de tristeza, que se escandalizen de los buenos, luego que su alegría es un poco excesiva, que se gradúe su recogimiento, y modestia por melancolia. De aqui viene que se recojan todas las austeridades de la Religion para hacerse de ellas unas dificultades; y que se guste tambien de oír predicar con el ultimo rigor, lo que no se cuida ni se quiere practicar. Gracias á Jesu Christo que estamos en un tiempo, en que no solamente se tolera, sino que tambien se ama la virtud, en que un Predicador sería poco favorablemente escuchado si debilitase las máximas de su Religion, é hiciese traycion al honor de su ministerio. Complacense de una moral se-

(a) Ibi.

(b) 2. ad Cor. 6. v. 10.

vera, quando se oye explicar; ¿Pero es acaso, para proponerse ideas de perfeccion, que se tiene algun animo de seguir? ¿Es acaso para animarse, ò para confundirse de su cobardia por la imagen de aquella antigua, y pura virtud, que reynaba en tiempo de nuestros padres? ¿Es para conservar su humildad por la distancia, que hay, entre nuestras relaxaciones, y su fervor en la practica del Evangelio? ¿Es en fin para hacer de estas maximas la regla de sus acciones? No por cierto; es para tener el placer de oír una doctrina, que de sí misma es agradable, y que no se tiene animo de practicar; para justificar su pereza por un pretexto de impotencia, y para formarse como una desesperacion voluntaria de la virtud. En efecto jamás se habló tanto de reforma, y jamás hubo tanto desorden; jamás se predicó una moral mas rigida, y jamás hubo tanta relaxacion: gustase de que el Predicador reprehenda en general, pero se quiere, que el Confesor sea benigno en particular, que el uno excite nuestra admiracion, que el otro condescienda con nuestra flaqueza; que el uno nos aterre por la virtud, y que el otro perdone, y si puede ser, adule nuestros vicios. Bolvamos á entrar seriamente en nosotros mismos, desprendamonos, hermanos míos, de estas falsas ideas de la virtud, que nos la representan con aquella tristeza que obra la muerte; quando ella derama en el alma aquella alegría interior, que viene de la vida; formemos una sincera resolucion de andar en los caminos de la piedad, y hallaremos, que todas las espinas se mudarán en flores; gustemos, y veamos, quando dulce es el Señor, miremos con un santo horror estos impuros rios de Babylonia, en que estamos anegados; bebamos las saludables aguas de la gracia en las fuentes del Salvador, que nos estan abiertas por los Sacramentos, y las gotas de agua, con que Dios refrigerará nuestra sed en el desierto de esta vida, se mudarán en un torrente de deleites en la otra, que yo os deseo, &c.

SERMON

DE LA

MURMURACION.

¿Quis ex vobis arguet me de peccato?

¿Quién de vosotros me reprehenderá de pecado? En San Juan c. 8. v. 46.



OR motivos que tuviese el Salvador del Mundo para desafiarse de este modo á la malignidad de sus enemigos, puesto que no solamente era culpable de pecado alguno, sino que tambien era incapaz de cometerlo, su santidad, y su inocencia se vieron expuestas á las mas envenenadas saetas de la murmuracion.

Los Escribas, y los Phariseos, aquella maldita casta de vivoras, como San Juan los havia llamado, despedazaron el seno de su Madre para traspasar con sus crueles lenguas á su hermano, segun la carne; acometieronle en sus costumbres, en su doctrina, en su persona, y en sus Discipulos: armaronle lazos, y emboscadas por todas partes, para cogerle en sus palabras, para hallar algun vacío en su vida, ó algun lugar que diese motivo á su censura; trataronle de Magico, y de endemoniado, de perturbador del reposo publico, de enemigo de las Leyes, y del Cesar; los nombres de Seductor, de hombre entregado á los excesos del vino, y de la comida, de violador del Sabado, y de arruinador del Templo, fueron los odio-

vera, quando se oye explicar; ¿Pero es acaso, para proponerse ideas de perfeccion, que se tiene algun animo de seguir? ¿Es acaso para animarse, ò para confundirse de su cobardia por la imagen de aquella antigua, y pura virtud, que reynaba en tiempo de nuestros padres? ¿Es para conservar su humildad por la distancia, que hay, entre nuestras relaxaciones, y su fervor en la practica del Evangelio? ¿Es en fin para hacer de estas maximas la regla de sus acciones? No por cierto; es para tener el placer de oír una doctrina, que de sí misma es agradable, y que no se tiene animo de practicar; para justificar su pereza por un pretexto de impotencia, y para formarse como una desesperacion voluntaria de la virtud. En efecto jamás se habló tanto de reforma, y jamás hubo tanto desorden; jamás se predicò una moral mas rigida, y jamás hubo tanta relaxacion: gustase de que el Predicador reprehenda en general, pero se quiere, que el Confesor sea benigno en particular, que el uno excite nuestra admiracion, que el otro condescienda con nuestra flaqueza; que el uno nos aterre por la virtud, y que el otro perdone, y si puede ser, adule nuestros vicios. Bolvamos á entrar seriamente en nosotros mismos, desprendamonos, hermanos mios, de estas falsas ideas de la virtud, que nos la representan con aquella tristeza que obra la muerte; quando ella derama en el alma aquella alegria interior, que viene de la vida; formemos una sincera resolucion de andar en los caminos de la piedad, y hallarémos, que todas las espinas se mudarán en flores; gustemos, y veamos, quando dulce es el Señor, miremos con un santo horror estos impuros rios de Babylonia, en que estamos anegados; bebamos las saludables aguas de la gracia en las fuentes del Salvador, que nos estan abiertas por los Sacramentos, y las gotas de agua, con que Dios refrigerará nuestra sed en el desierto de esta vida, se mudarán en un torrente de leyes en la otra, que yo os deseo, &c.

SERMON

DE LA

MURMURACION.

¿Quis ex vobis arguet me de peccato?

¿Quién de vosotros me reprehenderá de pecado? En San Juan c. 8. v. 46.



OR motivos que tuviese el Salvador del Mundo para desafiarse de este modo á la malignidad de sus enemigos, puesto que no solamente era culpable de pecado alguno, sino que tambien era incapaz de cometerlo, su santidad, y su inocencia se vieron expuestas á las mas envenenadas saetas de la murmuracion.

Los Escribas, y los Phariseos, aquella maldita casta de vivoras, como San Juan los havia llamado, despedazaron el seno de su Madre para traspasar con sus crueles lenguas á su hermano, segun la carne; acometieronle en sus costumbres, en su doctrina, en su persona, y en sus Discipulos: armaronle lazos, y emboscadas por todas partes, para cogerle en sus palabras, para hallar algun vacío en su vida, ó algun lugar que diese motivo á su censura; trataronle de Magico, y de endemoniado, de perturbador del reposo publico, de enemigo de las Leyes, y del Cesar; los nombres de Seductor, de hombre entregado á los excesos del vino, y de la comida, de violador del Sabado, y de arruinador del Templo, fueron los odio-

sos titulos con que estos enfermos freneticos llamaron al Medico Celestial, que los venia á sanar, y á hacer de su Sangre, el remedio que debia darles la salud.

Despues de esto; ¿qué vida estará á prueba de la murmuracion? Vicio detestable, que convierte en veneno todo lo que la mas pura inocencia le o pone para combatirle, que á imitacion de aquel curioso, é insensato pueblo se venga de la luz que le ofusca, lanzando una nube de flechas contra el Sol; y que saca del resplandor mismo de la virtud los negros, y oscuros vapores con que la cubre; este es el demonio de la noche, y del mediodia, que anda en las tinieblas, y en la claridad del dia, para atacar á lo mas sagrado que hay en el Cielo, y lo mas santo sobre la tierra; es *una Serpiente que muerde en el silencio*, (a) dice el Sabio, que se desliza entre los infinitos rodeos, y disfraces de la malicia; es un monstruo con cien caras diferentes, que remeda el lenguaje de la amistad, de la compasion, de la alabanza, y aun de la piedad misma; la murmuracion reyna en la Ciudad, y la Aldea; en las compañías del siglo, y en las Comunidades Religiosas; hace del Mundo, y de la Corte como un Campo de batalla, en que mil golpes mortales tirados al honor por todas partes, son el juguete de esas bocas *de dos lenguas*, (b) que la sabiduría detesta.

Pero lo que debe hacer mas odioso al pecado de la murmuracion, es el que se multiplica, y que siendo cometido por uno solo, ordinariamente hace culpables en una compañía á todas las personas que la componen, si no toman sábias precauciones para librarse de ella: el pecado de la murmuradora lengua viene á ser el pecado del oído maligno; el golpe que hiere al que le lanza, hace una llaga mortal al que le recibe; la aprobacion del murmurador viene á ser complice. Consideremos, pues, este pecado en el que murmura, y en el que escucha; y concibamos un

(a) Eccle. 10. v. 11.

(b) Eccli. 5. v. 11.

justo horror, *asi por la murmuracion pronunciada, como por la murmuracion recibida*: Este será el asunto de este discurso, despues que hayamos implorado la asistancia del Espiritu Santo por la intercesion de Maria.

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

NO hay pecado que esté tan prohibido, ni tan abominado en la Escritura Santa, que es la regla de las costumbres, y la fuente de la verdad, como el pecado de la murmuracion. San Pablo le pone en la misma clase que la idolatria, el adulterio, y el latrocinio. *No os engañeis*, les dice á los Corinthios, *ni los impuros, ni los que sirven á los Idolos, ni los adulteros, ni los ladrones, ni los murmuradores poseerán el Reyno de los Cielos*; (a) dando de este modo á unos, y á otros la misma exclusion del Reyno de los Cielos, y mostrando que son igualmente culpables, puesto que serán castigados con la misma pena. El Apostol Santiago dá la razon: *Guardaos bien*, dice, *de murmurar unos de otros, porque el que asi ofende á su hermano, ofende á la Ley*; (b) para enseñarnos, que nada es tan contrario al espiritu del Evangelio como esta licencia que se toman de desacreditar á su proximo, porque la injuria que se hace á su reputacion es una llaga que se hace á la verdad, ó á la caridad christiana; y que esta malignidad es propriamente la infraccion de la Ley nueva; en otro tiempo no solamente prohibia Dios como una injusticia, sino tambien como una inhumanidad *el murmurar de un sordo, ó poner una piedra delante de un ciego*; porque no pudiendo oír el uno lo que se decia de él, no podia responder á ello para justificar su conducta; y no teniendo el otro el uso de la vista no podia per-

Ll 2

ci-

(a) 1. ad Cor. 6. v. 9. y 10. (b) Jacob. 4. v. 11.

cibir la piedra, que se le havia puesto: *Non maledices surdo; nec coram cæco ponas offendiculum.* (a) Y nos admiraremos, si en una Religion del todo espiritual prohíbe Dios hablar mal de los ausentes, porque es hacer traycion á aquellos de quienes hablamos, el desacreditar su virtud, ó su inocencia, quando no están en estado de sostenerlas, y porque es abusar de la credulidad de los que nos oyen, obligarlos á creer sin examinarnos, y á condenarlos sin oírlos.

Y así el Espíritu Santo nada ha omitido de quanto podia hacer odioso á este vicio. Tan presto le compara á una espada que traspasa, á una navaja de afeitar que se lleva sin sentir quanto encuentra, á una flecha aguda, que hiere desde lejos, á una serpiente, que pica sin sentirse, y que deja el veneno en la llaga. Tan presto le declara maldito de los hombres, porque es la raíz de las disensiones, y de las turbaciones: *Multos turbavit pacem habentes.* (b) ¿De donde vienen la mayor parte de esas brutales venganzas, que la severidad de las Leyes, y la autoridad del Principe apenas han podido contener, y que no pudiendo manifestarlas, se mudan en odios mortales? De una palabra ofensiva, de una relacion, de una murmuracion. ¿Qué es lo que causa en el espíritu de los que son los señores del mundo, esas impresiones, que trastornan las fortunas mas puras, y que les hacen odiosas, ó á lo menos sospechosas las mas inocentes personas? Un mal oficio. ¿De donde nacen tantos desordenes en los Matrimonios, esas sospechas las mas veces mal fundadas, esas aversiones secretas, esas reprehensiones amargas, esos manifiestos rompimientos, esos escandalosos divorcios; y aun diré mas, esos venenos, y esas muertes; delitos que una funesta conducta de perderse el uno al otro oculta muchas veces, y que Dios revela de quando en quando, para hacer ver hasta donde llega el furor de los hombres, quando los abandon-

(a) Levit. 19. v. 14. (b) Eccli. 28. v. 15.

dona á sus pasiones? Todo esto ordinariamente es obra de una lengua indiscreta, y murmuradora. En fin, el mismo Espíritu de Dios nos enseña, que el murmurador es el objeto del odio de Dios: *Detractores Deo odibiles;* (a) porque ordinariamente se burla de lo que Dios aprueba, que es contrario á su Ley; renueva faltas que Dios ha perdonado; que es contrario á su justicia; quiere sondear las intenciones mas secretas; que está reservado á su conocimiento; y juzga de distinto modo que Dios; que es contrario á su verdad.

Para explicar todo mi asunto, y para ponerle en orden, es necesario observar, que siendo la murmuracion un discurso, que se dirige á disminuir, ó vulnerar la reputacion del proximo, hay dos especies de ella, la una directa, la otra indirecta; la una se hace por via de acusacion, quando se imputa á alguno una falta que no ha hecho, quando se publica lo que la caridad que cubre la multitud de pecados, debia haver ocultado; quando se exageran, y engrandecen las que son conocidas; quando no pudiendo vituperar las acciones, que se ven, apelan indiscretamente sobre las intenciones, que no se ven, interpretando mal una buena obra; la otra es una murmuracion indirecta, que se comete por via de negacion, quando no se quiere confesar por una obstinacion poco justa, un bien que se reconoce en otro; para defraudarle de la aprobacion, y de la alabanza, que se le debe; quando se disimula el merito por un injusto silencio, ó quando se disminuye por restricciones maliciosas, por artificiosos rodeos con el fin de cercenar un poco de la buena opinion en que se le podia tener. Vé aquí toda la materia de la detraction; á esto es, á lo que se reducen todas las conversaciones del día; esto es lo que constituye el gusto, de los que hablan, y el placer de los que escuchan. Sin esto la scena se enfria, las conversaciones se apuran, el mundo no tiene ya espíritu;

con

(a) Rom. 1. v. 30.

con esto cada uno agrada, cada uno se insinúa, cada uno se explica felizmente, y así divertirse á colta de otro, y burlarse de la reputacion de unos, y de otros es á lo que se llama bello espíritu, buen humor; y en fin este es el comercio de todos los hombres.

Con todo eso, es verdad que el hombre, nada tiene mas precioso, ni mas estimable que su reputacion; es el buen odor de la virtud, el vinculo de la caridad, y de la confianza, el fruto de la probidad, y de la justicia, la consolacion, y el alma, digamoslo así, de la alma misma. El Sabio nos enseña, que es la alegría de los buenos; no porque quieran ser estimados por sí mismos, puesto que han aprendido de San Pablo, que tanto se va al Cielo por la buena, como por la mala reputacion; pero saben que necesitan de ser estimados para que los otros tengan alguna creencia en lo que les dicen, y para que respeten en ellos así las verdades que les enseñan, como los exemplos que les dan para su edificacion, y para su salvacion; y así está mandado en la Escritura el tener cuidado de conservar su reputacion: *Curam habe de bono nomine.* (a) Un Cristiano no la separa de la virtud, refiere una, y otra á Dios como á su principio, no se eleva de que no se le estime, porque es humilde; ni tampoco hace nada que deba ser estimado, porque es sabio. Sabe qué pena está reservada á los que causan escandalos; y ha aprendido de San Pablo que debe hacer el bien con tal circunspeccion que sea aprobado de Dios, y de los hombres. De donde concluyo, que la reputacion es el mayor de los bienes, que puede haver fuera de nosotros; *preferible à todas las riquezas*, como habla la Escritura, (b) ya porque las riquezas nada tienen de comun con la fortuna, y que la reputacion está naturalmente unida á la virtud; ya porque segun Santo Tomás; entre los bienes exteriores, aquellos deben ser preferidos á los otros, que mas se acercan á la naturaleza de los

(a) Eccli. 41. v. 15. (b) Prov. 22. v. 1.

los bienes espirituales; y que así este fondo de buena opinion que se adquiere por la probidad, y por la sabiduría debe ser mirado como una misma porcion de esta probidad, y de esta misma sabiduría; luego si la gravedad del pecado, que se comete contra el proximo, se debe considerar por el bien que se le quita, y por el daño que se le hace, juzgad por aqui del horror que se debe tener á la murmuracion, puesto que quitando el honor al proximo, le quita todo lo dulce, y todo lo util, que hay para él en el estado de la vida civil.

Y así la Santa Escritura declara, que la detraction es una especie de muerte, y que el deshonor es peor que la muerte: *Gravis supra mortem*: (a) por dos razones; la primera, porque es mas apreciable acabar la vida con honor, que conservarla con infamia: *Quid prodest ei vivere*, decía un antiguo Padre de la Iglesia, *si secum portat funera dignitatis*; vive, pero no dejareis de haverle dado la muerte; os parece que está sano, pero la llaga mortal está en el fondo del alma; está con vosotros, pero ya no es él, no es sino una miserable reliquia de un hombre, que haveis quitado del mundo civil; le haveis dejado un poco de vida para que pueda haceros los funerales de su honor, y si aun tiene algun movimiento es para llevar arrastrando entre los hombres las tristes ruinas de una reputacion, que le haveis arrancado. ¡Pues qué cosa mas inhumana! Hablo aqui de las murmuraciones importantes, y de consideracion; pero muchas de las que se desprecian, son de este genero; y así no digais; era una palabra sin intencion, no era sino una chanza, no he tenido mas fin que divertirme; porque oid estas palabras de la Escritura: *Asi como el que dispara flechas, y lanzas para matar á otro, es culpable de su muerte, asi lo es tambien el que daña astutamente á su amigo, y que dice*

(b) Esa no es excusa, dice San Bernardo, la chanza es ligera para tí, pero es pesada para aquel, contra quien se di-

(a) Eccli. 26. v. 7. (b) Prov. 26. v. 18. y 19.

dirige; la malicia no es grande de parte tuya, pero el efecto es el mismo contra él; tu hermano no se informa si te estabas chaceando, solo siente, que le hayas ofendido, no puede orar, ni pensar en Dios; y crees tú que tus oraciones serán recibidas? Tú has pecado contra Dios, y contra el proximo, y crees que Dios te hará gracia? Quiero, que sea debil la murmuracion; pero esto no debia hacerte mas contenido, y mas circunspecto? No fue sino una palabra, y eso riyendo, dirás tu, pues en eso mismo has hecho mas daño, haciendo un juego de una falta de caridad; porque se juzga de la herida, y de la ofensa, no por la mano que la causa, sino por la impresion que hace en el que la recibe; para él es un miserable consuelo ver que tu le has pasado el corazon riyendo, y le importa poco, quando es herido, que sea por un hombre que se enfurece, ó por un hombre que se divierte.

La segunda razon por que la Escritura llama á la murmuracion una especie de muerte, es porque hace á un hombre inutil, y sin funcion en la sociedad. Porque si fuese un Santo, sus virtudes vendrán á ser sospechosas, y pasarán por hipocresia; si corrige á los pecadores, le dirán ellos. Curate á tí mismo; si predicare la verdad, se dudará de su doctrina, como se duda de su virtud; si diese sabios consejos, ¿quién querrá exponerse á una conducta desacreditada? Una historia ridicula, un cuento dicho á tiempo, una falta que se descubra, ó que se aumente en la vida de un hombre de bien, será capaz de ahogar todos sus talentos, todas sus buenas acciones, y todos los bienes, que hubiera podido hacer en su Ministerio. Luego si la reputacion es un bien tan importante, si es una desgracia tan grande el perderla, juzgad de qué consecuencia, y de qué malicia es el pecado de la murmuracion, y qual debe ser la vigilancia, y la atencion de un Christiano, para no acostumbrarse á ella.

Pero la murmuracion no solo se para en la reputacion de la virtud, llega tambien hasta la virtud misma; una de las mayores señales de la malicia de los hombres es no poder sufrir á los que quieren vivir segun el espíritu de Jesu-Christo;

ro; la virtud es tan noble, y tan apreciable por sí misma, que á lo menos debieran tener la justicia de honrarla en otro, ya que no tuviesen la fuerza de practicarla en sí mismos. Con todo, en lugar de conocer la excelencia, de imitar la perfeccion, de amar la bondad, de favorecer los progresos, procuran debilitarla por sus persuasiones, corromperla por sus exemplos, turbarla por el odio que la tienen, y detenerla por la persecucion que la hacen. El Rey Propheta havia experimentado estas contradicciones en el curso de su penitencia, y se quejaba á Dios de ello quando decia: *Qui inquirebant mala mihi, locuti sunt vanitates, & dolos tota die meditabantur... Et qui retribuunt mala pro bonis, detrabebant mihi.* (a) Aquellos mismos á quienes yo havia hecho bien, me despedazaban con mil agudas saetas de sus lenguas envenenadas: *Quoniam sequebar bonitatem,* (b) y esto porque entraba en los caminos del Señor, y porque comenzaba á ser bueno. Pero aun quando el Propheta no lo huviera dicho, ¿San Pablo no nos enseña escribiendo á Timoteo, que los que quieren vivir en la piedad conforme á las reglas de Jesu-Christo, *serán expuestos á la injusticia del mundo?* (c) Y quando San Pablo no nos huviera enseñado esta verdad, el mismo Jesu-Christo no ha establecido como un principio de su Religion esta oposicion formal del mundo, y la de su espíritu, y su sabiduría con el espíritu del siglo, y la prudencia de la carne. De aqui nace aquella persecucion que el Mundo hace todos los dias á los que comienzan á convertirse á Dios; que un hombre despues de largas, y serias reflexiones sobre su pasada vida, llegue á apartarse del juego, de las compañías, y de los empleos mismos, que por una fatal experiencia havrá reconocido peligrosos para su salvacion, que distribuya su hacienda á los pobres, y que asista mas frecuente á los Sagrados Mysterios; que una dama todavia en la flor de su edad renuncie

Tom. 5.

Mm

el

(a) Psalm. 37. v. 13. y 21. (b) Ibid. v. 21.

(c) 2. Ad Timoth. 3. v. 12.

el luxo, y la vanidad, y se reduzca á las reglas de la modestia christiana, que visite los Hospitales, y las Iglesias, luego se buscan los motivos de esta mudanza, y siempre se toman los que son menos caritativos; tan presto es un ayre de devocion, que toma para engañar mas astutamente al mundo, tan presto es una inconstancia, que no será duradera, tan presto es una melancolía, que el tiempo la disipará; unas veces son motivos de estado, que no tienen por principio una sólida virtud; otras veces dicen, que es el recurso de aquellos, á quienes la fortuna es poco favorable, y que tienen en mal estado sus negocios; esta, dicen, ha dejado el mundo porque el mundo ha comenzado á dejarla, aquella quiere darse á conocer por su ayre de devocion, reforma sus vestidos, pero no su corazon, y despues de haver tenido la vanidad del luxo, quiere tambien tener la vanidad de la modestia; y asi se les dá en quanto se puede un tono ridículo á estas conversiones, y se las hace pasar, ó por apariencias engañosas, ó por precisiones interesadas, ó por excesos vituperables, ó por singularidades fantásticas. ¿Quantas acciones de piedad se han quedado sin efecto en el animo de los que las havrán resuelto? ¿Quantas tiernas penitencias han sido ahogadas? ¿Quantas almas han sido como arrancadas á Jesu-Christo, por los disgustos que las han dado estas murmuraciones? Puede ser, que no hagais reflexion, pero ninguná cosa hay tan indigna de un Christiano, como estas picantes reprehensiones, y estas burlas sangrientas, que caen sobre conversiones todavia mal aseguradas; casi en un todo semejantes á aquellos frios, y á aquellos yelos fuera de tiempo, que asaltan los frutos todavia tiernos, y que les quitan toda esperanza de crecer, y de madurar; no hay pecado mas grande que impedir á las almas el ir á Dios por este temor, que se tiene á la murmuracion. Pero pasemos mas adelante.

Un pecado es tanto mas de temer, quanto es mas facil de cometer, y mas difícil de reparar; porque quanto es mas natural la inclinacion, quanto mas frequentes son las ocasiones, menos precaucion se tiene, mayor habito se con-

trae,

trae, y quanto mas difícil es la satisfaccion, menos ansia hay de satisfacer, y menos se dedica uno á la reparacion del daño que se ha hecho; tales son los pecados que se cometen por la lengua á causa de su ligereza, dice Santo Thomàs, que hace que se escape, y que se deslice á hablar antes que el espiritu se haya proveído de las reflexiones, que convendria hacer; ya porque lo que ella dice llega á ser publico, ya porque no tiene medio, ni poder de revocarlo, ni de borrarlo sino con mucho trabajo, del espiritu de los que las oyen. Pues la murmuracion tiene estas dos qualidades. La inclinacion, que se tiene á juzgar, y á hablar del proximo inconsideradamente, y los empeños inevitables, en que se halla de comunicarse lo que estiman, y piensan unos de otros, hacen que todo el mundo se abandone á ello, y que casi no se perciba; ya se ha hecho como un punto de sinceridad, y de buena fé no disimular cosa alguna de lo que es poco ventajoso á aquellos, de quienes se habla; los oídos como que se han acostumbrado á esta especie de lenguaje barbaro, todo consiste en el modo de decirlo, y aun quieren que haya en los pecados alguna politica, y atencion, una murmuracion grosera parece un extraño delito, esto es echarse con violencia sobre la reputacion del proximo, es despedazarle sin piedad, y sin compasion, es asesinar cruelmente á su hermano, un hombre politico se sabe manejar mejor, envenena con astucia todos los dardos de su murmuracion, comienza un discurso sangriento por un prefacio li- songero, y diciendo bien al principio, para esforzar mejor el mal que vá á decir, adorna la víctima, que quiere degollar, y arroja algunos puñados de flores sobre el Altar, que quiere ensangrentar con su sacrificio; aun aquellos mismos, que se precian de piadosos, no están esentos de este vicio, este es el defecto mas ordinario de los hypocritas, que encogiendose, y estirandose á manera de serpientes, y ocultando el veneno que tienen, parece que quieren abrazar la parte que van á picar; vereis estos hombres, dice San Bernardo, que no pudiendo contener su malicia, procuran á lo menos disfrazarla; comienzan con un ayre triste una mur-

Mm 2 .

mu-

muracion, como si no quisiesen sino quejarse de aquel, que tienen animo de desacreditar; parece que no hablan sino con pesar, y que se van á hacer una gran violencia; yo lo siento, dicen, porque le quiero, pero no es falta mia, pues yo bastante he deseado corregirle, yo bien lo sabia, pero no me atrevia á decirselo; es verdad que tiene este defecto, pero por otra parte es un hombre de bien; en otras cosas le alabo, en esta no puedo menos de condenarle; pero lo que todavia es mas deplorable, es que por buena intencion que se tenga, no se desprende uno, sino con mucha dificultad de este vicio; yo os embiare, decia Dios, por uno de sus Prophetas, una suerte de serpientes malditas contra las quales no valen nada los encantos: *Mittam vobis serpentes regulos, quibus non est incantatio.* (a) Y el Sabio no nos declara que todo hombre que se ha acostumbrado á burlarse, y á hablar indiscretamente de los otros, jamás se enmendará de su vida? *Homo assuetus in verbis impropertii, in omnibus diebus suis non erudietur.* (b) Lo que hace decir á un Padre de la Iglesia, que la murmuracion es un defecto, que se halla muchas veces en aquellos mismos, que se aplican á desprenderse de otros; y que este es el ultimo lazo, que arma el demonio á los que han rompido ya todas las demás redes.

No obstante, es necesario reparar el daño, que haveis hecho al proximo, y restituirle lo que le haveis quitado de estimacion. Es un orden establecido por Dios, que cada uno goce lo que posee legitimamente, y quando se ha violado respecto de alguno este derecho de legitima posesion, hay una justicia de igualdad, ó de compensacion, que obliga á bolverle, ó en el valor, ó en la proporcion lo que injustamente se le ha tomado; y asi como es de necesidad de la salvacion el observar la justicia, tambien hay la misma necesidad de reparar la injusticia, reduciendo las cosas al primer estado en que estaban; este es un principio cierto, é incontestable de la Moral Christiana; pero hay dos suertes

(a) Jerem. 8. v. 17. y 18. (b) Eccli. 23. v. 20.

de daños, que se hacen al proximo; el uno, quitandole su hacienda, y este es un hurto; el otro, quitandole su honor, y esta es una injuria. La obligacion es igual, y asi, ó restituid esa hacienda, restituid ese honor, ó renunciad todas las esperanzas de salvaros; yo confieso, Señores, que aunque hay en cada pecado una malignidad mortal, y aunque todos ellos merezcan nuestra indignacion; no estoy tan aturdido de los que solo hacen daño al que los comete, una gracia comun, una inspiracion secreta, un buen movimiento, un arrepentimiento sincero, una firme resolucion, una exacta confesion, una lagrima los borra muchas veces; y en fin, no hay entre Dios, y nosotros barrera alguna, que sea invencible; nosotros le pedimos, y él nos escucha; nos condenamos, y él nos absuelve; gemimos, y nos consuela; nos castigamos, y nos perdona; pero los pecados en que se interesa el proximo, me hacen temblar, la penitencia no los borra, sino despues que se han reparado con un corazon, que se parte de dolor, una conciencia que se acusa, un Confesor que os absuelve; ayudad hasta que os sequeis, derramad arroyos de lagrimas, hay entre Dios, y vosotros un cahos, que es necesario desenredar, y por mas que hayais podido hacer, jamás estará contento, si vuestro hermano no está satisfecho.

Pero sabed, Señores, que toda restitucion es dificil. Hablad á un mal rico sobre purificar su hacienda de todo lo mal adquirido, que hay en ella, el hallará la proposicion austera, y enfadosa; ¡qué embarazo no tendrá en saber á quien, como, y quanto ha hurtado! ¡Qué trabajo para hacerle bolver á bajar de aquel ayre de grandeza, que ha formado sobre el pie de sus riquezas! Inventará mil razones para eludir su restitucion; y resuelto á no despojarse de nada, en quanto pudiere retenerlo, gozará de todo, y dejará que deshacer este enredo despues de su muerte á sus Testamentarios; hablad á un murmurador de desdecirse de lo que falsamente ha proferido, os responderá, que lo dicho dicho, que el remedio sería peor, que el mal, que su reputacion propia la estima él mas que la de otro, que Dios perdonará lo que el Mundo no perdona, que todo lo demás es

una palabra, que pasa, y que basta arrepentirse de ella. Pero aun quando se tuviese animo de ello, ¿qué embarazo en ejecutarlo? Quando haveis hurtado la hacienda agena, no teneis mas, que separarla de vuestro fondo, y hacer que pase desde vuestras manos á las de su legitimo poseedor. ¿Pero cómo se ha de arrancar del espiritu de un hombre la impresion que le haveis causado? ¿Cómo se le ha de hacer mudar de parecer en un momento? ¿Sois acaso vosotros capaces de hacerle pasar del bien al mal, ó del mal al bien? Pero aun quando dieseis contra vosotros mismos testimonio á la verdad, ¿le hallareis dispuesto á quererle oír? ¿Os creará por la justificacion, como os creyó por la murmuracion? ¿No sabeis, quanta es la malicia del mundo? El favorece siempre á los que quieren destruir la reputacion de otro; si tiene alguna estimacion por ciertas gentes, es en algun modo á pesar suyo, y contra su primera inclinacion, gusta siempre mucho, que se le ayude á deshacerse de esta estimacion, como de una cosa, que le incomoda; tiene abiertos los oídos á la mentira, que le haveis dicho: y los cerrará á la verdad, quando se la dixereis; mejor querrá acusaros á vosotros mismos de ligereza, ó de hipocresía, que escusar á vuestro proximo sobre el testimonio que le diereis.

Pero aun quando tuvierais este credito sobre el espiritu de algunos, ¿podreis acaso desimpresionar á todos? Luego que se os ha escapado una palabra, ya no sois dueño de ella: *sicut avis ad alia transvolans... sic maledictum prolatum.* (a) Asi como no se puede detener un pajaró, asi como se buela, sin que se sepa adonde va, y sin que se vean las huellas por donde ha pasado; asi una murmuracion, que salió de vuestra boca, hace en poco tiempo grandes progresos, casi sin que se sienta, va de oreja en oreja, se multiplica, se aumenta, se esparce infinito, sirve de instrumento á la pasion de unos, y de alimento á la malicia de otros, produce muchas veces divisiones, y casi siempre

(a) Prov. c. 26. v. 2.

es una semilla de discordia: ¿pues como remediareis vosotros todas estas consecuencias? ¿Como ahogareis tantas voces, que por relaciones diversas gustan de publicar lo que haveis dicho, semejantes á ciertos ecos, que repiten muchas veces la palabra, que se ha dicho? ¿Como acomodareis tantas imaginaciones engañadas? ¿Como reformareis tantas malas copias, como se havrán hecho sobre un falso original, que haveis presentado? ¿Por qué huellas llegareis hasta el origen de estos desordenes? Ved pues, á qué estremo os haveis reducido.

La murmuracion, ya lo haveis visto, hermanos míos, tiene esto de injusto, que ataca sin compasion, y aun muchas veces sin motivo, á la reputacion del proximo, que es la parte mas sensible del hombre, hiriendo indiferentemente á ausentes, y á presentes, á amigos, y á enemigos, á inocentes, y á culpados; violando todas las leyes de la verdad, de la caridad Christiana, y haciendose una ocupacion, y aun un placer de esta especie de cruel malicia. Pero la murmuracion tiene aun esta desgracia, que corrompe á todos los que la escuchan; es un veneno que se comunica; uno solo habla, dice San Bernardo, y en un momento mata una multitud de gentes, que le rodean, y que gustan de oírlo.

PUNTO SEGUNDO.

EL Espiritu de Dios, que nos manda poner un freno á nuestra boca para contenerla segun las reglas de la sabiduria, y de la discrecion Christiana, y hacernos una balanza para pesar todas nuestras palabras en el peso del Santuario; este mismo Espiritu nos manda tambien poner como una cerca de espinas al rededor de nuestras orejas: *Sepi aures tuas spinis.* (a) Estas espinas son el horror del pecado, la vista del infierno, y el temor de los juicios de Dios, las cuales nos impiden oír los murmuradores, por no ser complices de

sus

(a) Eccli. 28. v. 28.

sus murmuraciones, que uno, y otro casi es un mismo delito.

En efecto, no se puede decir, qual de los dos es mas culpable, ó el que murmura, ó el que escucha, su malicia es casi igual; el uno lanza los dardos, el otro los afila; el uno derrama el veneno, el otro le recoge, el uno calumnia con la lengua, decia un antiguo, el otro con las orejas: la murmuracion, los pierde á ambos: *Detrahere, aut detrahentem audire, quod horum damnabilis non facile dixerim.* (a)

Este pecado comienza por la temeridad del uno, y se consume por la credulidad del otro; parten entre ellos, digamoslo asi, los despojos de la reputacion del proximo, aunque no sea sino uno el que hiere, el otro acaba el sacrificio, y la victima despues de haver recibido el golpe mortal de la lengua del que habla, vá, digamoslo, asi á espirar toda ensangrentada á el corazon del que escucha. Acaso direis vosotros, yo no murmuro ¿pero puedo impedir que el mundo hable? ¿Soy yo guarda de mis hermanos? Quereis vosotros hacerme fiador de los defectos de los unos, y de los juicios de otros; es necesario romper la sociedad, si las conversaciones que la mantienen son tan peligrosas, y todos los hombres deben callar, si es un delito el escucharlos: excusas vanas, dice San Geronymo. ¿El Sabio no os ha advertido? *Cum detractoribus ne commiscearis,* (b) guardaos bien de mezclaros con los murmuradores, y de hallaros en esas compañías, en que los unos afilan sus lenguas de serpiente, y alientan el veneno de los aspidos, que tienen sobre sus labios, bolviendo en un tono ridiculo segun sus pasiones secretas, las acciones mas inocentes del proximo; y en que los otros prestan una atencion favorable, rien, aplauden; y por un cobarde consentimiento entran con ellos en una sociedad de malicia: *Repente veniet perditio eorum*

(a) Bern. Lib. 2. de Consider.

(b) Prov. 24. v. 21.

rum. (a) Ellos perecerán, la ira de Dios caerá sobre ellos sin tardar, y *repente*; y asi el que escucha, como el que habla, serán confundidos sin que nadie la perciba en una misma ruina: *¿Ruina utriusque quis novit?* (b)

Asi como el que comete el latrocinio, y el que participa en él, ó le oculta, son castigados con la misma pena entre los hombres, asi el que habla mal de sus hermanos, y el que lo escucha favorablemente, serán castigados delante de Dios con un mismo suplicio, como igualmente reos de la violada reputacion del proximo. Porque es cierto, que si no hubiese oyentes, no havria murmuradores; ninguno gusta de hablar, á quien no tiene complacencia en escucharle; y el medio mas eficaz de confundir al murmurador, es quitarle, despreciandole, el placer, que tiene en murmurar; porque oírle con alegria, y aplaudirle, es acalorar la serpiente que pica, para que hiera mas vivamente, es dar valor al murmurador, y credito á la murmuracion; es hacer á la imaginacion de los criticos, y de los bufones mas libre, y mas fecunda en invenciones, y en operaciones de malicia; es darles una punta aguda de es.iritu, y de buen humor, fatal para todos los que caen bajo la cortante de su censura.

Luego todo hombre, que escucha al murmurador induciendole, ó excitandole á la murmuracion, animandole á proseguir con sus palabras con su gesto de complacencia, y de aprobacion, peca aun mas gravemente que el que murmura, puesto que obliga al otro á pecar, y él mismo se obliga. Digo mas gravemente, porque si tiene placer en oír al detractor, comete un pecado mortal, y falta tanto contra la caridad, complaciéndose en la iniquidad, y en el mal de otro, como contra la justicia, holgandose del daño, que injustamente se hace á otro.

Pero aun quando no tuviese ni la aprobacion, ni la complacencia, la indiferencia tampoco es permitida, es necesario

Tom. 5.

Nn

sa-

(a) Ibid. v. 22.

(b) Ibi.

saber en ocasiones romper la iniquidad. Hay una Ley de caridad, que obliga indispensablemente á todo Christiano á impedir, quando pueda razonablemente la injuria, ò el daño notable, que se ha hecho al proximo contra su voluntad. Por poca superioridad, que dé la edad, el nacimiento, la dignidad, puede emplearse mejor que en sostener los derechos de una inocencia, que se oprime; que en salvar la flor de la buena reputacion del aliento de una boca envenenada, que vá á marchitarla; que en detener aquellos golpes mortales que se tiran igualmente sobre presentes, y ausentes; y en fin que en contener la sociedad, haciendola mas honesta, y mas circunspecta, imponiendo silencio al detractor, y haciendole conocer la consecuencia de su pecado delante de Dios, y delante de los hombres? Pero irritareis, decís vosotros, á esos hombres poderosos en palabras? Pues qué los quereis adular, dire yo? Quereis entregar á vuestro hermano á la desenfundada licencia de sus discursos injuriosos? Quereis mejor contristar á un hombre de bien, que sufre sin haverlo merecido, que contener á un hombre injusto, que le despedaza? Temeis mas algun resentimiento del murmurador, que á las reprehensiones de aquel de quien se murmura, que se quejará de vuestra cobardia, y de vuestra inhumanidad, y que os pedirá cuenta de su sangre? La tranquilidad no es loable quando el proximo tiene necesidad de urgentes socorros, y por lo que toca á las murmuraciones, es necesario ser viros de la paciencia que Dios os dá para sufrirlas, y de la autoridad, que os ha dado para contenerlas.

El honor de vuestros hermanos está en vuestra mano, cerrad la boca del pecador, y del necio, que se abre sobre ellos; si dicen falsedad, reprehendedles de la mentira: si dicen verdad, reprehendedlos de la murmuracion: romped el hilo de esas conversaciones, en que creciendo siempre la malicia, sobrepujaria en fin, si la autoridad de un hombre de bien como un caritativo dique no la contuviere: apartad esas tempestades, que van á descargar sobre el proximo, luego que veis juntarse las nubes, y que comienza á tronar: imponedles un justo silencio, mostrandoles el daño, que se ha-

hacen, y haced caer sobre ellos la verguenza, que tenían animo de hacer caer sobre los demas.

Si sois inferiores, á falta de credito, y de autoridad, ser viros de las astucias, que la caridad os inspire, gemid los males, que no podeis impedir; vease en medio del respeto, que debeis tener á vuestro superior, la compasion que teneis por vuestro hermano; que escuchéis con sentimiento á el que reprehende, y murmura, que vuestra paciencia os es molesta, que vuestra caridad sufre, que justificáis en vosotros á aquel de quien acaso muy de ligero se condena, y que le conservais en vuestro corazon el honor que se le quiere quitar. Es necesario que un ayre triste, y serio aparte las nubes que se levantan contra el proximo, que una frialdad esparcida sobre vuestro rostro llegue á helar las palabras sobre el labio del murmurador, que un modesto recogimiento sea el testimonio de la poca parte, que tomáis en ella, y que vuestro silencio mismo hable por vosotros, y por el proximo, y sea una tacita, pero sensible condenacion de los malos discursos de aquellos á quienes no podeis abiertamente oponeros. Porque, como dice San Geronymo, no se cuenta una cosa de buena gana quando los demas no la oyen con gusto; y de muchos dardos, que se tiran contra una piedra, si hay alguno que se queda clavado en ella tambien hay muchos, que algunas veces se buelven contra el que los arroja: *Nemo invito auditore, libenter refert, sagitta in lapide nonnunquam figitur, nonnunquam resiliens percussit detractores.* (a)

El que murmura se hace el delator publico de su hermano; intenta, digamoslo así, poner un pleyto á su honor por acusaciones informes, y muchas veces injustas; produce lo que sabe, y lo que ignora con igual confianza; pleytea malas causas, y siempre contra el proximo sin prueba, y sin misericordia. Pero el que escucha la murmuracion, y se complace en ella, se hace el aprobante, y el complice; dá su voto, y

Nn 2

subs-

(a) S. Geronymo.

subscribe à un juicio iniquo sobre el testimonio sospechoso de un hombre maligno, ó preocupado, que condena á un acusado, acaso inocente, sin examinar el hecho, sin saber la verdad, y sin tomarse siquiera el trabajo de instruirse.

Pero aun quando no se diese credito á la murmuracion, el placer que se tiene en escucharla incita à divulgarla en su casa, y entre sus amigos. ¡Qué escusa tan ridicula! No soy yo el primero, decís, ya me lo han dicho otros á mí; yo no lo he dicho mas que á una persona. ¿Pues por qué lo haveis dicho aunque fuese à uno solo? *Audisti verbum adversus proximum tuum, commoriatur in te.* (a) Haveis oído una mala palabra, haced que muera dentro de vosotros sin hacerla renacer en otro, ahogadla dentro de vuestro corazon. Havía mandado el Señor, (b) que los mocos de las lamparas en su Templo fuesen no solamente echados en ciertos vasos de oro muy limpios, sino tambien que fuesen enteramente apagados, para que ninguno pudiese sentir el mal olor; para enseñarnos, que es necesario zelar, y cubrir por la caridad todos los escandalos.

Pero direis vosotros, yo no lo he dicho sino á uno solo en confianza, bajo el sigilo de la confesion. ¿Y por qué, dice San Chrysoftomo, lo decís á ese? Pues si tanto encargais á ese que calle; ¿por qué no tomáis ese consejo para vosotros? ¿Qué necesidad, ni qué derecho teniais vosotros á revelar ese secreto, que ofende al proximo, y que mirais como inviolable? ¿Era acaso, para ayudaros á corregir á vuestro hermano, y no para ayudaros á desacreditarle? ¿Teniais necesidad de confidente para un negocio que no será de uso alguno, y que causaba un perjuicio considerable á un tercero? ¿No es ese amigo tan fragil, como tu? ¿No tiene algun amigo como tú? ¡Ay de mí! Y como de secreto en secreto esa murmuracion viene á ser publica, pasa contra todas esas vanas precau-

(a) Eccles. 19. v. 10. (b) Exod. 37. v. 23.

cauciones de oreja en oreja, de boca en boca; cada uno se encarga del silencio, y nadie tiene animo de guardarle; nada se divulga tanto en el mundo, como estos misterios de iniquidad asi revelados bajo de confesion; nada pesa tanto como un deposito de esta naturaleza, gustase mucho de descargarse de él: si se tratase de los talentos ventajosos del proximo, sería uno fiel en esconderlos, ocultariase una alabanza en su seno, encierranse las buenas virtudes, y las acciones de un hombre de bien bajo de un profundo silencio, y en un eterno olvido, pero un murmurador no se puede contener, las lenguas mas contenidas se desatan.

Lo que de aqui resulta, dice San Chrysoftomo, es, que los murmuradores multiplican los escandalos en el Reyno de Dios, produciendo los vicios ocultos de sus hermanos. Hacenlos pecar en publico, aunque no hayan pecado sino en secreto, sacan de las tinieblas de la ignorancia, ó del olvido pecados muertos, ó sepultados, que exhalan corrupcion, y mal olor en el mundo, y dán á las acciones, que eran sin efecto, y sin consecuencia el contagio, y la fuerza del mal exemplo. Esta lepra, que escondida bajo de los vestidos del leproso no daña sino á el mismo, descubierta, y manejada se comunica à muchos, é inficiona á toda una comarca. Yo bien sé que es necesario perseguir á los malos, que es necesario mostrarles el vicio como él es en sí; hacerle conocer el pecado de otro para corregirle, es caridad; hacerselo conocer para castigarlo, es justicia; hacerselo conocer para darle horror, y para instruir á los demás, es prudencia; pero exponerlo al publico para reírse de él, para desacreditar al pecador, y no al pecado, es una malicia, que gusta, y que insensiblemente insinúa el vicio por las pinturas que se hacen de él, y por la inclinacion, que se tiene á imitarlo. ¿De donde nace, que haya tantos desordenes en el mundo? De que no se oye hablar sino de defectos, y de vicios desde su infancia; los grandes, y los pequeños oyen barlarse de los defectos del proximo: Dicen para sí mismos, se rien de esto, se divierten, luego no es asunto

to de tanta importancia el pecar, puesto que le sucede á casi todos los hombres el haver pecado. De aquí nace el perderse aquel pudor, y aquella vergüenza, que era aquel granito de arena que havia puesto Dios para detener las inundaciones de la iniquidad; esto disminuye las ideas del pecado, minora el arrepentimiento que se debe tener, introduce la facilidad de hacer el mal, multiplica el numero de pecadores por la imitación, y por el exemplo. De aquí se forman las malas costumbres, y los malos hábitos.

Pero no se refieren las virtudes unos á otros para excitarse mutuamente á la piedad; las imagenes, y las pinturas de una buena vida, expuestas muchas veces al publico, excitarian una loable emulacion; pero llenase la imaginacion de las ideas de malicia, y de pecado, que se tienen delante de sus ojos; tomase este espíritu como las Ovejas de Jacob, llegaban á ser blancas, ó negras, segun los objetos que se las presentaban al darlas de beber. Yo bien sé, que se ridiculizan los vicios, y que se burlan de ellos; pero cada uno cree que se librará de la critica; que hay un arte de conservar su reputacion, y de pecar impunemente delante de los hombres; que hay defectos incapaces de tomarse; y que en fin, con tal que se sepa uno manejar un poco, se puede no ser hombre de bien, y no hacerse ridiculo; y así se imita el mal porque agrada, y no se teme la pena, que ordinariamente se le sigue.

Despues de estas reflexiones, vuelvo al asunto, y digo, que qualquiera que se complace en oír la murmuracion es tan culpable, como el mismo que murmura; por la aprobacion que le dá, por la union, y la liga ofensiva, que hace con él contra sus hermanos, por la ocasion proxima, y casi infalible en que se pone él mismo, de repetir lo que acaba de saber, por la obligacion *in solidum*, que contrae de reparar el daño hecho al proximo, ya en su honor, ya en su fortuna (si el murmurador no lo hace) por el desprecio que concibe para con las personas, á quienes acaso huviera estimado, y por el hábito que adquiere de pensar, y de hablar mal, sostenido por la poderosa inclinacion que nos induce á ello.

¿De

¿De donde pensais vosotros que nace esta perversa inclinacion que se tiene, este gusto casi universal que se siente en desacreditar al proximo? Qualquiera, quando vitupera á los otros, se constituye su juez, se atribuye una autoridad, y una jurisdiccion de reprehension, y de juicio, se complace en sí mismo de una excelencia imaginaria, que establece, y que funda sobre las ruinas de las de los demás. Y así, yo no sé por qué malignidad de la naturaleza, no se puede sufrir las alabanzas, que se dan aun á las mismas gentes que las merecen; buscanse todos los medios, que el amor proprio puede inventar para hacerlas aparecer falsas, ó á lo menos sospechosas, gestos despreciadores, sonrisas mofadoras, contradicciones, si se puede, y si no interrupcion de discurso; llegase uno á poner entredicho, y confuso, y á la manera que antes brillaba en una conversacion alegre, produciendo á diestro, y siniestro la cosecha de sus satyras, y de sus agudezas, pierde de repente su espíritu, y su alegría; luego que se llega á alabar alguno en su presencia, parece que le han quitado su propria estimacion, y recibe la alabanza dada á los demás, como una injuria, que á él se le ha hecho.

Esta inclinacion á la murmuracion, es tanto mas difícil de vencer, quanto es el amor proprio quien nos inclina á ella, y porque casi todos los vicios sirven, ó de materia, ó de ocasion para mantenerla; lo que hace decir á Santiago, que la lengua es un principio general de iniquidad, y de malicia: *Universitas iniquitatis.* (a) Es excitado, dice Tertuliano, por el espíritu de envidia, por la libertad de juzgar, y de sospechar, ó por la inclinacion, que naturalmente se tiene á la mentira: *Aut genio emulationis, aut suspectandi libertate, aut ingenta libidine mentiendi.* (b)

La envidia es una passion desordenada, que no puede sufrir ni gracia, ni virtud en las almas, sin ser, digamoslo así, su homicida; no hay autoridad, ni reputacion, ni felicidad que no ahogue, si puede, desde su nacimiento; pero como

no

(a) Jacob, 3. v. 6. (b) Tertul.

no siempre tiene la fuerza en la mano, se vale de todos los artificios de la lengua, ora busque con que destruir un credito, que le hace sombra, empañar una gloria, que brilla algo demasiado à su parecer, arruinar una fortuna, cuyas ruinas pueden servir de aumentar la suya, desacreditar una probidad, que le hace obstaculo en sus pretensiones, aunque injustas; ya sea que quiera exhalar la tristeza que le dá un merito extraño; el medio ordinario, y el recurso universal de que se sirve, es la murmuracion, y la calumnia; estas son las prevenciones que dá, estos son los lazos que arma, y estos son los golpes que tira contra el honor, y el reposo de sus rivales.

¡Qué alegría secreta para un ambicioso, oír los malos discursos, que se profieren de aquellos, cuyo puesto quisieran ocupar! ¡Qué triunfo para una muger, que quiere ser ella sola el idolo en su pais, oír despedazar à las que la disputan la preferencia de la discrecion, y de la hermosura! ¡Qué placer aun para los devotos, que por temor, ó por respetos no se atreven à murmurar de las personas que no aman, oír desacreditarlos, sin exponerse à desacreditarse ellos mismos, y ocultar bajo una fingida modestia la maligna alegría, que tienen de que el mundo los humille.

La libertad que se aproprian de juzgar aun es otro motivo de murmuracion; esas impresiones falsas, y temerarias, que tan facilmente se conciben, esas precauciones en el mal, que tan fuertemente se apoderan del espiritu, cierto despecho que se tiene de ser desengañado, y de desdecirse, quando una vez se ha hablado mal, ó se ha pensado mal de alguno, el tedio que se siente con aquellas personas, que justifican à los que se ha condenado sin razon, el poco cuidado que se tiene de instruirse de la verdad, y no sé que espiritu de ligereza, y de injusticia, que reyna en nuestros juicios, dán à conocer nuestras pasiones, y producen todos los dias mil sentimientos, y mil discursos perjudiciales al proximo. Erigese un Tribunal Soberano, en donde se pronuncian sentencias iniquas; porque ¿qué otra cosa es la murmuracion, y la calumnia, que juicios pronunciados con la mis-

misma malignidad que havian sido concebidos? Se cree el mal sobre las menores apariencias, y se publica; los unos juzgan por desafecto, otros por melancolía, espíritus amargos, que exercen una justicia sin misericordia, y *convierten en axenjos el juicio*, segun el Propheta. (a) Ellos se escandalizan de todo, tan presto vituperan las acciones, tan presto las intenciones, y los motivos, aumentan en su imaginacion los defectos ajenos, toman las indiscreciones por malicias, juzgan de las personas por sus pecados pasados, y no por su penitencia presente, aplican los vicios del espiritu à los que se libran de los vicios del cuerpo, y condenan de impostura, y de hipocresía los buenos, que delante del mundo, ó en lo secreto de una vida oculta, practican las virtudes christianas; juzgan, y hablan casi como han juzgado.

Otros juzgan de la corrupcion agena por la suya. Ese hombre, que ha vivido una vida mole, y sensual, cree que todo el mundo busca sus comodidades, y que aun aquellos mismos que hacen profesion de penitencia, se desquitan por los placeres secretos de sus mortificaciones publicas. Esa muger piensa, que todas las otras pasan como ella su juventud en los bullicios, y en los placeres; un impostor cree, que nadie camina de buena fé: *Sic malus homo judicat in alio, quod sentit in se ipso*. Juzgan de los otros segun lo que hacen ellos mismos, y se condenan sin saberlo, queriendo condenar à los otros: *In quo enim judicas alterum, te ipsum condemnas*. (b)

En fin todo se convierte en sospechas, y en desconfianza del bien. Si un joyen se retira de sus excesos, es miseria, es ligereza, es capricho. ¿Se muestra una persona agradable? Pues es galante de profesion; si un rico deja al morir à los pobres un Legado piadoso en su Testamento, esto ya es una restitution disfrazada, y hacerse un honor de sus latrocinios. ¡Hombres injustos! *Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris?* (c)

Tom. 5.

Qa

La

(a) Amos 5. v. 7.

(b) Rom. 2. v. 1.

(c) Matth. 9. v. 4.

La inclinacion à mentir fortificada por el mucho deseo de hablar, y por la volubilidad de una lengua precipitada en sus palabras, no produce menos calumniadores, y murmuradores; pero hay esta diferencia entre la calumnia, y la detraction, que la calumnia rueda siempre sobre falsas relaciones, ó acusaciones, es una obra de mentira, una invencion maligna de un espiritu mal intencionado, que busca donde dañar; por el contrario, la detraction fundase sobre hechos reales, y efectivos, establecidos sobre verdades, que se conocen, ó que se imaginan. ¡Pero ay de mí! ¿De qué no abusan los hombres? Ellos hacen servir la verdad al odio, y à la injusticia, hacenla odiosa, y perjudicial al mundo, y por ella oprimen la caridad; naturalmente aman la vanidad, y la mentira, y si tienen algunas verdades que publicar son las que debieran callar. Este es el caracter de la murmuracion.

Pero aunque esté fundada sobre verdades, casi siempre está acompañada de mentiras, ya por los rodeos artificiosos que busca, ya por las circunstancias que añade, ya por las malas interpretaciones que dá, ya por las alabanzas que reusa à la virtud, ó ya en fin por el color de vicio que la dá; porque todo se disfraza, nada se respeta en ella, mezclase la ficcion con la historia, y para hermostear un cuento que se refiere, muchas veces se pone de suyo los dardos picantes de la mas astuta satyra; y todo hombre que ofende todas las reglas de la caridad christiana, ordinariamente no es escrupuloso acerca de la verdad.

De aqui provienen esas relaciones infieles, en que la pasion muda las circunstancias, y la misma naturaleza de las acciones que se refieren; esas pinturas monstruosas, y nada semejantes, que se hacen de las personas, que no se quieren; esas virtudes que vienen à ser vicios, y esos vicios que llegan à ser virtudes segun el interés que se tiene en alabar, ó vituperar à aquellos de quienes se habla; esas desgracias practicadas à la sordina por desconfianzas, que fomentan falsas acusaciones; esos hechos sospechosos, y calumniosos, que se ponea en la boca de los Abogados para enredar el pley-

pleyto, y para desacreditar à la parte contraria; esos rumores que se esparcen casualmente, y à la ventura contra gentes de bien, cuya conducta, ó por pesar, ó por envidia se quiere desacreditar, llegando algunas veces aun hasta la misma doctrina.

Para acabar de instruiros sobre todo lo que mira à la murmuracion, notad, hermanos mios, que hay tres suertes de personas, que ordinariamente son los mas abandonados à ella; *los curiosos, los ociosos, los hipocritas, ò los falsos devotos.*

La curiosidad es la fuente mas fecunda de las detracciones. Como la corrupcion es grande entre los hombres, la materia de la murmuracion es abundante; y quantas mas iniquidades se descubren, hay mas ocasion de darlas à conocer à los otros; este vicio es una indiscreta, é injusta codicia de saberlo todo, para tener de qué registrar, de qué examinar, de qué condenar, de qué pensar mal, y de qué hablar mal de todo el mundo; no hay cosa tan indigna, ni tan peligrosa para la sociedad; con todo eso, nada hay tan comun como estas gentes, que lo ven todo, que lo escuchan todo, que recogen todo lo que se dice, todo lo que se hace, de que llenan, digamoslo asi, los almacenes de sus murmuraciones, que se forman de su propria autoridad un derecho de inspeccion sobre las costumbres, y sobre las acciones de los otros hombres, que recogen todo el veneno de las pasiones humanas para inficionar todas las conversaciones publicas, y particulares en que se hallan, y que quieren entrar en todos los secretos de las familias para desacreditarlas, y para confundirlas; que *bolviendo la rueda del nacimiento* (a) de cada uno segun los terminos de Santiago, van à ojea todo lo que puede haver de defectuoso, ó de vicioso en el origen, ó en el progreso de una familia virtuosa; pasan por encima de una larga serie de acciones, y de personas loables para echar sobre los que viven la deshonra de los que han muerto.

(a) Jacobi 3. v. 6.

Aunque se inquiete, y trabaje la curiosidad para descubrir los defectos agenos, este trabajo no es sino una diversion, y una ocupacion de gentes que nada tienen que hacer de serio, ó de sólido. El Apostol es quien nos lo enseña: *Nil operantes sed curiosé agentes; (a)* gentes que se divierten, y que se alegran mutuamente en perder el tiempo, y la salvacion en una esterilidad de vida viciosa, y que muestran su miseria, y su vanidad, examinando la de los demás; gentes, dice San Agustín, eficaces en conocer la vida agena, y perezosos en corregir la suya: *Curiosum genus hominum ad cognoscendam vitam alienam, desidiosum ad corrigendam suam. (b)*

Tales son esas compañías, en que abunda la malicia, en que las lenguas estudian en hablar mal, en que se sientan para murmurar con mas quietud, y mas despacio contra su proprio hermano: *Sedens adversus fratrem tuum loquebaris; (c)* en donde se repasa todo el mal que se comete en la Ciudad, defectos conocidos, ó ignorados, comercios secretos, ó publicos, discursos verdaderos, ó falsos, dando cada uno su golpe à los ausentes, recogiendo los unos lo que los otros han olvidado, y siendo allí el mas aplaudido el que dá mas gracia, ó mas fuerza à su malicia; estos son esos círculos de ociosidad en que se murmura impunemente contra el mundo, y las Potestades que le gobiernan, en donde se desacredita el Reynado de David, como el de Roboam, en donde se trata al menor tributo de vejacion, ó de injuria, en donde se murmura de los Principes del Pueblo, y de los Dioses mismos de la tierra; ni se perdonan las mismas sagradas cabezas, y todo el respeto de la Religion, toda la grandeza de la Iglesia, toda la autoridad de las leyes, toda la proteccion del Cielo, no pueden librar à los Sacerdotes de Jesu-Christo, y à los ungidos del Señor, de los golpes de su maledicencia.

En

(a) 2. Thes. 3. v. 12. (b) S. Augustinus.

(c) Psalm. 49. v. 20.

En fin, ¿quién lo creeria? Los mas inclinados à este pecado son los devotos, no hablo yo aquí de aquella devocion de principio, que tiene segun San Pablo, su raíz en la caridad, que no piensa el mal, que aparta sus ojos por no verle, que no pudiendo salvar la accion, escusa à lo menos la intencion, y que por una santa simplicidad, mejor quiere creer que se engaña, que juzgar mal del proximo; hablo de aquella devocion de humor, y de profesion de aquellas gentes que van al bien, y à la verdad, pero que no pueden sufrir el mal, que le muestran en donde quiera que se halle, y aun le sospechan en donde no está.

De aquí provienen esas murmuraciones de zelo, esos ojos siempre abiertos para las flaquezas del proximo, esas reprehensiones las mas veces importunas, y fuera de tiempo, esas correcciones amargas sobre los menores defectos que se ven, esas quejas generales de las costumbres del siglo, que caen despues sobre particulares, à quienes se quiere desacreditar, ese desprecio, que se tiene à las personas, que no viven segun la idea de perfeccion que ellos se han formado, y esa libertad, que se toman esta casta de hombres espirituales de juzgar de todo.

De aquí nacen esas murmuraciones de compasion. Vereis, dice S. Bernardo, à esos hombres de bien con un rostro triste quejarse de la suerte de los que quieren murmurar; ¿Qué lastima! ¿Porque ese Eclesiastico tenia tan buenos talentos! ¿Que desgracia! ¿Porque esa doncella era tan discreta, y tan bella! No diriais sino que se interesan en la reputacion de los que tienen animo de desacreditar, ellos alaban como de paso algunas de sus buenas prendas para apoyarse despues sobre las malas, cubren de flores la punta de la espada con que han resuelto pasarles, hieren à Amasa asi como à Joab al besarlo, y esas alabanzas, ese afecto, esa piedad no son aflucias de caridad para disminuir el mal, que se vá à decir, sino ardidés de malicia para persuadirlo con mas seguridad, y para hacerlo mas creíble.

¿No os mueyen, hermanos míos, estas pinturas, y estas consideraciones? ¿No haveis comprendido la atencion que de-

debeis tener sobre vosotros mismos, para no caer en un pecado tan comun, dice San Chrysostomo, que es de todas las edades, de todos los estados de la vida, de todos los lugares, y de todos los tiempos? Un pecado, á que la naturaleza inclina por su corrupcion, que no cuesta nada aprender, y practicar, y tan cruel, que solo basta una palabra para matar á aquel, de quien se habla, á el que habla, y al que escucha, Santiago, que parece imputar todos los males á la lengua, que se desliza, parece tambien atribuirle toda la Religion quando es contenida por el freno del amor de Dios, y de la prudencia Christiana. (a)

Esta lengua, que se nos ha dado para alabar á Dios, dice San Buenaventura, para edificar al proximo, y para acuosarnos á nosotros mismos, ¿es posible, que se ha de emplear contra los fines, y los designios de la Providencia en ofender á su Criador, y ser de él aborrecidos, (b) en dar escandalo al proximo, dandole motivo, ó de oír con complacencia, ó de divulgar con indiscrecion, ó con malicia la murmuracion, que se ha oído? ¿Es necesario arriesgar su salvacion por una sola palabra? ¿Es preciso manche la reputacion de otro, lo que delante de las gentes de bien debiera hacerlos perder la vuestra? ¿Donde está la caridad, que cubre la multitud de pecados, y que descubre todas las buenas obras, que conoce, ó que supone? ¿Donde está la justicia, que os prohíbe creer murmuraciones, ó falsas, ó mal entendidas, ó exageradas, y fiaros en gentes, que siempre son, ó mentirosas, ó apasionadas, y algunas veces todo junto, y por consiguiente malos testigos, é indignos de toda creencia? ¿Donde está en fin la hombría de bien, y la prudencia en indagar en el proximo faltas, que vosotros mismos cometeis muy de ordinario?

Qué os importa á vosotros lo que pasa por defuera, entrad en vuestra propia conciencia, poned allí vuestro tribunal

(a) Jacobi. 3. *per totum.*

(b) *Detractores Deo odibiles.* Rom. 1. v. 30.

nal para preguntaros á vosotros mismos: Y dejando aparte los males agenos, examinad los vuestros. Creciendo vuestras pasiones, multiplicandose todos los dias, y sucediendose mutuamente las unas á las otras, bastante ocupados estareis en pensar, y en juzgar mal de vosotros mismos. Si vuestra salvacion os importa, parar en ella vuestra atencion, emplead utilmente vuestras censuras sobre vuestras vanidades, sobre vuestros zelos, sobre vuestras venganzas, sobre vuestras injusticias secretas; arrojad allá todas las amarguras de vuestro corazon, amarguras de arrepentimiento, y de penitencia, en lugar de perder vuestro tiempo, y vuestra salvacion en correr tras de los defectos agenos, para derramar en ellos el veneno de vuestra lengua mortal. En una palabra, detestad, hermanos míos, la murmuracion como un delito enorme; temed el mal, que os puede hacer, reparad el que haveis hecho por ella, y puesto que el Evangelio os asegura, que se-reis tratados, como huviereis tratado á los demás; usad con vuestros hermanos de toda la medida de caridad, que Dios os pide, si quereis recibir toda la medida de gloria, que os promete, y que yo os deseo, &c.

SERMON

SOBRE

LA ENVIDIA

Collegerunt Pontifices, & Pharisei consilium, & dicebant: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?

Los Principes de los Sacerdotes, y los Phariseos tuvieron consejo, y dixeron: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros. *En el cap. 11. del Evangelio de San Juan v. 47.*



QUE mal discurren los hombres quando estan preocupados de sus pasiones! Y quanta verdad es lo que el Espiritu de Dios nos enseña en sus Escrituras, que no hay ni Sabiduria, ni consejo contra el Señor: *Non est consilium contra Dominum.* (a) ¿Quién no huviera creído, que á la fama de tantos milagros, como Jesu-Christo havia hecho en la Judea, que á vista de un muerto de quatro dias, resucitado en J-ru-
sa-

(a) Prov. 21. v. 30.

salén iria el Pueblo en tropas á reconocerle por el Mesías, y que los Sacerdotes por el honor de su ministerio, irian á levantar los primeros Altares, y dar el primer omenage de Religion á este Dios hecho Hombre? Con todo eso, se ofenden, murmuran, conspiran contra él: irritados de lo que debia moverlos, conociendo la verdad, y no peazando sino en su interés, temiendo el poder de los Romanos, y arreglando la Religion por la política, resueltos á mantenerse, é inciertos sobre los medios de hacerlo: *Quid facimus*, dicen, *quia hic homo multa signa facit?* Tan presto quisieran ahogar la tierna fé de los Fieles, ó la reputacion de Jesu-Christo que ya veian bien establecida. Tan presto quieren apoderarse de la persona del mismo Jesu-Christo porque es el justo censor de su devocion hipócrita, y como un obstaculo á su falsa gloria. Tan presto piensan en deshacerse de Lazaro, y bolver á echar en las tinieblas del sepulcro á este hombre, que acababa de salir de él, y que como un vivo milagro atrahia por todas partes los ojos, y la fé de los pueblos: *Quia multi propter illum... credebant.* (a)

Tales eran las agitaciones, que causaba en estos Phariseos la envidia, aquella triste, é inquieta pasion, enemiga de toda virtud, y compañera inseparable de las almas vanas, sobre lo que San Chrysostomo hace esta reflexion: ¿Qué virtud tan feliz puede estar á cubierto de los ataques de los envidiosos, puesto que Jesu-Christo mismo, que lanzaba los demonios, que resucitaba los muertos, que curaba los enfermos, y que salvaba al mundo, no está esento de ellos? ¿Y qué virtud puede haver tan solida, que pueda librarse de las tentaciones de la envidia, puesto que unos hombres consagrados por su profesion al servicio del Dios de Israel, honrados con la dignidad del Sacerdocio, encargados de la administracion de su Ley, y de su Doctrina, sobre zelos de credito, de reputacion, y de autoridad persiguen al mismo Jesu-Christo?

Tom. 5.

Pp

De

(a) Joan. 12. v. 11.

De este vicio tan contrario á todas las leyes del Christianismo, y con todo eso tan comun entre los Christianos, es de quien debo hablaros oy dia, mostrandoos *primamente las razones, que tenemos de aborrecer este vicio, lo segundo los remedios que tenemos, ò las precauciones, que debemos tomar para evitarle.* Este es todo mi asunto, si el Espiritu de Dios, que es Caridad, nos ilustra con sus luces, por la intercesion de Maria, que por su grandeza, y por su humildad misma se elevò sobre la envidia, quando la dixo el Angel:

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

LA envidia es una tristeza, que concebimos á vista de los bienes, ó de las prosperidades ajenas, quando nos imaginamos, que son con perjuicio de nuestros intereses, ó de nuestra gloria. Si considerais á este vicio en su origen casi es tan antiguo como el mundo: el primer pecado en el Cielo fue el orgullo, el primer pecado sobre la tierra fue la envidia. Si atendeis á su imperio, reyna en todos los estados, y en todas las condiciones de los hombres; posee á los grandes, y á los pequeños, á los estraños, y á los domesticos, á los particulares, y á las comunidades, se insinúa en las Cortes, y en los Claustros; y en qualquiera parte, que se establece, los privilegios son inutiles, la sangre no es reconocida, la naturaleza no está segura, la amistad ya no tiene ley, la piedad no tiene mas credito. Si considerais su objeto, el Sabio nos enseña, *que todo el trabajo, y toda la industria del hombre está sujeta á la envidia del proximo,* (a) las ventajas mas naturales, el mas legitimo adelantamiento, las riquezas mas inocentes, la fortuna mas modesta, la reputacion mas pura excitan esta desgraciada pasion. En fin si mirais

(a) Eccl. 4. v. 4.

rais sus efectos, no hay desordenes que no produzca. *Ubi emulatio, & contentio, ibi omne opus pravam,* (a) dice el Apostol Santiago: asi como todas las virtudes sirven á los designios de la caridad, se puede decir que todos los pecados sirven á los designios de la envidia, lo que hace decir á San Basilio, que el envidioso es como un pecador universal, que trastorna toda la disciplina Christiana; no tiene obediencia á sus superiores, cuya autoridad quisiera usurpar; es un hombre sin afecto á sus parientes, quando se trata de su interés; sin reconocimiento por sus bienhechores, de cuya opulencia no gusta; sin fidelidad por sus amigos, cuya elevacion le desagrada; sin fé, y sin misericordia por sus hermanos, cuyas prosperidades le afligen; bastaria esto, hermanos mios, para daros aversion, y horror á este pecado, pero tengo cosas mas importantes, que deciros.

Quanto mas participa un vicio de la naturaleza del demonio, que es el principio del pecado, y el modelo de los pecadores, mayor es el vicio. Pues el ministerio propio de este enemigo de nuestra Salvacion es estraviar al hombre en la prosecucion de su bienaventuranza, y robarle los bienes que Dios ha preparado á sus escogidos. El será juzgado, dice San Agustín no por haver desolado Provincias, y haver hecho á los pueblos tributarios de una sordida avaricia, no por haver arrastrado en una vana ociosidad una vida mole, y deliciosa, no por haver mirado sin compasion, y haver dejado perecer á su vista los pobres, cuyas necesidades podia aliviar, y librarlos de un resto de disoluciones, y de excesos; la sentencia de su condenacion está fundada sobre que ha tenido envidia al hombre inocente: *Quia homini stanti invidisti.* (b) Pues no hay pecado que participe mas de su malicia, que la envidia: ella es quien persigue á los buenos, se opone á las ventajas del proximo; no hay verdad tan Santa, que no esté pronta á violar para destruir la reputacion de aquel, que es el objeto de su odio; ella les impone falsos

Pp 2

(a) Jacobi 3. v. 16. (b) S. August.

delitos, le desea los verdaderos, no teme, ni el juicio de Dios, ni las amenazas de los hombres; y borra del corazón del que está poseído de ella, todos los sentimientos, no solamente del Christianismo, sino también de la humanidad, y de la razón. Y así se puede decir, añade este Padre, que la serpiente derrama sobre los demás vicios algunas gotas de su veneno, pero que echa todas sus entrañas, y descarga toda su malicia sobre la envidia. *Tota sua viscera conculcit, & movet invidia.* (a)

Fuera de que, estando, Señores, la Religión Christiana fundada sobre la caridad, lo que es más contrario á la caridad, es más opuesto á Jesu-Christo, á su doctrina, y á su conducta. Pues San Pablo nos enseña, que una de las cosas más incompatibles con la caridad es la envidia: *Charitas non emulatur*; (b) ella repugna al espíritu, quiero decir, á las intenciones, á los sentimientos, y á los preceptos de Jesu-Christo; él se cargó de nuestras flaquezas, y de nuestras necesidades, y nos ha comunicado sus dones, y sus gracias; al contrario el envidioso, quisiera dar á otros todas sus flaquezas, y tomar para sí todas sus ventajas. Jesu-Christo ha venido para formar un cuerpo, y una sociedad de fieles unidos entre sí con todos los nudos de una caridad reciproca: y el envidioso rompe esta union, se separa de los que son más felices, que él, y quisiera quitarles lo que Dios les dá. Jesu-Christo para afirmar esta correspondencia, ha dado por regla el desinterés, el desapego de los bienes del mundo, y la renuncia de sí mismo: al contrario el envidioso, todo lo refiere á sí, todo lo reduce á sus intereses, y no busca sino su propia gloria. ¿Pues no es esto atacar á la Religión hasta en el corazón, y destruir en sí el Espíritu de Jesu-Christo, y del Evangelio?

Pero lo que más da á entender la malicia de este pecado, es, dice San Chrysostomo, que no hay utilidad alguna, que le sostenga, pretexto alguno, que le suavice. El que toma la hacienda de otro goza del fruto de sus latrocinios, y se enri-

(a) Idem.

(b) 1. ad Cor. 13. v. 4.

quece de la pobreza, y de la miseria de los que despoja. El voluptuoso cree satisfacerse, y buscar con que apagar el fuego de sus pasiones, en la prosecucion de sus placeres. El avaro tiene la satisfaccion de adquirir, de poseer, y de sostener su credito, ó su vanidad con las riquezas que acumula. El ambicioso se lisonjea de las esperanzas de su fortuna, y cree, que hay alguna gloria en elevarse por su industria, ó por su merito. La venganza misma, por brutal que sea, halla sus razones en la necesidad de reparar una afrenta recibida, y sus dulzuras en una superioridad de honor, ó de poder: en todos los pecados hay algun fruto de iniquidad, que los anima, algun calor de pasión, ó alguna apariencia de bien, que los escusa á los ojos de los hombres; pero el envidioso no tiene sino una voluntad determinada al mal, sin que le resulte provecho, ni bien alguno. Gusta de afligirse de la prosperidad de otro, pero no por eso le hace más infeliz, se complace en desear para sí con inquietud, pero no llega á ser más feliz el mismo enemigo; sin ser ofendido, y sufriendo él solo el mal que quiere hacer, tiene en su corazón la pena de su envidia, y el sentimiento de su impotencia, y en lugar de hallar un remedio á su pobreza, halla el acrecentamiento de su miseria.

Pero lo que más debe apartar de esta corrupcion á una alma por poco generosa que sea, es que este pecado lleva, por decirlo así, su vergüenza, y su confusion consigo; que hay en todas sus circunstancias un fondo de bajeza que el mundo mismo no puede sufrir, y que no se necesita sino un poco de educacion, y de honor, para concebir la aversion, sin que sea necesario recurrir á la santa severidad del Evangelio; sino para acabar de ahogar por la gracia de Jesu-Christo este vicio, que una probidad natural condena, como injusto, y como odioso. Porque Señores, la envidia no es otra cosa, que la inquietud, y la impaciencia de un hombre que se vé, y se reconoce inferior á otro, lo qual hacia decir al Santo hombre Job: *Parvulum occidit invidia;* (a) pa-

ra

(a) Job. 5. v. 2.

ra denotar, que todo envidioso se mira como pequeño á sus propios ojos; por rico que sea, siente en sí una especie de pobreza que no demuestra por defuera: por grande que sea, se degrada él mismo, él mismo se humilla á pesar suyo en su pensamiento, á vista de aquel, que es el objeto de su pasión. Achab no halla ni reposo, ni felicidad en sus grandes bienes; todo su Reyno le parece pequeño, y la pequeña herencia de un pobre, que él envidiaba, le parece mas grande, que todo su Reyno. Amán era el favorito de Asuero, una envidia repentina lo alborota contra Mardocheo, olvida todo su favor, y pierde todo el honor de su ministerio. Esaú, añade San Chrysostomo, enemigo de ser tan rico, y tan sobervio como es, vé á Jacob sobre él por la preferencia de la bendición paterna: Saul por Rey, y por poderoso que sea, mira á David como á superior en virtud, y si su dignidad lo ensalza, su envidia lo abate, y hace inferior á uno de sus vasallos. Y así el envidioso siempre es cobarde, ò hace mostrar su indignancia, queriendo quitar á sus hermanos los bienes que poseen; ó su malicia, alimentandose de sus males, y de sus desgracias; y así en lo uno, como en lo otro, hay vergüenza, y hay bajaça.

Y por esto ¿qué cuidado no tienen de ocultar los sentimientos de su envidia en lo secreto de su corazón? La vida del mundo no es sino mentira, è hipocresía. Va uno á divertirse con aquellos de un bien, que se les quisiera haver arrancado, y bajo de un rostro risueño, se lleva un corazón lleno de amargura: va uno á aligirse con estos otros, de una desgracia, que les desea, y que acaso se les ha procurado; y se les encubre una verdadera alegría bajo de una compasión aparente: se hace semblante de estimarse, se alaba, se adula, pero la envidia nada pierde por eso: no se dice una palabra buena del proximo, que no se tenga un mal pensamiento: enfadado del bien, que se ha dicho, se va uno á burlar de la simplicidad de los que lo han creído; despues de haver hecho en su presencia la pintura alhagueña, se vá á mostrar á los otros una pintura ridicula. Desquitanse de las alabanzas, que se han dicho, por las burlas que se hacen contra todos los derechos de la equidad, y de la justicia Christiana; de-

sacreditase á aquellos á quienes se hace semblante de respetar, y aun á quienes está uno obligado, y se derriba con una mano el Idolo, que se acaba de incensar con la otra. Ese cumulo de civilidades mundanas, ese comercio de falsas palabras, ó de fingidas amistades, que forma oy dia la urbanidad, y la política del mundo, parece no haver sido inventado, sino para servir de velo á la envidia, que se tienen unos á otros; ya casi se exceden los unos á los otros, y los hombres ordinariamente tienen tan poca rectitud, y bondad, que les ha parecido necesario para ocultar su dañado corazón formarse un arte de engañar, y una política de ser engañados.

Lo que hace decir á San Chrysostomo que la envidia tiene esto de insufrible, rara vez se halla sin alguna especie de traycion, y de perfidia: porque acometiendo á los que debieran ser nuestros amigos, que son nuestros familiares, y nuestros semejantes, casi siempre vamos contra ciertas obligaciones, no solamente de la caridad Christiana, sino tambien de la atención civil, y humana, en efecto ¿á qué exceso no inclina esta pasión? Repasad en vuestra imaginacion lo que pasa en el mundo, y quiera Dios, que no tengais parte en ello: esos lazos, que se arman á la inocencia, quando se teme que llegue á demasiado crédito; esos malos officios preparados secretamente, y con mano agena, que por calumnias concertadas, arruinan muchas veces toda la familia, y aun algunas veces toda la posteridad de un hombre de bien; esas relaciones hechas á proposito sobre palabras mal interpretadas, y que se envenenan para hacer odiosas, ó á lo menos sospechosas á las personas, esas emociones, y esos embrazos, que se observan sobre un rostro, en que parece armarse la naturaleza para rechazar un buen officio, que una lengua caritativa havrá querido hacer al proximo, que no se ama: ese silencio que se afecta, quando se oye decir bien de alguno en las compañías, para reusar una aprobación á la virtud, y defraudarla de una alabanza, que le es debida; esas malignas alegrías, que se sienten, quando se ha disminuido en alguna ocasion una reputacion que comen-

zaba á brillar; esas frialdades, y esas aversiones secretas, que el Propheta llama gratuitas, que se conciben contra quienes no nos han ofendido, y que solo es su delito ser ò mas habiles, ó á lo menos mas felices de lo que somos nosotros; esas uniones, y esas ligas de iniquidad, en que por divididos que esten por otra parte, se reunen contra un hombre de quien muchas veces nada se tiene que temer, sino el merito, y que tuviera todas las buenas prendas, si huviera logrado la de agradar: esas murmuraciones, en fin, vendidas con un ayre de sinceridad, y de buena fé, en que se principia un discurso sangriento por un prefacio lisongero, diciendo bien al principio, para ponderar despues mejor el mal que se quiere decir, se adorna la víctima, que se quiere degollar, y se arrojan algunos puñados de flores sobre el Altar, que se quiere ensangrentar con su sacrificio. ¿Y hay cosa mas indigna, ni mas cobarde, que todos estos medios, de que se sirve el envidioso para llegar al fin de sus designios?

Pero lo que mas debe hacer temer la envidia es la pena, que se hace á sí misma. No hay pecado de qualquier especie que sea que no haga perder al alma que le comete, aquella verdadera, y solida paz, que es el fruto del Espiritu Santo, y el privilegio de las almas justas; sea que Dios haya querido para primer castigo del pecado, que fuese el mismo su suplicio, sea porque siendo la paz inseparable de la justicia, en qualquier estado que se halle el hombre, jamás está bien consigo, mientras está mal con Dios. No obstante como el objeto de la voluntad no es el mal como mal, y como no se comete el pecado sino bajo la idea, y con la esperanza de algun bien aparente, los pecadores no dejan de hacerse una falsa paz en el cumplimiento de sus deseos. *Regocíjense quando hacen el mal*, dice la Escritura, (a) y se duermen en un reposo falaz, è imaginario; pero si no hay en general verdadera paz para los pecadores, tampoco la hay falsa para un envidioso siempre tris-

(a) Prov. 2. v. 14.

triste, y siempre infeliz, sea porque le venga del mal, ó del bien que gozan los otros, castigado exterior, é interiormente, no pudiendo librarse del peso, que le incomoda, ni atreviéndose á manifestarlo para aliviarse, se puede decir que halla su Cruz en su pasion, y que la pena de su pecado, es su pecado mismo. ¡Qué pesar para él ver una casa que Dios bendice, elevarse como por sí misma; un merito que la virtud sostiene penetrar la oscuridad, que le rodeaba, una honesta reputacion, que se establece por sus talentos, y que se aumenta por la modestia misma, que la acompaña! ¡Qué pena para él ver á unos con mas industria, á otros con mas ocasiones de señalarse, y á muchos arribar sin ansia, y sin inquietud adonde él no ha podido llegar por sus trabajos, y por sus ideas! ¡Qué miseria ofenderse de todo quanto la Providencia Divina hace por los demás, dice San Cypriano, tomar sus prosperidades como malas nuevas, y oír su elogio con tanta tristeza como se pudiera oír una invecitiva, que se huviera hecho contra sí mismo! ¡Qué desesperacion en fin, reconocerse atormentado vanamente, que las nubes que se havian formado para obscurecer la gloria de un hombre de bien, han sido disipadas brillando su virtud mas pura, y mas resplandeciente; que las armas que se havian empleado para destruirla, solo han servido de trofeo á su paciencia, y á su valor!

Por eso llama la Escritura á la envidia, la podredumbre de los huesos: *Putredo ossium*. (a) Porque es un dolor interior, y sensible que roe el corazon, y penetra hasta lo interior del alma; este es el motivo por que San Basilio la llama una calamidad á deshora: *Absurda calamitas*. (b) Porque es entristecerse por entristecerse, y porque el primer daño, que hace es á sí mismo. Por eso los Santos Padres han dicho unas veces, que este pecado parece tener alguna discrecion, pues no se apodera de aquel que es envidiado, sino de aquel, que envidia, y es culpado: otras veces, que es el unico vicio que se puede llamar justo, no porque lo sea en efecto, pues es un

Tom. 5.

Qq

gran-

(a) Prov. 14. v. 30.

(b) S. Basil.

grandísimo pecado; sino porque castiga él mismo por su propio suplicio à el que le ha cometido, y que obra de este modo la justicia.

Pero el ultimo caracter que hallo yo en este pecado, y que es el mas terrible, es que casi siempre es incorregible; dos razones da de esto San Chrysostomo. La primera, porque es un pecado espiritual, que se considera como una fragilidad sin consecuencia; porque se cree, que es natural el desear, que no está prohibido el solicitar lo que nos conviene, que no se quita à los otros, sino que se quisiera poderse lo apropiarse à sí mismo, y que en fin es una simple tentacion del espíritu, que solo hace daño al que se detiene en ella, y así se le mira sin horror, se comete sin escrupulo, y no se piensa en corregirle. La segunda razon que da San Chrysostomo, es que la envidia es una pasion obstinada, y que casi no tiene quien la contenga; la dulzura, y la sumision apaciguan la colera, la caducidad de la edad, y las enfermedades detienen el curso de la deslempianza, las desgracias, y las tribulaciones de la vida doman el orgullo, y la vanidad, la envidia no tiene obstaculo, atencion, complacencia, salud, enfermedad, prosperidad, adversidad, nada la contiene. Y así vemos en el Evangelio conversiones de publicanos, de ladrones, y de pecadoras, pero no se halla en él conversion alguna de Fariseos, cuya envidia era el pecado comun, y la pasion dominante. ¿Pues no tengo yo motivo de decir, que estas consideraciones debieran daros horror, y aversion à la envidia? Restame mostraros los remedios, ó por mejor decir las precauciones, que es necesario tomar para librarse de ella, que es mi segunda parte.

PUNTO SEGUNDO.

Quando yo hablo, hermanos míos, de las precauciones que se deben tomar contra la envidia, no pretendo hablar aquí de aquellas inquietudes que se tienen, y de aquellos cuidados que se toman para librarse de los golpes de los envidiosos. Mientras que huviera grandeza, y virtudes;

des entre los hombres, habrá preocupaciones, injusticias, y zelos; porque la grandeza es el objeto natural de la ambicion, y la virtud de los buenos es una censura muda, y una continua reprehension contra los malos. No obstante, San Bernardo nos enseña, que hay dos cosas, que pueden contener la envidia, ó una grande elevacion, ó una grande humildad. Veense ciertas virtudes, que la gracia de Jesu-Christo parece formar para ser admiradas; son tan superiores à las otras, que no pueden causarles sombras, cada uno respeta en ellas una perfeccion de que se siente no ser capaz; la envidia no tiene la temeridad de acometerlas, espira, digamoslo así, en la impotencia de llegar à ello, y así como un merito comun la commueve, y la excita, un merito singular la confunde, y la desespera.

La humildad es tambien un medio de librarse de los envidiosos. Hay ciertas virtudes, que se hacen pequeñas por grandes que sean, ocultanse quanto pueden à la sombra de la Cruz donde no son inquietadas. La envidia, que no quiere al que es feliz, sino porque le cree soberbio, perdona al que es verdaderamente humilde. ¿Qué injusticia, y qué inhumanidad seria turbar estas virtudes modestas, de las que aquellos mismos que las poseen, no se glorian! Y así como la dulzura, segun la Escritura, rompe la colera, se puede decir tambien que la humildad disipa la envidia.

¿Pero qué raros son estos exemplos, hermanos míos, y à quan pocas gentes se les concede este privilegio! Esta pasion de que voy hablando, no perdona de ordinario à los mas virtuosos, y Dios, cuya conducta es siempre santa, permite, que sus escogidos sean tan bien así tratados, para experimentar la fidelidad de los que le sirven, para despertar en ellos el sentimiento que deben tener de sus gracias, y excitar su reconocimiento para asegurar su virtud por sus persecuciones ordinarias. Descuidariase en las buenas prendas que se tienen, si no huviese envidiosos, que disminuyesen el valor, ó enemigos que indagasen los defectos; pondriase su felicidad en los bienes, y en las prosperidades de este mundo, si se gozasen sin alguna contradiccion, y apenas se ade-

lantaria en los caminos de Dios, si no se perfeccionase por estos ejercicios de caridad, de humildad, y de paciencia; y así no se trata aquí de los medios de no tener envidiosos, sino de los medios de no tener envidia contra nuestros hermanos: Y digo:

Que el medio mas seguro es desprenderse de las preocupaciones del aprecio general que se tiene de todos los bienes, y toda la gloria del mundo. San Pablo en su Carta à los Galatas, nos propone esta consideracion: *Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes.* (a) No deseemos la gloria del mundo, disputando los unos contra los otros, y teniendonos envidia mutuamente, queriendonos enseñar que para vencer la envidia, es necesario cortar las raíces que son el aprecio, y la estimacion de los bienes del mundo, y el deseo de una vana gloria; porque nada excita la envidia, sino lo que antes estimula la codicia; es un principio de la moral que no son las ventajas espirituales, sino las utilidades temporales las que nos mueven; que un hombre vaya de virtud en virtud, que se santifique mas, y mas, que sea elevado à las luces de los Santos, y à las contemplaciones, nadie se inquieta; que un hombre adelante un grado en el favor, ó en la fortuna, que el Cielo haya derramado sobre él una prosperidad imprevista, se pasman, y se alborotan; no excita la virtud la emulacion, y la vanidad excita à la envidia, no porque la virtud no atraiga algunas veces la envidia de los que no son verdadera, y solidamente virtuosos, porque entonces se mira la devocion como un oficio en que le sería bien facil aventajarse; quisierase bien, si se pudiera pasar por un ilustrado en los caminos de Dios, servir de espectáculo en la Religion, ser el devoto, y el Profeta de su tiempo; gustariase de exercer sobre las almas sencillas un imperio absoluto de direccion, y de conducta, hacer escuchar sus decisiones, y sus consejos como oraculos, entrar en ministerios pomposos, y en ciertos comercios de buenas obras,

(a) Ad Gal. 5. v. 26.

obras, que son aplaudidos en el mundo; no es la virtud la que se desea, es la reputacion, y la alabanza de la virtud; el demonio le tiene envidia à Dios, no de que sea bueno, y sabio, porque procuraria adquirir esta bondad, y esta sabiduría, sino de que sea poderoso, y adorado, porque quisiera serlo como él, y tanto como él; tales son los deseos del envidioso, él no pide sino la gloria; dadle parte en los bienes de este mundo, que él dejará todas las virtudes aun à sus enemigos, y se reservará para sí solo todas las recompensas.

¿De qué proviene, pues, dice San Gregorio, que no se puedan ver en otro las menores prosperidades mundanas, sin que se ponga uno triste, y melancolico? sino de que se las estima, y se las ama, y porque es difícil no envidiar à otro lo que se desea para sí mismo: *Difficile est ut alteri non invideat quod adipisci alter exoptat.* (a) Y la razon que dá es, porque el honor, las riquezas, y los bienes temporales son finitos, y limitados, que la posesion de unos disminuye la de otros, que son menores en los particulares, quando están divididos entre muchos; y que es natural à la codicia querer apropiarse lo que cree que se la retiene, y se le cercena. Quereis, pues, estar esentos de este vicio, añade este Padre, pensad de ordinario, que el mundo solo tiene que daros algunos bienes fragiles, y que el Señor, segun el Apostol, es rico para con todos los que le invocan: *Dives in omnes, qui invocant eum;* (b) que aguardais una herencia en el Cielo, que el numero de los coherederos no la disminuye, que es comun à todos, y toda para cada uno, y que parece tanto mas abundante, quanto mas se comunica à muchas personas; pensad, que la disminucion de la envidia, es la estimacion de los bienes espirituales, y que su destruccion es el perfecto amor de la eternidad; que si nada deseais de lo terreno, no tendreis dificultad alguna en conservar la caridad, y lo que os hará morir à la envidia, será el estar debilitados por vuestra codicia.

La

(a) S. Greg. (b) Ad Rom. 10. v. 12.

La segunda consideracion es, que la caridad es la primera obligacion del Christiano; que el primer efecto de esta caridad, es la union, y la comunicacion de los fieles, y que el fruto de esta union es una participacion comun entre sí de las gracias que Dios les hace, y de las buenas obras que hacen ellos mismos. Por este medio hallamos en el proximo las virtudes, que no podemos tener en nosotros; lo que hace decir à San Agustín estas bellas palabras: *Regocijaos con vuestro hermano de las gracias que Dios le ha hecho; y con eso tenéis parte en estas gracias; puede ser que tenga mas inocencia que vosotros; amaale, y esta inocencia está en vosotros; tenéis vosotros mas paciencia; (a)* pues que os ame, y que goce de vuestra paciencia, puede ser mas útil que vosotros por sus trabajos, y por sus vigili-
 UN
 NOMA D
 AL DE B

as, no tengais envidia, y tendreis parte en su estudio, vosotros podeis sostener mejor que él las austeridades de la Religion; pues que os alabe, y que alabe à Dios por vosotros, y con eso adquiere sin pensar el merito de vuestra penitencia; tal era la practica del Rey Propheta, que estimaba el bien ageno como suyo proprio, se santificaba en todos los Santos, se ilustraba en todos los Sabios, se enriquecia en todos los ricos, y participaba con todos los justos: *Particeps ego sum omnium timentium te: (b)* decia à Dios en la confesion de su caridad. Pues este es el provecho que nosotros podemos sacar por nuestra union con nuestros hermanos: ¿Qué apariencia, ni qué motivo hay para no regocijarnos del bien que les sucede, y del que hacen, puesto que en este comercio espiritual tenemos nosotros un mismo interés, y una utilidad comun?

La tercera precaucion que se puede tomar contra la envidia es, contenerse en los limites de su condicion, y perfeccionarse en la proporcion, y en la medida de los talentos que la Providencia Divina ha confiado à cada uno de nosotros sin medirnos por comparaciones odiosas con los otros. Porque de esto nace la mayor parte de los desordenes

(a) S. Augustinus. (b) Psalm. 118. v. 63.

nes de la envidia: Cree uno, que no está en el puesto que le pertenece, comienza uno à elevarse al principio en sí mismo por una falsa persuasion de su merito, buscarse despues los medios de subir al grado que se ha destinado, quisierase degradar, y hacer bajar à todos los que mira superiores à él; si no se les puede igualar, se hace quanto se puede para imitarlos, entretanto que se pueda adquirir su grandeza, se forma una por los nombres, y por los titulos que se toman, aumentase el equipage, multiplicanse los gastos, y no es por esto, y por esta envidia universal, por la que se confunden oy día la mayor parte de los estados, y de las condiciones de los hombres? Pero la envidia nunca es mas cruel que entre aquellos, à quienes una misma profesion debiera unir, y obligar à una mas estrecha, y mas sincera amistad; pero se perdonan de mas mala gana porque se hacen mas sombra, se ofenden mas facilmente por la necesidad en que se hallan de verse, y de conocerse; sus burlas son mas picantes, porque se hace una especie de estudio de sus defectos, y un placer de publicarlos. ¿Hasta donde no llegan las altercaciones de los Sabios, que disputan mas del espiritu, y de la doctrina? ¿Hasta donde no llega el furor de los que son concurrentes en valor, y en reputacion militar? ¿Qué enemistad mas implacable, que la que se forma sobre la gloria de la hermosura, y sobre el deseo, ó sobre la envidia de agrandar? Pero lo mas deplorable que hay, es, dice S. Chrysostomo, que este vicio se desliza hasta en el Estado Ecclesiastico, en donde se ven algunas veces Sacerdotes de Jesu-Christo, ya Ministros de su palabra, levantar Altar contra Altar, y envilecer sus dignidades, y sus talentos por los zelos que conciben contra sus hermanos, en lugar de decir como Moysés: Pluguiese à Dios, que todos llegasen à ser verdaderos Predicadores, y Prophetas: *¿Quis mihi tribuat, ut omnis populus prophetet? (a)*

En fin, hermanos míos, por ultima precaucion contra la envidia, hay una atencion sobre sí mismo que hace, que

(a) Num. 11. v. 29.

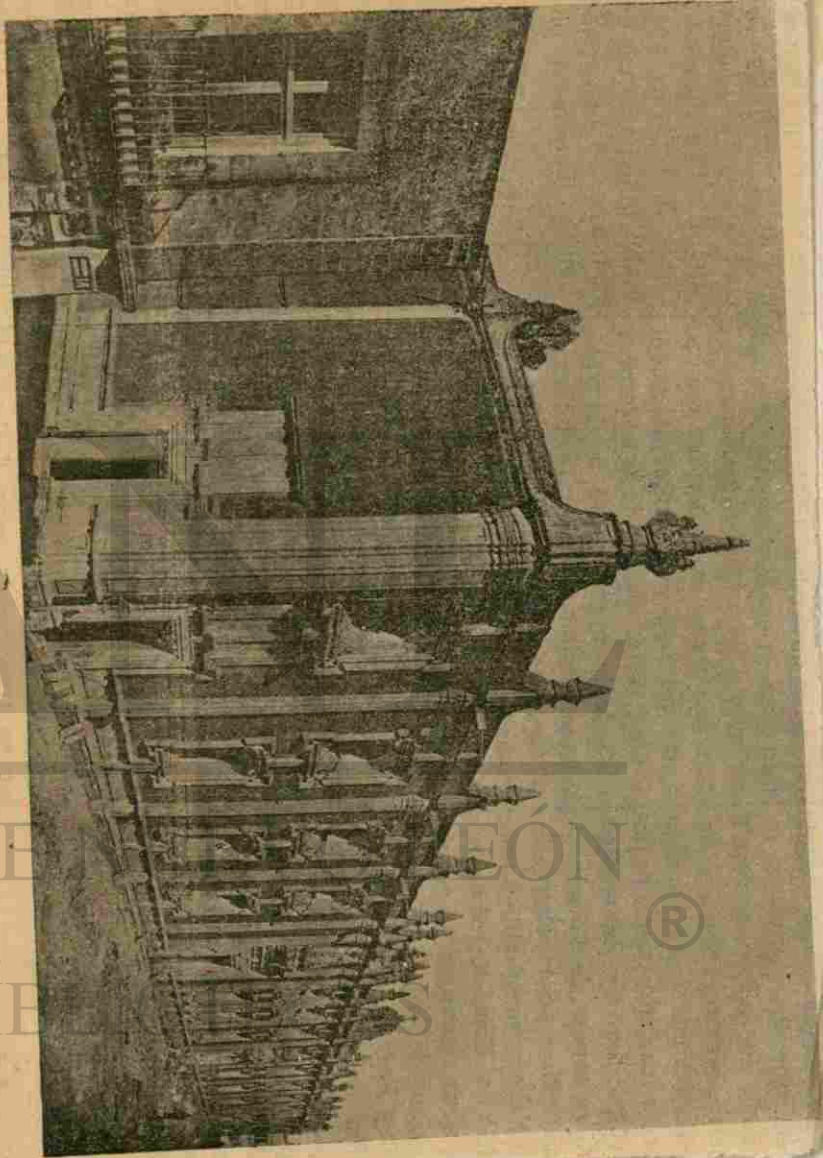
en el silencio, y en el retiro se pare uno en las necesidades que tiene, y en las gracias que ha recibido, sin entrar à examinar inutilmente los negocios, y las revoluciones del siglo, porque en esta disipacion, y en este comercio del mundo es donde la caridad se resfria, y donde se enciende la envidia; alli es, donde viendo el orgullo, y la magnificencia que reynan en él, teneis verguenza de vuestra simplicidad, y de vuestra modestia, y que llenandose vuestra imaginacion de riquezas, de casas, y de muebles, no pudiendo satisfacer vuestra vanidad, irritais à lo menos vuestros deseos, y si no os cuesta vuestra salvacion, os costará à lo menos vuestro reposo por el disgusto de vuestro estado, y la inquietud de vuestra indigencia; alli es, donde por una indiscreta curiosidad, entrando en el secreto de las familias, informandoos de las prosperidades, ó de las desgracias del proximo, recogeis la materia de vuestra murmuracion, y de vuestra envidia; alli es donde, envidioso del gasto de este, de las galas de aquella, bajo el pretexto de igualdad, y de razon de estado, aumentais vuestro luxo con los ahorros de vuestra caridad, y de vuestras limosnas; alli es, en fin, donde alimentandose la envidia de todo lo que se vé, de todo lo que se dice, se esparce en el corazon este veneno, y esta muerte por los ojos, y por los oídos.

Sirvamonos de estas consideraciones, para preservarnos, ó para corregirnos de este vicio; busquemos en nuestros propios males las causas de nuestras aflicciones, y no en las prosperidades de nuestros hermanos. ¿Tenemos acaso mas dolor que el que necesitamos para llorar nuestros pecados? ¿Para qué nos tomamos otras penas, que las de nuestras penitencias? Los bienes de la tierra no son dignos de nuestros deseos, busquemoslos mas nobles, y mas durables; y si nuestro corazon no está satisfecho de su presente felicidad, que envidie la de los Santos, y la gloria de los Bienaventurados, que yo os deseo, &c.

FIN DEL QUINTO TOMO.

charitables; mais de cons-
certes par déplacé dans un traité des propriétaires d'immeubls

LE COLLEGE DES « VIZCAINAS »





JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

